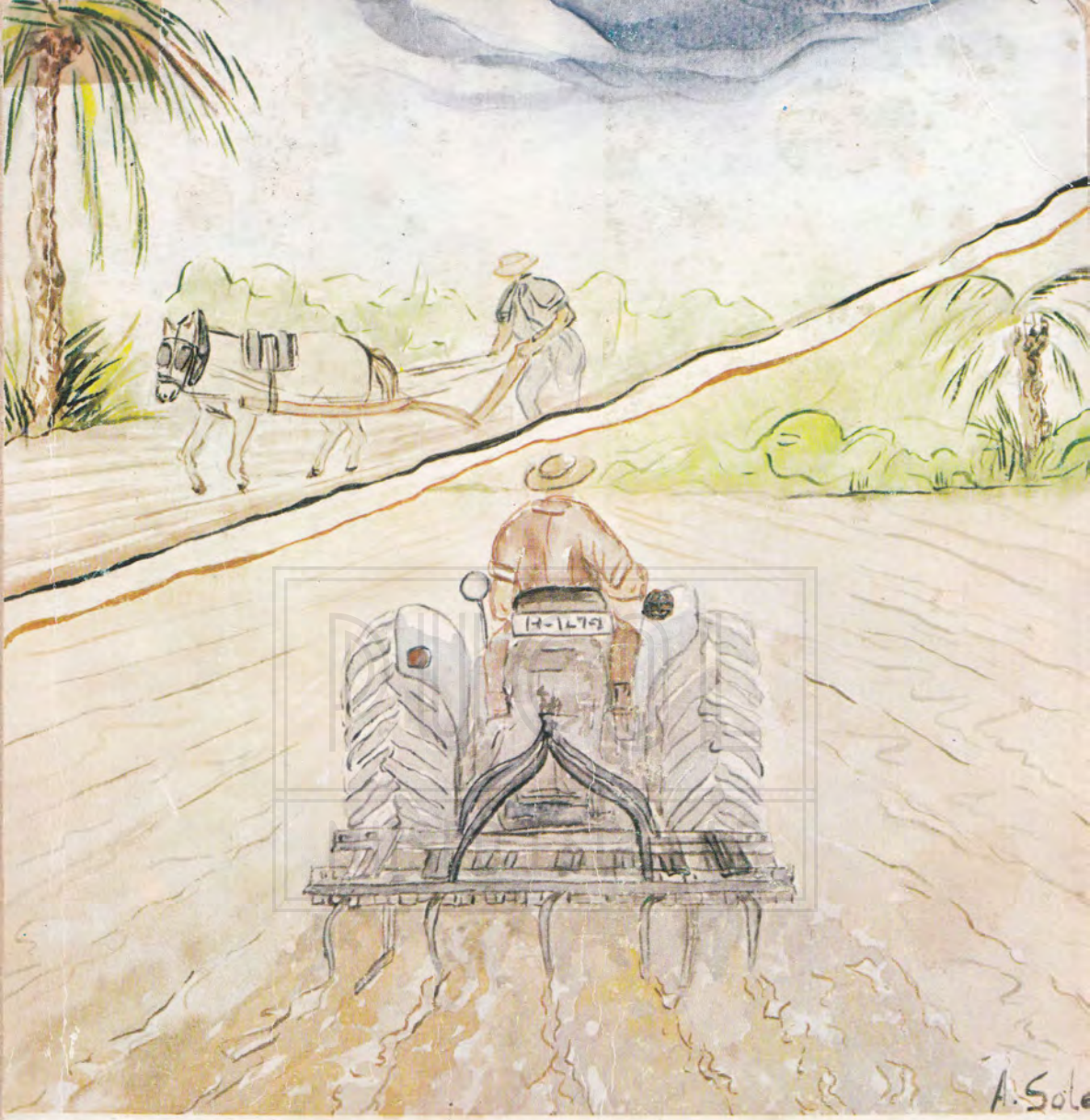


La Agricultura ilicitana, de ayer a hoy

(Apuntes para una historia del campo de Elche)

BALTASAR BROTONS GARCIA

BALTASAR BROTONS GARCIA

Nació en Elche en 1916 y trabajó siempre, profesionalmente, en la agricultura. Sólo cursó estudios primarios en su primera juventud.

Aunque empezó a escribir muy joven, su labor literaria la ha desarrollado en los últimos años, ya que a partir de 1978 ha publicado varios libros y centenares de artículos en distintos medios de comunicación. En 1980 publicó, «Impresiones y recuerdos de Canarias»; en 1981, «El campo, entre la marginación y la esperanza»; en 1982, «Cantos de amor y esperanza» (poemas); en 1983, «Agrodelx»; en 1984, «¡Salvemos los palmerales de Elche!», y en 1985 dos libros de versos, «Al paso de los días» y «Poemas a la dama del alba». Tiene preparados, para su próxima publicación, dos libros más, uno de viajes y otro en valenciano sobre la cultura campesina.

En 1984, la Asociación de Informadores de Elche le concedió el DATIL D'OR en el apartado de Cultura.

Es Secretario de la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Elche, Vocal de la Cámara Agraria, Presidente de la Asociación Cultural «Hermandad de Poetas de Elche» y miembro de la Asociación Española de Escritores de Turismo (A.E.D.E.T.).

DUÇOL
MUSEO ESCOLAR

D/2

T.E. 412
1912

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA AGRICULTURA ILICITANA, DE AYER A HOY

(Apuntes para una historia del campo de Elche)

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUBLICACIONES
DE LA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL

Editorial: Caja de Ahorros Provincial de Alicante.
Registro de Empresas Editoriales, número 2.609,
del Ministerio de Cultura

PUCOL
MUSEO ESCOLAR

123

Portada: ANTONIA SOLER VICENTE

I.S.B.N. 84-86314-17-8
Depósito legal: A.849-1985

BALTASAR BROTONS GARCIA

Para la biblioteca del colegio del Pusol
Cordialmente

Elche 25-4-86

La Agricultura ilicitana, de ayer a hoy

(Apuntes para una historia del campo de Elche)

MUSEO ESCOLAR

ALICANTE, 1985

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

A la Asociación de Agricultores
y Ganaderos-Jóvenes Agricultores de Elche,
por la positiva labor
que está llevando a cabo, en defensa
de los intereses del campo y de sus gentes.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

Agradecemos a Rafael Navarro Mallebrera, Archivero Municipal de Elche, las facilidades que nos ha dado para que pudiéramos consultar cuantos documentos hemos necesitado de los que están bajo su custodia.

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

A modo de preámbulo

Desde Cristóbal Sanz, hasta Alejandro Ramos Folqués, Elche ha tenido muy buenos historiadores. Unos nativos y otros foráneos, muchos investigadores del pasado, han escrito sobre Elche, más o menos extensamente. Entre todos ellos, habría que destacar, por orden cronológico, a Cristóbal Sanz, Antonio Mayans, Javier Fuentes y Ponte, Aureliano Ibarra, Pedro Ibarra, Alejandro Ramos, Vicente Gonzálvez Pérez, Rafael Ramos Fernández, etc.

Otros destacados historiadores y cronistas incluyeron datos de Elche en el contexto de su obra general, como es el caso de Martí Viciana en el siglo XVI, Antonio Cavanilles a finales del siglo XVIII, Pascual Madoz a mediados del siglo XIX y recientemente, Pedro Ruiz Torres, entre otros muchos.

A través de todas estas historias y crónicas, queda bien reflejado lo que fue Elche desde los tiempos primitivos. No obstante, entendemos que en toda esta historiografía, el campo de Elche, o lo que es lo mismo, la agricultura ilicitana, se ha tratado de una forma tangencial y somera.

Aunque en las obras de todos los autores citados existen muchas referencias sobre el campo y la agricultura, creemos que la mayoría de ellos no ha tratado esta cuestión con la suficiente profundidad y atención que el tema se merece. Caso aparte es Vicente Gonzálvez Pérez, ya que este autor crevillentino, hace en «El Bajo

Vinalopó» el estudio más completo que se ha escrito hasta hoy sobre la agricultura ilicitana.

De todas formas, seguimos pensando que la historia del campo de Elche aún está por escribir. Que el campo de Elche aún está esperando esa persona que escriba, con todo detalle, la historia de la agricultura ilicitana y destaque la gran incidencia que tuvo la misma en el desarrollo y engrandecimiento de la ciudad de las palmeras.

Lo que yo he pretendido al publicar los tres libros que he escrito sobre este tema («El campo entre la marginación y la esperanza», 1981; «Agrodelx 1983» y «La Agricultura ilicitana, de ayer a hoy»), no ha sido escribir la historia del campo de Elche, que eso lo considero una tarea superior a mis posibilidades, sino más bien tratar de aportar datos y apuntes para esa historia que aún está por escribir. Sobre todo, en lo referente a las últimas décadas y a lo que pueden aportar mis vivencias personales.

Si del contenido de estos tres libros se puede extraer algo útil y aprovechable, por mínimo que sea, que pueda servir de base para escribir esa historia que el campo de Elche se merece, me daré por satisfecho y daré por bien empleado todo el esfuerzo que me ha supuesto el escribirlos.

MUSEO ESCOLAR

EL CAMPO DE ELCHE EN LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

Aunque sólo se conocen escasas referencias y testimonios de lo que fue la agricultura ilicitana en los tiempos primitivos, no cabe la menor duda de que debió ser importante desde muy antiguo, incluso desde las épocas prerrománicas. Hay un dato significativo en este sentido, que hay que tener muy en cuenta a la hora de hacer esta valoración, como es el propio emplazamiento de la población ilicitana en sus orígenes, como asentamiento humano estable y organizado, que desde tiempo inmemorial estuvo situado en lo que hoy conocemos como La Alcudia.

Desde varios siglos antes de Cristo, Ilici llegó a ser una de las poblaciones más importantes y populosas de todos estos contornos. A partir de los iberos, los distintos pueblos que procedentes de otras latitudes habitaron la antigua Ilici de una manera sucesiva, dejando en ella huellas imperecederas que han llegado hasta nuestros días, continuaron en el mismo emplazamiento urbano hasta la llegada de los árabes, en el 713. Esto es prueba fehaciente de que allí existían condiciones apropiadas de habitabilidad, y a que los entornos de la población proporcionaban los medios de vida suficientes para subsistir y desarrollarse la colectividad ilicitana de los primeros tiempos de que se tienen referencias.

Cuando los hombres de la antigüedad fundaron las primeras poblaciones para vivir agrupados en comunidades, para estos

asentamientos humanos siempre elegían, como es lógico y natural, aquellos lugares que les proporcionaban alguna seguridad para su defensa y los medios de vida imprescindibles. Así vemos como estas poblaciones se ubicaban a las orillas de los lagos o los ríos donde había abundante caza y pesca, en los terrenos más productivos y fértiles que les pudieran dar suficientes frutos para alimentarlos, cuando ya más adelante se dedicaron a la agricultura y el pastoreo o en aquellas zonas costeras que pudieran servirles de refugio y abrigo en sus correrías de descubrimiento y comercio por las incipientes rutas marítimas. Esto nos induce a pensar que si en un principio se eligió para el emplazamiento de la primitiva población ilicitana, un lugar del interior, algo apartado del mar y al no haber ningún río importante, lo que motivó esta elección debió ser la bondad del clima y la fertilidad de la tierra de sus alrededores. No obstante, todo hace presumir que en aquellos tiempos el régimen de lluvias de esta zona sería distinto al actual, con una mayor pluviometría y, por consiguiente, las aguas serían más abundantes de lo que lo son en la actualidad, época que se caracteriza, precisamente, por su escasez.

De la agricultura ilicitana de las épocas prerrománicas, prácticamente no se sabe nada. Hay indicios de que los fenicios trajeron las palmeras de sus lugares de origen, en el Asia Menor. Pero de sus métodos para cultivar la tierra, organización de riego, régimen de distribución de la propiedad rústica, cultivos más abundantes, etc., apenas han llegado hasta nosotros datos y referencias, no sólo de los fenicios, sino de los demás pueblos y civilizaciones que precedieron a los romanos en la ocupación y dominio de estas comarcas. Los escasos testimonios que aporta la arqueología, en este aspecto, apenas nos dan una vaga idea de lo que pudiera ser y representar el campo de Elche hasta la llegada y dominio de los romanos. No obstante, es de suponer que la mayor parte de los cultivos característicos de esas épocas, serían los mismos que prevalecieron unos siglos después.

La ocupación y dominio de los romanos marcó en el campo de Elche un hito importante y decisivo, cuya agricultura sufrió profundas transformaciones. Con la llegada de los romanos, al mando del pretor Cayo Flaminio, y «visto el maravilloso sitio y su población, campo ameno y fértil tierra y sitio para de allí poder

sujetar y rendir a los demás lugares, puso en esta villa sus soldados romanos, gozando de ella, hasta que el Emperador Octavio Augusto César, antes del nacimiento de Jesucristo 38 años, la erigió y decoró en Colonia Inmune Romana». (Cristóbal Sanz, «Excelencias de la Villa de Elche», p. 35). (Respecto a la fecha en que ocurrió este hecho relatado por Cristóbal Sanz, no existe unanimidad de criterio, pues la mayoría de los historiadores, lo sitúan en el año 42 ó 43 antes de Cristo).

A partir de estas fechas, los romanos organizaron la agricultura ilicitana de una forma metódica y racional, como hicieron con las demás actividades. El privilegio que supuso para Ilici el que los romanos la elevaran a la categoría de Colonia, le reportó muchas ventajas y beneficios. Incluso hubo una época en que acuñó moneda propia, durante setenta y cuatro años, como lo testifican los ejemplares de estas monedas encontradas en La Alcudia. No sólo llegó a estar exenta de pagar tributos a Roma, durante algún tiempo, sino que otras poblaciones eran tributarias suyas, según testifica Plinio, en palabras de Ramos Folqués (Historia de Elche, p. 36). Gozaban también del derecho Itálico, y los ilicitanos de aquellos tiempos eran considerados ciudadanos de Roma ausentes de la capital.

La romanización de la agricultura ilicitana, supuso para el campo de Elche una gran transformación estructural. Organizaron los riegos a base de las aguas que discurrían por el Vinalopó y trazaron una tupida red de cauces de riego y caminos que han llegado hasta nuestros días, para facilitar las comunicaciones entre las distintas zonas. Teniendo La Alcudia como centro, los romanos centuriaron el territorio ilicitano. Esta división del terreno en centurias la llevaron a cabo también en otras partes de la Península Ibérica romanizada. En cuanto al campo de Elche se refiere, organizaron 225 centurias que abarcaban 11.340 hectáreas de extensión, según V. Gonzálvez Pérez, en «La Centuriatio de Ilice», p. 101. La centuria estaba constituida por un cuadrado de 710 metros de lado, es decir, 20 actus, constituyendo unidades territoriales de alrededor de 50 hectáreas de extensión cada una. Estas centurias estaban siempre limitadas por caminos o por cauces para el riego. En ambos casos, estos lindes los constituían líneas rectas, como era costumbre entre los romanos. Las centu-

rias fueron la base y el origen de las llamadas villas romanas, de cuya existencia aún hay vestigios arqueológicos en nuestro campo.

Las centurias así trazadas, sobre todo las más céntricas que estaban situadas alrededor de La Alcudia, y que eran las más valiosas, eran adjudicadas a los veteranos de las legiones, cuando por razón de edad abandonaban la milicia y se licenciaban. Estas tierras que recibían del Estado no podían venderlas si no transcurría un mínimo de 20 años.

Las líneas maestras de esta parcelación y distribución de la tierra hecha por los romanos hace veinte siglos, ha llegado hasta nuestros días, lo mismo que el trazado de caminos y acequias, con las lógicas subdivisiones que se han llevado a cabo a través de los tiempos. Los documentos gráficos que se acompañan son buena prueba de ello. Incluso el trazado de la actual población de Elche, en sus partes más antiguas, se realizó según los lindes de las centurias, como lo demuestra los distintos cauces de riego que cruzan la misma. Estas centurias estaban situadas a ambos lados de la Rambla, como se observa en el gráfico, aunque tenían preponderancia las de la margen izquierda, más cercanas al emplazamiento de la población.

La influencia de la parcelación romana es aún evidente en la actualidad. «La parcelación del campo de Elche, sigue mostrando aún hoy, después de ocupaciones del suelo de muy distinta cultura, la trama del catastro romano». (Vicente Gonzálvez Pérez, «La centuriatio de Ilice», p. 107). Lo mismo se puede decir de los principales caminos que comunican las distintas pedanías, la mayoría de los cuales están convertidos en carreteras asfaltadas.

En aquellos tiempos y con aquella organización tan perfecta, característica habitual entre los romanos, la agricultura ilicitana adquirió un gran desarrollo y prosperidad. En este criterio coinciden todos los historiadores que se han ocupado de esta cuestión. Así, por ejemplo, Pedro Ibarra, en «Institución del riego en Elche», p. 50 nos dice: «Durante la dominación romana, el campo de Elche debió tener una próspera agricultura y mucha agua. El Vinalopó traería corriente continua. No se explica de otra forma el florecimiento de la población, que era una de las más impor-

tantes de la Contestania». Y Alejandro Ramos Folqués, en «Historia de Elche», p. 29, manifiesta: «La agricultura en esta época (la de los romanos) debió ser pródiga y variada. Cultivaban el almendro, el olivo, cuyos frutos y maderas han sido encontrados en La Alcudia, aunque ya carbonizados; el trigo y la cebada entre otros cereales y criaban ganado».

Aunque en aquellos tiempos ya se daban en el campo de Elche una gran variedad de cultivos, todos los testimonios nos inducen a pensar que los más destacados y preponderantes eran los cereales, los olivos y la vid.

En cuanto a sistema de riego, de su organización y funcionamiento existen muchos datos y testimonios que han llegado hasta nuestros días, sobre todo en toponímicos relacionados con las acequias y partidores que son de raíz latina. Así tenemos los nombres de Marchena, Albinella, Asnell, etc., que vienen de Martinae, Albenus y Asinus. Aunque estos riegos seguramente tuvieron sus orígenes en épocas prerrománicas, fueron los romanos los que los regularon, iniciando una distribución y aprovechamiento racional de sus aguas disponibles.

Es indudable que la influencia romana en la agricultura del campo de Elche ha llegado bastante visible hasta nuestros días. Tanto en la parcelación de la tierra, en la organización del riego como en los aperos y herramientas utilizados en los trabajos agrícolas, la cultura romana ha prevalecido durante milenios, como han perdurado otras manifestaciones culturales de aquella época. Los agricultores ilicitanos, para labrar sus tierras, han estado utilizando el llamado arado romano hasta hace solamente 15 ó 20 años, hasta que el tractor desplazó a la caballería en el cultivo de la tierra. Y al trasladarse de una pedanía a otra, han transitado por los caminos y veredas que trazaron los romanos antes de Cristo. Y cuando riegan sus campos en el día de hoy, en la mayoría de los casos estas aguas discurren por las mismas acequias que se abrieron para regar las centurias que, como división territorial, ocuparon los veteranos licenciados de las legiones romanas, cuando Ilici era Colonia Inmune, medio siglo antes de empezar la Era Cristiana.

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

LA AGRICULTURA ILICITANA EN LA EPOCA ARABE

Son muy pocos los datos que se conocen de la agricultura ilicitana durante la época que va desde la decadencia del Imperio Romano, en el siglo III de nuestra era, hasta la llegada de los árabes, a principios del siglo VIII. De estos tiempos, apenas existen referencias escritas, y la arqueología tampoco aporta grandes conocimientos que faciliten alguna luz que nos ayude a conocer lo que ocurrió en el campo de Elche durante casi esos quinientos años, una época ciertamente revoltosa, en que pasaron por aquí, dejando huellas más o menos perdurables, los godos, los alanos, los bizantinos y los visigodos, todos en plan de conquista y dominación.

Ultimamente, Enrique Llobregat Conesa ha profundizado algo más en el estudio de esta época, aportando nuevos datos que clarifican, en parte, lo que hasta ahora se conocía solamente de una manera superficial, aunque él mismo reconoce que quedan aún muchos enigmas que descifrar para tener una visión medianamente clara de lo que ocurrió en esta región en aquellos tiempos harto turbulentos.

Lo que más destacan los historiadores de esta época, al referirse a Elche, es que llegó a ser nuestra ciudad Sede Episcopal, de la que salieron varios Obispos para tomar parte en los Concilios de Toledo, cuando la Ciudad Imperial era la Capital de la Monarquía visigoda.

Según Cristóbal Sanz («Excelencias de la Villa de Elche», 1621, p. 46) hubo en Ilici seis Obispos que, por orden cronológico, fueron los siguientes: Saníbal, en 610; Serpentino, en 634; Viníbal, en 655; Leandro, en 665; Emila, en 688, y Epa, en 694.

Antonio Mayans i Ciscar («ILICI, hoy Villa de Elche», Valencia, 1771), habla también en múltiples referencias de Juan, otro Obispo de Elche, que lo sitúa en los años 517 y 519, cuando Elche estaba dominado por los bizantinos, y por consiguiente, no tomó parte en los Concilios de Toledo.

Según relata Cristóbal Sanz en la página 44 de la obra antes citada, Elche fue ocupada por los godos en el año 467.

En referencias de Llobregat Conesa («Nuestra Historia», Puig, Valencia, 1980, tomo 2, p. 191) Elche pasó a manos visigodas en el año 624.

Pero más que datos referentes a ocupaciones y dominaciones de que fue objeto esta zona costera de la geografía española en aquellos tiempos, lo que aquí más nos interesa es conocer las características de la agricultura ilicitana en los siglos anteriores a la dominación árabe, y es muy poco lo que se puede decir al respecto, pues como explicamos antes, se poseen muy pocas referencias escritas o arqueológicas para llegar a unas conclusiones definitivas sobre el particular.

Según Ramos Folqués («Historia de Elche», t. 1, p. 80) en la época visigoda, en Elche, «... los cultivos principales eran: cereales diversos, viñas y olivos». Dice también que «... la ganadería adquirió un gran desarrollo, los animales principalmente citados son: el caballo como animal de carga y montura. También como animales de carga se cita al asno y al buey. Entre los animales usados para la carne, es el cerdo el que más criaron».

Por este relato observamos que los visigodos, en agricultura y ganadería, apenas introdujeron variaciones respecto a los romanos que les precedieron: los mismos cultivos y la misma ganadería que tenían los romanos en las centurias ilicitanas, quinientos años antes.

Para Llobregat Conesa, lo que caracteriza la época visigoda

es la pérdida de la preponderancia de las ciudades en favor de las comunidades rurales, ya que al referirse a estos tiempos dice: «Las ciudades han perdido su estructura administrativa heredada de la tradición romana, tanto por agotamiento como por la pérdida creciente de habitantes y riqueza («Nuestra Historia», t. 2, p. 183). Y más adelante añade: «En cuanto al campo se refiere, nos encontramos con su poblamiento basado en los fundos o villas rústicas, propiedad de un señor de rango que tiene en ellas a un «villicus», mayordomo o administrativo, que también cobra los impuestos a los campesinos. Los trabajadores del campo, libres, libertos, semilibres o esclavos, se hallan de cara al señor en una situación de dependencia que prefigura el feudalismo». «Esta oposición ciudad-campo es la básica en la estructura social del período...». «... pero la producción de riqueza es exclusivamente rústica, campesina, y el decaimiento profundo de las ciudades no es más que el corolario de esta realidad». «Todos los autores están de acuerdo en afirmar que la tierra, y con ella la actividad agrícola y ganadera, es la base de la economía de época visigoda». «La progresiva ruralización ha llevado a este estado».

De estas afirmaciones se desprende que, a partir del siglo III, cuando se produjo el desmoronamiento del Imperio Romano, tuvo lugar una profunda ruralización de la sociedad de entonces, perdiendo influencia y vitalidad las ciudades, algunas de ellas amuralladas, como es el caso de Ilici, cuyos habitantes se dispersaron en viviendas rurales. En cuanto al campo de Elche se refiere, debieron continuar como estructuras agrarias las centuriaciones romanas llevadas a cabo en la época de esplendor del Imperio, como dijimos en el capítulo anterior. Seguirían los mismos pasos de los romanos, aunque con un desarrollo y organización menos estructurada que la de aquellos.

Así deberían estar las cosas en el campo de Elche, cuando en el año 713 los musulmanes, al mando de Abdelaziz, hijo de Musa, ocuparon Elche y toda esta comarca. A pesar de esta ocupación, en un principio, la islamización de Elche no fue completa y total, pues gracias al pacto establecido entre Abdelaziz y Teodomiro, noble visigodo que ostentaba en esos momentos el poder en esta región, los visigodos, aunque quedaron sometidos a los musulmanes, conservaron cierta autonomía y la promesa, por parte de los

árabes, de que no serían muertos o esclavizados, siempre que su sometimiento fuera leal y no favoreciera a sus enemigos. Gracias a este pacto, Teodomiro seguía gobernando, aunque lo hacía «... en nombre del Califa de Córdoba», estando obligado a pagarle a los árabes ciertos impuestos, tanto en metálico como en especies. Estos impuestos consistían, entre otras cosas, en 4 almudes de trigo y 4 de cebada por persona y año. Estos impuestos, los esclavos los pagaban solamente en el 50% de los que pagaban las personas libres.

Estas ventajas o epigonismo visigodo que gozaron durante algún tiempo los habitantes que estaban en el territorio que comprendía lo que se llamó el Reino de Tudmir, terminó con la muerte de Teodomiro, a mediados del siglo VIII. A partir de entonces, la islamización fue completa, imponiendo los árabes su dominio y su legislación, a todos los niveles, aunque esto, en términos generales, no resultase fácil, como apunta Llobregat Conesa («Nuestra Historia», t. 2, p. 200). «El fin de una etapa visigoda y el comienzo de un mundo nuevo que hacía eclosión algún tiempo después, no se enlazan fácilmente. Un vacío abierto que la investigación habrá de ir llenando poco a poco en la medida que las fuentes escritas o arqueológicas lo permitan».

Pero lo cierto es que la sociedad de entonces, con todas las dificultades que se quiera, experimentó una gran transformación con la llegada de los árabes, transformación que marcó el comienzo de una época histórica que iba a durar más de quinientos años, como muy bien dice el historiador antes citado, al hablar de estos tiempos: «En la primera mitad del siglo VIII de nuestra era, las tierras valencianas van a experimentar los comienzos de una profunda y duradera transformación acaecida en su historia. Una transformación que va a marcarles durante casi un milenio: la islamización».

V. Gonzálvez Pérez («El Bajo Vinalopó», p. 47) difiere en parte de estas apreciaciones, cuando dice: «La dominación musulmana en la comarca (la de Elche) no supuso, respecto a la época romana, ruptura o retroceso apreciables agrarios ni en la organización de los riegos, vitales en nuestra zona para unos rendimientos adecuados». Eso es evidente en lo que al campo de Elche se refiere.

Después de la muerte de Teodomiro (que se supone que vivió en Elche, pues al casarse su hija con Abd al-Yabbar, musulmán influyente, le dio como dote la finca de Tarsa, cerca de Elche y la de Tal Hattab, en la Vega Baja) y arraigada la cultura árabe que llevaba implícita la completa islamización de la sociedad de entonces, cambiaron el emplazamiento de la población, abandonando La Alcudia. Por motivos de defensa o por otras causas, construyeron la ciudad amurallada junto al Vinalopó, en su margen izquierda, tal y como la encontró Jaime I en el momento de la reconquista. A partir de entonces, la antigua población fue en decadencia, hasta convertirse en un montón de ruinas al paso de los siglos.

A partir de la islamización, organizaron y fomentaron los riegos que ya se conocían desde los romanos, dando nombres árabes a muchos partidores y acequias, nombres que han llegado hasta nuestros días, como es el caso de Saoní, Nafís, etc.

Lo que da pie para pensar que los riegos primitivos ya se conocían desde la época romana se fundamenta en que muchos lindes de las centuriaciones, son cauces de riego, que han llegado fosilizados hasta nuestros días. Otro dato que abona esta creencia es que el nombre actual de algunos partidores es de origen latino, como Marchena (Martianae), Albinella (Albinus), Asnell (Asinius), etc., en referencia de Ramos Folqués («Historia de Elche», t. 1, p. 326).

Es de suponer que los árabes se sirvieran de las estructuras agrarias heredadas de las centurias romanas y de las antiguas villas, que pasarían a ser rahales o alquerías, como hicieron en toda la zona de Valencia y Murcia durante su dominación.

Una cosa es evidente en la que están de acuerdo todos los autores: que fomentaron la agricultura ilicitana que alcanzó un gran esplendor y desarrollo, a pesar de la escasez de agua de riego, que fue siempre la mayor dificultad que padeció el campo de Elche. No obstante, la poca que había supieron aprovecharla al máximo, y su administración y distribución fue modélica. Fomentaron el cultivo de las palmeras, de las cuales rodearon los entornos de la ciudad amurallada, palmeras que ya se conocían desde la época de los fenicios, que las trajeron desde sus puntos de ori-

gen. En cambio ofrece muchas dudas de que fueron los árabes los que ordenaran los huertos de palmeras en filas rectas y cuadriculadas, pues como es bien sabido, la cultura árabe tiende a la línea curva en todas sus manifestaciones. Tal vez esta forma de ordenar las plantaciones de palmeras en filas rectas, sea obra de los romanos, que como vimos en el capítulo anterior, al hablar de las centuriaciones, siempre tendían a la línea recta, en todos los aspectos de su cultura. Sea como fuere, lo que no cabe duda es de que durante su dominación los árabes fomentaron mucho el cultivo de las palmeras, por las que sentían una gran predilección. De ahí que cuando Jaime I llegó a Elche quedara maravillado al contemplar el bosque de palmeras que circundaba la ciudad amurallada, excepto por la parte del Vinalopó.

Los árabes fomentaron igualmente el cultivo del olivo y la fabricación de aceite en las muchas almazaras que construyeron. Otro tanto hicieron con la cebada y el trigo, más de la primera que del segundo, pues la cebada es más resistente a la sequía que el trigo, y además necesita menos agua para su vegetación. También cultivaron el algodón y el lino, como plantas textiles, y el azafrán y el alazor como colorantes, aunque en pequeñas cantidades.

Según Ramos Folqués («Historia de Elche», t. 1, p. 91) los árabes introdujeron en Elche los limones, las limas y las naranjas dulces, originarias del Extremo Oriente, aunque en el campo de Elche estos cultivos debieron ser minoritarios, dada la escasez de agua dulce para riego que siempre hubo. Más adelante añade: «En ganadería tenían una gran variedad, entre las que estaban las ovejas, las cabras, las palomas, los bueyes, las abejas, etc. En cuanto a las bestias de labor, generalmente usaban mulas para los trabajos agrícolas y para el transporte».

De su preocupación por aprovechar al máximo el agua dulce de aluvión, nos da idea el hecho de que cuando la reconquista había en el campo de Elche más de trescientos aljibes («aljubs»), generalmente a las orillas de los caminos que tenían desniveles pronunciados, para recoger el agua de escorrentía cuando lloviese. Algunos de estos «aljubs» han llegado hasta nuestros días, tanto en el campo de Elche, como en el campo de Crevillente. De estos

datos ya nos hablaba Cristóbal Sanz en 1621, y después los reproducen todos los historiadores, como Pedro Ibarra («De Barreras a Romero», 1926, p. 10), que además añade que cuando la reconquista había en Elche «... 113 almazaras y hasta diez molinos harineros», prueba evidente de los muchos olivos que había por aquel entonces para precisar tantas almazaras para molturar las aceitunas.

El mismo Pedro Ibarra, resaltando las cualidades de los moros como agricultores, dice: («Historia de Elche», p. 33 y ss.) «Los moros eran muy dados a la agricultura, que después de la guerra, era su principal ocupación, y llegaron a tener el campo de Elche sumamente enriquecido que les permitía cosechar muchas aceitunas, con las cuales fabricaban riquísimo aceite, cebada en abundancia, y las cosechas de granadas y dátiles, almendras y el gusano de seda que importaron, siendo éstas sus producciones principales. Cultivaban extensos algodonales en el interior de los huertos de palmeras que les permitían tener fábricas de algodón y otras lucrativas industrias».

Debió ser cierto tanto esmero en el cultivo de la tierra por parte de los árabes, y tan abundante la riqueza producida por este trabajo y dedicación, porque el cronista de Jaime I, en el momento de la reconquista dejó escrito que Elche «collia mes pa que Murcia». Esto nos demuestra una gran pujanza y desarrollo en la agricultura ilicitana de aquel entonces.

Esta aplicación de los moros en la agricultura y sus muchos conocimientos en el cultivo de la tierra, quedó claramente de manifiesto después de la reconquista, pues el Magram fue siempre modélico en cuanto a su cultivo. Por eso no es de extrañar que se dejara sentir tanto su falta, cuando fueron expulsados en 1609.

Pedro Ibarra no se cansa de valorar las cualidades de los moros como agricultores, tanto antes como después de la reconquista: «Eran los moros del Arrabal muy trabajadores y los había bastante ricos, pues de ellos existían que tenían caballos ricamente enjaezados y lujosas armas. Cosechaban gran cantidad de cereales, trigo especialmente. La mayor parte de la porción del término que tenían señalado, estaba muy bien cultivado, plantado de frondosos olivos, cuyas abundantes cosechas molían en sus propias

almazaras. Su alimentación era muy frugal. La mayoría de ellos comían pan de cebada, maíz y de centeno, lo que les permitía aumentar sus capitales y también tener las tierras más francas de pechos que los nuevos pobladores».

No cabe duda de que la laboriosidad y el buen hacer de los actuales agricultores ilicitanos, esas buenas cualidades que les honran y distinguen, son heredadas de los árabes, que cultivaron estos campos de una forma modélica. Ellos fueron los que sentaron las bases de la actual agricultura ilicitana.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA RECONQUISTA Y EL REPARTIMENT

Las estructuras agrarias ilicitanas que han llegado hasta nuestros días, tienen su origen y vienen determinadas por el reparto que hizo de estas tierras el Infante D. Manuel después de la reconquista, tanto en lo concerniente a la propiedad de la tierra, como en la distribución del agua de riego.

Cuando en 1265 las tropas de Jaime I reconquistaron Elche del dominio árabe, de una manera definitiva, quedó confirmado su yerno el Infante D. Manuel, como Señor de Elche y de todo el Valle del Vinalopó hasta Villena. Dicho Infante, ya ostentó este Señorío cuando las tropas de su padre, el Rey Fernando III de Castilla, reconquistó Elche por primera vez en 1241. Este dominio duró veinte años, hasta que los moros se sublevaron en 1261 y se apoderaron de nuevo de la ciudad de Elche y de todo el Reino de Murcia. En vista de esto, el Rey Alfonso X que había sustituido a su padre en el Trono de Castilla, pidió ayuda a su suegro, Jaime I de Aragón, para reconquistar los territorios perdidos, ayuda que le fue prestada con largueza, gracias a la cual, quedó Elche definitivamente incorporado al dominio cristiano.

Asentados de nuevo los cristianos en Elche, obligaron a los árabes a abandonar la ciudad amurallada y a construirse su Aljama, a partir de un tiro de arcabuz lanzado desde la muralla del sur de la población.

En las capitulaciones concertadas entre Jaime I y los árabes para la entrega pacífica de la ciudad amurallada de Elche, el Rey

Conquistador les prometió que les respetaría sus casas y sus tierras (P. Ibarra, «Historia de Elche», p. 39). También les prometió si se sometían pacíficamente, que podrían conservar su religión y regirse por sus propias leyes y costumbres. Después, estas promesas sólo se cumplieron en parte. Si bien pudieron conservar su religión y construirse una mezquita en la Aljama, así como regirse por sus propias leyes, en cambio, les desplazaron de sus viviendas y de sus propiedades rústicas. Los cristianos, dueños por completo de la situación, a partir de entonces, dictaron un nuevo ordenamiento legal para organizar la nueva sociedad mixta cristiano-árabe.

Consolidada la reconquista, el Infante D. Manuel, en el año 1267, nombró a Gonzalo Ibáñez, Martín Martínez y Domingo Pérez, para que hicieran el reparto del término municipal, territorio que dividieron en dos porciones delimitadas por el cauce del Vinalopó. La margen derecha se la dieron a los moros que se concentraron allí todos y la margen izquierda a los acompañantes de Jaime I que formaban parte de su ejército, que como recompensa a sus servicios, se les daban propiedades en las zonas conquistadas. En la margen izquierda, al sur de la población, en lo que hoy es partida de Daimés, el Infante se reservó para sí 10.000 tahúllas de tierra con su dotación de agua. A estas 10.000 tahúllas se les llamó el Donatiu y al resto de la margen izquierda el Franch. En cuanto a la margen derecha, cedida a los moros, se le llamó el Magram (palabra árabe que significa cosa pechada, cosa sujeta a pecho). Lo de Franch es que estaba libre de pecho, aunque pagasen los cristianos otra clase de impuestos y de diezmos.

El Magram se regaba con las aguas de la Marchena y el Donatiu y el Franch con las aguas de la Acequia Mayor.

Así pues, a partir de la reconquista los cristianos ocupaban la ciudad amurallada, que a partir de esos momentos se llamó la Vila y los moros habitaban en la nueva población construida por ellos que se llamó Aljama o Morería. En cuanto a la propiedad rústica, el Franch se les dio en grandes trozos a los cristianos más influyentes y el Magram que era menos de la tercera parte del término municipal, se repartió entre todos los árabes que eran mayor número que los cristianos.

La propiedad del agua estuvo siempre unida a la propiedad de la tierra. Cuando el Infante D. Manuel hizo el reparto de las tierras y de las aguas, dispuso que la distribución y administración de las aguas tenía que continuar haciéndose de la misma manera que se había hecho hasta entonces: «... que la ayan assi como la solian auer los moros en el so tiempo».

Como las aguas de la Marchena eran insuficientes para regar toda la margen derecha del Vinalopó, dos terceras partes eran de secano, limitándose la huerta de los Moros solamente a lo que son hoy las partidas de Algorós y de Algoda. Esto dio origen a una gran fragmentación de la propiedad rústica en el Magram, donde en una pequeña zona tenían que trabajar y alimentarse gran número de familias moras, todo lo contrario de lo que ocurría en el Franch, donde pocas familias poseían grandes superficies de terreno. En cuanto al Donatiu, en el año 1276, mediante un Privilegio dado en Murcia en 11 de Agosto (A. Ramos: «Historia de Elche», t. 1, p. 125) hace donación al Concejo de la cuarta parte de las 10.000 tahúllas y del agua correspondiente, y de las otras tres cuartas partes a los cristianos viejos, con la condición de que se avecindasen aquí. Estas donaciones se dividían en Alquerías, Caballerías y Peonías.

Por una parte, vemos a los moros muy laboriosos y entendidos en agricultura, concentrados en una pequeña zona dividida en minifundios, sobrecargados de impuestos, que trabajan sin descanso para poder sobrevivir, y por otra, a los cristianos, pocos en número, dueños de grandes extensiones de terreno que apenas cultivan, y que no muestran tampoco ningún interés por asentarse en sus nuevas propiedades, ni menos aún por la agricultura.

Esta situación le crea al Infante D. Manuel muchas preocupaciones y quebraderos de cabeza, y trata por todos los medios de que aumente la población cristiana, pues al tratarse de una zona fronteriza se necesita mayor protección. Por eso se les dan muchos incentivos a los nuevos pobladores que hagan vecindad aquí.

Como, a pesar de todo, los cristianos se muestran reacios a vivir en sus nuevas propiedades, que tienen prácticamente abandonadas, el Infante les amenaza diciéndoles que de seguir las cosas así sus propiedades serán cedidas a otros nuevos pobladores

que se comprometan a vivir en ellas, según se lee en el Privilegio dado en Burgos el 5 de Abril de 1268. (P. Ibarra, «Historia de Elche», p. 56).

En otro Privilegio dado en Murcia el 15 de Agosto de 1276, el Infante confirma todas las donaciones hechas en el reparto de 1267, pero a condición de que los nuevos propietarios vivan en sus haciendas. Seguía latente el problema de la vecindad, el problema de la repoblación de las nuevas tierras reconquistadas unos años antes, repoblación que sería lenta y difícil, a pesar de las continuas amenazas que pesaban sobre los nuevos pobladores cristianos de desposeerlos de sus propiedades si no se avecindaban en las mismas.

Muerto el Infante D. Manuel, la Condesa D.ª Beatriz, su viuda, Señora de Elche hasta la mayoría de edad del Infante D. Juan Manuel, el 18 de Octubre de 1285, en una carta fechada en Villena, insistía de nuevo y les daba de plazo «... fasta el dia de Sant Joan Batista primero que viene» para que hagan aquí su asentamiento definitivo, ante la necesidad de que la ciudad sea «... mejor poblada et mejor guardada».

Otra de las preocupaciones del Infante D. Manuel era la cuestión del agua. El fértil campo de Elche necesitaba más agua para riego, por eso mandó traer de Villena «... todas las que pudieren».

La cuestión de las aguas de riego ocasionaba muchos enfrentamientos entre los cristianos y los moros. Para que estuviesen bien delimitadas las que pertenecían a unos y a otros, D.ª Beatriz ordenó en 1285 que hicieran fija la toma de agua de Marchena, por donde tenían que salir las dos onceavas partes del total de las que discurrían por el Vinalopó. También ordenó que se hiciera fija la toma de Albinella, partidor por el cual regaba el Concejo sus propiedades con la talla de agua que se le asignó en el reparto. Este reparto fue confirmado, en todos sus extremos, por la Condesa D.ª Beatriz en 1285, dieciocho años después de haberse llevado a cabo.

Las consecuencias de aquel reparto, en algunos aspectos, han llegado hasta nuestros días. Tal es el caso de determinadas carac-

terísticas de las estructuras agrarias actuales que tuvieron su origen en el «repartiment», como por ejemplo, el que en la zona del antiguo Magram ha estado siempre la propiedad más repartida, pues a partir de la expulsión de los moriscos en 1609, el Magram se dio en enfiteusis en pequeñas porciones a los económicamente más débiles. Esas diferencias económicas entre los habitantes del Raval y de la Vila, y entre los propietarios de la margen izquierda y la margen derecha del Vinalopó, en cuanto a la propiedad de la tierra se refiere, ha sido palpable y notoria hasta tiempos recientes.

Las principales familias de rancio abolengo, cuyos antepasados fueron los acompañantes de Jaime I cuando la reconquista, beneficiarios del reparto de 1267, conservaron en el campo de Elche, margen izquierda del Vinalopó, parte de las propiedades primitivas, hasta hace poco tiempo. Estas propiedades, en las que se conservan aún sus grandes casonas señoriales, con sus escudos y distintivos familiares, que testifican a qué familias pertenecieron en otras épocas, en la actualidad se han vendido y parcelado para edificar, y sólo queda de ellas unos nombres que fueron importantes y significativos en la Historia del Campo de Elche, como la «Casa Gran d'Esprella», por ejemplo, con su vieja casona de grandes dimensiones.

Otra consecuencia del reparto va ligada a los nombres de las partidas rurales, tanto las de la margen derecha como las de la margen izquierda. Al darles el Franch a los acompañantes de Jaime I cuando la reconquista, casi todos ellos valencianoparlantes, los nombres de los lugares de esta zona, son de origen valenciano, aunque muchos de ellos se hayan castellanizado después de la batalla de Almansa, cuando el Reino de Valencia perdió sus fueros y el valenciano dejó de ser lengua oficial en las tres provincias. Así vemos como los nombres de las partidas ubicadas en el Franch, empezaron a llamarse Vall Vert, Asprelles, Baies, Perleta, Salaes, etc. En cambio, el de las partidas que formaron la parte central de Magram (Algoda y Algorós) tienen nombres de origen árabe. En cuanto al Llano de San José, Matola y Pusol, por ser zonas marginales de la Huerta de los Moros, debieron estar en aquellas épocas muy poco pobladas y escasamente cultivadas, ya

que eran secanos, y por lo tanto, los árabes dejaron allí menos huellas.

Otra cosa que llama mucho la atención y que nos demuestra la gran dedicación de los moros a la agricultura, y su cuidado por aprovechar al máximo las aguas de aluvión que discurrían por el Vinalopó (llamado por ellos Wad Arrambla), es que los tres azudes, que como cauces artificiales hechos por la mano del hombre (Azud de los Moros, Azud de la Argamasa y Azud de los Comunes) desembocan todos en lo que fue el Magram, lo que nos da pie para creer que fueron construidos por los moros después del «repartiment». Esto nos demuestra también lo entendidos que fueron los árabes en cuestiones de riego, no solamente por lo realizado aquí, sino también por lo que hicieron en las huertas de Valencia y Murcia. Aquí, sobre todo, tuvieron que esmerarse más en el aprovechamiento de las escasas aguas de riego de que disponían; a pesar de ello, tuvieron que aplicarse mucho en el cultivo de la tierra, ya que con una mínima extensión dotada con escasas aguas de mala calidad, tenían que trabajar y mantenerse una población bastante numerosa.

El sistema de riego y la distribución de las aguas saladas, cuyo ordenamiento y regulación es perfecto, ha llegado a nuestros días tal y como estaba en el momento del reparto llevado a cabo por el Infante D. Manuel, que, en este aspecto, se limitó a dar validez y continuidad a lo que los moros habían establecido desde varios siglos antes de la reconquista.

REFERENCIAS AL CAMPO EN LAS PRIMERAS ACTAS DEL CONCEJO

La primera acta que se conserva en el Archivo Municipal, correspondiente a las sesiones del Concejo (lo que actualmente se llama Corporación), corresponde a la celebrada el día 2 de Junio de 1370. Estas actas, salvo algunos breves períodos (23 de Mayo de 1371 al mes de Junio de 1379, las correspondientes a la época de las Germanías y algunos otros lapsos de tiempo), están todas archivadas en tomos numerados, en los llamados Libros de Cabildos.

Para los investigadores de la vida local, estas actas tienen un valor incalculable, pues en ellas está reflejado el acontecer diario, en sus más mínimos detalles, de la comunidad ilicitana, desde hace más de seiscientos años. Es la historia viva de Elche, reflejada día a día, a través de lo que se hablaba, se discutía y se aprobaba en las reuniones del Concejo. Pero sería harto prolijo y fatigoso tener que ir desentrañando el contenido de estas actas, de lectura difícil, para recabar información sobre cualquier acontecimiento o hecho acaecido en Elche durante todo este dilatado lapso de tiempo. Pues bien, esta labor investigadora la facilitó enormemente don Pedro Ibarra Ruiz, pues tuvo la paciencia de extractar todas estas actas, desde la primera hasta la correspondiente a la sesión celebrada el día 1 de Octubre de 1923, pocos días después de la implantación de la Dictadura de Primo de Rivera. Todo este trabajo, lo recopiló en seis tomos, con un índice exhaustivo por materias que figura al final del tomo sexto y en el séptimo.

De esta forma, resulta muy fácil encontrar cualquier cosa que se busque entre el contenido de todas estas actas. La labor que hizo Pedro Ibarra, al extractar todas estas actas, fue titánica, labor que no le agradecerán nunca lo suficiente los investigadores y el pueblo de Elche, máxime sabiendo que todo este material de un valor incalculable, se lo regaló el Sr. Ibarra al pueblo de Elche.

Todos los que han escrito sobre la historia de Elche, en los últimos tiempos, han bebido en estas fuentes. No sólo en los extractos de las actas del Concejo, sino también en otros muchos documentos que él recopiló y archivó a lo largo de los muchos años que fue archivero municipal, que están a disposición de los curiosos y de los historiadores que sientan interés por la historia de Elche.

Por lo que a mí respecta, la utilización de los datos y reseñas recopilados por Pedro Ibarra, me han servido de base para escribir una gran parte de este libro.

Como dijimos al principio, la primera acta de las sesiones del Concejo que se conserva en el Archivo Municipal, es la correspondiente a la reunión del 2 de Junio de 1370, acta que empieza diciendo: «FONCH AJUSTAT CONSELL GENERAL EN LA EGLESIA DE SANTA MARIA DELIG EN LO DIA DAMUNT DIT DE DIGMENGE APRES PASCUA CINCUAGESIMA, LO CUAL CONSELL FONT CRIDAT DEL VESPRE A DEMATI...».

Como datos curiosos, aunque no de mucha trascendencia, queremos transcribir aquí lo que en las primeras actas que se conservan hacen alusión a cosas y hechos relacionados con el campo y la agricultura.

Así vemos como en la segunda acta, correspondiente al 9 de Junio de 1370, «se penaba a los que cogían caracoles porque solían comerse la uva en agraz».

En la del 15 de Septiembre del mismo año, «... se prohibe que entren los ganados en los cementerios de Santa María, el Salvador y San Jorge».

En la del 7 de Octubre siguiente «se prohibe la exportación de trigo», y también «se prohibe a ninguna persona extraña al tener trigo o harina, bajo pena de 60 sueldos y pérdida del género».

Así mismo se ordena que «el par de perdices valga 10 dineros». (Respecto a esta cuestión, el 8 de Agosto de 1436, el Concejo pone precio de nuevo a las perdices: «Un par de perdices viejas se venderán a 14 dineros; las jóvenes a 10 hasta Todos los Santos; en adelante, todas al mismo precio». Además dispone el Concejo «que les perdius sien acotades», lo que nos da a entender que había muchas y ocasionarían daños en los cultivos.

El 10 de Febrero de 1371, «se acuerda que los jornales de cavadores y podadores valgan 2 sueldos y 6 dineros, sense vi ni companage», y que los braceros puedan cobrar su trabajo en trigo.

El 12 de Abril de 1371, se prohíbe coger la grana sin estar «asaonada».

Como dijimos más arriba, no existen referencias de los cabildos celebrados entre Mayo de 1371 y Junio de 1379.

El 1 de Noviembre de 1379, «... usando el privilegio que tenía el Concejo, éste acuerda prohibir la entrada en Elche de vino y vendimia forastera».

El 9 de Noviembre del mismo año, se acuerda «hacer crida para la Feria de San Andrés que empezaría el 16 de Noviembre y duraría 15 días». (Esta crida, a partir de entonces, se continuó haciendo todos los años por las mismas fechas).

El 7 de Noviembre de 1379 se dan cuenta en el Concejo de las cartas que se han cruzado entre Elche, Orihuela y Alicante, «... para defenderse de la introducción de ganados extraños».

El 7 de Diciembre de 1379, con motivo de los festejos que se iban a celebrar esos días, se acordó «adquirir un toro bravo que sería garrochat». Después, ese toro «seia desfeit y venut a tall. El que aquell preu quen exira sia acojat. E si no basta a lo que costa que pague la mitat laljama dels moros e jueus».

El 26 de Enero de 1438, «se prohibe hacer carbón de pino». (La misma prohibición se repite en 1635: «se prohibe cortar pinos de la sierra del puerto y de todo el término municipal». Se añadía a continuación que se penaría a los que no respetasen estas prohibiciones.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA EXPULSION DE LOS MORISCOS Y SUS CONSECUENCIAS

No cabe ninguna duda de que la expulsión de los moriscos, en 1609, fue muy funesta para España. En esto están de acuerdo todos los autores que se han ocupado de esta cuestión, aunque algunos tratan de justificarla, aduciendo argumentos de distinta índole. Incluso hay quien afirma que la expulsión de los árabes señaló el principio de la decadencia española, dentro del concierto de las naciones europeas.

Demográficamente, tuvo un gran significado, si partimos de la base de que según los datos que se barajan como más fiables, tuvieron que salir de todos los territorios españoles, con motivo de la expulsión, alrededor de medio millón de personas, porcentaje muy elevado dado el número de habitantes que España tenía entonces.

Por otra parte, no podemos olvidar que España estaba a la sazón volcada en América, cuyo descubrimiento había tenido lugar 117 años antes, y a donde se habían desplazado muchos españoles que estaban encuadrados en la milicia o en otras actividades y funciones, y consecuentemente, lo que más se precisaba aquí era gente para trabajar y producir, que fue precisamente lo contrario de lo que ocurrió con la expulsión de los moriscos.

Las razones fundamentales que esgrimió el Rey Felipe III para decretar la expulsión de los moriscos, fueron estrictamente religiosas, por encima de otras consideraciones. En los bandos de

expulsión, esto quedó muy claro, cuando entre otras cosas, decían: «... para que todos estos reynos queden tan puros y limpios destas gentes como conviene», en palabras del Duque de Lerma (Joan Reglá, «Estudios sobre los moriscos», p. 34). Y continúa más adelante: «La decisión que ahora sería definitiva, de expulsar a los moriscos de todos los reinos de España, fue tomada el día 9 de Abril de 1609, el mismo día en que se firmó la tregua de los Doce Años con Holanda».

Para Cristóbal Sanz («Excelencias de la Villa de Elche», p. 88), el motivo de la expulsión fue «...por no querer obedecer el mandamiento de S.M. y no querer ser cristianos».

En lo que concierne al Reino de Valencia, el 4 de Agosto del mismo año, el Rey dispuso «... he resuelto que saquen todos los moriscos dese Reyno». En su virtud, el 22 de Septiembre, Luis Carrillo de Toledo, Marqués de Caracena y Virrey de Valencia, publicó el famoso bando para cumplimentar la disposición real, bando que decía, entre otras cosas: «Todos los moriscos valencianos, assi hombres como mujeres con sus hijos, dentro de tres dias de como fuere publicado este bando en los lugares donde cada uno vive y tiene su casa, salgan del y vayan a embarcarse a la parte donde el comisario que fuere a tratar desto les ordenare». Y más adelante añadía: «... podrán llevar consigo todos los bienes muebles que pudieren». «En las embarcaciones que les conducirán a Berbería, se les proveerá del vestimento que necesario fuere para su sustento durante la embarcación y ellos de por sí llevarán también el que pudieren».

En dicho bando, se especificaba también una cuestión muy importante, relacionada con los bienes y propiedades de los moriscos expulsados, que no pudieran llevarse consigo en el momento de embarcar: «... por cuanto S.M. ha tenido por bien de hazer merced destas haziendas rayces y muebles que no puedan llevarse consigo a los señores cuyos vasallos fueren». (Este bando lo reproduce íntegro Boronat en «Los moriscos», t. 11, pp. 190 y siguientes, y hace mención de ellos Joan Reglá en «Estudios sobre los moriscos», pp. 57 y siguientes).

Como desde unos meses antes de la publicación de este bando, ya se rumoreaba por el Reino de Valencia que se había dis-

puesto por el Rey la expulsión de los moriscos, éstos empezaron a vender todos los bienes y cosas que no podían llevarse cuando tuvieran que salir de aquí, por lo cual se produjo una depreciación manifiesta en toda clase de bienes y objetos que se ofrecían sólo al 10% de su valor real. Esto se acentuó mucho más aún a partir de la publicación del bando el 22 de Septiembre. Ante esta situación, el Virrey de Valencia publicó otro bando el 1 de Octubre para tratar de corregir en parte estos abusos de los cristianos que trataban de aprovecharse de la desesperada situación en que se encontraban los moriscos en esos momentos, bando encaminado a que «los dits moriscos puguen vendre tots y qualsevol bens que aquells tinguen, exeptat que no puguen vendre, ni en altra manera dispondre de les coses y bens següens: ço es, de bestiars, axi grosos com menuts, cavalcàdures, forments ni altres grans alguns, oli, cases, terres, encara que sien franques, y en realench, sensals, debitoris, ni deutes, drets ni accións algunes, sot decret de nulitat». «... declarant, empero, que los dits moriscos puguen vendre a sos senyors qualsevol de dites coses en just y competen preu, en pago del que aquells serán deutors als dits senyors y no en altra manera». «Y que axi mateix les puguen vendre, en just y competent preu a qualsevol altre acreedor de aquells, lo credit del qual constará al document públich» (Asenjo Barbieri, «Revista de Archivos», t. 4, pp. 149-150).

De todos estos bandos, hace también unas breves referencias Cristóbal Sanz, en «Excelencias de la Villa de Elche», pp. 85 y siguientes.

El bando del 1 de Octubre surtió poco efecto, por falta material de tiempo para ponerlo en práctica, ya que la expulsión empezó inmediatamente.

Como dijimos al principio, se expulsaron de España alrededor de medio millón de moriscos. De éstos, la mitad procedían de los territorios de la antigua Corona de Aragón (Aragón, Cataluña y Valencia) y la otra mitad de los territorios de la Corona de Castilla, es decir, del resto de España. Los territorios de la Corona de Castilla tenían a la sazón alrededor de siete millones de habitantes, por lo que los 250.000 moriscos expulsados, solamente supuso el 3'75% del total de la población. En cambio, para los territo-

rios de la Corona de Aragón, que tenían una población de 1.200.000 habitantes solamente, los 250.000 moriscos expulsados, supuso el 20'83% de sus habitantes. De estos datos se desprende que, demográficamente, para la Corona de Castilla, la expulsión de los moriscos, apenas tuvo una mínima incidencia. Pero no así para Aragón, Cataluña y Valencia, donde significó mucho. De ahí que diga Reglá («Estudios sobre los moriscos», p. 38), «La gran crisis provocada en la Corona de Aragón por la expulsión de los moriscos, contribuiría a afirmar el papel hegemónico de Castilla en el concierto de la monarquía hispánica».

Otro tanto se puede decir dentro de la Corona de Aragón, ya que de los 250.000 moriscos expulsados de este territorio, salieron 10.000 de Cataluña, 70.000 de Aragón y 170.000 del Reino de Valencia. Lógicamente, repercutió más donde más salieron y tuvo menos incidencia donde salieron menos, y así lo hace notar Reglá en la página 39 de la obra antes citada, cuando dice, «con la expulsión de los moriscos, que le afectó muy débilmente, Cataluña recupera la hegemonía en la Corona de Aragón, que había perdido en favor del Reino de Aragón, desde fines del siglo XIV». Y añade más adelante, para demostrar el quebranto demográfico que la expulsión de los moriscos significó para el Reino de Valencia, «... hasta el primer tercio del siglo XVIII el Reino de Valencia no volvió a contar con el número de habitantes de 1609».

En el Reino de Valencia, los efectos negativos de la expulsión, se dejaron sentir de inmediato. Tanto es así que «el once de Mayo de 1610 la Real Audiencia de Valencia envió una importante comunicación al Rey, referente a unos 700 moriscos que quedaban en el país «y a la necesidad precisa que ay dellos assi para el riego y partición de las aguas y acequias de los lugares donde ellos vivian y para declarar los términos y límites dellos y dar luz de cosas de que no tienen notizia los christianos viejos, como para hazer el açucar, arros y seda y para aparejar el lino, coger las olivas, travajar el esparto y para ayudar a los labradores en todas las demás haziendas y ministerios de la labor de que necesita tanto el reyno por falta que ay en él de travajadores causada por la expulsión de los moriscos, que lo eran por extremo, y de dia y de noche estaban sobre sus tierras y heredades, sustentándose con solo pan de sevada, miel, pasas o higos, y no perdonando a

trabajo alguno por continuo que fuere». (Reglá, «Estudios sobre los moriscos», p. 66).

Esta petición nos demuestra el vacío tan grande que se produjo en el Reino de Valencia por la expulsión de los moriscos y la falta de brazos para trabajar que se originó por esta causa, con el consiguiente empobrecimiento en toda la región. Esta falta de gente para trabajar llegó al extremo de quedar semiparalizada la agricultura, y hubo necesidad de importar trigo y otros productos de primera necesidad, ya que la tierra apenas se cultivaba y por consiguiente, las cosechas eran mínimas. Esto ocasionó un perjuicio enorme, hasta que con el paso de los años, las cosas se fueron normalizando. «Con la expulsión de los moriscos, la conmoción fue muy grande y sufrieron todos, desde el Rey al último vasallo» (Boronat, «Los moriscos», t. 11, p. 335). También Pedro Ibarra recalca estas circunstancias, cuando dice: «¡Oh infeliz España! ¡Cuánto perdiste con arrojar de tu suelo a los moriscos!» («Historia de Elche», p. 174). Y esto fue así porque la agricultura, en esa época, era una ocupación casi exclusiva de los árabes, por eso se resintió tanto con su expulsión, como muy bien dice Américo Castro en «España en su historia. Cristianos, moros y judíos», p. 57. «Los moros trabajaban y producían y los cristianos señoreaban en su éxtasis de magnificencia personal». Eso lo explica todo, con muy pocas palabras.

Hemos querido hacer estas breves referencias a lo que significó la expulsión de los moriscos en el conjunto del territorio español y en el Reino de Valencia, antes de hablar de la incidencia que tuvo este hecho en la agricultura ilicitana. Si para el conjunto del Reino de Valencia, donde los expulsados fueron el 20'83% del total de los habitantes, este hecho originó muchos trastornos y regresiones, mucho peor sería en Elche, donde los expulsados eran un porcentaje muy superior al conjunto de la región.

Como dicen las crónicas de la época, los árabes salieron de Elche el sábado, día 3 de Octubre de 1609. Pero en realidad, ¿cuántos árabes fueron expulsados ese día? Para Boronat («Los moriscos», t. 1, pp. 428-442), en el momento de la expulsión había en Elche 950 casas ocupadas por cristianos viejos y 400 en la morería. Si ponemos la misma media de habitantes por casa en los

dos núcleos de población, los expulsados serían alrededor del 42% del total de la población. Cristóbal Sanz, nacido en Elche 39 años antes de la expulsión y por consiguiente, fue testigo de excepción de todos estos hechos, dijo en 1621, «los moriscos de Elche eran muchos y los más poderosos del reino, que pasaban de quinientas y cincuenta casas». («Excelencias de la Villa de Elche», p. 89).

Los moriscos se opusieron denodadamente a ser expulsados, pero ante el aparato militar que se desplazó a Elche para llevar a cabo esta expulsión, tuvieron que ceder y dejarse conducir hasta Santa Pola, donde fueron embarcados hacia Orán, acompañados por D. José de Cárdenas, Señor de Elche. Pedro Ibarra describe las escenas de dolor y desesperación de los moriscos al verse forzados a abandonar todas sus cosas y marchar camino del exilio definitivo; al tener que dejar sus casas y sus tierras donde habían vivido y trabajado desde hacía la friolera de 896 años, a través de muchas generaciones.

Consumada la expulsión de los moriscos de Elche, todas sus propiedades y bienes, con arreglo a lo que disponía la orden de expulsión dictada por Felipe III, pasaron a poder de la familia Cárdenas. Estos bienes rústicos y urbanos, consistían en las tierras del Magram y algunas propiedades que habían adquirido del Franch, y las casas del Raval o Morería. A partir de 1611, todas estas propiedades las dio el Marqués de Elche a los más necesitados en enfiteusis. De esta forma, fueron habitando las casas abandonadas y cultivando las tierras incultas. Esto dio origen a una nueva clase de pequeños propietarios de escasos medios económicos, muy diferenciados de los grandes terratenientes que prevalecían en la margen izquierda del Vinalopó y vivían en la Vila. Esta diferencia económica entre los habitantes de la Vila y el Raval, ha llegado hasta nuestros días. En cuanto a la propiedad de las tierras del antiguo Magram, después de la expulsión de los moriscos, siempre estuvo más fraccionada que en la margen izquierda del Vinalopó.

Como es lógico, las condiciones por las cuales se daban estos bienes a los nuevos enfiteutas, las dictaron la familia Cárdenas, que desde el momento de la expulsión, disponía de los mismos.

Estas condiciones, fueron bastante benévolas y no incluían partición de frutos, como era bastante usual en circunstancias análogas, «... reduciéndose todo a un censo anual en metálico relativamente bajo, puesto que los 8 dineros por libra de moneda, del valor de las tierras, agua y heredades, que es el censo que ha de pagar de los dichos bienes para siempre jamás, entre tanto que no redimiere como abajo se dirá, equivalía a un 3'30%» (V. Gonzálvez Pérez, «El Bajo Vinalopó. Geografía Agraria», p. 142). Y añade más adelante, «al adquirir los bienes se exigía una cantidad que equivalía a una quinceavaparte» de todo el valor de la tierra, olivares y agua, «cantidad que formaba parte del total que el enfiteuta tenía que pagar para el rescate del dominio directo». En dichos contratos de enfiteusis, a pesar de la expresión antes reseñada de «para siempre jamás», el enfiteuta podía redimir cuando quisiera, con tal de que pagase la totalidad de la cantidad convenida. «Se hace merced a dichos vasallos y sus sucesores de que pueden redimir el dicho censo cada y cuando les pareciere pagando la propiedad de él; y pagándola toda queda libre de la responsión y de la sugeción de fadiga, loysme y de ser bienes enfitéuticos».

El número exacto de enfiteutas que adquirieron bienes de los árabes expulsados, en los primeros años después de 1609, no consta de momento en los Archivos Municipales, aunque según nos manifestó el Archivero Municipal, Rafael Navarro Mallebrera, existen documentos que reseñan estos contratos enfitéuticos, así como la cantidad de los mismos, en poder de personas particulares de Elche. Indudablemente, estos documentos, de un gran valor histórico, deberían estar en el Archivo Municipal, para que todas las personas interesadas en conocerlos, tuvieran facilidad de acceso a los mismos.

Del número de enfiteutas que había en el siglo XVIII, ya se tiene conocimiento. Según Gonzálvez Pérez («Bajo Vinalopó...», p. 144) en 1739, los enfiteutas de la Vila y el Raval eran 1.270 de un total de 2.900 vecinos, es decir, más del 43% y en 1784, este número se incrementó hasta 2.362. Y más adelante añade, «... el pago de pechos se hacía con carácter semestral: mitad en San Juan y mitad en Navidad».

Cuando las tierras establecidas con cargas enfitéuticas que-

daban vacantes, por abandono de sus dueños, revertían de nuevo al patrimonio del Señor de Elche, que las volvía a dar a los labradores para que las cultivasen, pagando por este cultivo una cantidad que estaba siempre en función de la calidad de la tierra. Este pago o arrendamiento, se conocía con el nombre de «terretge».

Esta forma de adquirir propiedades mediante enfiteusis, tuvo una gran incidencia en el campo de Elche, y mucho más aún en Crevillente, donde los árabes expulsados poseían casi la totalidad de las tierras cultivadas. Fue una manera fácil para que los económicamente más débiles, pudieran tener acceso a la propiedad de la tierra, que iban pagando poco a poco, con el producto que sacaban de ella. De esta forma, aumentaba el número de propietarios y el fraccionamiento de la propiedad rústica fue mayor, al mismo tiempo que el cultivo de los campos adquiría mayor intensidad, después de la época de abandono, a raíz de la expulsión de los moriscos.

El número de enfiteutas en Elche se multiplicaría a finales del siglo XVIII, cuando la colonización de los Carrizales. Este fraccionamiento de la propiedad rústica y estos enfiteutas, fueron la base, como antepasados, de esos miles de pequeños agricultores que hoy cultivan, directamente, sus explotaciones agrarias de pequeñas dimensiones y que constituyen la columna vertebral de la agricultura ilicitana.

CESION, EN ENFITEUSIS, DE LAS PROPIEDADES ABANDONADAS POR LOS ARABES (*)

Después de la reconquista de Elche, en el año 1265, por el Rey Jaime I, de Aragón, el origen de la propiedad se basa, fundamentalmente, en el «Repartiment» hecho por el Infante D. Manuel, dos años después. Como es bien sabido, en este «Repartiment», a los acompañantes principales del Conqueridor, se les dio en grandes trozos, toda la margen izquierda del Vinalopó, que se regaba con las aguas de la Sequia Major, que se llamó posteriormente Franc, por estar libre de «pecho», además de ocupar la ciudad amurallada. En cuanto a los árabes, se les obligó a construirse la Aljama, llamada después Arrabal de la Morería, y se les asignó, en pequeñas parcelas, las tierras de la margen derecha que se regaban de la Marchena, zona que más adelante se llamó Magram (cosa «pechada») o Huerta de los Moros.

Pero a partir de la expulsión de los moriscos, en 1609, todas las propiedades que estos tenían, tanto rústicas como urbanas, pasaron a depender, jurídicamente, del Señor de Elche, a la sazón Duque de Maqueda, entre otros títulos nobiliarios. Esto ocurrió así, cumpliendo los preceptos establecidos en las cláusulas del Decreto o Bando de expulsión de los moriscos, dictado por el en-

(*) Los datos que figuran en este trabajo, están extraídos de los Documentos que el Ayuntamiento de Elche le compró recientemente a la familia Gómez Brufal, y que hoy se conservan en el Archivo Municipal.

tonces Rey de España, Felipe III, ya que éstas decían explícitamente, que pasarían a los Señoríos de cada lugar, todas las «haziendas, raizes y muebles que no puedan llevarse consigo los moriscos expulsados». Esto, en palabras de E. Císcar Pallarés, «supuso unas modificaciones sensibles en el régimen jurídico y estructura de la propiedad de la tierra».

Como era norma y costumbre por aquellos tiempos, las propiedades abandonadas por los moriscos, después de su expulsión, el Señor de Elche las cedió a los nuevos pobladores, por el sistema de enfiteusis, dando origen, de esta manera, a una nueva clase de propietarios, que accedían al Dominio Util de unas propiedades, tanto rústicas como urbanas, que se quedaban gravadas con la servidumbre del Dominio Directo, que continuaba en posesión del Duque de Maqueda y sus sucesores, y por el cual, cobraba determinadas cantidades en metálico anualmente, que se estipularon en los contratos correspondientes.

Así es que, primero, por el «Repartiment» y después por estos contratos de enfiteusis, se configuró la estructura de la propiedad rústica del campo de Elche, a partir de la Edad Media, así como las normas jurídicas de su posesión y disfrute, estructura y normas que se completaron, en lo que a los Carrizales se refiere, a mitad del siglo XVIII, cuando el Duque de Arcos colonizó los almarjales de Elche, llamados Valsallarguera o Carrizals.

Estos terrenos colonizados, a imagen y semejanza de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, en la Vega Baja del Segura, se cedieron igualmente en contratos de enfiteusis, aunque las condiciones eran diferentes a las establecidas en las cláusulas de los contratos de primeros del siglo XVII, para las propiedades abandonadas por los árabes, de los que nos vamos a ocupar a continuación, en este capítulo.

La mayor diferencia que existe entre unos contratos y otros, es que en los del siglo XVII, los enfiteutas pagaban al Dominio Directo, unas cantidades determinadas en metálico, por la posesión, a perpetuidad, del Dominio Util de las propiedades adquiridas por este procedimiento. En cambio, en los de la colonización de los Carrizales, los enfiteutas pagaban en especies (sólo pagaban en metálico, un real de vellón por tahúlla y año, para contri-

buir a la conservación y mantenimiento de los cauces de riego y avenamiento principales, cuyos trabajos tenía que hacer el Dominio Directo) mediante un determinado porcentaje de los productos que se cosechaban en las tierras colonizadas. Pero la colonización de los Carrizales, merece un capítulo aparte, donde se detallen todas las condiciones en que se llevó a cabo, a partir de 1748.

La expulsión de los moriscos, en 1609, supuso un duro golpe para la agricultura del Reino de Valencia, en general, y en particular, para la ilicitana, ya que la mayoría de los que entonces trabajaban la tierra, eran moros. Y no solamente en el Magram, que poseían en propiedad, sino también en el Franc, donde los propietarios cristianos de las grandes fincas, se valían también de los moros para el cultivo de sus tierras.

Dos años después de la expulsión de los árabes, el Duque de Maqueda, hizo un contrato-marco mediante el cual, cedía en enfiteusis todas las propiedades abandonadas por los moriscos, de las cuales disponía a su libre albedrío. Estos contratos, sólo se diferenciaban unos de otros, en el nombre del enfiteuta y el número de tahúllas de tierra o de casas que adquiría cada uno de ellos, por este procedimiento.

Aunque lo que en principio se pretendía, con estas cesiones, era que viniesen pobladores de otras partes, para llenar el vacío dejado por los moriscos, al ser expulsados, lo cierto fue que todos los contratos que se hicieron en 1611, los suscribieron enfiteutas que eran vecinos de Elche, como se señala en los mismos; generalmente, gentes de la clase media y baja.

Como dijimos antes, estos contratos eran todos iguales, y estaban encabezados por el nombre del Señor de Elche, con todos sus títulos de nobleza: «Jorge de Cárdenas Manrique, Duque de Maqueda, Marqués de Elche, Conde de Valencia y de Treviño...». A continuación se justificaba porque se cedían estas propiedades, diciendo «... por haberse quedado despobladas mis villas de Azpe, Crevillente y la Universidad de San Juan».

Lo que se cedía en estos contratos, era «... el útil dominio de las haziendas; tierras, casas del Arrabal, agua, etc.».

Previamente, se fijaba el valor en metálico, de las fincas cedidas en estas condiciones, y sobre el valor establecido, el enfiteuta se obligaba a pagar, «para siempre jamás», una cantidad anual que consistía en «feis dineros por libra del valor asignado a la propiedad rústica, y cuatro dineros por libra, en el valor de las casas». Estos pagos se hacían en dos plazos: la mitad en San juan, la otra mitad en Navidad.

La valoración de estas propiedades, sè hacía por libras, sueldos y dineros, que eran las monedas corrientes a la sazón.

En el primer contrato, hecho a primeros del año 1611, a nombre de Pedro Esteban Martínez, correspondía a una casa en el Arrabal, valorada en 132 libras, una parcela de tierra plantada de olivar, valorada a 12 libras la tahúlla, una parcela de tierra de «medianos», valorada a 5 libras la tahúlla y medio hilo de agua de Marchena valorado en 85 libras. De estas valoraciones se desprende un dato muy importante a tener en cuenta, y es el enorme valor que tenía entonces el agua de Marchena, ya que medio hilo de agua tenía un valor superior a siete tahúllas de tierra de olivar.

En los contratos siguientes, estas valoraciones variaban en más o en menos, lo que nos da a entender que se valoraba con arreglo a la calidad y clase de cultivo, en cuanto a las tierras se refería, y con arreglo a su tamaño, ubicación y estado de conservación en las casas.

En los contratos del primer año, siempre se trataba de lotes de una o dos casas, junto con una o varias parcelas de tierra, con diferentes valoraciones. Se sumaba el valor global del lote, y sobre esta cantidad, se fijaba el importe que el enfiteuta tenía que pagar anualmente, quedando fijada en el contrato correspondiente.

En estos documentos, no se especificaba la ubicación de las fincas, tanto rústicas como urbanas, objeto de cesión, aunque sí que se señalaba el nombre de los linderos.

Los contratos especificaban también que las propiedades se cedían «con todas sus entradas, falidas, vfos y costumbres, derechos y fervidumbres quantos han».

Entre las muchas obligaciones que adquirían los enfiteutas, al firmar estos contratos, figuraban las de «que hayan de tener las cafas bien labradas y reparadas y las heredades labradas y bien cultivadas, a vfo y costumbre de buenos labradores, de manera que fiembre vayan en aumento y no vengan en diminucion. Y fi no lo hiziere fiendo requerido, por parte de su Excellencia, puede mandarlos reparar y cobrar de fus bienes por via executiva los gastos que en efto fe hizieren».

Si a pesar de estas advertencias, el enfiteuta no cumplía con las obligaciones adquiridas, con arreglo a las cláusulas del contrato suscrito, las sanciones podían ser mayores, ya que el dueño del Dominio Directo, tenía potestad para «... tomarle las mifmas cafas y haziendas en que huuere el tal daño por comiffo».

En otra de las cláusulas, se especificaba también «... que fi el dicho poblador eftuviere quatro años sin pagar el dicho fenso, aunque no fea requerido, por el mifmo hecho la tal hazienda que asfi fe le da por efta escritura, caiga en comiffo y fu Excellencia y fus fuceffores puedan tomar y ocupar por derecho de comiffo, los mejoramientos que tuuiere».

Con estas condiciones tan rígidas, los enfiteutas tenían que cumplir forzosamente con las obligaciones adquiridas, pues de lo contrario, se exponían a verse desposeídos de las propiedades adquiridas, por el procedimiento de enfiteusis, sin posible compensación.

En otras cláusulas se establecía que «las dichas caffas, heredamientos y agua, no puedan fer vendidos, ni enagenados a Iglesia, hospital, ni monasterio, concejo, colegio ni Uniuersidad, ni a Cauallero, ni a otra perfona defendida por Derecho». Y también que los dichos bienes, «no se puedan empeñar, ni hipotecar, aunque fe diga que tal hipoteca es fobre los mejoramientos, fi no precediere licencia del Señor del Directo, y todo lo que fin ella fe hiziere, fea nulo y de ningun valor».

En los casos en que los enfiteutas transmitían estas propiedades, por cualquier causa, se especificaba «que hauiendose de dividir y partir dichos bienes entre herederos, o fueren dados, o donados por qualquier caufa, fea obligado el poffeedor a manifestar-

lo dentro de treynta dias, para que fe hayan de reconocer mutuamente, fo pena de comiffo».

Las circunstancias adversas, no eximían a los enfiteutas del pago de las cantidades especificadas en los contratos, ni eran tampoco motivo para pedir una rebaja en las cantidades que se especificaban en los mismos: «Que de dicho cenfo que asfi fe ha de pagar en cada año, no fe pueda pedir baxa ni disquento por efterilidad ni por falta de agua».

Otra de las condiciones impuestas, en los casos de las transmisiones de estas propiedades, era que las tierras y el agua que le correspondía, siempre iban unidas, y eran inseparables: «Que no fe puedan vender, enagenar por ningun cafo la heredad fin el agua, ni el agua fin la heredad, fino que lo vno y lo otro anden juntos». (El ser inseparable la tierra y el agua, ha sido una norma jurídica que ha estado en vigor hasta épocas recientes, lo mismo que distribuir las aguas mediante tandas y no por venta directa).

Había una cláusula referida expresamente a los casos en que los enfiteutas se convirtieran en delincuentes: «que fi (lo que Dios no permita) el dicho poblador cometiera crimen o otro delito por donde merezca perdimiento de bienes, el Señor del Dominio Directo le preua del Dominio Util de los dichos bienes, declarando haber caído en comiffso». Y también «que qualquier pleito que por efta razon, y lo ello anexo y dependiente fe moviere, hayan de juzgarlo los oficiales y juezes de su Excellencia, fin que pueda apelar, ni tener recurso de fimple querella, ni otro remedio ante otros juezes».

Como se observará, el Dominio Directo dictaba sus propias normas, con plena potestad, sin estar sometido lo más mínimo, a otras jurisdicciones. Esto fue así hasta que a partir de la Constitución de Cádiz, y de la Desamortización de los bienes y fueros de la Nobleza, desaparecieron todos estos privilegios que tanta importancia tuvieron durante toda la Edad Media.

Con el paso del tiempo, surgieron muchas cuestiones y conflictos entre los nuevos propietarios, respecto a los lindes y obligaciones ante el Dominio Directo, medidas exactas de las fincas que se iban fraccionando por ventas o herencias, etc. Para corre-

gir todos estos defectos, y saber en realidad lo que tenía cada uno de los nuevos propietarios, y por consiguiente, lo que tenía que pagar, en el siglo XVIII, de cuando en cuando, se realizaban lo que llamaban «cabreves», que no eran otra cosa que lo que hoy entendemos por censos catastrales. En estos «cabreves», se hacían los deslindes y comprobaciones pertinentes sobre el terreno, y quiénes eran los verdaderos dueños y lo que tenía que pagar a cada uno el Dominio Directo en concepto de los impuestos llamados a la sazón, censo, luismo y fadiga.

En el siglo XVIII, cuando se realizaban estos «cabreves», en el antiguo Magram, ya especificaban más datos, y además de los nombres de los linderos de las distintas propiedades rústicas «cabrevadas», se reseñaba también la ubicación de las mismas: Partido de Matola, Partido de Pusol, Partido de Algorós, etc. Nos llamó mucho la atención de que no apareciese en ningún caso la Partida de Algoda, a pesar de formar parte de lo que fue la Huerta de los Moros. Esto nos da a entender que esta nomenclatura es posterior a la primera mitad del siglo XVIII. En cambio, aparecen repetidamente como «partidos» los nombres de Camino de Catral, Camino de Orihuela, Camino del Box, Algibe, Alcabala, Garrofera, Casablanca, Boniol, etc.

A pesar de que las condiciones en que se cedían estas propiedades por el sistema de enfiteusis, decían que eran «para siempre jamás», a primeros del siglo XIX se redimió esta servidumbre, mediante el pago de determinadas cantidades, lo mismo que ocurrió con los enfiteutas de los Carrizales en el año 1942.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL CAMPO DE ELCHE QUE VIO VICIANA

El 15 de Marzo de 1562 llegó a Elche Rafael Martí de Viciana, Historiador y Cronista de la Inclita y Coronada Ciudad de Valencia y de su Reino. Viciana venía a Elche a recabar datos de primera mano para escribir su Crónica, tal como había hecho en otros pueblos del Reino. La Crónica de Viciana, dividida en varias partes, constituye un documento muy valioso para conocer lo que era el Reino de Valencia en el siglo XVII. Se adelantó en esta labor a Cavanilles en más de dos siglos, aunque Cavanilles fue más exhaustivo y minucioso en su trabajo de historiador y cronista del Reino de Valencia.

Como Viciana vino a Elche muy bien recomendado, se le trató aquí con mucha consideración y se le dieron muchas facilidades para que pudiera llevar a cabo su trabajo. Incluso se le asignó una cantidad en metálico para que pudiera cubrir sus gastos durante los días que durara su estancia en Elche.

En la reunión que celebró el Concejo el día 15 de Marzo de 1562, se trató de esta cuestión y se tomaron algunos acuerdos sobre el particular: «Lo magnifich marti viziana cronista es vengut en esta vila ab letres del noble don Luis Ferrer y dels magnifichs jurats de la ciudad de Valencia ad les quals fan saber que lo dit viziana venia per les viles y lochs del present regne pera saber les coses notables que en aquells y ha pera posarles en crónica en honra del present regne per averne memoria en lo devinidor y

pregant li feren al dit viziana tota la bona obra que pugueren en y com los dits jurats y le em donat al dit viziana LXXVIII (78) reals castellans per ajuda a la despensa y gastos compresa la despensa que ha fet de menjar per tal lo dit Consell te per be lo dit gasto y dels reals que li an donat que per tant son dits setanta huit reals. E axi ho tingue per be y decreta lo dit Señor Governador. E com fos present lo dit Gaspar Malla sindich dix que no y consentia».

Referente a la agricultura ilicitana, Viciana, entre otras cosas dijo que había 22 oficinas donde hacen jabón de tabla, con una venta anual por un valor de más de 80.000 ducados; en una sola calle había 28 almazaras, junto a la acequia de riego. Observó que los olivos eran de poca altura, aunque daban abundante cosecha la mayoría de los años, cosecha que cifraba en 75.000 arrobas. Dijo que la cebada era el principal grano que se cosechaba y que había 14 molinos harineros en la ciudad. En cuanto a los dátiles, dijo que su valor anual era superior a los 3.000 ducados.

Estos fueron los datos más significativos que dejó escritos Viciana en su crónica, referidos al campo de Elche y su agricultura.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LOS CAPITULOS DEL ALMUSTAÇAF

Para regular todas las actividades en Elche, el Almustaçaf publicó el 5 de Octubre de 1589 unos capítulos divididos en 175 epígrafes donde se ordenaba como tenían que comportarse los ilicitanos de todas las profesiones. En estos capítulos se decía qué tenían que hacer los carpinteros, sastres, herreros, panaderos, etc., etc. Eran como unas normas de conducta a seguir por todos para que la convivencia se desarrollase dentro de la más estricta justicia y corrección. Y no eran sólo recomendaciones, sino una serie de disposiciones legales de obligado cumplimiento, con las consiguientes sanciones a los contraventores de las mismas.

De estos 175 epígrafes, hemos entresacado solamente unos cuantos que guardan más relación con la agricultura, referidos a «Ortolans, almaseres y moliners».

Als almaserers se les recomendaba:

«Que no tinguen gerres en les almaçeres,
Que no lleven a mes de 3 sous per remolinada.
Que posen lo oli dos ores ans quel medixquen.
Que tinguen carabasi foradat.
Que no acarrejen oli denit».

Als moliners:

«Que ajen de moldre a tanda.
Que no lleven a mes de a diner per barsella.
Que no tinguen porchs, gallines ni altres coses.

Que no molguen remijons sense pesar.
Que no arrujen ses molíns.
Que no puguen llevar en gra ni farina res de les taleques.
Que no cambien ni baraten lo blat».

Als ortolans:

«Als preus que an de vendre los datils, la alcandia, el panis, la alfalfa y la ortalisa.
Que no mesclen la ortalisa, ni véndrela pasaes 24 hores.
Que no faran madurar els fruits».

El primer epígrafe de estos capítulos recomienda «que porten a refinar los pesos y medides»; el segundo «que gosen vendre sens refinar los pesos», y el tercero «que manifesten ans de vendre y no venen sens pesos del mustaçaf ni faren fals manifest».

Todo un código de sabias disposiciones legales para el mejor ordenamiento de la vida de los ilicitanos de aquellos tiempos y que no tiene nada que envidiar a las normas y ordenanzas actuales que rigen la vida moderna.

MUSEO ESCOLAR

EL CAMPO DE ELCHE QUE VIO CAVANILLES

Cuando en la Primavera del año 1791 recibió Antonio José Cavanilles, botánico valenciano nacido en la capital del Turia en 1745, el encargo del Rey de España, Carlos IV, de recorrer todo el territorio nacional «para examinar los vegetales que en ella crecen», empezó su labor investigadora por su propio país, el Reino de Valencia. Pero este trabajo científico que se le encargó, que en un principio tenía que estar limitado al estudio de los vegetales, quiso ampliarlo a otros aspectos, como son los datos geográficos, producciones agrarias, población, etc. de todos aquellos lugares que recorría. Así, empezando por el norte y terminando en las zonas que limitan con la provincia de Murcia, recorrió pueblo a pueblo todo el Reino de Valencia, reseñando todos los datos que pudieran tener algún interés científico o estadístico. Fruto de esta concienzuda labor, que le llevó más de dos años de exhaustivo trabajo, nació su famosa obra «Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y frutos del Reino de Valencia», publicada en 1795. Esta obra tiene aún plena vigencia, y cuando alguien quiere estudiar cualquier aspecto de un lugar determinado de cualquiera de las tres provincias valencianas, no se pueden prescindir de las referencias del «Cavanilles», que es como se conoce su obra.

Cuando medio siglo después publicó Pascual Madoz su famoso «Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Alicante, Cas-

tellón y Valencia», se basó, fundamentalmente, en datos aportados por Cavanilles. Incluso algunos relatos los transcribe literalmente.

Para la confección de este Diccionario, Madoz se valió de corresponsales, y éstos, en cada población, basaron sus referencias en los datos aportados por Cavanilles, que los había conseguido recorriendo palmo a palmo el territorio visitado.

Cavanilles estuvo en Elche en el verano de 1793. Procedente de Aspe, entró por el norte, y al llegar a Carrús dice, «nótanse aquí pinos robustos y elevados», lo que demuestra que nuestras montañas del norte, tuvieron en otras épocas una gran riqueza forestal que hoy ha desaparecido por completo.

Cuando divisa Elche, queda maravillado y exclama: «cuando se perciben las inmediaciones de Elche, y en ellas aquel bosque dilatado de olivos, precedidos de tanto campo cultivado; cuando en el centro de los olivos se ve aquella multitud de empinadas palmas que ocultan los edificios y parte de las torres y la cúpula de la villa más populosa del reino, es tanta la sorpresa, tan dulce la sensación, que el espectador desea llegar a aquel nuevo país para conocer a fondo su valor, su hermosura, sus producciones y habitantes, digno todo de ser descrito con exactitud». La primera impresión que tuvo Cavanilles de nuestro campo, no pudo ser más halagüeña. De ahí que lo describiera con tanta minuciosidad y con tanta profusión de detalles.

Según Cavanilles, «80.000 tahúllas se riegan con las aguas del pantano: son estas salobres, como igualmente las que sacan de los pozos; pero nada perjudica a los vegetales, aunque los continuados riegos hayan comunicado partículas salinas a los campos, donde se coge con abundancia aceite, vino, trigo, alfalfa, palmas, dátiles, algodón y cuanto se desea: en los que no tienen más riego que las lluvias hay almendros, higueras y gran cantidad de viñas; pero mayor comparación de sembrados, que por lo común son cebada; necesitan para fructificar lluvias oportunas, que siendo por desgracia escasas y muy inciertas en aquel recinto, lo son también sus frutos».

Siempre ha salido a relucir el eterno problema que ha pade-

cido la agricultura ilicitana en todos los tiempos: la escasez de agua y la inseguridad de los agricultores de poderle sacar a la tierra y a su trabajo una mediana y segura rentabilidad por falta de lluvias. Y la pérdida de muchas cosechas por este motivo, con todo lo traumatizante que esto resulta para los que viven todo el año apegados al terruño, al que dedican todos sus afanes, con generosa entrega y sacrificada humildad.

Y continúa Cavanilles más adelante: «De ahí el quedar, al parecer, yermos repetidos años aquellas llanuras y lomas preparadas y sembradas por sus dueños; de ahí también la desgraciada suerte de muchos vecinos, que esperando siempre años favorables, sudan y trabajan sin recompensa. Sienten los contratiempos, mas no desalientan, porque conocen la bondad del suelo que cultivan, y saben que acudiendo las aguas, les faltarán graneros para guardar el fruto». Es esto un hermoso canto al tesón y a la constancia del agricultor ilicitano, que contra viento y marea, contra el infortunio y la adversidad, trabaja sin cesar, en completa simbiosis con la tierra que mima y que cultiva, que sabe que es fértil y generosa, pero que no siempre recibe el agua que precisa y necesita para rendir a plena producción y al máximo de sus posibilidades.

Y tiene elogios para la destreza y el bien hacer de los agricultores ilicitanos, cuando dice: «... pero hacer cosechas importantes y cultivar estos vegetales con conocimiento y esmero, solamente lo han conseguido los de Elche.

En cuanto a la distribución de los distintos cultivos en el campo de Elche, Cavanilles dice: «Destinaron a palmas 1.000 tahúllas contiguas a los edificios de la villa, que reducidos a huertos cercados de paredes, forman un bosque circular de 70.000 palmas». (Las 70 palmeras por tahúlla nos parece un número excesivo y exagerado, pues lo corriente y normal siempre han sido alrededor de 40). «Sigue a esta faxa circular de huertos, otra más ancha, donde se cultivan trigos, barrillas, alfalfas y otras plantas útiles; y últimamente vienen los olivos, que ocupan 30.000 tahúllas y sirven de corona o cerco al resto de los huertos». El número de tahúllas de olivos que señala Cavanilles, es muy superior a todos los datos, que procedentes de otras fuentes, se poseen sobre

este particular, que generalmente, los sitúan en poco más de la mitad.

Este mosaico de cultivos, mirados desde lo alto, formaban un conjunto admirable que cautivaba al contemplarlo. Cavanilles lo hizo y describe así sus impresiones: «Mirando este recinto desde la torre o campanario de la iglesia de Santa María, ofrece una vista agradable».

Según Cavanilles, Elche tenía entonces alrededor de 20.000 habitantes, «que se han doblado en los últimos 40 años». Estos habitantes los distribuye así: «Parroquia de Santa María, 7.100; el Salvador, 7.900; San Juan, 5.080; Santa Pola, 870, y el Molar, 350». Lo que hacen un total de 21.300 incluyendo los de Santa Pola y la parroquia de San Francisco de Asís. En cuanto a sus ocupaciones dice: «A excepción de algunos empleados en el trajino y carretería y otros en manufacturar el esparto, todos son labradores».

Más adelante ratifica que «los árboles de secano reducidos a higueras, algarrobos y a tal qual almendro». En cuanto a la forma de cultivar la tierra, notó «aplicación suma e inteligencia en los labradores; si bien noté descuido en los olivares que por Julio estaban cubiertos de cardohuso, los árboles mal podados y con los ramos principales poco abiertos. De este descuido procede, tal vez, lo poco que rinden las tahúllas de olivares, valiendo cada una de arriendo cuatro pesos, quando los de viña valen ocho, trece los de alfalfa, catorce las de palmas y hasta veinte las de algodón».

Seguramente esta enfermedad del olivo de que habla Cavanilles, sería la causa principal de su decadencia, ya que a partir de esos años, la superficie de tierra dedicada a ese cultivo en el campo de Elche, fue disminuyendo paulatinamente, perdiendo la preponderancia que había tenido hasta entonces.

Nos habla también de los cultivos complementarios que se plantaban en los huertos de palmeras y dice: «Suelen plantarse de algodón espaciosas áreas horizontales que dexan entre filas de palmas».

Habla también extensamente de las características de las pal-

meras y de la forma de reproducirse y desarrollarse, enumerando las distintas variedades de dátiles, con sus nombres y calidades; de los marcos a que se plantan las palmeras en los huertos, «están plantadas a seis pies una de otra en filas paralelas a lo largo de los canales de riego: estos suelen tener pie y medio de profundidad, seis de ancho y como trescientos de largo y sirven de linderos a los campos que se aprovechan en alfalfa, algodón u otras producciones». Después explica cómo suben a las palmeras para realizar los trabajos de escamonda, encaperuzado, cogida de los dátiles, etc. y la facilidad con que lo hacen, resaltando la habilidad que se requiere para ello y el enorme riesgo que entraña esta clase de trabajos. «Diestros y atrevidos los de Elche suben con una celeridad increíble, sin más auxilios que una fuerte soga con que ciñen floxamente sus cuerpos y el ástil sobre el que apoyan alternativamente sus pies desnudos, mientras que con las manos van elevando la soga hasta llegar a su corona»... «Mayor parece el riesgo a que se exponen cuando suben a formar el cono de todos los frondes de la palma»... «rehusan los ojos mirar a aquellos hombres, al parecer en tanto riesgo, mientras ellos se ocupan con serenidad en completar su obra».

Todo lo relacionado con las palmeras está tratado por Cavanilles con profusión de detalles y observaciones, con minuciosa exactitud, lo que demuestra la profunda atención que le prestó al palmeral de Elche desde todas sus facetas, enumerando todos sus cultivos, su encaperuzado para la obtención de palma blanca, su historia, reproducción y desarrollo vegetativo a través de los tiempos, sus experiencias con este vegetal, sus orígenes, etc. Habla también de todos los productos de la palmera y dice que «el número de conos anuos suele ser ocho mil y sus productos otros tantos mil pesos, pues cada uno resulta diez frondos útiles, que ordinariamente se venden a real y medio. Sobre los dátiles dice haber una producción anual de «140.000 arrobas que a diez reales producen 1.400.000 reales».

A las palmeras hembras les asigna una producción media de cuatro arrobas de dátiles cada una.

En cuanto a los demás productos agrícolas que produce el campo de Elche anualmente, los enumera de la siguiente manera:

«5.000 barchillas de almendras, 6.000 cahíces de trigo, 30.000 de cebada, 58.500 arrobas de aceyte, 60.000 de algarrobas, 8.000 de barrilla, sin contar otras especies de inferior mérito, llamadas allí sosa y salicor. El vino les rinde medio millón de reales y mucho más la alfalfa, frutas, hortalizas, algodón y otros varios artículos».

Como se observará por esta relación, los productos agrícolas más abundantes de la época eran la cebada y la algarroba en las tierras de secano y el aceite y los dátiles en regadío.

En cuanto a las perspectivas y posibilidades de producción que tenía el campo de Elche, si hubiera tenido más agua, dice lo siguiente: «Crecerían sobremanera los frutos y el vecindario de Elche si alcanzasen agua los campos de su fértil secano, pero no hay más riego que el que proporciona un pantano, distante como una legua hacia el norte de la villa».

Así era, a grandes rasgos, el campo de Elche que vio Cavanilles a finales del siglo XVIII. Aunque algunos datos que aporta difieren algo de los textos de otros autores que tratan el mismo tema, no cabe la menor duda de que constituyen referencias valiosísimas que reflejan con bastante exactitud la realidad de lo que era la agricultura ilicitana hace cerca de 200 años.

MUSEO ESCOLAR

LO QUE NOS DICE MADOZ DEL CAMPO DE ELCHE

A diferencia de Viciana y Cavanilles, Pascual Madoz no estuvo en Elche para documentarse, ni tampoco estuvo en los demás pueblos que describe en su DICCIONARIO GEOGRAFICO-ESTADISTICO-HISTORICO. Para recabar datos que sirvieran de base para su famoso Diccionario, se valió de más de 1.000 corresponsales y colaboradores de toda España. Este Diccionario, referido a las provincias de Alicante, Castellón y Valencia, se publicó en 1845. En lo que a Elche se refiere, los informadores de Madoz fueron José María Ruiz, cronista y archivero de Elche, y José Brú y Piqueras, Alcalde de la ciudad y miembro de la Sociedad Económica de Amigos del País.

En el caso concreto de Elche, muchos de los datos y referencias que aporta, están calcados de los datos que sacó directamente Cavanilles 48 años antes, y que constan en su famosa obra.

Madoz, al describir Elche y su término municipal, dice lo siguiente: «Las afueras de la población son bastante deliciosas: en primer lugar se encuentra rodeada de un bosque extenso de palmeras que se elevan a una altura sorprendente, las cuales impiden que se vea el caserío hasta casi estar dentro de él: desde lejos hace esta faja una vista hermosa, pues se destaca como un punto oscuro a manera de un grande desierto. Sucesivamente van extendiéndose fajas circulares de huertas seguidas de sembrados sin riego. Los árboles del secano reducidos a higueras, algarrobos y

tal cual almendro; la blancura y aridez aparente de los campos hacen un contraste admirable con el bosque de olivos, y éste con el de palmeras, por mediar entre ellos multitud de huertas con variedad de producciones. Los canales de riego serpentean por todas partes, las muchas casas de campo que pueblan todo aquel territorio, la animación continua que se nota en los caminos y veredas, aquel sol hermoso que ostenta siempre sus dorados resplandores, todo causa sorpresa y admiración: sin embargo, aquellos habitantes que debieran nadar en la abundancia y ser felices, porque tantas causas conspiran a dicho fin, se ven en la dura necesidad de abandonar su patria para encontrar un pedazo de pan en las costas africanas. La sequía que tantos años está experimentando la provincia de Alicante, digna de mejor suerte, se ha hecho sentir de una manera muy lamentable en la villa que describimos; y como consecuencia de ello la despoblación ha sido muy notable, al mismo tiempo que sensible».

Al referirse a la configuración territorial del término municipal, dice lo siguiente: «que está dividido en 33 partidas rurales con su nombre especial, en cada una de las cuales hay un diputado de justicia (alcaldes pedáneos, instituidos 23 años antes) que nombra el Ayuntamiento para atender el buen orden y seguridad de los moradores que habitan en más de 1.525 casas de campo que hay esparramadas por todo aquel territorio; algunas de ellas forman caserío, siendo los principales el llamado Molar o San Francisco de Asís, situado a 1 1/2 legua y se compone de 20 ó 25 casas con su ermita y Alcalde Pedáneo; el denominado Casas-juntas y las Torres de Gaitán».

Más adelante habla de las características y calidad de la tierra y la describe diciendo que «... hay dilatadas llanuras, multitud de lomas y cerritos de tierra, por lo común blanquecina, de mucho fondo y árida, que se regula en 800.000 tahúllas, de las cuales, la décima parte se riega con las aguas del pantano».

Al referirse a los muchos cultivos y productos que se cosechan en el campo de Elche, los describe de la siguiente forma: «el principal es la cebada, trigo muy poco, maíz, vino, bastante aceite, algarrobas, dátiles, algodón, alfalfa, almendras, higos, barrilla, legumbres, frutas de muchas clases y hortalizas; no hay ganado la-

nar de cría, sino que sólo el suficiente para el abasto de carnes, un poco de cabrío para leche, caza de liebres y conejos en el saladar, aunque en pequeña cantidad; bastantes aves acuáticas en la Albufera y pesca de mújoles y anguilas en la misma, y toda clase de peces en el mar».

No especifica las cantidades que se cosechan de cada uno de estos productos, como hizo Cavanilles medio siglo antes, aunque se supone que estas cantidades serían mínimas, dada la gran sequía que se padecía por aquellos años.

Según los datos que aporta Madoz, Elche tenía entonces 4.025 vecinos y 18.064 habitantes. En cuanto al Presupuesto ordinario del Ayuntamiento, ascendía a 99.586 reales.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL PANTANO DE ELCHE

La acuciante necesidad de agua de riego que siempre ha padecido el campo de Elche, por la carencia de lluvias, ha inducido a los ilicitanos de todos los tiempos, a tratar de conseguir nuevos caudales de distintas procedencias y al aprovechamiento máximo de las pocas aguas disponibles para poder regar estas feraces tierras, casi siempre sedientas.

Dada la irregularidad de las escasas lluvias que se producen en esta zona y la circunstancia de que en la mayoría de los casos, estas lluvias son tormentosas y propician grandes avenidas en ramblas y barrancos, y, por consiguiente, las aguas de aluvión apenas se aprovechan y perjudican más que benefician a la agricultura al inundar las hondonadas de la desembocadura de los mismos, desde muy antiguo se tenía pensado construir un pantano en el último tramo del Vinalopó, para regular las riadas, que aunque no se han dado en el pasado con demasiada frecuencia, algunas de ellas han sido muy importantes y devastadoras. La idea de poder embalsar estas aguas de aluvión, para su aprovechamiento posterior en el riego, iba tomando cuerpo a medida que pasaban los años, pues se consideraba que estas aguas podían ser, en muchos casos, un valioso complemento de las pocas aguas disponibles procedentes del riego tradicional, que además de tener mala calidad, eran manifiestamente insuficientes para cubrir unas mínimas necesidades de riego.

Ante esta carencia de agua para poder regar las sedientas tie-

rras ilicitanas, el Concejo de Elche, el 16 de Julio de 1589, tomó el acuerdo de construir un pantano en el Vinalopó, y a tal efecto nombró una comisión compuesta por el Síndico Jaime Ortiz López, Melchor Perpinya, Jerónimo Malla y Gaspar Malla, para que, juntos con el Justicia y Jurados, estudiaran y decidieran en esta cuestión. (Alejandro Ramos, «Historia de Elche», p. 232).

Este acuerdo del Concejo se quiso poner en práctica de inmediato, como lo demuestra el hecho de que la mencionada comisión se reunió al día siguiente de su constitución para comenzar las gestiones que se le habían encomendado. Lo primero que hizo fue escribir a Joan de Temple, constructor del pantano de Almansa, que había entrado en funcionamiento en 1584, es decir, cinco años antes. Para contactar con Joan de Temple y recabar sus servicios con miras a la construcción del pantano de Elche, se designó al maestro Miguel Sánchez, que junto con el maestro Chavarría se trasladaron a Almansa e inspeccionaron su pantano recién construido, en compañía de Joan de Temple, que pocos días después se trasladó a Elche. El 23 de Julio, Joan de Temple, junto con Pedro Izquierdo, que había hecho los proyectos del pantano de Tibi (Pedro Ibarra, «Informe presentado al Concejo de Elche por el maestro Joan de Temple, relativo al emplazamiento del pantano de Elche»)... «inspeccionaron la rambla para ver el lugar más apropiado donde construir dicho pantano». De esta inspección dedujeron que el lugar más apropiado era... «en lo estret de dita rambla questa al castellar de morera, per ser lo lloch comodo y tenir en la matexa obra pedra y demes pertrechos».

En el lugar elegido para construir el pantano, había una rafa, al parecer de la época de los romanos.

El 8 de Septiembre del mismo año, fue comisionado Jerónimo Malla para informar al Duque de Arcos de estas gestiones y recabar su autorización para construir esta presa. El Duque, que a la sazón residía en Torrijos, una vez conocido el informe técnico de Joan de Temple y consciente de lo que esta obra podría beneficiar a la agricultura ilicitana, embalsando las aguas de aluvión, autorizó la construcción del pantano el 28 de Noviembre de 1590.

A pesar de las prisas iniciales y de tener todas las autoriza-

ciones pertinentes, el Concejo acordó no empezar las obras hasta conocer el resultado del pantano que se estaba construyendo en Alicante. (Alejandro Ramos, «Historia de Elche», p. 233)... «acuerdo que perjudicó notablemente a este proyecto, pues esta medida dilató la fecha de construcción». Y continúa Ramos, «el caso es que por unas cosas u otras, hasta el 20 de Diciembre de 1631, fecha en que el Marqués de Elche confirió licencia a la Villa para imponer un censo de 14.000 libras con un tres por ciento de pensión anual, a favor de D. Máximo Llanos, de cuya suma, así como del producto del arrendamiento de las tiendas y de la venta del agua de la Villa, servirían para hacer frente a los gastos que se iban a emprender en la obra del gran pantano».

La construcción del pantano empezó 43 años después de haber aprobado el Concejo llevar a cabo la obra, ya que la primera piedra de la presa se puso en 1.632 y se terminó de construir en 1640. (Archivo Municipal de Elche. «Pantano. Historia de su construcción. Borrador del Informe y notas de gastos habidos en su construcción. Año 1642»). El coste total de la obra fue de 12.000 libras (45.000 pesetas), de las cuales pagó la sexta parte la Universidad de San Juan.

Como dijimos antes, los informes técnicos y los proyectos del pantano de Elche, fueron de Joan de Temple y dirigió la obra el maestro Miguel Sánchez.

Según Cavanilles («Observaciones sobre la Historia Natural, geografía, agricultura, población y frutos del Reyno de Valencia», p. 274, tomo II), las características y medidas de esta presa, son las siguientes: ...«se compone de un murallón que en arco une los dos cerros, y tiene 100 palmos de altura (23 metros), con 54 de espesor en la base (12'40 metros) y 40 en la parte superior (9'20 metros), donde forma una terraza o explanada de 85 varas (77'35 metros), espacio que media entre dichos cerros».

El pantano fue destruido por una gran riada el día 3 de Septiembre de 1793, aunque desde hacía algunos años, por su gran enterramiento y por sus defectos de funcionamiento en la paleta de desagüe, había perdido parte de su utilidad. De todas formas, con mayor o menor aprovechamiento, había estado en servicio durante 153 años.

Como durante este siglo y medio el pantano fue de gran utilidad y reportó grandes beneficios para la agricultura ilicitana, ya que al estar en uso se disponía de más agua para el riego, aunque de forma esporádica e irregular, se pensó reconstruirlo en varias ocasiones, pero siempre que se trataba de llevar a cabo esta reconstrucción, se tropezaba con dificultades económicas y por lo tanto, se iba demorando la empresa, por ésta y otras causas.

Ante la carencia de fondos para reconstruir el pantano, el Ayuntamiento, en 1841, pensó enajenarlo con el fin de poder llevar a cabo esta reconstrucción. Así, el Alcalde de Elche, D. José Brú Piqueras, se reunió con los representantes de los propietarios de las acequias de Marchena y Mayor, el día 8 de Diciembre de dicho año, exponiéndoles la idea de la enajenación, con el fin de poder reconstruirlo. Partiendo de esta base, se formó una comisión para estudiar todo lo concerniente a esta reconstrucción; proyectos, costos, formas de financiación, etc. Una vez finalizadas todas estas gestiones, el 20 de Febrero de 1842, se convocó una Junta General de propietarios de las acequias Mayor y Marchena, donde se aprobó la cesión, por parte del Ayuntamiento, de la propiedad del pantano destruido, con la condición de reconstruir la presa, a cargo exclusivo de las dos empresas propietarias de las aguas saladas. La escritura de esta cesión, se hizo el día 1 de Abril de 1842, ante el escribano D. Juan Martínez. Por parte del Ayuntamiento, esta cesión se hacía «para siempre jamás», a favor de dicha comunidad de propietarios.

Según Alejandro Ramos («Historia de Elche», p. 235) ...«la reconstrucción del pantano, comenzó el 21 de Junio de 1842, siendo sobrestante de la obra D. Rafael Llofríu y maestro de ella D. José Gonzálvez. Se terminaron las obras el 1 de Abril de 1843». Un año justo desde la fecha en que se materializó la escritura de cesión.

El coste total de esta reconstrucción fue de 157.343 reales de vellón. (AME. «Aguas de riego. Pantano. Historia de su reconstrucción. Borrador del Informe y nota de gastos habidos en su reconstrucción. Año 1842»).

El pantano está actualmente inservible, ya que ha perdido casi la totalidad de su capacidad de embalse, a causa de la gran

cantidad de légamo que se ha ido acumulando en las distintas riadas que han tenido lugar a lo largo del siglo y medio que ha transcurrido desde su reconstrucción.

En varias ocasiones se ha pensado en su limpieza, abriendo la paleta para que el mismo impulso del agua al producirse una fuerte avenida, arrastrara rambla abajo toda la tierra acumulada en la cuenca de su embalse. Pero esta idea nunca se puso en práctica, por considerarla inviable y por lo que pudiera resultar de perjudicial e insalubre para los habitantes de la población y de las pedanías más próximas al cauce de la rambla.

El pantano, con todos sus defectos, desempeñó un papel importante en la agricultura ilicitana de los siglos XVII, XVIII, XIX y primeras décadas del XX. No obstante, desde el momento en que el campo de Elche empezó a regarse con aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, perdió casi todo su valor práctico, lo mismo que les ocurrió a las dos empresas que habían financiado su reconstrucción, a mediados del pasado siglo.

Se puede decir que, en estos momentos, el pantano de Elche es solamente un punto de referencia en la geografía montañosa ilicitana y una página en los anales de la Historia de Elche, habiendo perdido la utilidad que tuvo en otros tiempos para la agricultura ilicitana. Hoy no es más que un monumento de piedra al que visitan los ilicitanos cuando van de excursión a la montaña.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

AGUAS TRASVASADAS

La salvación de la agricultura ilicitana, lo mismo que la del resto del ámbito de la Comunidad de Riegos de Levante, depende, en las actuales circunstancias, de las aguas trasvasadas del Tajo o de otras cuencas. Al margen de que haya más o menos agua embalsada en los pantanos de la cabecera del Segura, la que se riega elevada de los sobrantes de la Vega Baja, en virtud de las concesiones de 1918, cada día que pasa están más contaminadas y son de peor calidad. Hasta hace unos años, estas aguas de sobrantes, cuando venían directamente del rio, e incluso de los azarbes, eran excelentes y sólo perdían calidad para el riego, si pasaban por los embalses del Hondo, por el suelo salitroso de los mismos. Pero de un tiempo a esta parte, por los vertidos contaminantes que van a parar al río, a su paso por los pueblos ribereños, el Segura se ha convertido en una verdadera cloaca. Influye también en esta cuestión el que el río, en la mayor parte del tiempo, no lleva corriente de agua, y los residuos que se vierten en él se corrompen y contaminan más fácilmente. Así vemos como aguas que se toman directamente del Segura, en la presa de Guardamar, sin pasar por el Hondo, ya son malas de por sí, por lo contaminadas que están cuando se riega. Esta contaminación ha llegado a tal extremo, que se están regando aguas con tres grados de salinidad, además de tener otros elementos perjudiciales para las tierras y los cultivos.

Las aguas trasvasadas del Tajo, se están regando en esta zona, desde el año 1978. Estas aguas, son de excelente calidad

para los cultivos, y los que se han regado con ellas regularmente estos últimos tiempos, han experimentado una notable mejoría en su desarrollo vegetativo. Durante estos cinco años, el precio que los agricultores han pagado por estas aguas trasvasadas, ha sido alrededor del 100% más caro que el de las aguas elevadas de las antiguas concesiones. Si bien es cierto que la mayoría de los cultivos, por su baja rentabilidad, no se pueden regar con las aguas trasvasadas, por lo caras que resultan, no lo es menos que habrá que seguir regando con ellas si se quiere evitar que las tierras pierdan su fecundidad, ya que de continuar por algunos años más regando con aguas tan malas como las que se están utilizando ahora (Primavera del año 1983), perderán un gran porcentaje de su capacidad de producción y dejarán de ser aptas para la mayoría de los cultivos más característicos del campo de Elche.

Cuando se termine de construir el embalse de Crevillente, que ya está muy avanzado, y se puedan depositar en él las aguas trasvasadas en las épocas más propicias y, de esta forma, se puedan regular los riegos durante todo el año, sin interrupciones en su suministro, se habrá dado un paso importante de cara a una mejor distribución en la zona de la Comunidad.

Si a las aguas trasvasadas no se les aplica un precio político, se van a tener que pagar a unas tarifas muy elevadas. El compromiso que adquirió la Administración con los ribereños del Tajo en las provincias de Cuenca, Madrid, Toledo y Cáceres, a los que se les prometió mejoras complementarias cuando se proyectó el trasvase, mejoras que tenían que financiarse con el dinero que pagasen por las aguas trasvasadas los regantes del sureste de la península beneficiarios de las mismas, condicionará a la Administración a la hora de fijar estos precios. De todas formas, y por caras que resulten, no se podrá renunciar a ellas si se quiere sacar adelante la rica agricultura de esta zona. Pagar el agua cara es un mal menor para el agricultor; lo que no podrá, en modo alguno, es renunciar a ella por cara que le cueste. Lo que sí que tendrán que hacer los agricultores del campo de Elche, es prescindir de los cultivos de escasa rentabilidad, por característicos que sean de aquí, y dedicar sus tierras a los cultivos que ofrezcan perspectivas económicas más positivas. Y, sobre todo, tendrán que decidirse a modificar el sistema de riego tradicional, que su-

pone un despilfarro de agua que hoy no nos podemos permitir, por su escasez y carestía. Hay que adoptar, de inmediato, el sistema de riego por goteo o aspersión, según el cultivo de que se trate, aprovechando el agua al máximo. No existe otra opción posible en las actuales circunstancias si queremos tener una agricultura rentable. Hay que producir más con un consumo menor de agua. Otras zonas españolas con características y climatología similares, y también con escasez de recursos acuíferos, como Canarias, por ejemplo, nos han marcado la pauta a seguir en este sentido. Allí, el agua de riego, que procede de nacimientos subterráneos, tiene un valor excepcional, y se aprovecha hasta la última gota, ya que el agua supone el ser o no ser de la rica agricultura de las islas. En aquellas zonas isleñas que no disponen de agua, los rendimientos agrícolas son nulos, a pesar de que las tierras son óptimas para producir.

Con todas las limitaciones y dificultades que se quiera, las aguas del trasvase son la gran esperanza de la agricultura ilicitana del futuro. El trasvase Tajo-Segura, fue la realización de un sueño acariciado por los agricultores ilicitanos desde hace mucho tiempo. La idea de trasvasar aguas de otras cuencas, para regar con ellas el campo de Elche, arranca desde muy antiguo. Esta posibilidad siempre se ha considerado viable y conveniente para poder suplir las deficiencias de agua de riego que se han padecido aquí en todas las épocas, por la escasa pluviometría de esta zona y las elevadas temperaturas reinantes. El traer agua de otras cuencas ha sido en Elche una vieja y permanente aspiración que en 1978 se convirtió en una gozosa realidad, después de muchos intentos y proyectos.

El primer proyecto para traer aguas de otras cuencas data del año 1420, como nos relata Pedro Ibarra en «Institución del riego de Elche», p. 9. En este primer intento, se quiso traer agua del río Júcar, y para tal fin, el Concejo de Elche mandó cartas a los de Sax y Villena, pidiendo colaboración para esta empresa. Villena contestó «... haber muchas vegadas practicado en ello y no podía hallar sitio favorable para el trazado del canal». Sax, por su parte, respondió también ...«estar pronto a favorecer el pensamiento». Y Pedro Ibarra continúa más adelante, «extensas noticias acerca de este asunto en nuestras ordinaciones de Concejos,

proyecto que en nada vino a quedar por los azares de la época».

En los siglos XVI y XVII se volvieron a hacer nuevos proyectos para traer aguas del Júcar, como nos dice Alejandro Ramos en «La industria, el comercio y la agricultura en Elche», p. 298. ...«Se renuevan las gestiones para traer las aguas del Júcar, aporte y según un memorial de 1668 es notoria la necesidad que se padece, pues pasaban uno y dos años sin llover, llegando al extremo de tener que beber agua salada»... «Por todo ello se encarga a Francisco Verde que anivelle desde la presa del río Júcar que es al vall de la Marmota, mes amunt si importava fins a la vertent y Rambla de la present Villa, apurant lo que podrá costar de portar y conducir dita aygua».

Más adelante sigue Ramos diciendo que en el siglo XIX continuaron haciéndose proyectos para traer aguas de la misma procedencia. Así, en 1858 se hicieron nuevos planes para trasvasar aguas del Júcar, encargándose al Ingeniero D. Juan Bautista Peironet el proyecto de las obras para la conducción de las aguas de los sobrantes de los riegos de la huerta valenciana. A la realización de estos proyectos, se opusieron las autoridades valencianas, por entender que no había sobrantes en el Júcar y se precisaban todas sus aguas para el riego de la huerta de la provincia de Valencia.

El mismo Ramos, en «Historia de Elche», p. 331, nos relata que ...«en 1906 D. Joaquín Santo Boix (que a la sazón era Presidente de la Comunidad de Labradores de Elche), presentó un estudio para traer aguas del Ebro en Pina o Escatrón (Zaragoza), aguas que se distribuirían entre Teruel, Valencia y Alicante por terceras partes». Y continúa más adelante: «En 1913, la Cámara Agrícola de Alicante se dirige al Presidente del Consejo de Ministros, exponiéndole la angustiosa situación de esta provincia a causa de la pertinaz sequía que durante más de cinco años azota a la misma»... «... por la que pedía esta provincia el trasvase de agua del Tajo o de las aguas de las Lagunas de Ruidera».

Por lo que se observará por todos estos relatos, las peticiones y proyectos para trasvasar hasta Elche aguas de otras cuencas, se suceden continuamente, y son más apremiantes y angustiosas en épocas de sequía, precisamente, cuando más se necesitaban las aguas de riego.

Durante los primeros tiempos de la segunda República, resurgió con más fuerza aún la idea de trasvasar aguas de otros ríos hasta nuestros campos, casi siempre sedientos. Siendo Ministro de Obras Públicas Indalecio Prieto presentó al Parlamento el 30 de Noviembre de 1932, el proyecto elaborado por el ingeniero D. Manuel Lorenzo Pardo, para traer aguas del Tajo a las provincias de Alicante y Murcia. Esta cuestión se puso entonces muy en candelero.

Los técnicos de la época no llegaban a ponerse de acuerdo en si era preferible trasvasar las aguas desde el Tajo o desde el Guadiana. Había partidarios de las dos opciones. De todas formas, de haber continuado Indalecio Prieto en Obras Públicas, y no haber estallado la guerra civil, lo más probable es que de una u otra procedencia, las aguas trasvasadas hubieran llegado al campo de Elche muchos años antes.

Lo que Federico Silva Muñoz, favorecido por unas determinadas circunstancias políticas, realizó en la década de los años 70, sólo fue la culminación de un proyecto que se venía madurando desde hacía varios siglos.

* * * * *

La escasez de las reservas de agua embalsada en los pantanos de la cabecera del Tajo y la oposición, reiteradamente manifestada, de las fuerzas políticas de las comunidades autonómicas de Castilla-La Mancha y Extremadura, no sólo a que se trasvasen más aguas del Tajo al Segura, sino incluso cuestionando la misma existencia del trasvase en sí, ha puesto de nuevo sobre el tapete la necesidad de lograr trasvasar aguas del Júcar al Vinalopó, como otra alternativa posible para el campo de Elche de poder suplir el déficit de agua de riego que está sufriendo en estos momentos.

En tal sentido, el Teniente de Alcalde del Grupo Popular, José Mora Sepulcre, presentó una moción al Pleno del Ayuntamiento del día 25 de Octubre de 1983, moción que fue aceptada por las tres fuerzas políticas representadas en la Corporación Municipal. Fruto de esta moción, fue el acuerdo tomado por el Pleno del Ayuntamiento de dirigirse al Conseller de Agricultura

de la Generalitat Valenciana, exponiéndole la necesidad del trasvase Júcar-Vinalopó, por entender que aguas del Júcar se pierden en el mar, mientras en esta zona se pierden los cultivos por no poderlos regar, como está ocurriendo en estos momentos. El llevar a cabo este trasvase, sería una prueba fehaciente de solidaridad entre dos provincias hermanas.

El trasvase Júcar-Vinalopó no presentaría problemas políticos, como está ocurriendo con el del Tajo-Segura, por estar ambas cuencas ubicadas dentro del ámbito de la misma Comunidad Autonómica.

El Ayuntamiento de Elche, en este caso, no ha hecho nada más que insistir en la petición que ya hizo en 1420.

Esperemos que las autoridades valencianas se muestren ahora más abiertas, comprensibles y receptivas que se mostraron en ocasiones anteriores, a este viejo sueño de la provincia alicantina, siempre sedienta y necesitada de aguas de otras cuencas para poder regar con regularidad sus tierras.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA COLONIZACION DE LOS CARRIZALES

Carrizales es una partida rural del campo de Elche, que linda por el norte con los saladares, por el oeste con Dolores, por el sur con San Fulgencio y por el este con el Molar y la Albufera, formando la pedanía más baja del término municipal, respecto al nivel del mar.

Según nos detalla Pedro M. Ruiz Torres, en su trabajo «Los Carrizales de Elx», estos territorios, después de la reconquista en 1265, pasaron a ser tierras comunales, pertenecientes al Señorío Real, tierras que estaban formadas por un erial freático y pantanoso, donde confluían las desembocaduras de los ríos Segura y Vinalopó; zona abundante en caza y pesca y también en pastos. Del aprovechamiento de toda esta riqueza, se beneficiaban todos, particulamente las gentes más pobres, que encontraban en esta zona húmeda, llena de malezas, el sustento para ellos y sus animales domésticos.

«Esto fue así hasta la tercera década del siglo XVIII, en que cambiaron por completo las normas legales que regían hasta entonces en lo concerniente a la propiedad de esta zona del campo de Elche, y al aprovechamiento de todo lo que producía según relata Baltasar Brotóns en el libro AGRODELX».

«Favorecido por las circunstancias políticas, después de la Guerra de Sucesión, el Duque de Arcos, que ostentaba el Señorío de Elche, consiguió del Rey la jurisdicción dels Carrisals y la Albufera, que pertenecían al patrimonio Real, jurisdicción que

equivalía a un título de propiedad sobre los mismos. En virtud de esta jurisdicción, en 1730 amojonó el perímetro de todo el territorio sobre el que había adquirido jurisdicción unos años antes».

Después de esta concesión por parte del Rey, al Duque de Arcos no le fue difícil convencer a Fernando VI, que había sucedido a su padre, Felipe V en el trono de España, que dictara, a su favor, una Real Cédula, fechada el 4 de Abril de 1748, mediante la cual se sentaban las bases jurídicas para la colonización de los Carrizales, a imagen y semejanza de la concedida unos años antes al Cardenal Belluga para colonizar los territorios lindantes con Carrizales, y que una vez colonizados se llamaron las Pías Fundaciones.

Dos años antes, concretamente el 20 de Febrero de 1746, el Rey concedió por Real Decreto «previlegio de excensión y libertad de todo género de tributos, arbitrios, quarteles, donativos o cualquiera otra contribución que haya o pueda imponerse por tiempo de 20 años a las personas que tomen en establecimiento aquellas tierras y pueblen el nuevo lugar de San Francisco de Asís que se ha de formar contiguo a ellas en la sierra que llaman del Molar».

También por Real Decreto de fecha 29 de Septiembre de 1746, el Rey declaraba implícitamente «lo conveniente que era a mi Real Erario, a vuestro Patrimonio y a la utilidad de los vecinos de vuestra villa de Elche, el desagüe de Valsalarquera, Carrizal, en aquel término, proporcionando a cultivo y producción de frutos, las tierras que incluye, fui servido de mandar despachar Cédula de diligencias para verificarlo, con el fin de resolver en la dificultad que solicitábais para la imposición de censo de ocho a diez mil pesos de a quince reales y dos maravedís de vellón sobre Ducado de Maqueda (al que corresponde la mencionada villa) con que costear los edificios mayores, puentes y demás conducentes a poner en uso las referidas tierras, como con efecto, hechas las averiguaciones necesarias, obtuvísteis mi real gracia de esta concesión...».

La Real Cédula por la que se autoriza a Francisco Ponce de León, Duque de Arcos, a que pueda llevar a cabo la colonización de los Carrizales, consta de treinta y seis cláusulas o condiciones,

especificando en ellas, detalladamente, la forma en que estas tierras, una vez colonizadas, podían cederse a los agricultores en enfiteusis. En estas cláusulas se establecía una auténtica y verdadera ordenación de cultivos (de cuya necesidad tanto se habla en la actualidad) con arreglo a las circunstancias y necesidades de la época. Es admirable la precisión y minuciosidad con que se detallan y especifican todos los pormenores de esta colonización que empezó de inmediato, una vez extendida la Real Cédula.

Como era costumbre en estos casos, el Duque de Arcos se reservó el Dominio Directo sobre los Carrizales, una vez colonizados para él y sus descendientes, dominio directo que duró casi dos siglos, concretamente hasta 1942, en que los enfiteutas, a través del Grupo de Colonización número 15, lo redimieron mediante el pago de 18 pesetas por tahúlla.

En mi libro AGRODELX, del que se ha hecho referencia anteriormente (páginas 39 a 58), se hace un detallado estudio de toda esta colonización, con sus circunstancias y avatares. De ahí que no queramos profundizar demasiado en los pormenores de la misma, por no pecar de reiterativos. Aquí sólo queremos resaltar que, al contrario de lo que hizo el Cardenal Belluga en las Pías Fundaciones, en que casi toda la gente empleada en los trabajos colonizadores procedían de otras zonas, particularmente de Murcia, en la colonización de Carrizales casi la totalidad de los que la realizaron fueron ilicitanos, lo mismo que lo fueron posteriormente los enfiteutas que adquirieron las tierras colonizadas para su cultivo posterior, que llevaba implícito la residencia en el nuevo pueblo de San Francisco de Asís, aunque en realidad esta condición se cumplió solamente en contados casos y a regañadientes.

Otras de las cosas que queremos resaltar es la gran trascendencia que tuvo la colonización de Carrizales en el conjunto de la agricultura ilicitana durante dos siglos. En aquellos tiempos, la mayor parte del término municipal de Elche era de secano, y con la colonización se ponían en riego alrededor de 10.000 tahúllas de tierra fértil, aunque su posibilidad de riego estuviera supeditada a la servidumbre de los aprovechamientos de las aguas sobrantes de las Pías Fundaciones. A pesar de esta circunstancia en los años de sequía, que aquí son tan frecuentes, las tierras de Carri-

zales se convertían en la despensa de medio campo de Elche, particularmente de las pedanías de la parte sur del término municipal, de donde procedían la mayoría de los enfiteutas, propietarios de aquellas tierras. En los años de sequía, tener tierra en Carrizales fue un privilegio, hasta la segunda década del presente siglo, cuando empezó a regarse con aguas elevadas, primero por El Progreso y ocho años después por Riegos de Levante, aguas que tenían la misma procedencia de las que se empleaban para regar los Carrizales.

Otro hecho que queremos destacar aquí es que con la colonización de los Carrizales, se puso en práctica en Elche, de una forma rigurosamente ordenada, la figura jurídica de la enfiteusis en la cesión de terrenos para cultivo por terceras personas que accedían a la propiedad de los mismos por este procedimiento legal, heredado de los romanos y que en la Edad Media estuvo muy extendido en las regiones de Cataluña, Baleares y Valencia, donde aquéllos dejaron hondas huellas en todos los aspectos y sentidos.

Si bien es cierto que cuando la expulsión de los moriscos, en 1609, los herederos de los Cárdenas, que como Señores de Elche, tomaron posesión de todas las propiedades de los árabes expulsados, dieron en enfiteusis tanto las viviendas del Arrabal, donde habitaban, como las tierras del Magram, que les pertenecían y cultivaban desde la reconquista, a los cristianos más pobres que carecían de ambas cosas, en aquella ocasión no se hizo de una forma tan ordenada ni metódica, pues las circunstancias eran distintas. Entonces no se hizo desembolso alguno en acondicionar unas tierras que se cedían tal como las habían dejado los moros al abandonarlas cuando fueron expulsados, y en tales circunstancias pasaron a engrosar el patrimonio particular del Señor de Elche.

Aunque Carrizales está hoy prácticamente deshabitado, y sus tierras bastante desvalorizadas por haber perdido los agricultores gran parte del interés que tuvieron por ellas en otros tiempos, debemos reconocer que durante dos siglos tuvieron una gran incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana, y su colonización marcó un hito importante en la historia del campo de Elche.

De los Carrizales salieron gran cantidad de frutos, sobre todo

cereales, uva de vinificación, aceitunas, alfalfa, etc., después de la colonización, cuando los enfiteutas le prestaron a aquellas tierras todos los afanes y cuidados que precisaban, un poco forzados por la necesidad.

Después de la guerra civil, muchas de estas tierras se abandonaron por sus dueños y dejaron de cultivarse. Otros las vendieron a precios irrisorios.

En la actualidad, los propietarios de los terrenos de Carrizales, pertenecen todos al Grupo de Colonización n.º 15 que salvaguarda sus intereses y gestiona los trabajos de mondas y acondicionamiento y conservación de los cauces de riego. Sus tierras se cultivan casi en su totalidad y produce buenas cosechas, sobre todo en alfalfa, trigos y hortalizas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LAS ESTRUCTURAS AGRARIAS EN ELCHE EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX

A finales del siglo XVIII había en Elche 2.100 propietarios de fincas rústicas, entre los cuales se repartían las 234.194 tahúllas que figuraban en todo el término municipal como tierras de cultivo, tanto de secano como de regadío. La media de tahúllas por propietario era de algo más de 111 cada uno, pero en el cuadro que incluimos a continuación, observamos que en poder de pocas personas aún existían grandes extensiones de terrenos, reminiscencias del «repartiment» del Infante D. Manuel en el siglo XIII.

Estructura de la propiedad agrícola en Elche a finales del siglo XVIII

N.º tahúllas	VILA		RAVAL		MUNICIPIO	
	Propietarios	Total tah.	Propietarios	Total tah.	Propietarios	Total tah.
Hasta 10.....	133	929	80	495	213	1.424
Hasta 20.....	231	3.554	107	1.627	338	5.181
Hasta 31.....	201	5.123	75	1.902	276	7.025
Hasta 41.....	110	4.028	56	2.012	166	6.040
Hasta 52.....	109	5.121	46	2.157	155	7.278
Hasta 104.....	300	22.638	134	10.012	434	32.650
Hasta 208.....	195	28.965	84	12.507	279	41.472
Hasta 312.....	72	18.294	42	10.936	114	29.230
Hasta 520.....	64	25.468	22	8.401	86	32.864
Hasta 728.....	20	11.824	12	7.579	32	19.403
Hasta 1.040...	13	11.048	2	1.869	15	12.917
Hasta 2.081...	12	15.968	5	6.270	17	22.238
más de 2.082..	5	15.465	—	—	—	15.465
TOTAL.....	1.465	168.425	665	65.767	2.130	234.192

FUENTE: V. González Pérez: «Bajo Vinalopó», p. 154.

Otro dato que podemos sacar de este cuadro es que de los 37 propietarios que había entonces que poseían más de 1.000 tahúllas de tierra cada uno, 30 son de la Vila y solamente 7 del Raval; y de los 5 que pasaban de las 2.082 tahúllas (200 hectáreas) no había ninguno del Raval, lo que nos demuestra lo que hemos repetido varias veces: que los herederos de los grandes propietarios que se beneficiaron del «repartiment», en calidad de acompañantes de Jaime I, cuando la reconquista, aún conservaban su poderío económico y su influencia social dentro de la sociedad ilicitana, y como familias distinguidas tenían todas sus viviendas blasonadas en la Vila.

Entre los grandes propietarios de entonces figuraba también la Iglesia, como institución, y algunos clérigos, a título particular, como nos lo demuestra que a finales del siglo XVIII los clérigos tuvieron en Elche 7.219 tahúllas de tierra, entre la Vila y el Raval y las instituciones religiosas 3.232 (V. Gonzálvez Pérez, «Bajo Vinalopó», p. 157).

Como observamos por estos datos, en el siglo XVIII, aunque no tanto como en otras regiones, el clero en Elche tenía grandes propiedades rústicas y urbanas. Como botón de muestra diremos que a finales de dicho siglo, sólo la Iglesia de Santa María, entre otras propiedades, tenía 1.009 tahúllas de tierra de todas clases, «huerta, olivares, campa, salada, etc.» (Pedro Ruiz Torres, «Señores y propietarios», p. 321).

En esa época, los mayores propietarios de Elche eran José Perpiñán, con 4.303 tahúllas, y Pascual Ortiz, con 3.948.

A continuación relacionamos los mayores propietarios de Elche, en fincas rústicas, en los años 1753 y 1783.

Mayores propietarios de Elche (en tahúllas)

NOMBRES	Año 1753	Año 1783
Carlos Antón Pérez	868	1.551
José Perpiñán	3.751	4.303
Joaquín Perpiñán	1.171	2.604
Pascual Ortiz	5.558	3.948
Pedro Ruiz de Arias	3.398	2.153
Carlos (Vaillo) de Llanos, Conde de Torrellano	2.221	2.421
Juan Espuche y Santacilla	826	799
Carlos Pomares de Guillén	501	491
Antonio Vives de Molina	372	400
Vicente Santacilla	701	645
Antonia Alarcón, viuda de Torres	550	839
Félix de Poyo	1.528	1.653
Pedro Caro, Marqués de La Romana	446	429
Mateo Alberola	838	554
José Miralles, Marqués de Carrús	1.420	1.416
Bartolomé (Bautista) Jaén de Miralles	344	511
Carlos Durá de Pomares	1.156	746
Total propietarios, 17		
Total tahúllas	24.649	25.481

FUENTE: V. Gonzálvez Pérez, «Bajo Vinalopó», p. 149.

La primera desamortización de los bienes de la iglesia fue la que más incidencia tuvo en Elche, según Pedro Ruiz Torres, cuando dice: «...la primera desamortización de los años 1798-1806, a instancias de Godoy, fue la que realmente afectó a los bienes raíces del clero secular, cortando el movimiento expansivo de la amortización eclesiástica que había tenido lugar en el siglo XVIII».

A pesar de que la desamortización de Godoy afectó mucho a los bienes eclesiásticos de Elche, la Iglesia aún conservó una parte importante de este patrimonio hasta la desamortización de Mendizábal en 1835.

Así vemos como en 1817 (Pedro Ruiz Torres, «Señores y propietarios», pp. 318-319), reseñadas en detalle, la relación completa de los bienes eclesiásticos en Elche, que son los siguientes:

– Iglesia de Santa María: un terreno de once tahúllas edifica-

do, 23 casas, una almazara, 114 tahúllas de tierra, censos por un valor de 2.000 libras y cartas de gracia por un valor de 1.500 libras.

- Iglesia del Salvador: 148 tahúllas de tierra; censos y anualidades por valor de más de 12.000 libras; cartas de gracia por valor de 2.146 libras, 5 administraciones con 68 tahúllas de tierra.
- Iglesia de San Juan: una casa-habitación del cura y una almazara de sus administraciones, es lo único que le quedaba.
- Convento de la Merced: varios trozos de tierra por valor de 729 libras; censos y cartas de gracia por valor de 168 libras.
- Monasterio de Religiosas de Santa Clara: 1.336 tahúllas de tierra, una cuarta de agua y siete casas; censos por valor de 499 libras y cartas de gracia por 254 libras.
- Hospital de la Villa: 5 casas, un horno, 2 almazaras, 46 tahúllas de tierra con agua de riego, 3 haciendas y 2 bancales de 323 libras de renta anual, un huerto de palmas embargado por el Intendente; censos y luismos por valor de 38 libras, cartas de gracia por valor de 140 libras.
- Vínculo de la Asunción: 11 casas, 9 huertos (122 tahúllas), 9 tahúllas de olivos y 2 censos de 63 libras de valor total.
- Bienes particulares de los eclesiásticos: 741 tahúllas de tierra, 14 casas, varios hilos de agua y una almazara.

Lo que más llama la atención de toda esta relación de bienes es la gran cantidad de propiedades que tiene el Convento de Santa Clara. A este respecto, dice V. Gonzálvez Pérez («Bajo Vinalopó», p. 159): «El Convento de Santa Clara, de religiosas, fundado en 1515, en el lugar que hoy ocupa la Glorieta de José Antonio, debe sus propiedades a la profesión religiosa que en él hicieron jóvenes de familias más adineradas de Elche: los Perpiñá, Cornellá, etc. De entre sus propiedades, destaca una en Torrellano de 945 tahúllas, claro exponente de una donación ilustre por el lugar y extensión».

Como caso anecdótico diremos que este Convento de Santa Clara fue tan deteriorado por el agua, cuando la tempestad caída

sobre Elche la noche del 6 al 7 de Diciembre de 1853, que tuvo que ser derruido pocos días después.

A mediados del siglo XIX, después de las desamortizaciones, la propiedad agraria en Elche ya está mucho más repartida y así vemos cómo se pasa de los 2.130 propietarios que había a finales del siglo anterior, a 2.634. Otro dato significativo, es que en 1783 había 213 propietarios que tenían menos de 10 tahúllas cada uno, y en 1849 había 522. De la misma forma que aumentaban los pequeños propietarios, disminuían los grandes, pues en 1783 había 5 que superaban las 200 hectáreas (2.082 tahúllas) y que tenían 15.465 tahúllas en total y en 1849 sólo había 4 con 10.299 tahúllas en conjunto.

Las tierras procedentes de las desamortizaciones no las adquirieron las familias más acomodadas, como sería lógico, dado su mayor potencial económico, sino que por el contrario, pasaron a manos de la clase media y baja. A este respecto, dice P. Ruiz Torres: «Las tierras desamortizadas pasaron a manos plebeyas, representativas de la burguesía comercial ilicitana y el campesinado acomodado» («Señores y propietarios», p. 322). Y continúa más adelante: «La primera desamortización permitió a determinados miembros de la clase media plebeya, hacerse con un patrimonio agrario, que quedó reforzado con la revolución burguesa».

Aunque en 1849 aún quedan 9 propietarios en Elche que superan las 1.000 tahúllas cada uno, las propiedades rústicas de las familias de más abolengo van disminuyendo, como se observa en la siguiente relación:

Mayores propietarios de Elche en 1849 (en tahúllas)

F. de Paula Perpiñán	2.487
J. Roca de Togores	2.261
A. García de Barceló	2.131
María J. Cortés	1.813
L. Roca de Togores	1.754
N. Sempere de Agulló	1.714
R. Canicia (Marqués de Arneva)	1.615
José Brú de Antón	1.279
Ginés Ganga de Brú	1.275

FUENTE: Pedro Ruiz Torres, «Señores y propietarios», p. 328.

PUJANZA DE LA AGRICULTURA ILICITANA EN EL SIGLO XVIII

Como hemos dicho en otra ocasión, la expulsión de los moriscos en 1609, fue funesta para la agricultura del Reino de Valencia en general y en particular para la ilicitana. Durante todo el siglo XVII se dejaron sentir en el campo la falta de brazos para cultivar la tierra y en consecuencia el desarrollo agrícola sufrió un fuerte retroceso. Pero superada esta crisis y restablecido el equilibrio demográfico, la agricultura ilicitana inició una época de pujanza que duró muchas décadas durante el siglo XVIII. Durante todo este tiempo, algunos cultivos alcanzaron una gran expansión, sobre todo los olivos, de los que había, según Cavanilles, 30.000 tahúllas, aunque estas cifras se consideran, por algunos autores, un tanto exageradas.

De todas formas, muy abundantes debieron ser los olivares por aquellos tiempos, para que se necesitaran 210 almazaras y 20 fábricas de jabón, que son las que había en Elche a finales del siglo XVIII.

Otro dato que nos habla de la pujanza de la agricultura ilicitana de esta época, es el gran aumento de la población ilicitana, población que según Cavanilles «se ha doblado en los últimos cuarenta años».

Las aguas salobres que discurrían por el Vinalopó debieron ser en esta época bastante abundantes, pues por aquellos tiempos

se consideraban terrenos de regadío una extensión de 80.000 tahúllas. Esta zona regable fue disminuyendo con el paso de los años, a pesar de la red de cauces que existía para distribuir estas aguas por una amplia zona del campo de Elche. Pero al disminuir los caudales de dichas aguas, sólo se regaba en las partes más cercanas a los partidores, donde su aprovechamiento era mayor.

La disminución de la zona regable fue progresiva, hasta el extremo de que en 1910 el Ingeniero D. Próspero Lafarga, en su obra «Los riegos en Elche» nos dice que «la superficie del campo de Elche que actualmente tiene acequias para la distribución del agua, y por consiguiente, la susceptible de ser regada, es de 7.000 hectáreas; pero debemos hacer observar que esta zona no se riega toda, ni mucho menos, lo cual prueba que los riegos alcanzaron en algún tiempo en Elche una extensión mucho mayor que en la actualidad».

Esta expansión de la agricultura ilicitana durante el siglo XVIII, queda reflejada, como dijimos más arriba en el gran aumento demográfico que experimentó la población ilicitana. Así vemos que de los 11.600 habitantes que tenía Elche en 1739, se pasa a los 20.080 en 1794, con un incremento del 73% en un plazo de 55 años. Este incremento de población dio pie a Cavanilles para decir que Elche era «la villa más populosa del Reino».

Este auge y prosperidad de la agricultura ilicitana se reflejaba también en la Feria de San Andrés, que por aquellos años alcanzó una gran expansión, hasta el extremo de que en 1772, acudieron más de cien feriantes, lo que demuestra que había un gran movimiento comercial, producto de una prosperidad manifiesta. Esta pujanza comercial motivó que el Rey Carlos III decidiera instituir en Elche, el 20 de Abril de 1767, un mercado semanal que se celebraría todos los sábados.

A mediados del siglo XVIII, tuvo lugar en Elche un acontecimiento que incidió, sobremanera, en la agricultura ilicitana: nos estamos refiriendo a la colonización de los Carrizales, por el Duque de Arcos. Este hecho puso en cultivo más de 10.000 tahúllas de tierras de almarjales, que hasta entonces habían tenido un aprovechamiento agrícola prácticamente nulo. Dado el carácter de secanos que tenían la mayor parte de las tierras del término

municipal, el poner en regadío más de 1.000 hectáreas de terreno, aunque este nuevo riego tenía la condición de regadío de sobrantes de las Pías Fundaciones del Cardenal Belluga, fue un gran acontecimiento. Tanto es así que en los años de sequía, los Carrizales se convertían en el granero de Elche, donde se cosechaba la paja y el pienso que precisaban las caballerías de labor y gran parte del trigo que consumían las personas. En estos años de sequía, tener tierras en Carrizales era un privilegio para los agricultores, ya que al menos tenían asegurado el sustento de ellos y de los animales domésticos que poseían.

En el mapa de cultivos de 1783 que se conserva en el Archivo Municipal y al que hemos tenido acceso, están desglosados por pedanías toda la variedad de cultivos que hay en cada una de ellas. Lo que más abunda, por supuesto, es la llamada «tierra campa», es decir, la que no tiene ninguna clase de arbolados, con 177.588 tahúllas, el 75'80% del total.

En este mapa figuran 224.626 tahúllas de tierra cultivable en aquellas fechas, cuya distribución por cultivos es la siguiente:

Tierra campa	177.588 tahúllas, el 75'80%
Olivar	15.845 tahúllas, el 06'80%
Viña	7.713 tahúllas, el 03'30%
Tierra salada (saladares)	6.537 tahúllas, el 02'80%
Medianos	4.541 tahúllas, el 01'90%
Tierra de huerta	3.199 tahúllas, el 01'40%
Higueras	2.929 tahúllas, el 01'30%
Algarrobos	2.901 tahúllas, el 01'20%
Plantados	2.058 tahúllas, el 00'90%
Palmeras	1.101 tahúllas, el 00'50%
Almendros	214 tahúllas, el 00'10%

Entre los cultivos arbóreos, lo que más abunda, después de la tierra campa, son los olivos. Aunque este censo se confeccionó once años antes de estar Cavanilles en Elche, no creemos que en tan poco espacio de tiempo se duplicaran las tahúllas de olivar, aunque por aquellas fechas, fuese éste un cultivo en auge que alcanzó una gran expansión.

La viña sigue en extensión a los olivos, con 7.713 tahúllas. Respecto a la viña nos llama la atención que no figure en Carriza-

les cantidad alguna, ni tampoco de olivos, 30 años después de empezar su colonización, siendo estos dos cultivos los que más se fomentaban en las disposiciones de la Real Cédula de Fernando VI. En cambio, figuran 9 tahúllas de palmeras, cuyo cultivo no se contemplaba, en las normas que regulaban dicha colonización, y que siempre fue un árbol que en Carrizales brilló por su ausencia.

En este mapa de cultivos no figuran los granados, lo que nos da a entender que serían muy escasos por aquellas fechas. Los pocos que habría entonces, estarían encuadrados entre las 2.058 tahúllas de plantados.

Al margen de los cereales, el incremento de los cultivos arbóreos y hortícolas, fue notable en el siglo XVIII. Esto le dio a la agricultura ilicitana, más riqueza y variedad en sus productos.

También resultan un tanto confusas las denominaciones de tierras de huerta y tierras de medianos. ¿Tenían arbolado estas tierras? Y si las tenían, ¿de qué variedad eran? Más bien serían tierras de regadío, sin arbolados, dedicadas a cultivos herbáceos que no fuesen cereales, ya que los cereales se sembraban en su inmensa mayoría en los secanos.

Las higueras y los algarrobos ocupan casi el mismo espacio, con una superficie aproximada de 3.000 tahúllas cada uno.

En cuanto a las palmeras, las 1.101 tahúllas que figuran en este censo, suponemos que se refieren solamente a los huertos del casco urbano. Unos años después, Cavanilles habla de un cinturón de palmeras alrededor de la población de 1.000 tahúllas, con 70.000 árboles.

En todos los censos antiguos de palmeras, sólo figuran los huertos que podemos llamar urbanos, no habiendo ninguna referencia escrita sobre las palmeras rurales, tanto las diseminadas como las agrupadas en huertos.

Otra cosa que llama mucho la atención en lo concerniente a las palmeras, es los elevados impuestos que pagaban en el siglo XVIII, lo que nos demuestra el elevado índice de rentabilidad que tenían entonces estos árboles. Estos impuestos, en algunas ocasiones, llegaban a ser 25 veces superiores a los que pagaba la «tie-

rra campa». Los olivos ocupaban el segundo lugar en la cuantía de impuestos que pagaban al Ayuntamiento por entonces.

El comercio de los sobrantes del aceite y del jabón que se exportaba a diferentes puntos de España, suponían para Elche un importante capítulo de ingresos. Según Cavanilles, se producían 58.500 arrobas de aceite al año, aunque es de suponer que esta cosecha variaría mucho de un año a otro. También detalla los demás productos agrarios cosechados, entre los que se destacan las 60.000 arrobas de garrofas y los 30.000 cahíces de cebada.

Diremos como resumen que el siglo XVIII fue para la agricultura ilicitana una época de cierta prosperidad y desarrollo, dentro de las dificultades con que siempre ha tropezado, sobre todo por falta de lluvias y agua de riego.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

DECADENCIA DE LA AGRICULTURA ILICITANA EN EL SIGLO XIX

A principios del siglo XIX, la agricultura ilicitana experimentó una fuerte decadencia. Por distintos motivos, esta decadencia duró bastante tiempo y se acentuó mucho más aún a mediados de siglo, a causa de la pertinaz sequía que se padeció en la década de los años cuarenta.

Las convulsiones políticas nacidas de la guerra de la Independencia contribuyeron también, en gran medida, al creciente deterioro que padeció la agricultura ilicitana, lo mismo que ocurrió con las otras actividades de la población.

Ya hemos visto en el capítulo anterior el rápido crecimiento de los habitantes de Elche en el siglo anterior, prueba evidente de la prosperidad de la agricultura de aquella época, que constituía el 90% de la actividad de la población ilicitana. Pues bien, esta curva de crecimiento de la población disminuye notablemente en el siglo XIX, ya que de los 20.080 habitantes que había en 1794, se pasa a 25.880 en 1900, con lo que el aumento en 106 años es solamente del 28'8%. Este dato es muy elocuente y revelador de la marcha social y económica de Elche durante el siglo XIX.

Aunque la población de entonces era bastante sedentaria y se conservaba prácticamente inamovible en su lugar de residencia, pese a las convulsiones y avatares políticos de aquella época, no cabe ninguna duda de que la prosperidad o decadencia de la

agricultura, quedaba reflejada en el crecimiento más o menos acelerado de la población ilicitana, tal como hoy ocurre con la industria.

La Guerra de la Independencia, con sus secuelas políticas y sociales y los largos períodos de sequía que azotaron a esta zona en las décadas de los años cuarenta y setenta, fueron las principales causas que motivaron esta larga decadencia agrícola. Hubo otros factores que influyeron también en este deterioro, aunque con menor incidencia que los reseñados, tales como el hundimiento del mercado de la barrilla, que proporcionaba saneados ingresos con su exportación. Pero lo cierto es que por unas u otras causas, el campo de Elche perdió gran parte de la pujanza agrícola que tenía a finales del siglo XVIII. Los Libros de Cabildos de estos años contienen muchas referencias que nos manifiestan claramente el deterioro de la agricultura ilicitana.

De las 224.626 tahúllas que figuraban en el mapa de cultivos de 1783, como terrenos con algún aprovechamiento agrícola en la totalidad del término municipal, en el amillaramiento de 1855 (recién terminada la gran sequía) solamente figuraban 196.813 tahúllas válidas agrícolamente.

En el avance catastral de 1923 (año en que empezó a regarse con aguas elevadas de los sobrantes de la Vega Baja) ya figuraban cultivadas 284.000 tahúllas de tierra, entre secano y regadío; 59.374 más que en 1783 y 87.187 más que en 1855. La agricultura ilicitana estaba de nuevo en un período de gran expansión y crecimiento, expansión y crecimiento que con algunos altibajos le ha llevado a lo que es en estos momentos.

Dentro del deterioro general que padeció la agricultura ilicitana en el siglo XIX, donde más se notó esta decadencia fue en los olivos. Unos simples datos nos revelarán la profundidad de esta decadencia: de las 210 almazaras y 20 fábricas de jabón que había en 1783, en el año 1802 sólo quedaban 142 de las primeras y 9 de las segundas.

El 5 de Abril de 1815, en la reunión del Cabildo se dice «que de cuatro fábricas de jabón que quedaban en la Villa, sólo trabajan dos». Si tenemos en cuenta que 32 años antes había en Elche

20 fábricas de jabón y ahora sólo trabajan dos, tendremos una idea de la magnitud de la decadencia del olivar en Elche, principal cultivo arbóreo de aquella época. Otro tanto ocurría con las almazaras, ya que en los Libros de Cabildos del año 1822 se dice que «no se cosechaba aceite desde hacía 24 años».

En 1850, para efectos de impuestos, estaba aún en vigor el amillaramiento de 1783, en plena época de prosperidad. Esto suponía para los agricultores, unas cargas tributarias muy superiores a sus posibilidades económicas, notablemente esquilmadas dada la difícil situación por la que estaban atravesando en aquellos difíciles momentos.

El 8 de Septiembre de 1850 el Cabildo reconoce que «la riqueza rústica en esta fecha era de 4.244.408 reales, con arreglo al padrón de 1773. Pero por causa de la sequía, esta riqueza ha bajado el 23 1/3%, es decir, 990.361 reales y se ha quedado en 3.254.047.

En el Cabildo del 30 de Octubre de 1845, el Secretario del Ayuntamiento Pedro Miralles Imperial y Gómez, lee un informe en el que detalla la difícil situación por la que está atravesando el campo por causa de la sequía. Cuatro meses antes, el 20 de Junio, ya se decía de «pedir a la Administración de Contribuciones justificación del lastimoso estado productivo del término, ocasionado por la sequía, para pedir la baja en la contribución». En un escrito posterior, los propietarios de fincas rústicas ofrecían sus animales y sus propiedades a la Administración de contribuciones, pues no podían pagar sus impuestos por falta de cosechas».

Madoz, en 1847, describe también la catastrófica situación por la que está atravesando la agricultura ilicitana a causa de la sequía.

De las 210 almazaras que había en 1783, sólo quedaban 54 en 1845 y 41 en 1862. Las fábricas de jabón habían quedado reducidas a tres en esta última fecha.

El abandono del olivar era patente y su decadencia iba en aumento hasta perder la preponderancia que tuvo durante muchas décadas, como el cultivo arbóreo más importante del campo de Elche. A finales del siglo XIX, muchos de estos olivares fueron sustituidos por huertos de granados y por viñedos.

De exportar grandes cantidades de aceite se había pasado a tener que importar parte del que precisaba la población para cubrir sus necesidades de consumo, dados los arranques masivos de olivares que se llevaron a cabo en el último tercio del siglo XIX. En esta misma época los viñedos adquirieron cierta importancia, por su cuantía y calidad de sus vinos, hasta que sobrevino la invasión de la plaga de la filoxera en los primeros años del presente siglo. Esta importancia queda manifiesta en la exportación de 150.000 arrobas de vino y 2.500 de aguardiente llevada a cabo en 1864, según calculaba el Ayuntamiento, cuando emitió un informe sobre exportaciones e importaciones, para justificar la conveniencia de que se construyera el ferrocarril que a la sazón estaba en proyecto. En el mismo informe se decía que Elche exportaba 280.000 fanegas de cebada, 200.000 arrobas de dátiles, 20.000 de palma blanca, 60.000 de higos, 4.000 de macocas, 80.000 de salicor y barrilla, 4.000 de fruta, 3.000 de aceite, 1.500 de cominos, 8.000 de granadas y 3.000 de corteza de granadas. En cuanto a las importaciones, las cifraba en 25.000 fanegas de trigo, 4.000 de almendras, 10.000 arrobas de aceite, 20.000 de arroz y legumbres y 58.000 de verduras.

Como observamos por estos datos, las mayores producciones de esta época eran la cebada en cuanto a cereales, particularmente los años en que las lluvias eran abundantes; en frutas, los dátiles y los higos, además del vino y la barrilla que también constituían un capítulo importante en las exportaciones. En almendras, aceite, legumbres y verduras, éramos también deficitarios.

Esta decadencia de la agricultura ilicitana adquirió tintes dramáticos durante los años 1907-1914 a causa de la sequía. Superada ésta, en 1915, año en que amplió sus regadíos Nuevos Riegos El Progreso, el campo de Elche mejoró su aspecto, mejoría que se incrementó sobremanera ocho años después, cuando empezó a distribuir aguas dulces la Real Compañía de Riegos de Levante, aguas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura.

PORCENTAJES DE POBLACION RURAL A PARTIR DE 1854

Hasta principios del presente siglo, el campo de Elche superaba a la propia población, tanto en el aspecto económico, como demográfico. Hasta entonces, la ocupación mayoritaria de los ilicitanos había sido la agricultura y, por consiguiente, en el campo vivía tanta gente como en el casco urbano. Además, algunos agricultores, aunque no de los mayores propietarios, vivían en la población y trabajaban en la agricultura, tanto por cuenta propia como por cuenta ajena.

Elche, en este sentido, ha sido siempre diferente a los pueblos limítrofes, ya que en Aspe, Crevillente y Dolores los agricultores vivían casi todos en sus poblaciones respectivas y muy pocos en viviendas rurales. En cambio, en Elche, los agricultores, en su inmensa mayoría, han vivido siempre en casas de campo, al pie de sus explotaciones agrarias. La gran extensión del término municipal ha sido determinante en esta tendencia, tendencia que arranca desde la época de los romanos y que de manera ininterrumpida ha llegado hasta nuestros días. De ahí que la población rural, hasta épocas recientes, haya sido superior a la del propio casco urbano, lo mismo que en el número de viviendas. Un dato significativo de lo que decimos lo aporta Pedro Ibarra («Historia de Elche», p. 288) cuando dice que en 1887 había en el casco urbano 1.256 edificios y en el campo 3.731. Esta cifra nos parece un poco exagerada, pues en el campo, por esas fechas, los habitantes eran alrededor del 46% del conjunto de la población. De ser cier-

tos estos datos muchas viviendas rurales estarían deshabitadas, o la media de habitantes por casa sería bastante inferior a la media del casco urbano.

Según los censos elaborados por el Ayuntamiento, a partir de 1854 hasta 1983, los porcentajes de los habitantes del campo de Elche, respecto al conjunto de la población ilicitana, son los siguientes:

Año	Hab. en el casco urbano	Hab. en el campo	%
1854	9.719	6.732	40'90
1857	10.353	9.180	47'00
1887	12.919	10.928	45'80
1900	14.244	13.064	47'80
1910	16.034	14.472	47'40
1920	19.222	13.945	42'00
1930	23.259	14.854	39'10
1940	31.275	15.321	32'90
1950	34.717	21.160	37'90
1960	50.999	22.321	30'50
1970	101.271	21.392	17'40
1981	145.394	20.106	12'14
1983	152.647	20.170	11'67

Como observamos por estas cifras, de 1854 a 1900, la población del casco urbano se incrementó en el 46'55% y en el campo, el aumento fue del 48'60, lo que demuestra la pujanza de la agricultura ilicitana, a pesar de las dificultades que siempre ha sufrido por falta de agua. Lo mismo ocurrió de 1940 a 1950. Durante esta década, la población del casco urbano sólo se incrementó en un 9'90%, mientras que en las pedanías el incremento fue del 31'00%.

A partir de la década de los años 50, se invierten las tendencias y los habitantes de la población aumentan a un ritmo acelerado, mientras en el campo se estabiliza, hasta el extremo de que en los últimos 25 años la población rural apenas ha variado, alcanzando su máxima cota en 1960 con 22.321 habitantes.

INSEGURIDAD EN EL CAMPO Y GUARDERIA RURAL

Los robos y hurtos en el campo han sido frecuentes en todos los tiempos, aunque últimamente se han incrementado de una manera alarmante. Al vivir las gentes en casas aisladas unas de otras, es más fácil cometer actos delictivos de esta naturaleza, no sólo en las viviendas, sino también en los frutos y cosechas. Esta falta de seguridad siempre ha sido un problema entre los agricultores que habitan en viviendas rurales, ya que en todo momento se han sentido desprotegidos en sus personas y propiedades.

Aunque el cuerpo de la Guardia Civil tuvo, desde su creación, un carácter rural eminentemente, la poca dotación existente en Elche, en un principio, estaba ubicada en la población y apenas atendía las necesidades de vigilancia y protección en el campo, salvo que se le requiriese para casos concretos, cuando ocurría algún hecho delictivo trascendente.

En vista de esta situación, los agricultores ilicitanos, en varias ocasiones durante el pasado siglo, solicitaron de las autoridades competentes una guardería rural que protegiese mejor sus intereses. Y, además de esto, pidieron también en repetidas ocasiones que se nombrasen unos delegados del Ayuntamiento en las partidas rurales, para que canalizasen sus peticiones, sus quejas y sus inquietudes hasta hacerlas llegar a la Corporación Municipal para que de esta forma el Ayuntamiento tuviera cabal conocimiento de todo lo que en el campo ocurría. Este sentir del campe-

sinado, fue asumido por el Ayuntamiento y la Corporación Municipal, en sesión celebrada el día 26 de Febrero de 1822, acordó la creación de los Alcaldes Pedáneos para las partidas rurales del campo de Elche. El acta donde quedó reflejado este acuerdo, entre otras cosas dice: «Para cortar el malestar reinante en el campo, al parecer, por falta de respeto, se nombran Alcaldes Pedáneos en cada partida rural, para ejercer su ministerio con las mismas obligaciones y facultades que los de esta población».

Además de los hurtos, se cometían también en el campo muchos abusos por parte de los ganaderos, que en repetidas ocasiones metían sus rebaños en bancales de sembrados y árboles donde ocasionaban daños en cultivos y cosechas. Por tal motivo, la creación de una guardería rural era de imperiosa necesidad para tratar de evitar estos desmanes.

El primer intento de que se tiene noticia para crear esta guardería rural, fue en 1838, según nos relata Ramos Folqués («Historia de Elche», t. 1, p. 297) cuando dice: «Para asegurar el campo contra malhechores y evitar los hurtos y que los ganados utilizasen como pastos las cosechas existentes en el campo o huerta se formó en Elche una junta de labradores que en el año 1838 presentó a la autoridad competente un reglamento para la institución de guardas celadores del campo y huerta de esta villa. Celebrada junta para tratar de este asunto, se acordó que se establecieran 20 guardas celadores que sirvieran de custodia al arbolado, frutos, mieses y demás intereses existentes en el término de Elche. Se les asignó a estos guardas 4 reales de vellón diarios y para atender a este pago quedaron obligados los labradores a satisfacer anualmente por cada par de mulas que poseyesen, 40 reales y 20 por cada par de caballerías menores y 40 reales por cada 20 tahúllas de tierra.

Como parecía excesivo este impuesto a algunos labradores, se acordó reducir el número de guardas a cuatro», según referencias del Cabildo de 30 de Marzo de 1808, antes de esta guardería rural, ya hubo guardas celadores dependientes del Ayuntamiento, aunque en número reducido.

Esta guardería rural a que hace referencia Ramos, se aprobó su creación en el cabildo del día 1 de Junio de 1838, como consta

en las referencias del acta correspondiente. Pero debieron surgir inconvenientes a la hora de armar a estos guardas, pues en el acta del cabildo celebrado el día 20 de Agosto del mismo año se puede leer: «No autorizó el Jefe Político el armar a los 20 guardas del término... Pero el cabildo dispuso de las que las tenían favorecidas o pagadas, las licencias de uso de escopetas para dárselas». Estos guardas siguieron prestando servicio, pero de una manera precaria. Y en el cabildo del 22 de Enero de 1839, se acordó formar una comisión de estos guardas rurales para arreglar caminos.

Aquellos años, en el aspecto político, fueron convulsos y revoltosos. De ahí que en el cabildo del 8 de Junio de 1843, al referirse a los guardas celadores, se hiciese saber que «el Jefe Político suprime los guardas celadores de este término», a lo que se replicaba, «se obedecerá, suspendiendo su cumplimiento, hasta ser oídos, en atenta exposición al Jefe Político». Esta suspensión coincidió con el pronunciamiento de Alicante. Y el recurso contra la misma surtió efecto, ya que por orden de la Diputación se dejó sin efecto la suspensión de los guardas rurales, de cuya decisión se dio cuenta en la reunión del cabildo del día 16 del mismo mes.

En la reunión de la Corporación Municipal del día 31 de Octubre de 1844, se acuerda «habilitar 4.000 reales para reparar la iglesia de San Juan y para los guardas celadores del campo y huerta».

Todos estos datos y referencias nos dan a entender que aquellos guardas celadores dependían del Ayuntamiento y no de una Comunidad de Labradores, pues el Ayuntamiento les pagaba y disponía de ellos, ya que sus movimientos y actividades quedaban reflejados en las actas de los cabildos.

A pesar de las actividades de esta esporádica guardería, en las épocas posteriores la necesidad de vigilancia y protección en las partidas rurales se fue acrecentando y en función de esta necesidad, y al amparo de la Ley del 8 de Julio de 1898, se creó la Comunidad de Labradores de Elche, cuya principal misión era el instituir una guardería rural. Tan pronto se publicó esta Ley, que propiciaba la creación de esta clase de entidades, los agricultores ilicitanos se aprestaron a constituir su propia comunidad que se

legalizó el 24 de Junio de 1900, y dejó de existir el 16 de Diciembre de 1945. «Durante casi su medio siglo de existencia, la Comunidad de Labradores de Elche, pasó por muy variados avatares, y su creación tuvo como precedentes a las de Crevillente y Orihuela que ya se habían creado antes» (B. Brotóns, «El campo, entre la marginación y la esperanza», p. 187). Y añade más adelante: «La razón principal que tuvieron sus promotores para crear esta comunidad fue la de constituir una policía rural que vigilara el campo de Elche, que estaba, por aquellas fechas, expuesto a un sinfín de hurtos y atropellos, tanto en las cosechas como en las propiedades».

Los principales promotores de esta comunidad fueron los grandes propietarios D. Manuel Campello Antón, D. Luis Cruz Pascual de Bonanza y D. Joaquín Santo Boix, que fue presidente de la misma los primeros años de su funcionamiento.

Desde un principio, los ganaderos se opusieron tenazmente a la constitución de la Comunidad de Labradores, pues al ponerse en funcionamiento la guardería rural, veían recortada la excesiva libertad de que venían gozando desde tiempos antiguos para el pastoreo de sus rebaños, que campaban por sus respetos, sin demasiados miramientos en cuanto a respetar las propiedades ajenas. Estos ganaderos trataron de obstaculizar por todos los medios a su alcance la legalización de la Comunidad y de su guardería rural, hasta el extremo de que consiguieron del Gobernador Civil que el 4 de Octubre, es decir, tres meses después de su legalización, suspendiera en sus funciones a la Comunidad y su guardería rural. Como sus promotores no cejaron en su empeño de que la Comunidad funcionase, recurrieron contra la suspensión, y después de muchos trámites y gestiones, salvaron todas las dificultades, hasta conseguir que la autoridad gubernamental anulase la suspensión. Así pues, vencidos todos los escollos legales, los guardas rurales salieron de nuevo a prestar servicio, el 1 de Enero de 1901 (es decir, el primer día del siglo XX). De todas las peripecias y vicisitudes que pasó la Comunidad hasta que quedó definitivamente legalizada, nos da amplias referencias Juan Vives García, en su libro «Orígenes de la Comunidad de Labradores de Elche», publicado por el Instituto de Estudios Alicantinos, en 1973.

Superadas todas las dificultades que hubo en un principio para su legalización, la Comunidad de Labradores de Elche empezó su andadura con paso firme. Su creación fue muy bien acogida por todos los agricultores, ya que consideraban que a partir de entonces sus propiedades estarían más vigiladas y protegidas por la guardería rural de reciente implantación.

Para prestar estos servicios de vigilancia en el campo se nombraron 20 guardas jurados y un cabo. El cabo era plaza montada y los guardas prestaban el servicio a pie.

Como datos curiosos referidos a esta guardería rural, diremos que el cabo ganaba 2'50 pesetas diarias y los guardas 2, con la particularidad de que sólo cobraban sueldo el día que prestaban servicio. Por lo tanto, si un mes determinado prestan servicio 27 días, cobraban solamente 54 pesetas.

Además de los 20 guardas y el cabo, la Comunidad tenía para los trabajos administrativos un Secretario, un depositario, un escribiente y un conserje. El sueldo del Secretario eran 5 pesetas diarias, el del Depositario 2, el del escribiente 1'50 y el del conserje 1 peseta cada día. Estos sueldos no se alteraron durante los doce primeros años de funcionamiento de la Comunidad, lo que nos dará una idea de la estabilidad de precios de aquella época.

El primer armamento que utilizaron estos guardas, consistente en 21 tercerolas marca Remington, 21 machetes modelo 1.843 y 1.050 cartuchos, costaron 590'35 pesetas. Para el cabo, que como dijimos antes, era plaza montada, se compró un caballo que costó 375 pesetas, y el mantenimiento de este caballo costó 30'70 pesetas el primer mes y 28'10 el segundo.

El total de las multas que pusieron los guardas en el primer mes de actuación, ascendió a 169 pesetas. La cuantía de las multas descendió durante los meses siguientes.

Para sufragar los gastos de mantenimiento de la Comunidad, se estableció una cuota anual consistente en el 18'75% sobre el valor catastral de las fincas rústicas de Elche y Santa Pola (esta guardería rural, en un principio cubría los términos municipales de ambas poblaciones).

El total de contribuyentes que había en 1900 era de 5.115 en Elche y de 181 en Santa Pola. El valor catastral sobre el que se aplicaba la cuota de mantenimiento ascendía a 204.480'53 pesetas, y el total de dichas cuotas era de 38.340'10. Estos valores catastrales se distribuían de la siguiente manera:

	Pesetas
Propietarios nacidos en Elche	157.105'61
Propietarios foráneos sin casa abierta	39.207'66
Propietarios de Santa Pola	3.043'42
Propietarios foráneos con casa abierta.....	5.123'92
TOTAL VALOR CATASTRAL.....	204.840'53

En el año 1900, el mayor contribuyente de Elche en fincas rústicas era D. Luis Cruz Pascual de Bonanza (uno de los promotores de la Comunidad), con un valor catastral de 6.050 pesetas, y una cuota para la Comunidad de 1.134'48. En segundo lugar figuraba María Francisca Roca de Togores con un valor catastral de 2.687'00 pesetas y una cuota de 503'00. Los dos propietarios más pequeños eran D. Francisco Segarra Candela, de Torrellano Alto, y D. Vicente Mateu Sempere, de Llano de San José, ambos con un valor catastral de 0'49 pesetas y una cuota de 0'09.

En el año 1902, el valor catastral de las fincas rústicas subió más del 200%. Con esta subida D. Luis Cruz pasó de las 6.050 pesetas a 18.583 y D. Francisco Segarra y D. Vicente Mateu de 0'49 pesetas a 2. Al incrementarse tanto el valor catastral, disminuyeron el porcentaje dedicado al mantenimiento de la Comunidad, que pasó a ser del 4% en vez del 18'75% que se había puesto dos años antes. (Todos estos datos y referencias las hemos entresacado de los documentos oficiales de la Comunidad, que obran en nuestro poder desde hace unos años, y gracias a los cuales pudimos escribir un estudio sobre la Comunidad de Labradores de Elche, y que está incluido en el libro «El campo, entre la marginación y la esperanza»).

Como se observará por todo lo dicho anteriormente, los guardas del campo eran sufragados exclusivamente por los propietarios de fincas rústicas mediante una cuota anual que estaba en

función del número de tahúllas de tierra de cada uno. Esta forma de impuesto fue la misma para la Comunidad que la implantó en 1900, que después en la Hermandad de Agricultores y Ganaderos, que por último en la Cámara Agraria, aunque los porcentajes fueran distintos en cada época. Los agricultores ilicitanos, en repetidas ocasiones, mostraron su disconformidad con esta forma de mantenimiento de la guardería, pues entendían que el mantenimiento de este cuerpo de seguridad en el campo, como todos los cuerpos de la misma naturaleza de ámbito nacional, provincial o local, deben ser sufragados de los presupuestos generales de la nación, la provincia o la localidad, y no solamente por un sector determinado, como en esta ocasión.

Esta vieja reivindicación, por fin se ha visto satisfecha en 1984, ya que como consecuencia de un contencioso, que llegó hasta el Tribunal Supremo, iniciado por los mismos guardas rurales de diferentes provincias, la Sala Quinta de este alto tribunal falló el 8 de Febrero de 1982, que los guardas rurales «... son personal especial de las antiguas Hermandades Sindicales de Labradores y Ganaderos, y debe aplicárseles el régimen de la función pública propia de los Organismos Autónomos, dependientes del Instituto de Relaciones Agrarias (I.R.A.)». Así pues, a partir de estos momentos, los guardas rurales de Elche cobrarán del I.R.A., como lo hacen los demás funcionarios de la Cámara Agraria que prestan servicios administrativos. Por lo tanto, al asumir el I.R.A. esta obligación, los agricultores ilicitanos se librarán del pago de este impuesto especial que venían soportando desde el año 1900, además de pagar como el resto de los españoles todos los demás impuestos.

De los 20 guardas y un cabo que había en el año 1900, al pasar al I.R.A. en 1984 quedaban seis guardas, un cabo y un sargento, cuyos nombres son los siguientes:

Sargento: Antonio Juan Bermúdez Franco

Cabo: Miguel Pascual Martínez

Guardas: Agustín Almarcha Vicente
Vicente Soto Coves
Francisco Esclapez López

Agustín Simón Navarro
Hermenegildo Castell Torres
José Antón Toledo

En el Presupuesto de 1983, para sufragar la Guardería Rural, se aplicó el 4'20% sobre la base imponible de las fincas rústicas. Esta base imponible ascendía a 169.500.000 pesetas, aproximadamente, por lo que el costo de la Guardería Rural fue de 7.116.000 pesetas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA SEQUIA, UN MAL ENDEMICO

A partir de 1980, llevamos ya cuatro años que estamos sufriendo en el campo de Elche los efectos de la sequía. Cada uno de estos cuatro años ha ido de mal en peor. El año 1981 llovió poco, pero como había muchas reservas de aguas embalsadas en las cuencas del Tajo y del Segura, ya que los años anteriores fueron bastante lluviosos, se pudo regar con normalidad y los cultivos y arbolados no sufrieron quebranto alguno.

El año 1982, excepto la gran tormenta que descargó sobre esta zona el día 20 de Octubre, y que originó una gran riada en el Vinalopó, también fue escaso en lluvias, a pesar de que en esta tormenta cayeron sobre Elche, en pocas horas, más de 100 litros de agua por metro cuadrado. (En Alicante, se superaron los 200 litros, con grandes inundaciones en la población y alrededores, y en algunos puntos de la cuenca media del Vinalopó, se llegó hasta los 300). No obstante, se pudo regar todo el año, aunque durante el verano se hizo con ciertas dificultades.

En 1983, las lluvias fueron sumamente escasas, y al haber disminuido mucho las reservas de agua embalsadas, que en el Segura se agotaron casi por completo durante el verano y el otoño, los riegos con agua dulce se paralizaron por completo, pues del Tajo se trasvasó un pequeño caudal en los meses de Mayo y Agosto, pero fue tan sumamente poco para atender las muchas necesidades de riego que había entonces, que apenas se pudo regar la décima parte de los cultivos que precisaban riego.

El año 1984 ha empezado con peores perspectivas aún que los años anteriores. Desde el verano del 83, están los canales secos y no se ha regado ni una gota de agua dulce. Las reservas del Segura son mínimas y el embalse de Entrepeñas en el Tajo está a los niveles más bajos que ha conocido en los últimos tiempos. Por lo tanto, se duda mucho de que se autoricen nuevos trasvases si no aumentan los caudales durante esta Primavera, porque a la circunstancia negativa de las escasas reservas embalsadas, se une la campaña que se ha desatado en contra de la existencia del mismo trasvase, en las provincias ribereñas del Tajo. Así es que de no mejorar las circunstancias, a base de abundantes lluvias durante esta primavera que ahora empieza, el año 1984 será muy calamitoso para la agricultura ilicitana, pues se corre el peligro de que la mayor parte de su arbolado sufra daños irreversibles.

Desde que empezaron a elevarse aguas dulces de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, en la segunda década del presente siglo, no se había conocido una época tan larga sin regar por falta de agua, por esa pertinaz sequía que de año en año se va agudizando más. La sequía, ese fantasma que tanto preocupa a los agricultores ilicitanos y que está en la mente de todos como una obsesión, pues de seguir las cosas por estos derroteros en los próximos meses, puede ocurrir en el campo de Elche un verdadero desastre, como ya ocurrió en multitud de ocasiones en tiempos pasados, pues no podemos olvidar que la sequía ha sido siempre un mal endémico en Elche, constituyendo en todo tiempo el mayor azote que ha sufrido la agricultura ilicitana.

Si bien es cierto que, excepcionalmente, ha habido algunos años en que ha llovido mucho, como por ejemplo en 1672, en que estuvo lloviendo casi ininterrumpidamente desde Enero hasta Mayo, esto constituye una excepción que confirma la regla general, que es todo lo contrario. La media general de lluvias, computando grandes períodos de tiempo, oscila alrededor de los 250 litros por metro cuadrado y año, es decir, menos de la mitad de la media nacional, que está cifrada sobre los 575 litros.

Cuando las lluvias en Elche se acercan a la media nacional, es una cosa excepcional que sólo se da de tarde en tarde. Lo normal es que llueva poco y que de cuando en cuando se den prolon-

gados períodos de sequía. Y lo peor es que además de llover poco, en la mayoría de los casos sólo llueve de tormentas, tormentas que se dan generalmente en primavera y otoño. Estas lluvias son peor aprovechadas en el campo y la agricultura, y producen grandes aluviones y escorrentías, siendo en muchos casos más perjudiciales que beneficiosas. En el conjunto del año, el mes más lluvioso suele ser Octubre.

En los más antiguos documentos que se conservan en el Archivo Municipal de Elche (AME), sobre todo en los Libros de Cabildos, ya se hacen frecuentes referencias al azote de la sequía. La primera referencia que se encuentra sobre esta cuestión en los Libros de Cabildos, está en el número uno y corresponde al acta de la sesión que celebró la Corporación Municipal en la Sala de la Torre el día 14 de Febrero de 1401, y dice que se tomó el acuerdo de «... celebrar tres días de procesiones para que lloviese e hiciera buen tiempo a frutos y granos».

El siglo XV debió ser particularmente escaso en lluvias en esta zona, pues en todos los Libros de Cabildos correspondientes a este siglo, se anotan frecuentes referencias a la sequía. Así vemos como en el Cabildo del día 17 de Febrero de 1421 «... se ordenan rogativas para que lloviese», y en el del 28 de Enero de 1448 se dice de «... hacer procesiones para tener paz y agua», petición que se repite el 4 de Marzo de 1450, el 6 de Diciembre de 1453 y el 19 de Enero de 1455. Estos años debieron ser terriblemente secos, pues el 4 de Marzo de 1457 se insiste en esta cuestión, ordenando hacer «tres días de procesiones para que se acabe la sequía y la langosta», y el 3 de Julio del mismo año se dice que «con motivo de la gran escasez de agua que venía notándose, no podían estos vecinos surtirse de toda la harina que se necesitaba en la población».

En los siglos XVI y XVII también se encuentran varias referencias a la sequía, aunque no tan abundantes como en el siglo XV. Así vemos como en el cabildo del día 29 de Marzo de 1594 se acordó que «... en vista de la esterilitat del temps que ya y que de consulta de tot lo poble es per se faça pelegrinasió alorito a suplicar a nostre señor les fasa merse de darnos aygua». Y el 12 de Diciembre de 1670 se hace referencia a la «... súplica de varios re-

gantes, haciendo presente el malestar general que se siente por falta de aguas pluviales». También el 24 de Julio de 1689 se habla de hacer «un funeral para acudir en auxilio de los vecinos que sufrían extrema necesidad por carecer de cosechas, debido a la esterilidad reinante. Se tomarían 4.000 libras a interés con las cuales se comprarían cereales para repartirlos».

Como se observará por todo lo anteriormente expuesto, la sequía, más o menos acentuada, se ha padecido en Elche en todos los tiempos. Pero como colofón de este trabajo, queremos extendernos algo más en las tres últimas grandes sequías que se han padecido: la primera de ellas corresponde a los años 1842-50, la segunda entre los años 1874-78 y la tercera de 1908-14, sobre todo a la primera y la tercera de las cuales se tienen más referencias. (Estas grandes sequías siempre han tenido una duración de 6 a 8 años seguidos). Y caso curioso, los años anteriores y posteriores a las grandes sequías, siempre ha llovido más de lo que es aquí normal y corriente.

La sequía de 1842 a 1850 fue particularmente calamitosa. El campo estaba tan depauperado durante estos años, que los agricultores no podían ni comer, ni menos aún pagar los impuestos, viéndose muchos de ellos obligados a emigrar para buscar el sustento en otras latitudes. De esta desesperada situación nos da una ligera idea el Informe que elevó a la Intendencia Provincial el Secretario del Ayuntamiento de Elche, D. Pedro Miralles Imperial y Gómez, Informe que se leyó en el Cabildo del día 30 de Octubre de 1845, y que se transcribe literalmente en el acta correspondiente. Dicho Informe dice así: «En 1783 tenía el término 64.000 tahúllas de olivos; considerables aguas de riego de buena calidad; inmensos viñedos; cuantiosas cosechas; innumerables plantíos; muchas fábricas de jabón y un crecido número de vecinos; en una palabra, en aquella época Elche era una riquísima y populosa villa; pero esta estadística no puede servir ahora nada más que de un grato recuerdo, o más bien de término de comparación, aunque amargo, de la decadencia de la agricultura de este distrito municipal, y sin embargo, la expresada estadística es la que se toma como base para marcarle sus contribuciones, las cuales se han hecho de día en día más insoportables. Esto, unido a la falta de cosechas, ha producido la emigración de más de quinientas fa-

milias y de aquí ha resultado la falta de brazos para la agricultura; de aquí el hallarse varios terrenos incultos y abandonados; de aquí muchas casas derruidas por no haber quien las habite. Además, la mayor dificultad que ofrece el negocio es la de que los medios marcados por la instrucción para la cobranza no son adaptables al caso que nos ocupa: primero porque no ha lugar al embargo cuando el deudor presenta voluntariamente unos bienes para que se le vendan; segundo porque necesitará la municipalidad un sinnúmero de escribanos para la formación de dos o tres mil expedientes; y tercero porque los trámites de ellos no son tan breves que por todo el mes inmediato pudiera garantizar el Ayuntamiento el cobro de alguna suma».

Cinco años después, el 20 de Junio de 1850, la situación de la agricultura aún se había agravado más por causa de la sequía, y por parte de la Corporación Municipal se acordó «pedir a la Administración de Contribuciones justificación del lastimoso estado productivo del campo, ocasionado por la sequía, para pedir la baja en la contribución».

Pascual Madoz, en 1847 («Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Alicante, Castellón y Valencia»), en las páginas dedicadas a Elche, entre otras cosas dice: «Los canales de riego serpentean por todas partes, las muchas casas de campo que pueblan todo el término, la animación continua que se nota en los caminos y veredas, aquel sol hermoso que ostenta siempre sus dorados resplandores, todo causa sorpresa y una agradable sensación; sin embargo, aquellos habitantes que debieran nadar en la abundancia y ser felices, porque tantas causas conspiran a dicho fin, se ven en la dura necesidad de abandonar su patria para encontrar un pedazo de pan en las costas africanas. La sequía que por tantos años está experimentado la provincia de Alicante, digna de mejor suerte, se ha hecho sentir de una manera muy lamentable en la villa de Elche y como consecuencia de ello, la despoblación ha sido muy notable al mismo tiempo que sensible».

La sequía de la década de los años 70 del siglo pasado, también fue muy desastrosa para la agricultura ilicitana. El campo de Elche sufrió grandes quebrantos por esta causa durante estos años. En el cabildo del 19 de Abril de 1877, se acordó pedir ayu-

da a los poderes públicos para remediar en parte esta calamitosa situación: «Por la extrema sequía que se padece se elevará exposición al Gobierno pidiendo condena de la contribución».

De la última gran sequía (1908 al 1914), por ser más reciente, se poseen más datos escritos y orales. Familiares que la vivieron nos han transmitido referencias de primera mano, dándonos cuenta de lo que significaron, negativamente, esos años calamitosos. Entonces, el mayor cultivo del campo de Elche eran los cereales, cebada en su mayor parte. Pues bien, durante esos siete años la cosecha cerealística, en los secanos, fue prácticamente nula. Se secaron gran cantidad de árboles, pues hasta las aguas salobres de la Acequia Mayor y la Marchena, disminuyeron notablemente en su caudal, y apenas se podían regar algunos huertos de palmeras, granados, olivares y algunas parcelas de alfalfa para forrajes con que alimentar las caballerías de carga y de labor. Alimentar las bestias de trabajo era un problema, incluso para los agricultores que tenían bastantes fincas, ya que apenas se cosechaba paja y grano. Infinidad de pequeños y medianos agricultores tuvieron que malvender todo o parte de su patrimonio para poder subsistir. El aspecto del campo era desolador, y muchos tuvieron que emigrar en busca de trabajo y medios de vida. La mayoría de los agricultores no podían pagar los impuestos, y el Ayuntamiento se hacía eco de estos impagos en el Cabildo del día 6 de Noviembre de 1912, y lo atribuía a las «anormales circunstancias ocasionadas por la sequía y la emigración». Y el 27 de Agosto de 1913 se habla de «... escasez de agua en las fuentes públicas y sequía pertinaz». Fueron años de triste recuerdo que traumatizaron a dos generaciones de agricultores ilicitanos.

Durante estos años la emigración de ilicitanos fue masiva, más del campo que de la población. De esta emigración sólo se poseen datos de los que salieron por mar, particularmente para el norte de Africa. Según el Registro de Emigrantes del AME, de 1908 a 1914 emigraron del campo de Elche, por vía marítima, 1.142 agricultores (sin contar algunas esposas e hijos pequeños que les acompañaban) y de la población, 848. Basándonos en los habitantes de 1910 (16.034 en la población y 14.472 en el campo) durante estos años de sequía emigró, sólo por mar, el 5'30% de

los habitantes de la población y el 8% del campo. La mayor parte de estos emigrantes salían por el puerto de Alicante, y el punto de destino de 1.342 fue Orán y Argel el de 489. Otros salieron para Cuba, Argentina, Melilla, Francia, etc.

De los que emigraron por carretera o ferrocarril, no se poseen datos exactos, aunque también fueron muchos. Otros salieron para distintas provincias españolas, a trabajar como temporeros en las más variadas ocupaciones.

Cuando en 1923 la Real Compañía de Riegos de Levante, cubrió con su red de canales la mayor parte del campo de Elche, que a partir de esos momentos ya se podía regar con aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, se pensó que las periódicas sequías que aquí se padecen, ya no tendrían incidencia en la agricultura ilicitana. Porque aunque no llueva, el campo de Elche puede producir abundantes y espléndidas cosechas si no le falta el agua de riego de buena calidad. Así ha sido hasta 1983, pues aunque algunos años faltó el agua de una manera esporádica, mal que bien se pudieron salvar las cosechas y cultivos sin grandes quebrantos.

¿Continuará la sequía en 1984, agravando aún más la desesperada situación que está atravesando la agricultura ilicitana por esta causa? Los presagios no son nada alentadores. Pasan los meses sin llover, los embalses están con unas reservas mínimas, la agricultura se paraliza y el temor a un próximo verano sin posibilidades de poder regar, es como un fantasma que encoge el corazón de los agricultores, que se sienten impotentes para poder remediar los quebrantos que la sequía está ocasionando en sus cultivos y arbolados. El campo de Elche está pasando por la situación más crítica y desesperada que ha vivido en los últimos cincuenta años.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA BARRILLA, EL SALICOR Y EL AGUAZUL

Hubo un tiempo en que la barrilla, planta solsolácea, tuvo mucha importancia en la agricultura ilicitana. En sus mejores tiempos, su exportación constituyó un capítulo importante de ingresos para los agricultores del campo de Elche. Y no solamente la barrilla, sino también el salicor y el aguazul, plantas de las mismas características, que tenían la misma utilidad y aprovechamiento. De las tres plantas, la más importante, por su cuantía, era la barrilla, pero las tres se utilizaban para los mismos fines.

La barrilla, no solamente se cosechaba en los terrenos baldíos, como los saladares, por ejemplo; en sus mejores tiempos se dedicaban también a este cultivo muchas tierras de buena calidad, y se le dedicaban a esta planta muchos cuidados y atenciones, ya que llegó a tener una gran rentabilidad. La siembra de la barrilla se efectuaba a últimos de Diciembre y se recogía a finales del mes de Agosto.

Una vez recogidas y amontonadas estas plantas, se quemaban y sus cenizas, que llamaban «piedra», servían para la fabricación de jabones, como sosa natural. Esta «piedra» tenía también otras aplicaciones, pero la más importante de todas era la reseñada.

La barrilla solía quemarse una vez se tenía asegurada su venta, pues una vez convertida en «piedra» era dificultosa su conservación en perfecto estado, por lo mucho que le perjudicaba la humedad.

Después de varios siglos de esplendor, la barrilla, el salicor y el aguazul fueron perdiendo valor comercial, hasta desaparecer por completo del mapa de los cultivos característicos del campo de Elche. Esto ocurrió cuando empezó a fabricarse la sosa por procedimientos industriales, hecho que contribuyó decisivamente a que estas tres plantas perdieran todo el valor de mercado que habían tenido hasta entonces.

Para que nos hagamos una idea de la importancia agrícola que tuvieron estas plantas en otros tiempos, diremos que en la Real Cédula de Fernando VI del año 1748, donde se especificaban las condiciones en que el Duque de Arcos, Señor de Elche, podía colonizar los Carrizales, los enfiteutas que adquirían dichas tierras tenían que pagar al Dominio Directo la sexta parte de todos los productos cosechados, excepto la barrilla, el salicor y el aguazul, que tenían que pagar la cuarta parte. Esto nos da a entender que estas tres plantas eran entonces los cultivos más rentables, puesto que pesaba sobre ellos un mayor gravamen tributario entre todos los cultivos que estaban permitidos en las tierras colonizadas de Valsallarguera o Carrizales.

Estas plantas solsoláceas se cultivaban en el Campo de Elche desde tiempos muy antiguos. Tanto es así que Viciana, en el siglo XVI, cuando estuvo en Elche, ya nos habla de ellas, lo mismo que lo hacen Cavanilles y Madoz, posteriormente, en los siglos XVIII y XIX.

Cavanilles, por su parte, al hablar de lo que se cosecha en el campo de Elche, hace referencia a una producción de 8.000 arrobas anuales de barrilla, «sin contar otras especies de menor mérito llamadas allí sosa y salicor».

En los Libros de Cabildos y otros documentos del Archivo Municipal de Elche, se hacen muchas referencias a la barrilla y al salicor. Refiriéndose a la cosechada en los saladares, existen relaciones detalladas de la cosecha de muchos años, según el «alfarrás» de los labradores expertos.

Los saladares, que eran a la sazón terrenos de propios, estaban divididos en 36 «roals» (lotes) para efectos de la venta de la barrilla. Por supuesto, no todos estos «roals» cosechaban la mis-

ma cantidad ni se vendían al mismo precio. Este precio siempre estaba en función del «alfarrás». Previo el cálculo de la cantidad de barrilla que tenía a cada uno de estos lotes, a juicio de los labradores expertos en estas cuestiones que designaba el Ayuntamiento de la Vila, todos los años el día de San Juan (24 de Junio) a las 4 de la tarde, después de ser anunciado por el pregonero a toda la población, se subastaban los 36 «roals» en la Plaza Mayor, junto a la Troneta. Estas subastas anuales estaban presididas por el Alcalde Mayor y el Presidente y Vocales de la Junta de Propios y Arbitrios y el Contador Fiscal de la misma. El importe de estas subastas se repartía entre el Raval y la Vila: una tercera parte para el primero y las otras dos para la segunda. Este dinero se dedicaba a sufragar los gastos comunes de la población.

Si esta subasta no se terminaba por falta de tiempo el día 24 de Junio, se continuaba al día siguiente. Pero si el día señalado para la subasta no había postores, ésta se repetía con varios días de intervalo, hasta que se adjudicasen todos los lotes subastados. El importe del remate de dichas subastas se pagaba el día de San Miguel, una vez recogida y vendida la cosecha, dándose una fianza dentro del plazo de tres días, a partir de la subasta. Otra de las condiciones de estas subastas era el pago de 30 reales de vellón en concepto de derechos de «corredurías y remate».

En caso de contratiempo meteorológico o incendio después de efectuada la subasta, no podía el comprador reclamar indemnización alguna por tales causas y tenía que pagar la totalidad de la cantidad convenida en su momento.

Como dijimos anteriormente, durante mucho tiempo se exportaron al extranjero grandes cantidades de «piedra», lo que proporcionaba al campo de Elche un saneado capítulo de ingresos. En algunas ocasiones, los importadores formularon quejas y reclamaciones por las adulteraciones y mezcladuras que se observaban en la «piedra», con la pérdida consiguiente en su pureza y calidad. Ante estos casos se estableció una estrecha vigilancia para tratar de evitar estas adulteraciones, que en caso de comprobarse, se penalizaban con la incautación de la «piedra» adulterada.

Una vez que se generalizó por todas partes el consumo de la sosa industrial, la barrilla, el salicor y el aguazul, dejaron de

aprovecharse y perdieron todo el valor comercial que habían tenido hasta entonces. Esto ocurrió a mediados del siglo XIX. A estas plantas les pasó lo mismo que le ocurrió al cáñamo cien años después: un producto industrial echó por tierra a un producto agrícola. Primero fue la sosa y después el plástico. En ambos casos la industria le ganó la partida a la agricultura.

El precio de la «piedra» variaba de un año a otro y siempre estaba en función de la demanda. En los años de mayor prosperidad llegó a pagarse hasta 80 reales de vellón el quintal. Al acentuarse su decadencia, se fue depreciando poco a poco, y en 1848 el precio que se pagaba oscilaba entre 20 y 25 reales, hasta que dejó de comprarse.

Quintales de «piedra» aforados en los saladares de Elche

Año 1738	4.026 quintales
Año 1741	3.195 quintales
Año 1780	2.156 quintales
Año 1781	3.065 quintales
Año 1786	2.119 quintales
Año 1787	1.705 quintales
Año 1791	2.014 quintales
Año 1796	1.810 quintales
Año 1828	1.027 quintales

El año que más dinero se sacó de estas subastas fue el 1780, que importaron 4.088 libras y 3 sueldos y el que menos el 1.828 con 378 libras y 12 sueldos. La media de todos estos años oscila alrededor de las 2.500 libras, una cantidad ciertamente importante para aquellos tiempos.

PUCOL MUSEO ESCOLAR

PLAGAS Y CALAMIDADES

El campo de Elche ha sufrido en el transcurso de los siglos muchas plagas y calamidades que ocasionaron cuantiosos daños a la agricultura. Entre estas plagas y calamidades habría que destacar la langosta y el pedrisco. Como en todas las demás cuestiones, los libros de cabildos están llenos de referencias que nos hablan de estas cosas.

También Llobregat Conesa se ocupa de esta cuestión («Nuestra Historia», t. 2, p. 188) cuando dice: «... la crónica plaga de langosta que azotaba la Cartaginense todos los años (siglo VII) y que obligó hasta modificar el calendario de los tribunales en aquella región por la asidua devastación de las langostas, según menciona la Ley correspondiente». Otros muchos autores hablan en sus textos de los devastadores estragos que causaron las plagas de langosta en esta zona durante los siglos XV, XVI, XVII y XVIII, y que constituían una verdadera calamidad para la agricultura.

La primera referencia que se hace en los Libros de Cabildos sobre la langosta, corresponde al 31 de Diciembre de 1458. Dos meses después, es decir, el 4 de Marzo de 1459, en vista de la persistencia de la plaga de langosta que no cesa, el Cabildo acuerda «hacer tres días de rogativas para que llueva y se acabe la langosta».

Poco después, el 2 de Abril de 1464, el Cabildo se ocupa de nuevo de la langosta y se toman algunas medidas para combatirla: «En lo terme de la dita Vila ha molta lagosta y per a combatirla se

formaran cuadrelles de moros y christians. Cascuna haja deu peons los quals vagen de una a mig jorn on menester será».

Estas cuadrillas de moros y cristianos no debieron ser muy eficaces en la labor de exterminio de la langosta, pues en el Cabildo de 17 de Febrero de 1465 se toma el acuerdo de llamar al saludador Alfonso de la Virtud para que intente acabar con ella con su poder extraordinario.

En los Libros de Cabildos correspondientes al siglo XVI, también constan algunas referencias a las plagas de la langosta. Así vemos como se dice el 18 de Octubre de 1564 que se ha detectado langosta en la sierra del Molar; el 4 de Mayo de 1591 se ordena que para combatir la langosta, «sia la Vila aquadrellada per anar a combatir aquella». Y ante la gravedad de la plaga, poco después, en vista de los muchos gastos que ocasiona el combatirla, en el Cabildo del día 17 de Abril de 1592 se ordena que «para combatirla se pondría un reparto por igual entre todos los propietarios terratenientes de este término, cuya tercera parte la pagaría el Raval. También contribuiría la Iglesia y los clérigos con parte de sus diezmos».

El 26 de Abril de 1688 se detecta gran cantidad de langosta en el Molar y en varios Cabildos de 1756 se habla de la plaga de la langosta, lo que nos da a entender que durante ese año hubo mucha.

El 31 de Enero de 1793 se hace mención de una plaga de langosta cerca del Castillo de Santa Pola, por lo que se alerta al vecindario para que se apreste a combatirla.

Ante la gravedad de las plagas de langosta que se han sufrido en esta zona en distintas épocas, los pueblos más afectados pedían ayuda a sus vecinos para combatirla. Tal fue el caso de Albatera que en 1825 pidió ayuda a Elche mediante un oficio de su Alcalde. El Cabildo acordó enviar 30 hombres por espacio de cuatro días.

La última referencia que se hace a la langosta en los Libros de Cabildos, corresponde al 13 de Marzo de 1845, cuando se dice que «es tan remota la fecha de su última aparición que el Cabildo no pudo informar a la superioridad sobre su extinción». Por lo

que se deduce de este texto, para los componentes de la Corporación Municipal de entonces, 20 años atrás, ya suponía una fecha remota difícil de identificar.

De un siglo a esta parte, la plaga de la langosta, tan temible y perjudicial en otras épocas, ha desaparecido del campo de Elche. Hoy es impensable que puedan ocurrir estas cosas, pues con los insecticidas y productos químicos de distintas variedades que están al alcance de la mano del agricultor, en pocas horas desaparecería una plaga de esta naturaleza. Aunque también hay que decir que se está comprobando que cada día que pasa, las distintas plagas que padece la agricultura se inmunizan y endurecen más contra los frecuentes tratamientos que hacen los agricultores en toda clase de cultivos y arbolados. Ante la mayor resistencia de los insectos y gusanos, los insecticidas y pesticidas aumentan su toxicidad de día en día, en una lucha constante entre el exterminio y la supervivencia.

Aunque no con tanta frecuencia como en otras zonas, el pedrisco también ha ocasionado muchos daños en el campo de Elche en repetidas ocasiones. La última vez que esto ocurrió, fue el 21 de Junio de 1983, cuando una fuerte granizada afectó a una franja de unos tres kilómetros de ancha en las partidas de Matola, Llano de San José, Algoda y Algorós, con unas pérdidas valoradas en unos 60 millones de pesetas. El cultivo más perjudicado fueron los parrales de uva de mesa.

En los Libros de Cabildos también se hacen frecuentes referencias a esta cuestión. Hablaremos solamente de los dos casos en que los daños, al parecer, fueron más importantes y cuantiosos, aunque no dudamos de que habrán ocurrido muchas más fuertes granizadas, de las cuales no se tienen referencias escritas en las actas de los Cabildos.

En el libro n.º 34 y en el acta correspondiente al Cabildo del día 11 de Marzo de 1609, se hace referencia a una fuerte granizada que causó muchos destrozos en el campo de Elche y su agricultura: «y caigue molta pedra en lo terme de la present Vila, de tal manera que durá molts anys que los abres y pins no pugueren tornar a cobrar lo que havien perdut y sen secaren molts».

En el mes de Junio de 1893, cayó sobre el campo de Elche «molta pedra», que ocasionó cuantiosos daños en la agricultura. Grandes deberían ser estos destrozos para que el Cabildo, en sesión celebrada el día 5 de Octubre del mismo año, acordara «... hacer un donativo de 2.500 pesetas para repartir entre los perjudicados por el pedrisco del mes de Junio».

Ha habido ocasiones en que a causa de las tormentas y lluvias torrenciales, se han originado en el campo de Elche muchos daños por las inundaciones y desperfectos en las estructuras de las fincas rústicas. La más significativa de todas las conocidas, fue cuando en 1884, a causa de las fuertes lluvias y aluviones por el Segura y Vinalopó, se inundó la pedanía de Carrizales durante varios meses, por cuya causa se perdió todo el arbolado que había y estuvo la tierra improductiva todo un año. Esta inundación originó una gran profusión de mosquitos por la excesiva humedad y la gran cantidad de materia orgánica en descomposición que había, por cuya causa apareció la epidemia del paludismo que obligó a abandonar sus viviendas a los pocos habitantes que quedaban en el caserío de San Francisco de Asís del Molar.

Aunque no tan dañinos como la langosta, la abundancia de pájaros también se consideró en otro tiempo como una plaga que ocasionó muchos desperfectos en cultivos y sembrados. En 1537 eran tantos los gorriones que había en el campo, que el Concejo, en el mes de Noviembre, dispuso que se le dieran 10 sueldos a cada uno que trajera 1.000 pares de pies de «pardals de teulada».

En 1568 el Concejo le pagó también a Pascual Pomares y otro 5 sueldos por 500 pares de gorriones que mataron y trajeron.

En 1734 el Concejo vuelve a tener noticias de que en el Molar había «una multitud de pajaricos como gorriones», y se acuerda combatirlos y destruir los nidos para que no se reproduzcan, pues se comían los higos y la cebada del Molar. Se acuerda también pasar aviso al Raval para que envíe hombres para combatirlos. Los gastos que esto ocasionara se pagarían por la Vila y la Universidad del Raval.

LA TAFULLA

La medida agraria que se emplea en el campo de Elche, desde hace ya varios siglos, es la «tafulla» (tahúlla) que equivale a 953 m.^{2}.

En los títulos de propiedad de fincas rústicas, la superficie de las mismas se cuenta por tahúllas, aunque en las escrituras notariales que se hacen de un tiempo a esta parte, esta superficie se especifica también en hectáreas, áreas y centiáreas, dando a continuación la equivalencia en tahúllas. Cuando hay fracciones de tahúllas, se dividen estas fracciones en cuartas y octavas, y cuando hay fracciones de octavas se cuentan por brazas. La braza equivale a unas doscientas cincuenta y seisavas partes de la tahúlla, o lo que es lo mismo a 3'7225 m.^{2}.

La «tafulla» la introdujo en Elche el Rey Jaime II de Aragón, mediante Real Privilegio dado en Valencia el 25 de Junio de 1308. Según Pedro Ibarra («Historia de Elche», pp. 50 y ss.), en el mismo Privilegio se disponía que se empleasen en Elche las mismas pesas y medidas que se usaban en la ciudad de Valencia por aquel entonces.

La «tafulla», tal como se instituyó en aquella época, equivalía a «1.156 varas cuadradas valencianas, que componen 1.444 de Castilla, que hacen 12.100 pies de Burgos». Posteriormente se la equiparó a 256 brazas y al adoptarse el sistema métrico decimal, a 953 m.^{2}, que es lo que se conoce en la actualidad.

En la Huerta de Murcia y en los pueblos de la Vega Baja del Segura, la tahúlla tiene una capacidad de 1.118 m.^{2}.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA FERIA DE SAN ANDRES Y EL MERCADO SEMANAL

La Feria de San Andrés la instituyó el Rey Jaime II de Aragón, a través de un Real Privilegio dado en Bel-Lloch el día 30 de Marzo de 1322. Esta Feria, que ha estado celebrándose hasta los primeros años del presente siglo (la última vez que se celebró esta feria fue en 1910), tenía una duración de 15 días, es decir, del 20 de Noviembre al 4 de Diciembre.

En un principio, esta Feria era la más importante del Reino de Valencia, y para que resultase más atractiva, todos los animales y productos que se traían a ella para su comercialización estaban libres de impuestos, tanto si eran de la localidad como de otras partes.

Para que no decayera la importancia que la Feria de San Andrés había adquirido a lo largo de los años, el Concejo, en reunión celebrada el día 30 de Noviembre de 1537 (precisamente el día de San Andrés), acordó «quitar la sisa que gravaba las telas que traían a vender durante 15 días («Libro de Cabildos», n.º 70).

Con el crecimiento económico y demográfico de la población durante el siglo XVIII, la Feria de San Andrés resultaba insuficiente para canalizar toda la actividad comercial que se desarrollaba entonces. Por tal motivo, el Rey Carlos III dispuso el 20 de Abril de 1767 la creación de un Mercado Franco semanal que se celebraría todos los sábados para poder vender toda clase de pro-

ductos, agrícolas o no, «ya que Elche, a excepción de la ciudad de Valencia, es la más importante del Reyno».

Este mercado de los sábados llegó a ser tan importante que abastecía a todos los pueblos limítrofes.

En la creación de este mercado tuvo mucho que ver el motín que tuvo lugar en Elche el 13 de Abril de 1766, motín que se originó a causa de los abusos que se cometían en materia de impuestos, tanto por parte del Duque de Arcos, Señor de Elche, como por parte del Ayuntamiento.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PASTOS Y GANADEROS

En el siglo XIV había en el campo de Elche muchos terrenos marginales dedicados a pastizales. Tales eran los saladares, los Carrizales, lo que hoy es LLano de San José y la zona montañosa.

Atraídos por estos pastos venían muchos rebaños foráneos en invierno, para aprovecharse de ellos, particularmente de la parte de Valencia.

Para pastar en estas zonas marginales había cierta libertad, particularmente para los vecinos de aquí, pues solían ser terrenos comunales.

El pastoreo en las zonas de cultivo estaba regulado por unas normas de obligado cumplimiento, normas que no siempre respetaban los ganaderos que venían de fuera. Así vemos como en el Cabildo del día 19 de Diciembre de 1379 se da cuenta de que «varios ganaderos valencianos introdujeron sus ganados dentro del Boalar (terrenos de cultivo de secano) y al saber que aquel terreno lo había reservado la Vila para cuando pastasen estos ganados, se marcharon todos, excepto un tal Fontanars». Como este Fontanars persistía en no hacer caso de la prohibición, el Concejo en reunión celebrada tres días después, acordó ponerle una fuerte sanción, «... al pastor valenciano Fontanars le embargaron 8 ovejas que fueron vendidas por 60 sueldos y 8 dineros». «También le embargaron y vendieron públicamente "dos bestiars: un polli de pel negre" por 41 sueldos y una "somera chiqua" por 20».

Tres semanas después, es decir, el 11 de Enero de 1380, el Concejo se ocupa de nuevo de esta cuestión, como queda reflejado en el acta correspondiente: «Era tal el número de ganados valencianos que se metían dentro de Boalar, de la Vila, no obstante las continuas y fuertes multas que se les aplicaban, que muchos vecinos, "qui an bestiars", se quejaron, pues no había pastos para todos, amenazando al Concejo con la despoblación». A la vista de esta situación, el Concejo acordó transmitir Capítulo de Quejas al Infante para que pusiese remedio.

Esta tirantez entre ganaderos y agricultores, ha sido constante hasta tiempos recientes. La preponderancia de los ganaderos sobre los agricultores, se incrementaría en el siglo XV, a raíz de la creación del Consejo de la Mesta por los Reyes Católicos.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

1909: UN AÑO HISTORICO PARA EL CAMPO DE ELCHE

El gran problema del campo de Elche ha sido la escasez de agua, circunstancia que ha condicionado la agricultura ilicitana de todos los tiempos. Dados los bajos niveles pluviométricos que son normales en esta zona, la gran preocupación de los agricultores ilicitanos, fue en todo momento, poder disponer de aguas de buena calidad para regar sus resecos campos. Por tal motivo, desde hace ya más de 500 años, se estuvo proyectando trasvasar aguas de otras cuencas para poder suplir esas deficiencias. En este sentido, el año 1909, fue una fecha histórica para el campo de Elche, ya que en dicho año (aunque la inauguración oficial fue el 9 de Enero de 1910) se empezó a regar con aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura, en la Marina y el Molar. Este proceso de poner en regadío las sedientas tierras ilicitanas de secano, se iba a ampliar en 1915, y tendría feliz culminación el día 31 de Enero de 1923, cuando el Rey Alfonso XIII inauguró las instalaciones de la Real Compañía de Riegos de Levante, que elevaba las aguas dulces para poder regar la mayor parte del término municipal. Con este nuevo proyecto, se ponían en regadío alrededor de las 20.000 hectáreas de tierras ilicitanas, casi todas las cultivables.

El mayor mérito para que este proceso de nuevos riegos se llevase a feliz término entre los años 1909 y 1923, hay que atribuírselo, sin ningún género de dudas, a la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso. Y ello, por dos razones fundamentales: En pri-

mer lugar, por que fueron los pioneros en la puesta en práctica de un proyecto que a priori parecía irrealizable para los profanos, como era el elevar aguas mediante bombeo. Esto que hoy nos parece sencillo, dados los avances tecnológicos de los últimos tiempos, a principios de siglo parecía imposible de llevar a la práctica, por lo inaudito y extraño. Y en segundo lugar, por ser el Progreso una entidad estrictamente ilicitana, en todos los sentidos: proyectista, gestores, medios económicos puestos a contribución de la empresa, modestos desde sus orígenes, etc. Pero lo cierto es que esta iniciativa, con todas sus limitaciones, iba a dar pie a la iniciación de un gran desarrollo de la agricultura ilicitana, merced al cual incrementaría la producción y, consecuentemente, la riqueza y prosperidad de los agricultores, dentro de las dificultades y deficiencias que han padecido siempre.

Cuando en 1906, el ayudante de Obras Públicas, Don Ernesto Martínez Riviere y seis agricultores más, fundaron la Sociedad Nuevos Riegos el Progreso, S.A. (el nombre no podía ser más apropiado, en vista de lo que esto iba a significar para el campo de Elche) estaban poniendo la primera piedra en los cimientos de lo que sería a partir de entonces una agricultura ilicitana completamente distinta a la anterior. Este hecho, a simple vista tan sencillo e intrascendente, marcó el límite de dos épocas históricas en la agricultura ilicitana. Cuando estudiamos el desarrollo de la misma, a través de los siglos, tenemos que hablar, forzosamente, de antes y después de esta fecha, para entender y valorar en su justa medida su verdadero significado.

Los medios económicos con que contaba el Progreso, en el momento de su constitución, por su modestia, hoy nos hacen sonreír un poco, ya que esta sociedad, en un principio, contaba solamente con un capital social de 2.510 pesetas, representado por 502 acciones de 5 pesetas cada una, acciones que adquirieron, casi en su totalidad, los propios agricultores ilicitanos que iban a beneficiarse después regando sus tierras, hasta entonces de secano.

La primera concesión de agua que consiguió el Progreso, fue de 80 litros por segundo, para regar 500 hectáreas de tierra de la Marina y el Molar. Estas aguas, procedían del Azarbe del Conve-

nio. Después de otras concesiones posteriores, de los azarbes Mayayo, Culebrina, Enmedio, Acierto y Pineda, el total de las concesiones alcanzó los 1.000 litros por segundo, que son las que dispone en la actualidad.

En cuanto al capital social de la entidad, después de varias ampliaciones, actualmente es de ocho millones de pesetas, representado en 16.000 acciones de 500 pesetas cada una de valor nominal. En cuanto al valor real de estas acciones, ha sido fluctuante a lo largo de los años, fluctuación que estuvo siempre en función de la situación económica de la sociedad. La situación económica del Progreso, sufrió un gran deterioro en 1983, debido al gran incremento de los costos de explotación, y sobre todo, por la semiparalización en que se vio sumida, a causa de la escasez de agua disponible para su venta y distribución. Esta circunstancia originó una fuerte disminución en sus ingresos que resquebrajó su economía, situación que continuó agravándose a principios de 1984.

A principios de 1983, los usuarios de estas aguas, se constituyeron en comunidad de regantes, bajo el nombre de Comunidad de Regantes Nuevos Riegos el Progreso, y eligieron a Manuel Navarro Agulló como primer presidente de la misma. No obstante, el Progreso, como tal Sociedad Anónima continuó funcionando de la misma manera que lo había hecho desde el momento de su fundación.

El Progreso compró en 1932, a Don Manuel Moxó Quadrado, vecino de Cieza, el salto de agua que tenía sobre el río Segura, en la Hoya de García, para producir el fluido eléctrico que precisaba para elevar el agua de los azarbes. Después construyó una línea de alta tensión hasta un kilómetro de Elche, donde levantó una central transformadora, junto a la carretera de Matola. Desde ese momento, ya no dependía de terceros respecto al suministro de electricidad, aunque concertó con Hidroeléctrica Española un convenio, mediante el cual, le compraba o vendía el fluido eléctrico que le faltaba o le sobraba.

Las 500 hectáreas de zona regable que tenía en un principio, limitadas a la Marina y el Molar, se ampliaron después a 10.800, cuando en 1915, se terminaron de construir las instalaciones y

canales que completaban toda su red. Estas nuevas instalaciones que empezaron a funcionar en dicho año, constan de un canal principal que de sur a norte, tiene una longitud de 10'20 kms. por donde se elevan las aguas desde los puntos de toma, en los azarbes, hasta una altura de 64'40 metros de desnivel. Para elevar estas aguas, hay cuatro estaciones de bombeo. La primera, llamada de Ortices, eleva las aguas 7 metros; la segunda, llamada de Sivaes (por estar junto al azarbe del mismo nombre), 11'40; la tercera, llamada Derramador, 17 y la cuarta, llamada de Cuatro Pilares, 29 metros. Del canal principal, salen cuatro canales transversales, dos hacia poniente y dos hacia levante. El de levante bajo tiene 10'30 kms. de longitud; el de poniente bajo 3'50; el de levante alto, 4'30 y el de poniente alto 2'60. Entre los cuatro canales tienen un total de 101 partidores de distribución.

Las aguas del Progreso se venden todos los días laborables a las 8'30 de la mañana, excepto los sábados que empieza la venta a las 8'15, en el salón de subasta, propiedad de la empresa, cuya fachada da a la Plaza de la Constitución, en una zona céntrica de Elche.

El 25 de Noviembre de 1921, ante el notario de Dolores, Don Emilio Marcos Salvador, se constituyó la Compañía Mercantil RIEGOS EL PORVENIR, S.A. domiciliada en La Marina, para el aprovechamiento de las aguas sobrantes de riego y avenamiento de los azarbes que desembocan en el río Segura. Esta Sociedad Mercantil se creó a iniciativa de Don Teodoro Llinares Blasco, con un capital social de 2.500 pesetas y una dotación de agua de 100 litros por segundo, y por un período de 99 años, como ha sido siempre norma en esta clase de concesiones.

El principal motivo que dio pie para la creación de esta sociedad para regar unas tierras que se venían regando por el Progreso desde 1909, fue porque a partir de 1915, cuando el Progreso puso en funcionamiento sus nuevas instalaciones, la venta de agua, que hasta entonces se hacía en La Marina, se trasladó a Elche, para así venderla toda en el mismo local. Esta circunstancia disgustó mucho a los regantes de La Marina y el Molar, al tener que trasladarse 15 kilómetros, cuantas veces tenían necesidad de poner agua, con las consiguientes molestias y pérdidas de tiempo.

Esto les llevó a pensar en la creación de una nueva sociedad para distribuir agua solamente en aquella zona, y una vez creada tuvieron que construir una nueva red de canales paralelos a los que ya existían desde doce años antes.

Los regantes del Porvenir, en número de 515 y una zona regable de 5.400 tahúllas, se constituyeron en comunidad de regantes el 1 de Enero de 1977, rescatando, anticipadamente, las concesiones de agua y todas las instalaciones y canales construídos en 1921, mediante el pago de 4.500.000 pesetas. Este dinero, lo aportaron los comuneros mediante prorrateo.

Como dijimos al principio, el 31 de Enero de 1923, el Rey Alfonso XIII inauguró las instalaciones de Riegos de Levante que, desde ese momento, empezó a distribuir agua, no solamente por la mayor parte del campo de Elche, sino también por una amplia zona del sur de la provincia de Alicante, que abarcaba 39.000 hectáreas pertenecientes a 14 municipios más.

El proyecto y la dirección de las obras de Riegos de Levante, estuvieron a cargo del Ingeniero Don José María Serra y Alfonso del Real. La financiación de esta magna obra, partió de la Banca Dreyfus, muy vinculada a la Corona Española, de ahí lo de Real Compañía.

Esta Compañía obtuvo tres concesiones de agua de sobrantes que totalizaban 7.700 litros por segundo. La primera de 2.500 litros por segundo, mediante Real Orden del 19 de Septiembre de 1918, por un período de 99 años; la segunda de 2.600 litros el 28 de Marzo de 1919 y la tercera, también de 2.600 litros el 26 de Julio de 1922. Los 2.600 litros de la segunda concesión, procedían de los azarbes Señor, Reina, Culebrina, Enmedio, Acierto y Mayayo, y los 5.100 de la primera y tercera concesión, procedían del río Segura, en la presa de Guardamar. Para recoger las aguas procedentes de los azarbes que vertían los sobrantes en el canal del Progreso, que se construyó antes, hicieron las tomas más a la desembocadura, ya que el Progreso tenía preferencia por gozar de concesiones más antiguas.

No cabe duda de que la Real Compañía de Riegos de Levante, se lanzó a la construcción de estas costosísimas instalaciones,

una vez que comprobó el éxito del Progreso, ya que Riegos de Levante fue un calco exacto del Progreso, pero a mayor escala. El Progreso fue un modesto proyecto local, con unos fondos muy limitados, recogidos peseta a peseta, de los esquilmados bolsillos de los agricultores que en esos años estaban sufriendo una de las más prolongadas y calamitosas sequías que recuerdan los anales de la historia de Elche. Pero a pesar de su modestia, su puesta a punto y funcionamiento, tuvo una gran repercusión en todas sus partes, sentando un precedente en esta zona que determinó que otros círculos empresariales y financieros más potentes y de allende las fronteras, fijaran su atención y comprobaran la viabilidad de llevar a cabo más amplias empresas encaminadas a regar las resecas tierras de la provincia de Alicante, mediante la elevación de las aguas sobrantes de la Vega Baja del Segura. Pero el mérito principal fue del Progreso que, como pionero, marcó el camino por donde unos años más tarde transitaría Riegos de Levante.

Lo cierto es que en el plazo de trece años, el campo de Elche había experimentado una enorme transformación, pasando de ser secano a ser regadío, con todo lo que ello significa. Y esto, a pesar de que las aguas elevadas que distribuían el Porvenir, el Progreso y Riegos de Levante, tenían la condición de sobrantes, y en algunas épocas escaseaban, particularmente en verano. Pero eran aguas dulces que permitían plantar arbolados y hortalizas de otras variedades, cosa que hasta entonces no podía hacerse, por ser las aguas primitivas escasas y salobres, sólo aptas para los cereales, las palmeras, los granados y los olivos.

Con las aguas elevadas, a pesar de tener que pagarlas, y además, no ser seguras, nació en el campo de Elche una nueva agricultura, más próspera y diversa. Hasta entonces, prevalecían los cereales sobre los demás cultivos, sobre todo en los secanos, que eran tres cuartas partes del término municipal. A los arbolados tradicionales se iban incorporando otras especies, tales como almendros, limoneros, naranjos, etc. Y lo mismo ocurría con los cultivos hortícolas. A partir de estos años, se veían por todas partes bancales de melones, de ñoras, de habas, de patatas y demás hortalizas. De esta forma, los agricultores tenían una amplia

gama de cultivos y cosechas durante todos los meses del año y, por lo tanto, mayores ingresos.

Con todas las dificultades y limitaciones que siempre ha tenido el sector agrario, el campo de Elche, a partir de estos años, cambió positivamente, como de la noche al día, ya que al disponer de más agua para regar, los agricultores ilicitanos dejaron de estar siempre pendientes del tiempo, mirando a todas horas las nubes, esperando con ansiedad esas lluvias imprescindibles, que casi nunca llegan a tiempo y con la suficiente cantidad.

Tanto el Progreso como Riegos de Levante, desempeñaron un papel importantísimo en el campo de Elche que hay que valorar en su justa medida. Si bien es cierto que las circunstancias han cambiado mucho y hoy se precisa enfocar el abastecimiento de agua de riego desde otros planteamientos, no por eso hay que restarle méritos a estas dos empresas, cada una en su potencial económico y en su estructura, pues gracias a estas dos sociedades, la agricultura ilicitana se desarrolló y prosperó enormemente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

SOCIEDADES AGRARIAS DE PRINCIPIOS DE SIGLO

En las dos primeras décadas del presente siglo, el campo de Elche fue muy pródigo en la creación de organizaciones agrarias de distinta naturaleza, y cada una en su parcela de actuación y desde su esquema organizativo, abarcaron todas las facetas de la vida campesina, desde el crédito y el ahorro hasta la sindicación reivindicativa. Unas con más incidencias que otras, todas ellas desempeñaron un papel importante en el desarrollo de la agricultura ilicitana durante el primer tercio del presente siglo.

Hablaremos de ellas por el orden cronológico de su aparición.

COMUNIDAD DE LABRADORES DE ELCHE

La Comunidad de Labradores de Elche fue creada el 24 de Junio de 1900. Esta Comunidad, como se detalla más ampliamente, en capítulo aparte, estuvo en vigor hasta 1945, y desempeñó un papel muy importante en el campo de Elche, en lo concerniente a la Guardería Rural, que era su principal finalidad. Al suspenderse sus actividades, mediante Ley, cuando a raíz de la guerra civil española, se crearon los Sindicatos Verticales, las funciones de la Comunidad pasaron a las recién creadas Hermandades de Agricultores y Ganaderos.

Esta Comunidad fue creada al amparo de la Ley del 8 de Julio de 1898.

CAJA RURAL DE PRESTAMOS Y AHORROS DE ELCHE

Según la tesina presentada en la Universidad de Valencia en el año 1975 por Don Vicente Martínez Irles, la Caja Rural de Préstamos y Ahorros de Elche se creó el 11 de Septiembre de 1903, en cuya fecha fueron aprobados sus Estatutos por el Gobernador Civil de Alicante. Esta entidad de Préstamos y Ahorros se creó al servicio exclusivo de los agricultores ilicitanos, que tan necesitados estaban a la sazón de una Caja de esta naturaleza, por la falta de recursos que padecían para sacar adelante sus cosechas. No hay que olvidar que por aquellos tiempos reinaba un fuerte caciquismo que distorsionaba bastante las débiles economías de los agricultores, cuando se veían forzados a pedir préstamos a personas o entidades crediticias que les exigían unas condiciones leoninas e insoportables.

La Caja Rural sigue funcionando después de 81 años de vida, aunque con un nombre distinto al primitivo.

Uno de los principales promotores de la Caja Rural fue Don Rafael Ramos Bascuñana, que con sus activas gestiones hizo posible la creación de la misma. Su primer presidente fue Don Vicente Coves Sempere y su primer domicilio estuvo en la Partida de Daimés, n.º 98.

En el año 1918, se unió al Sindicato Agrícola Ilicitano, que se había creado en Abril del año anterior, con arreglo a la Ley de Asociaciones de 1887. Los fines de este Sindicato eran muy amplios, entre los que figuraban la creación de una Caja Rural de Préstamos y Crédito Agrícola, Cooperativa de Compras y Ventas, Caja de Seguros Mutuos contra la mortalidad del ganado, Caja de Seguros Mutuos entre obreros agrícolas, contra riesgos de enfermedad, invalidez y muerte, etc.

Al fusionarse las dos entidades, cambiaron su residencia a la población, en calle Canalejas, n.º 2.

El primer Presidente, después de la unión, fue Don Tomás Boix Campello. Tanto el Presidente como el resto de los rectores, eran todos agricultores, norma que ha prevalecido hasta la actualidad.

El Sindicato Agrícola, en su período de gestación, había sido

promovido por hombres de la ciudad, que además eran muy significativos en el aspecto económico y político, al revés de lo que fue siempre la Caja Rural, aunque en un principio, influyese en su creación personas cuya profesión no era la agricultura.

A partir de la unión, la nueva entidad más robustecida, amplió sus actividades, que hasta entonces habían estado limitadas a canalizar los préstamos y ahorros de las gentes campesinas: se compró maquinaria agrícola para el cultivo de la tierra y para la trilla, se estableció un puesto en la Lonja de frutas y verduras para comercializar los productos de sus socios, se abrieron almacenes donde los socios podían adquirir abonos, semillas, etc. Posteriormente, estas actividades, se han ampliado aún más, con una fábrica de piensos compuestos, secaderos de ñoras, almacenamiento de cereales en silos, comercialización de productos agrarios, etc.

A partir de la unión, los agricultores le llamaron a la nueva sociedad la «Agrícola», sociedad que en todo momento gozó del favor del campesinado, y que actualmente tiene cerca de 6.000 socios.

En los últimos 15 años, esta sociedad ha experimentado una gran expansión en todas sus actividades. No obstante, en estos momentos, le está afectando mucho la crisis tan aguda que está sufriendo el sector agrario, por causa de la sequía. Al paralizarse la agricultura en gran medida por no haber agua de riego, las actividades de la Cooperativa han sufrido una merma importante, que han quedado reflejadas en los déficits acumulados en los últimos ejercicios económicos.

Es imprescindible que la Cooperativa (su nombre actual es Sociedad Cooperativa y Caja Rural de Elche) haga una reestructuración a fondo de sus actividades y servicios para eliminar el déficit que ya va siendo crónico. Algunas de sus secciones ya han desaparecido (Puesto de la Lonja y Maquinaria) porque generaban muchas pérdidas. Otras tendrán que reestructurarse para adaptarlas a las nuevas circunstancias, dándoles nuevos enfoques.

El mayor inconveniente con que hoy tropieza la Cooperativa para enderezar su rumbo y eliminar pérdidas, es la numerosa

plantilla de empleados fijos que dependen de ella, que origina su mayor capítulo de gastos. Pero de seguir las actuales circunstancias, tendrán sus rectores que tomar medidas drásticas, pues de lo contrario el porvenir de la entidad es bastante incierto, a pesar de su fuerte enraizamiento en el campo de Elche y de su sólido patrimonio.

SOCIEDAD DE AGRICULTORES Y REGANTES DEL TERMINO DE ELCHE

Durante los 7 años de intensa sequía que padeció Elche a principios de siglo (1907-1914) en la venta y distribución de las escasas aguas saladas de la Marchena y Acequia Mayor, se cometían muchos abusos e irregularidades. En defensa de los intereses generales de los agricultores, y en particular, para luchar contra toda clase de abusos, se creó en 1911 la Sociedad de Agricultores y Regantes del Término de Elche. Uno de los promotores de esta sociedad, fue D. Juan Peral, Presidente de la misma durante varios años. Esta sociedad, no tuvo excesivo enraizamiento entre el campesinado, pues un año después se creó la Agrícola Ilicitana, que tuvo una rápida expansión por todo el campo de Elche, catalizando las preferencias de los agricultores que le prestaron su máxima atención y apoyo.

LA AGRICOLA ILICITANA

El 1 de Mayo de 1912, se legalizó la Agrícola Ilicitana, Asociación Agraria de carácter reivindicativo de ámbito local. Su promotor fue Vicente Sansano Fenoll, industrial, comerciante, escritor y político ilicitano, que fue Alcalde de Elche desde Marzo hasta Diciembre de 1910.

Como dijimos antes, esta Asociación fue muy bien recibida por la mayor parte de los agricultores ilicitanos, creándose alrededor de ella, un movimiento social de carácter progresista y anticaciquil como no se había conocido hasta entonces en el campo (*).

(*) «LA AGRICOLA ILICITANA desempeñó un papel importante en la defensa del sector agrario. Y sobre todo, sentó un precedente en el asociacionismo agrario ilicitano, digno de estudio y consideración». (AGRODELX, p. 38).

La fuerte personalidad de Vicente Sansano Fenoll, que durante el corto espacio de tiempo que permaneció al frente de la Corporación Municipal, había hecho una labor positiva en favor del sector agrario, fue el elemento catalizador que aglutinó en torno de la Agrícola Ilicitana a la inmensa mayoría de los campesinos más significativos del campo de Elche. También influyó mucho para que esto ocurriese de esta manera, el semanario local LA LIBERTAD, obra también de Vicente Sansano, que fue su promotor y director durante bastantes años.

En aquella época las luchas políticas eran feroces y despiadadas. Los diferentes partidos políticos estaban muy radicalizados, y los más influyentes y poderosos tenían su propio semanario como órgano de expresión. Los progresistas, capitaneados por Vicente Sansano Fenoll, tenían como portavoz a LA LIBERTAD. Y en torno a la Agrícola Ilicitana y a LA LIBERTAD, se formó un movimiento campesino en el que se destacaron muchos agricultores ilicitanos, tanto en las actividades políticas como literarias. Varios de estos agricultores, impulsados por la Agrícola Ilicitana, llegaron al Ayuntamiento como Concejales. Tal fue el caso de Roberto Martínez Fuentes (conocido por el Tío Rebeltet) de Matola, José Antón Soriano (el tío Rechet el de Sant Antoni) y Carlos Agulló Amorós, de Asprillas.

Como poetas y escritores que colaboraban asíduamente en LA LIBERTAD, se destacaron particularmente, Vicente Alarcón Maciá (Un Home Flac), inspirado poeta que escribía tanto en valenciano como en castellano, autor del juguete cómico EL TENORIO DE ALSABARES; Pascual Pastor Maciá, que vivía en el huerto de Vizcarra, que publicó un libro de poemas titulado MIS PRIMEROS PASOS; Tomás García Ruiz que vivió en Asprillas y en las Bayas y otros muchos.

La Agrícola Ilicitana tenía el mismo esquema organizativo que adoptó en 1976 la Asociación de Agricultores y Ganaderos de Elche, actualmente en vigor. Hasta la guerra civil española, fue el sindicato de agricultores de carácter reivindicativo más fuerte y organizado que tuvo el campo de Elche.

LA AGRICULTORA

Con un capital social de 30.000 pesetas, representado por 60 acciones de 500 pesetas cada una, el 12 de Abril de 1919, se constituyó en Elche LA AGRICULTORA, Sociedad Mercantil Anónima. Aunque sus Estatutos decían que su finalidad era, entre otras cosas, la compraventa, arrendamiento, explotación y mejoramiento de fincas rústicas, así como compraventa de frutos y productos agrarios, recaudación de rentas y laudemios, etc., al parecer, la principal finalidad que se perseguía con la constitución de esta sociedad, fue la compra del 50% del Dominio Directo de Carrizales, Dominio Directo que entonces poseía en su totalidad, D. Carlos Amorós Gonzálvez, quien se lo había comprado el 28 de Agosto de 1908 a D. Antonio Vicens Abat, de Alcoy.

Y decimos que presumiblemente fuese ésa su principal finalidad, porque el mismo día de su constitución, se materializó dicha compra, mediante escritura pública, y ambos documentos legalizados en la misma notaría. Y caso curioso, el importe de dicha compra, se pagó mediante la aportación que en metálico, le hizo el Sr. Amorós a La Agricultora.

Posteriormente, La Agricultora compró también varias parcelas de tierra en Carrizales, donde el Sr. Amorós era uno de los más grandes propietarios.

El 17 de Abril de 1942, La Agricultora y el Sr. Amorós, vendieron las dos mitades del Dominio Directo de Carrizales, por el importe de 140.000 pesetas, al Grupo Sindical de Colonización n.º 15, de reciente creación, con la condición de que las fincas que poseían en Carrizales La Agricultora y el Sr. Amorós, quedaran exentas del pago de la derrama que el Grupo Sindical tenía que ponerle a todas las tierras de Carrizales para poder amortizar las 140.000 pesetas. De haber contribuido al pago de las 140.000 pesetas por la totalidad de las fincas, hubiera correspondido sobre las 13 pesetas por tahúlla. Al quedar exentas de este pago las 81 tahúllas (tres parcelas) de La Agricultora y las 470 (en 16 parcelas) del Sr. Amorós, los restantes propietarios pagaron a 18 pesetas por tahúlla, con lo cual quedó cancelado el Dominio Directo que pesaba sobre Carrizales, desde 1748, cuando su colonización por el Duque de Arcos.

Cuando el Grupo Sindical compró el Dominio Directo, sólo figuró como vendedor D. Carlos Amorós Gonzálvez, que actuaba en nombre propio en el 50% y en nombre de La Agricultora (en calidad de Presidente) en el otro 50%. (Estos datos los hemos sacado del Archivo del Grupo Sindical).

* * * * *

Además de las sociedades reseñadas, en el primer tercio del presente siglo, los agricultores ilicitanos crearon otras cooperativas agrícolas que tuvieron corta vida, por carencia de medios económicos y de capacidad de gestión de los hombres que se pusieron al frente de las mismas para regir sus destinos. El movimiento cooperativo fue bastante amplio en esta época.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA POSGUERRA, UNA EPOCA DE PROSPERIDAD

Los años de la posguerra española, económicamente, fueron muy provechosos para los agricultores medios ilicitanos, pues debido a la gran escasez de alimentos que se padeció en aquellos tiempos, y al consiguiente racionamiento de los mismos, todo lo que cosechaban estaba muy solicitado y se vendía a buenos precios. Si bien es cierto que algunos productos, tales como los cereales, estaban intervenidos y sujetos a unos precios oficiales fijados por la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, otros, en cambio, como las frutas, tanto frescas como secas, estaban libres de tasas y precios prefijados, pudiendo los cosecheros venderlas al que más caras las pagase.

Para los productos sujetos a precios de tasa, se exigía la obligatoriedad de declarar las cosechas obtenidas, cosechas que se depositaban en almacenes oficiales, para su posterior distribución entre la población, mediante cartillas de racionamiento. Estos productos intervenidos los cobraban los agricultores a los precios oficiales establecidos de antemano, reservándose los titulares de las explotaciones agrarias aquellas cantidades que les correspondían para su propio consumo, en función del número de personas que dependían del declarante, lo mismo familiares como trabajadores fijos.

Como las raciones de artículos comestibles de primera necesidad que se les asignaba a cada persona en su correspondiente

cartilla de racionamiento, era inferior a la necesaria para una alimentación normal y correcta, en la mayoría de los casos había que recurrir a otras fuentes de abastecimiento para poder adquirir alimentos adicionales que complementasen la ración asignada, manifiestamente insuficiente. Lógicamente, como siempre ocurre en estos casos, al socaire de la escasez y de las necesidades de la población, se originó un mercado paralelo y clandestino, que aunque estaba expuesto a riesgos y dificultades, suministraba a la población (mucho más caro, por supuesto, que figuraban en los precios de racionamiento) todo aquello que la Comisaría de Abastecimientos y Transportes suministraba de menos.

Al principio, las autoridades castigaban con dureza a estos comerciantes clandestinos, llamados «estraperlistas», que formaban legión. Incluso se dictaron contra ellos algunas penas de muerte. Pero a medida que pasaba el tiempo, se fueron suavizando estas medidas persecutorias, y en consecuencia, este mercado negro se arraigó de tal forma en el cuerpo de la sociedad, que llegó a tener a su alrededor mucha gente involucrada en el mismo.

Como suele ocurrir siempre en circunstancias parecidas, la corrupción y la inmoralidad en algunos comportamientos personales, estaba a la orden del día, aunque por las circunstancias políticas del momento, estas cosas no se aireaban demasiado y casi siempre permanecían en secreto, ya que resultaba evidente que en estos trapicheos había también metidas personas con responsabilidades políticas y administrativas. Lo cierto es que producto de este comercio, a distintos niveles, se levantaron en poco tiempo muchas fortunas, mientras la inmensa mayoría de la población, carecía de medios y no comía lo suficiente. De la noche a la mañana surgió una élite de gentes adineradas, a las que se les llamó los nuevos ricos.

Estas penosas y lamentables circunstancias favorecieron también a los campesinos. Nunca, hasta entonces, fueron los agricultores tan envidiados, ni se les había tenido en tanta consideración. En primer lugar, porque comían lo que querían, al menos, de todas aquellas cosas que ellos mismos cosechaban en sus tierras, y en segundo lugar, porque todo lo que producían y era comestible, lo vendían a buenos precios, excepto algunos productos

preferentemente de exportación, tales como las almendras o los limones, que apenas tenían mercados, a causa de la guerra mundial, que estaba en pleno apogeo. Esta circunstancia motivó el que por aquellas fechas se arrancaran en el campo de Elche muchos almendros, limoneros y granados, para dedicar las tierras que ocupaban al cultivo de los cereales, particularmente, trigo y cebada, que era lo que más se precisaba para panificación, y lo que más fácilmente se vendía y a mejores precios, dada su escasez.

La Guerra Mundial, que duró cerca de seis años, empeoró aún más la situación de la posguerra española, ya de por sí harto difícil, en cuanto a abastecimientos de artículos de primera necesidad, por producirse aquí con deficiencias y no recibirse prácticamente nada del extranjero. La merma de la producción nacional obedecía, entre otras causas, a la escasez de brazos para cultivar la tierra, debido a que muchos jóvenes agricultores habían muerto en la guerra civil, otros estaban encuadrados en el Ejército, que por entonces tenía muchos efectivos y algunos más en las cárceles y Batallones Disciplinarios, por motivos políticos. Otra de las razones era la falta casi absoluta de abonos químicos, lo que originaba que los rendimientos medios de las tierras, en la totalidad de los cultivos, fueran inferiores a los normales.

No obstante todos estos inconvenientes y dificultades, la prosperidad material de los agricultores medios ilicitanos durante aquella época, fue manifiesta. Casi todas las cosechas se pagaban a buenos precios y los gastos de cultivo eran bajos, lo mismo que los precios de la tierra. Unos cuantos datos ilustrarán lo que decimos: una hora de agua de Riegos de Levante, costaba 20 pesetas; un jornal para trabajos agrícolas, 20-25 pesetas; una tahúlla de tierra de buena calidad, de 500 a 1.000 pesetas, con la particularidad de que había por entonces mucha tierra en venta. En contrapartida, un kg. de tomates de invierno, tenía un precio medio de 1 a 1'50 pesetas; un kg. de higos secos de 2 a 3 pesetas; un kg. de trigo en el mercado clandestino (pues en la mayoría de los casos, no se declaraba la totalidad de lo cosechado para entregarlo al Servicio Nacional correspondiente), de 4 a 7 pesetas. Se dieron casos de agricultures que durante estos años, compraron parcelas

de tierra y con el producto de una sola cosecha de cereales, pagaron el importe de la misma.

Como se observará por los datos reseñados, la agricultura de entonces fue muy rentable, más que todo lo conocido hasta entonces. De ahí el que muchos agricultores ilicitanos que cultivaban tierras por cuenta propia, adquirieran nuevas fincas rústicas durante estos años, ampliando su patrimonio particular. Porque, además, se dio la circunstancia de que por aquellas fechas, muchas familias ilicitanas poseedoras de las mayores propiedades, no profesionales de la agricultura, pusieron en venta sus fincas rústicas, a unos precios que al principio fueron irrisorios, y que a medida que pasaba el tiempo, se fueron duplicando de año en año. Y ocurrían estas cosas, a pesar de que los costos del cultivo de la tierra, como dijimos antes, eran relativamente baratos y no suponía para sus dueños grandes desembolsos. No obstante, optaron por desprenderse de sus propiedades rústicas. Tal vez influyera en este comportamiento el hecho de que durante la guerra civil, muchas de estas propiedades rústicas ilicitanas, fueran requisadas por las autoridades de entonces y cedidas en cultivo a una especie de Comunas de trabajadores agrícolas que se erigieron en administradores de las mismas, quedando bajo su control hasta el final de la guerra.

No solamente muchos agricultores medios aprovecharon estas circunstancias favorables para añadir nuevas tierras a las que ya poseían, sino también algunos que no las tenían de su propiedad, pudieron adquirir pequeñas parcelas, con lo cual se convirtieron en propietarios. Fue, precisamente, lo contrario de lo que había ocurrido 30 años antes, durante los siete años de la sequía, que duró desde 1907 a 1914. Entonces, gran cantidad de pequeños agricultores ilicitanos, al no producir sus tierras de verano, por falta de agua, tuvieron que vender o enajenar todo o parte de su patrimonio para poder subsistir. Y casi todas aquellas tierras que por necesidad se vendieron entonces, las compraron los mayores propietarios, que eran los que disponían de algunos fondos sobrantes, superando con más desahogo la crisis ocasionada por la sequía. Lo que unas circunstancias adversas les había quitado antes, unas circunstancias favorables les brindó la oportunidad de recuperarlo 30 años después.

En el corto espacio de tiempo de tres décadas, la situación económica del campo de Elche, había dado un giro de 180 grados. Si bien es cierto que después de empezar a regarse con aguas dulces elevadas, la agricultura ilicitana había experimentado una notable mejoría en cuanto a producción, no lo fue tanto en cuanto a rendimiento económico, ya que los precios de los productos cosechados, hasta 1936, seguían siendo relativamente baratos.

Este mayor rendimiento de la tierra, creó entre el campesinado ilicitano, circunstancialmente, un mayor apego a la profesión, producto de una incipiente prosperidad económica. Nunca, hasta entonces, los agricultores se sintieron tan importantes, dentro del conjunto de la sociedad ilicitana, ni jamás se había valorado tanto su trabajo diario. Esta sensación de satisfacción y plenitud, fue pasajera y apenas duró 15 años. Cuando España rompió el aislamiento internacional a que estuvo sometida por motivos políticos, y volvió a tener las fronteras abiertas y pudo adquirir todo aquello que precisaba, la situación se normalizó y las cosas se pusieron en su sitio de nuevo. A partir de aquí, la importancia y prosperidad que los agricultores habían tenido durante unos años, empezó a declinar y el campo a perder atractivo para ellos, sobre todo para los más jóvenes.

El tratado hispano-americano de 1953, dio paso a una generalización de relaciones internacionales, tanto políticas como comerciales. La despensa española se nutrió de cuanto precisaba y el campo de Elche perdió la preponderancia que había tenido durante unos años. Una corta era de prosperidad había pasado a la historia, dando curso a otros tiempos menos brillantes y atractivos, donde los hijos de los agricultores perdieron interés por la profesión de sus padres y comenzaron a dejar el campo y la agricultura en busca de nuevos horizontes de vida y de trabajo que consideraban más atractivos y menos sacrificados. Estos comportamientos, dieron pie a un fenómeno cultural importante, como fue el que hijos de agricultores ilicitanos empezaran a cursar carreras universitarias, hecho que no se había producido hasta entonces, salvo raras excepciones.

También empezó a ponerse de moda en estos años el que muchas familias de agricultores, cambiasen su domicilio del campo a

la población, dejando abandonadas sus casas campestres, a pesar de que seguían cultivando sus tierras. Pero este fenómeno merece un estudio en profundidad que haremos más adelante.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA DECADA DE LOS AÑOS SESENTA

La década de los años sesenta, marca un hito importante en la historia de la agricultura ilicitana, produciéndose grandes modificaciones en todos los sentidos. Estos años fueron el final de una época, y al mismo tiempo, marcaron el principio de otra, muy distinta a todo lo conocido hasta entonces, en cuanto a la forma de cultivar la tierra. Fue el paso del arado romano al tractor. En estos años desaparecieron de los bancales las caballerías de labor, compañeras inseparables de los agricultores desde tiempo inmemorial dando paso a la maquinaria agrícola más variada que sustituye a la yunta y al hombre en los diversos trabajos del campo. Fue, sencillamente, el principio de la mecanización de la agricultura, mecanización que llegó al campo de Elche, lo mismo que había llegado hasta los más apartados rincones de la geografía española.

A partir de estos momentos, todas las labores agrícolas se harán a base de maquinaria, construida ex-profeso para cada cultivo, y el hombre pasaría a ser un mero auxiliar y conductor de la misma. Toda esta gama de maquinaria y aperos que la tecnología moderna había puesto al servicio de los agricultores, abrirían unas amplias posibilidades de cultivo que ni siquiera se habían soñado unos años antes, liberando al hombre de la mayor parte de la fatiga y esfuerzo que le había supuesto hasta entonces el cultivo de la tierra. Las más pesadas y fatigosas labores agrícolas, tales como la siega y la cava, que siempre se habían realizado a

base de hombres, a partir de entonces se mecanizaron, abaratando costos, ganando tiempo y ahorrando esfuerzo humano.

Las herramientas y aperos tradicionales que habían servido para el cultivo de la tierra, y que se heredaban de padres a hijos, se iban arrinconando cada vez más en las viviendas rurales, al perderse su uso y la utilidad práctica de las mismas, a la vez que iban apareciendo los flamantes tractores que ocupaban lugar de privilegio, tanto en las viviendas campestres como en las preferencias de los agricultores, para sus trabajos diarios en la tierra.

Esta rápida mecanización agraria, que en el campo de Elche alcanzó cotas mucho más altas que la media nacional, constituyó una verdadera revolución en la forma de cultivar la tierra, llevando consigo al mismo tiempo, un cambio muy notable en las costumbres y formas de vida de los agricultores ilicitanos. Hasta entonces, estas costumbres y formas de vida, habían sido poco menos que inmutables, y pasaban de una a otra generación, sin sufrir apenas alteración alguna. Los hijos seguían cultivando la tierra de la misma forma que lo habían hecho sus padres, al separarse del hogar paterno y formar su propia familia independiente; vivían en casas de campo idénticas a las de sus mayores y las generaciones se iban sucediendo unas a otras, continuando las mismas costumbres y peculiaridades que les eran comunes y características. La vida y las cosas se desarrollaban a un ritmo lento y uniforme, sin cambios ni mutaciones sustanciales entre los padres y los hijos.

Pero a partir de la mecanización, ya nada fue igual a lo que había sido hasta entonces. En el transcurso de pocos años grandes cambios se habían introducido en la vida diaria de los agricultores. Y estos cambios no afectaron solamente a los métodos de cultivo de la tierra, con ser esto muy importante, sino también en las costumbres, gustos, preferencias y comportamiento de las personas.

La educación primaria empezó a extenderse en el área rural, y por consiguiente, el nivel cultural de los agricultores, que había sido sumamente bajo hasta entonces, empezó a subir paulatinamente, particularmente entre los más jóvenes. Se construyeron grupos escolares en todas las partidas rurales ilicitanas y todos

los niños del campo de Elche empezaron a ir a las escuelas con cierta regularidad, desapareciendo entre ellos, el analfabetismo que había sido tan abundante entre sus mayores sólo unos años antes. La escolarización fue total, y algunos de estos niños, hijos de agricultores, que aprendieron las primeras letras en las escuelas rurales, continuaron estudiando, y cursaron después carreras universitarias, un hecho que hasta entonces no se había producido en el campo de Elche, salvo rarísimas excepciones. Así, pues, algunos hijos de agricultores, nacidos y criados en el campo de Elche, consiguieron ser médicos, abogados, economistas, ingenieros, aparejadores, etc., desempeñando sus respectivas profesiones con brillantez y aprovechamiento. Fue esto un hecho sociológico de capital importancia, que cambió la mentalidad de las gentes campesinas respecto a la valoración que hasta entonces se le había dado a las distintas profesiones y actividades de las personas. A partir de estos momentos, los agricultores ya no veían con malos ojos que sus hijos dejaran las actividades agrícolas y se dedicaran a realizar estudios superiores, aunque esto les reportara, en muchos casos, grandes sacrificios económicos para ellos. Mas bien por el contrario, alentaban estas inclinaciones y preferencias, por entender que de esta forma mejorarían sus condiciones de vida y de trabajo, a la vez que adquirirían un mayor bagaje de cultura y conocimientos profesionales que les podrían reportar en el futuro mayores facilidades para abrirse camino y desenvolverse en la vida.

Pero esta tendencia bastante generalizada, trajo consigo el que el apego tradicional a la tierra y a la propia profesión, que había sido una acusada característica entre los agricultores ilicitanos, que se iba transmitiendo de padres a hijos a través de las generaciones, empezó a perder entidad a partir de estos años. En el campo ya se leía y viajaba más. Las gentes campesinas ya no vivían tan aisladas como lo habían hecho hasta entonces, reducidos a unos estrechos horizontes. Al iniciarse una mayor interrelación, se iban borrando las diferencias en la vestimenta que habían sido siempre muy acusadas entre los agricultores y las gentes de la población. La intercomunicación se iba acentuando de día en día, y la uniformidad se iba acrecentando en todos los sentidos. Este mayor acercamiento entre el elemento campesino y

ciudadano fue tal, que empezó a darse con harta frecuencia el hecho de casamientos entre jóvenes del campo y la población, cosa que antes se daba sólo de tarde en tarde. Hasta esas fechas, los jóvenes campesinos, tanto hombres como mujeres, apenas salían del campo de Elche, en su época de mocedad, asistiendo solamente a las fiestas y reuniones vecinales. Por tal motivo, por regla general, se iban emparejando con otros jóvenes de las cercanías, dentro de un círculo bastante reducido, y en muchos casos, incluso uniéndoles vínculos familiares. En tiempos pasados, fueron muy frecuentes los casamientos entre primos hermanos o primos segundos. En muchos de estos casos, una de las razones más poderosas para realizar estos casamientos, era la unión de unos patrimonios que tenían el mismo origen.

Con la llegada del automóvil, la diáspora de la juventud campesina aún fue mayor. Los jóvenes agricultores, en un gran porcentaje, buscaron nuevos horizontes, no solamente para sus ocupaciones, desligándose de la agricultura, sino también para sus diversiones y esparcimientos. Los cines y locales de reunión, que en las distintas partidas rurales, habían estado muy en boga después de la guerra, y los actos y reuniones que organizaban, siempre estuvieron muy concurridos, perdieron asistencia y fueron abandonados por una juventud que prefería ausentarse los domingos y días festivos, en busca de otras diversiones más alejadas que les apetecían mucho más.

En otro orden de cosas, hasta estos años, lo normal y corriente, era que los agricultores habitasen en viviendas rurales que estaban ubicadas en sus propias fincas rústicas. La vivienda y el trabajo estaban juntos y eran inseparables, aunque muchos agricultores, poseedores de varias propiedades rústicas, siempre tenían algunas algo alejadas de la vivienda. Esto proporcionaba cierta comodidad y aprovechamiento del tiempo de trabajo, aunque esto hubiese sido más completo si se hubiera realizado la concentración parcelaria, cosa que sólo ocurría en contados casos. Generalmente, las propiedades rústicas que, en la mayoría de los casos, eran heredadas de los mayores, se conservaban allí donde estuvieran, aunque su ubicación radicase alejada de la vivienda. Se les tenía cierta veneración a las propiedades heredadas, y no se vendían o permutaban si no era por fuerza mayor. De

todas formas, la vivienda y la explotación agraria, formaban un todo armónico y coherente, a diferencia de lo que ocurría en otros sitios cercanos, como Crevillente, por ejemplo, donde los agricultores vivieron siempre en la población. En Elche, los agricultores vivieron siempre en el campo, como lo demuestra el gran número de viviendas rurales que siempre hubo, tantas como en la población, en épocas no muy lejanas.

Pero a partir de 1960, se puso de moda el vivir los agricultores en la población, y muchas familias campesinas abandonaron sus amplias viviendas rurales y se fueron a vivir a incómodos pisos de la ciudad. Por tal motivo, infinidad de viviendas rurales quedaron deshabitadas y abandonadas por sus dueños, que a partir de entonces, tenían la vivienda en la población y el trabajo habitual en el campo. Este hecho sociológico ocasionó, en algunos casos, ciertas distorsiones familiares. También originó una disminución en la constante atención que requiere el cultivo de la tierra, así como un cierto desdibujamiento de las peculiaridades que siempre fueron características de los agricultores, tanto en su forma de ser como en sus comportamientos.

Se produjo entonces un fenómeno muy curioso, como es el caso de que mientras muchas familias de agricultores abandonaban sus viviendas rurales para irse a vivir a la población, otras tantas familias residentes en la ciudad, trataban de comprar su pequeña parcela de tierra para edificar en ella su segunda vivienda, donde poder pasar sus fines de semana y sus vacaciones, alejándose de las molestias e incomodidades de la vida ciudadana. Así, pues, crecían paralelas y casi en idénticas proporciones, por un lado las viviendas campesinas deshabitadas, y por el otro, las nuevas edificaciones rurales, que se iban construyendo por la gente de la población, para habitarlas sólo temporalmente, en pequeñas parcelas de tierra adquiridas ex-profeso para tal fin. Los agricultores apetecían vivir en la ciudad, mientras muchas familias de la población, soñaban con tener un albergue rural. Estas dos tendencias contradictorias han estado muy generalizadas en los últimos años.

Como es lógico, las comodidades de la vida moderna habían llegado también al campo, y los agricultores las habían asumido

con sumo agrado. Pero todo esto había incrementado sobremanera los gastos familiares de cada día. El automóvil, el frigorífico, el televisor, etc., se habían generalizado entre las familias campesinas, tomando carta de naturaleza en todos los hogares. Todos seguían la corriente de su adquisición y nadie quería ser menos que los demás. Por otra parte, la rentabilidad de la agricultura, que unos años antes, había sido bastante próspera, estaba sufriendo una fuerte regresión. Algunos cultivos que hasta entonces fueron bastante rentables, dejaron de serlo, e incluso pasaron a ser ruinosos, lo que obligó a muchos agricultores, a hacer transformaciones de fincas, realizar nuevas plantaciones de arbolado, entubar todas las acequias para ahorrar agua de riego y gastos de mondas. En definitiva, hubo necesidad de gastar más, para el mejoramiento de las fincas rústicas y la preparación de nuevos cultivos. Todas estas circunstancias llevaron aparejadas el que las economías familiares de muchos agricultores, que hasta entonces habían sido bastante boyantes, se resintieran y entraran en crisis, viéndose precisados a vender parcelas de tierra para poder hacerle frente a las deficiencias económicas momentáneas. La compra de un tractor, la construcción de una vivienda para un hijo, la transformación de una finca, etc., eran gastos que, en la mayoría de los casos, tenían que financiarse, bien mediante un préstamo personal (casi siempre a través de la Sección de Crédito de la Cooperativa del Campo y Caja Rural de Elche), o vendiendo una parcela de tierra, ya que en contados casos se disponía de dinero en efectivo para pagar estas cosas al contado. Centenares de pequeñas parcelas de tierra han sido vendidas por los agricultores medios ilicitanos por estas causas en los últimos años. Parcelas de tierra, muchas de ellas de la mejor calidad, que se han sustraído de la agricultura tradicional y que se han convertido en ensanches de chalets y pequeñas viviendas de recreo, para uso y disfrute de gentes de la población, ajenas a la agricultura. El permitir el Ayuntamiento de Elche las edificaciones de viviendas rurales en sólo dos mil metros cuadrados de tierra, ha facilitado enormemente esta proliferación de viviendas que están deshabitadas la mayor parte del año.

La mayoría de los agricultores son partidarios de que se edifique en el campo en pequeñas parcelas de tierra, como se ha he-

cho hasta ahora, pues de esta forma, la tierra se revaloriza. Pero esto tiene también sus inconvenientes para los agricultores, inconvenientes que aumentarán de día en día, a medida que se incremente en el campo la población flotante y temporera. Ya están ocurriendo muchas rozaduras y cuestiones en este sentido.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL

MUSEO ESCOLAR

EVOLUCION DE LOS DISTINTOS CULTIVOS EN LOS ULTIMOS 40 AÑOS

Después de la guerra civil española, la agricultura ilicitana experimentó una profunda transformación. La perentoria necesidad de producir alimentos básicos, indujo a la intensificación de algunos cultivos, y por el contrario, se perdió interés por otros que, preferentemente, se dedicaban más a la exportación que al consumo interior. En el primer caso, estaban los cereales, particularmente el trigo, dedicado a la panificación, y en el segundo, entre otros, los limones y el pimentón. Como consecuencia de la guerra mundial y el posterior aislamiento internacional a que España estuvo sometida, durante unos años, nuestro comercio exterior fue prácticamente nulo y, por consiguiente, lo que tenía que exportarse estaba sumamente despreciado.

En tales circunstancias, lógicamente, los agricultores ilicitanos, se dedicaban a producir, preferentemente, aquellos productos agrícolas que presentaban mayor facilidad comercial y mejores precios. Esto fue así hasta el extremo de que muchos huertos de limoneros y granados, que había costado mucho tiempo poner en producción, se arrancaron para sembar cereales en las tierras que dejaban libres.

De los tres primeros años posteriores a la terminación de la guerra civil, apenas se tienen datos fiables que reflejen el censo de los distintos cultivos que había entonces en el campo de Elche. Al no haber ningún organismo oficial específicamente agrícola,

nadie se encargó de recopilar los datos necesarios en este sentido.

A partir de 1942, cuando se crearon las Hermandades Sindicales de Agricultores y Ganaderos, rama agraria de la Organización Sindical creada por el nuevo régimen político implantado en España después de la guerra civil, la Hermandad Local de Elche, a través de la guardería rural, empezó a hacer un censo anual de todos los cultivos del campo, así como de la ganadería y de los aperos de labranza. El primer censo así elaborado, se hizo en 1943.

Una copia de estos censos anuales, se remitía a la Delegación Provincial de Agricultura, de cuyos archivos hemos adquirido los datos que nos han servido de base para escribir los trabajos que siguen a continuación, referidos a la evolución de la agricultura ilicitana, durante las últimas cuatro décadas.

Hemos podido constatar que los primeros censos elaborados por la Hermandad Local de Elche, son fragmentarios y escasos de datos, y muy desiguales de un año a otro. Con el paso de los años, estos censos ya fueron más completos y rigurosos. Posteriormente, los censos que han hecho las cámaras agrarias, a partir de su implantación en 1976, en lo que a Elche se refiere, han sido más detallados y con mayores referencias. Aunque somos conscientes de que los datos que aportan, primero las Hermandades y después las Cámaras, sólo pueden tomarse como aproximados y estimativos, y en ningún caso como rigurosamente exactos. De todas formas, más o menos fiables, son los únicos datos oficiales que se poseen sobre este particular, y de los que nos hemos servido para nuestro trabajo.

Aunque estos censos puedan tener algunas deficiencias, y no ser todo lo exactos que podían haber sido de haberse hecho con más minuciosidad, al menos sirven para demostrar unas tendencias determinadas que ha seguido la agricultura en los últimos cuarenta años. Con estos datos en la mano, podemos seguir paso a paso, la evolución de la agricultura del campo de Elche, durante este período de tiempo. Así podemos observar la decadencia, incluso la desaparición de algunos cultivos que fueron aquí característicos y mayoritarios, y por el contrario, el auge y la preponde-

rancia de otros que antes apenas tenían incidencia. Esto ha llevado consigo un cambio sustancial en el mapa agrícola ilicitano.

En los trabajos que siguen, hemos analizado la evolución, sino de todos, al menos de los cultivos más abundantes y característicos que se dan en nuestras pedanías. Con estos datos, ya podremos formarnos una idea aproximada de lo que fue antes y es ahora el campo de Elche, en el aspecto agrícola.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PALMERAS

La palmera es el árbol más característico de Elche. Las palmeras le han dado a nuestra ciudad fama mundial. Hablar de Elche y hablar de palmeras es todo la misma cosa. Sobre las palmeras se ha hablado y escrito mucho, y a Elche se le conoce como el palmeral de Europa.

Sobre el número de palmeras que ha tenido Elche en otros tiempos, se han dado muchas versiones, algunas de ellas bastante exageradas. Prueba de ello es lo que dice la Enciclopedia Espasa al referirse a nuestros palmerales y afirmar que en Elche hay más de un millón de palmeras, cifra muy superior a la realidad, ya que esa cantidad no la hubo nunca.

La verdad es que no se tienen referencias de haberse hecho en tiempos pasados ningún recuento minucioso y exhaustivo del número de palmeras de todo el término municipal, y cuando se hablaba del palmeral de Elche, siempre se referían a los huertos del casco urbano. De lo único que se tenían referencias exactas era del número de huertos que había en el casco urbano y en las pedanías, y de las tahúllas que tenía cada uno. Pero en las distintas pedanías, particularmente en las del sur del término municipal, hay muchas palmeras diseminadas que no se contaron jamás, hasta hace unos años.

A principios de los años setenta, el Ayuntamiento trató de hacer un censo completo de las palmeras de Elche, e instó a los agricultores a que las declarasen. Algunos lo hicieron y otros no.

Incluso algunas declaraciones no se ajustaban a la realidad. Por lo tanto, este censo fue incompleto y poco fiable, de cara a unos datos correctos.

Ramos cita una estadística de 1898 («La Industria, el Comercio y la Agricultura en Elche», p. 243) donde dice que cada tahúlla de huerto de palmeras tiene 68 árboles. También Cavanilles («Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reino de Valencia», t. 11, p. 270), dice que los huertos que hay alrededor de la población tienen 70 palmeras por tahúlla. Estos datos son muy poco rigurosos (y nos extraña en Cavanilles, que fue tan minucioso en todos los datos y detalles de la Agricultura ilicitana) y un tanto exagerados, pues lo normal y corriente es que los huertos tengan entre 30 y 40 palmeras por tahúlla. Como generalmente esta clase de datos los copian unos autores de otros, sin las debidas comprobaciones, de ahí las exageraciones que se observan en algunos textos.

Teniendo en cuenta la extensión de la zona regable que hubo siempre a base de las aguas tradicionales y la diversidad de cultivos, el número de palmeras de Elche, tanto agrupadas en huertos como diseminadas, no debió de ser nunca superior a las 500.000.

En cuanto al número exacto de palmeras que pueden haber en la actualidad, deben estar alrededor de las 400.000, aunque estas cifras siempre hay que darlas con ciertas reservas.

En 1978, la Cámara Agraria Local, a través de la Guardería Rural, hizo un censo de palmeras rurales (en mi libro, «El campo, entre la marginación y la esperanza», p. 48) que arrojaban un total de 241.957 agrupadas en huertos y 123.969 diseminadas, lo que hacen un total de 365.926, que junto con las 70.000 que es el número que siempre se ha barajado como más aproximado para los huertos de la periferia de la población (esta cifra ha sido sensiblemente rebajada en un censo particular que ha confeccionado un colectivo de profesionales de la construcción recientemente) sumarían un total de 435.926. Si tenemos en cuenta las muchas que se han arrancado en los últimos seis años, y las correcciones en el censo de las de los huertos urbanos, la cifra exacta diferirá muy poco de las 400.000 que dijimos antes. Este número tiende a disminuir de día en día, pues en el campo no se plantan palmeras

nuevas y de las que hay en pie, por distintas causas, van desapareciendo sin cesar.

En el libro mencionado más arriba, se incluye el estudio más completo que se ha hecho hasta ahora sobre las palmeras de Elche, como árbol agrícola y sobre toda la problemática derivada de su falta de rentabilidad, así como el conjunto de leyes, normas y ordenanzas que configuran la normativa legal que las regula dentro del término municipal de Elche. Esta falta de rentabilidad está también fielmente reflejada en mi libro «Agrodelx», pp. 163 y siguientes.

La cuestión de las palmeras ha creado en los últimos años muchas crispaciones y enfrentamientos entre los agricultores y el Ayuntamiento. El Ayuntamiento, hasta ahora, se ha limitado a aplicar las disposiciones que incluye la Ordenación de Palmerales de 1972, multando a los infractores de las mismas, sin tener en cuenta para nada otra clase de consideraciones. Muchos agricultores, acuciados por la necesidad que sienten de transformar algunas parcelas y de dedicar sus explotaciones agrarias a otros cultivos más rentables, que les permitan vivir de sus tierras, cosa bastante difícil y problemática en estos momentos, han regalado miles de palmeras a los viveristas que hacen su agosto con ellas, ya que suelen venderlas a diez mil pesetas cada una para adornar parques y jardines de muchas ciudades españolas. Los viveristas las arrancan y se las llevan sin ninguna responsabilidad y el Ayuntamiento hace recaer todo el peso de la Ley sobre los agricultores que son los únicos paganos de unas normas que se han quedado desfasadas y precisan una urgente revisión para adaptarlas a las nuevas circunstancias. Esta situación se viene arrastrando desde hace varios años.

La verdad es que la Corporación Municipal ha hecho muy poco hasta ahora para remediar esta situación. Se han perdido, lamentablemente, cinco años sin hacer prácticamente nada, en busca de una solución viable y aceptable para todos; una solución que compagine la conservación y fomento del palmeral con los legítimos intereses de sus dueños que tan quebrantados se encuentran en estos momentos. De nada han servido hasta ahora las comisiones mixtas, las múltiples reuniones de la misma, la elabora-

ción de un anteproyecto de ordenanzas, asumido por el Ayuntamiento en Pleno, para que lo tuviera en cuenta el equipo revisor del Plan General de Urbanismo. Ni tampoco sirvió para nada práctico hasta ahora la reconstrucción de la Junta Local Gestora del Patronato de los Palmerales de Elche, que desde el 12 de Enero de 1982, está legalmente reconocida en su nueva composición. Todo ha sido infructuoso e inútil, a pesar de la buena predisposición del Ministerio de Agricultura, que a través de Doña Carmen Frías, Jefe del Departamento Jurídico de Icona, se mostró favorable a la modificación del Decreto del 8 de Marzo de 1933. Excepto el Alcalde, que como Presidente de la Junta Local, asistió a todas las reuniones, y se ha mostrado siempre interesado por esta cuestión, los demás miembros de la anterior Corporación, no quisieron saber nada de las palmeras. Este desinterés llegó al extremo de asistir solamente diez concejales a la reunión que estaban todos convocados, junto con la Junta Local, para que se pronunciasen sobre esta cuestión y reconociesen la labor y competencias de la Junta. Y así han ido pasando los meses, con una lamentable pérdida de tiempo, que sólo contribuye al agravamiento del problema y al mayor deterioro de muchos huertos de palmeras que hay abandonados.

La actual Corporación tiene que decidirse de una vez y abordar la cuestión con seriedad y realismo. No se debe perder más tiempo. Pero no hacerlo en solitario, como lo hizo en 1972, sino en colaboración con la Junta Local y escuchando las sugerencias de los agricultores, que son los directamente afectados por este problema. No hacerlo así, sería contraproducente, como nos demuestra la experiencia. Esperamos no se tropiece en la misma piedra.

ALMENDROS

Con una gran diferencia sobre todos los demás, los almendros son el cultivo arbóreo que más extensión ocupa en el campo de Elche. Las 6.300 hectáreas de almendros que existen en la actualidad, superan con mucho a cualquier otro cultivo leñoso que se haya producido aquí en cualquier época. En aquellas pedanías más altas, cuyas isoipsas superan los 50 de altura sobre el nivel del mar, el almendro es el cultivo mayoritario por excelencia.

Los almendros han existido siempre en el campo de Elche, particularmente, en las zonas de secano, pero en pequeñas cantidades. Hasta la llegada de las aguas dulces, los almendros sólo se cultivaban de una manera esporádica y minoritaria. En los censos de cultivos que se hicieron en los pasados siglos, observamos cómo los almendros ocupaban unas extensiones mínimas, que apenas tenían incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana.

Pero a partir de 1923, cuando la Real Compañía de Riegos de Levante, empezó a distribuir aguas dulces por la mayor parte del término municipal, fue cuando empezaron a plantarse almendros de una manera masiva. Esta tendencia al alza en el cultivo del almendro se ha acelerado aún mucho más en los últimos veinte años, pasando de 4.000 hectáreas en 1964 a 6.300 en 1983.

Así como en los pasados siglos los mayores terratenientes tenían grandes extensiones de olivar, en la actualidad son los al-

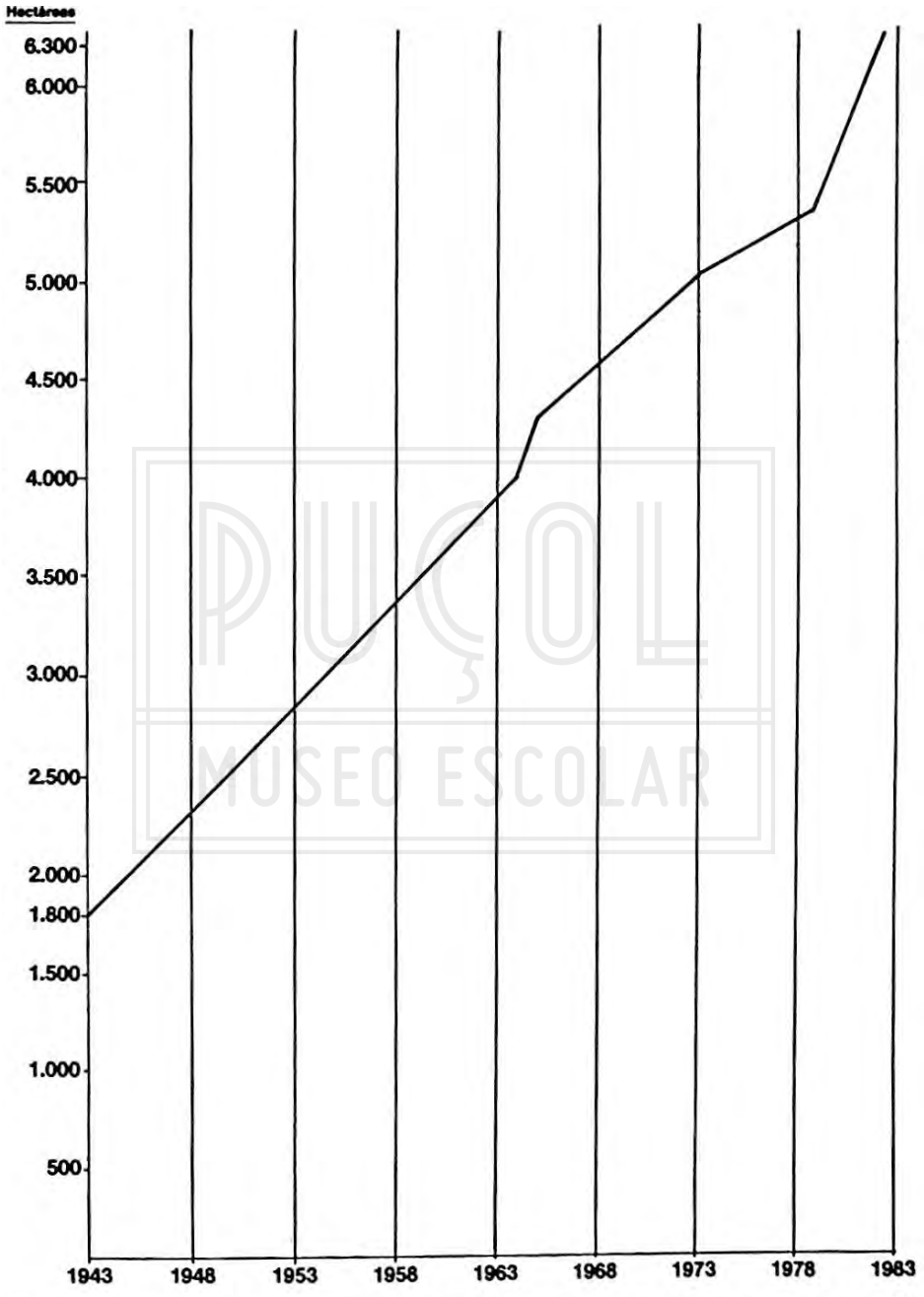
mendros los que prevalecen entre los mayores propietarios de fincas rústicas. El hecho de que las almendras sean un fruto que se conserva varios años sin deterioro para poderlo vender, jugando al alza, en el momento más oportuno, es una poderosa razón para que las prefieran los que disponen de más medios económicos, y no se ven precisados a vender sus cosechas tan pronto las recolecten.

En los últimos cuarenta años los almendros se han incrementado en el campo de Elche, en un 350%, y la mayor partida económica que reciben actualmente los agricultores ilicitanos, proceden de las almendras, con unas cantidades anuales de mil millones de pesetas aproximadamente.

El problema que tienen hoy los cosecheros de almendras de Elche, es que su producto no puede competir con las almendras de California, que por tener unas variedades distintas y unas formas de cultivo diferentes, son más competitivas y rentables que las nuestras. Para poder continuar cultivando almendros, se verán obligados a introducir nuevas variedades más rentables y a reducir costos de producción. De lo contrario, las almendras ilicitanas, como otros muchos productos agrarios, tienen un futuro bastante incierto.

MUSEO ESCOLAR

ALMENDROS



Los almendros, con 6.300 hectáreas, son el cultivo mayoritario en el campo. Ningún otro cultivo leñoso llegó nunca a ocupar esta extensión de terreno.

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CAÑAMO

El cultivo del cáñamo, pasó por el campo de Elche, rápido y fugaz, como un meteorito. Apenas duró quince años, es decir, de 1950 hasta 1965. Aunque se tienen algunas referencias de que en épocas pasadas se cultivó el cáñamo aquí, debió ser de una forma circunstancial y en muy poca cantidad, pues lo cierto es que hasta después de la guerra civil fue un cultivo prácticamente desconocido para los agricultores ilicitanos.

En la década de los años 50 el cáñamo se cultivaba masivamente en la Vega Baja del Segura, siendo un cultivo bastante rentable. Callosa del Segura era el epicentro del comercio de esta fibra. De allí salía, para distintos puntos de la geografía española, casi la totalidad de la que se producía en esta zona.

A medida que se iba normalizando en España el abastecimiento de cereales, y por consiguiente, cotizándose a la baja, este cultivo iba perdiendo atractivo para los agricultores. De ahí que muchas tierras que se dedicaban al trigo y la cebada, empezaron a dedicarse al cáñamo, con óptimos resultados en cuanto a la cantidad y calidad de la fibra cosechada. Por consiguiente, el cultivo del cáñamo, en el campo de Elche, se multiplicaba de año en año, y por todas partes, se construían balsas, para su puesta en remojo.

La mayor parte de la fibra obtenida se vendía a los comerciantes callosinos, que lo adquirían a través de los intermediarios, algunos de los cuales eran ilicitanos.

Pero la aparición en el mercado de las fibras sintéticas para la manufactura de redes, hilos y cordeles, echó por tierra el valor del cáñamo, hasta el extremo de que en el transcurso de pocos años, pasó de ser un cultivo boyante y rentable, a perder todas las posibilidades de comercialización. Esto trajo consigo el que dejara de sembrarse, no solamente en el campo de Elche, sino también en las demás zonas productoras.

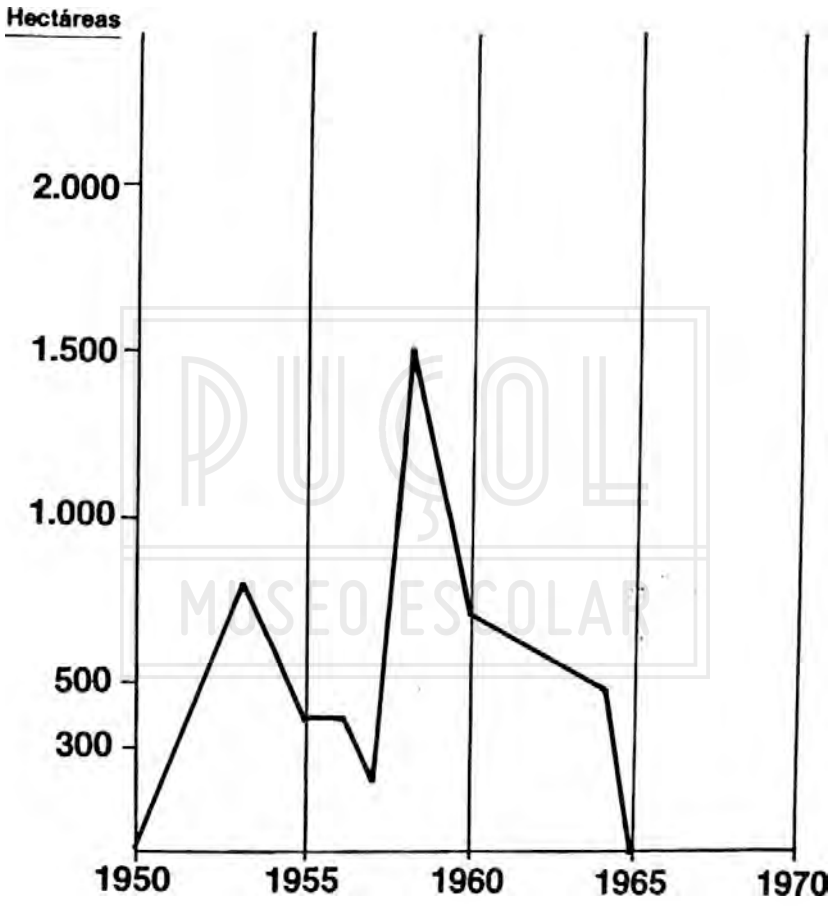
La cota máxima alcanzada en el campo de Elche, fue en el año 1958, al dedicarse al cultivo del cáñamo 1.500 hectáreas de tierra, como se observa en el gráfico que se acompaña.

Al dejar de sembrarse el cáñamo, han desaparecido también la multitud de balsas que se construyeron por aquellos años, con la única finalidad de poner el cáñamo en remojo, para que adquiriese las condiciones óptimas, y poder así separar la fibra del resto de la planta, mediante el cardado, trabajo que se hacía manualmente, con la ayuda de un artilugio llamado gramadora.

Hoy el cáñamo es sólo un recuerdo entre los agricultores que lo cultivaron durante unos años, y que pasó sin dejar rastro.

MUSEO ESCOLAR

CAÑAMO



Evolución del cultivo del cáñamo en Elche, desde 1950 en que empezó a sembrarse, hasta 1965, en que desapareció por completo. El año 1958 fue cuando más abundó este cultivo, con 1.500 hectáreas de tierra dedicadas al mismo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ALFALFA

La alfalfa ha sido, desde muy antiguo, un cultivo forrajero de los más abundantes que ha habido en el campo de Elche. Al admitir y tolerar el agua salobre para su desarrollo normal, se producía con prodigalidad, particularmente en las zonas donde se regaba con las aguas de la acequia Mayor y de la Marchena. Esta alfalfa, unas veces se sembraba sola, como único cultivo, y otras asociada a otros cultivos arbóreos, sobre todo, en los huertos de palmeras, en la tierra que quedaba libre entre las hileras de las mismas. También se sembraba como cultivo asociado cuando se plantaban huertos de granados. De esta forma, hasta que los árboles se ponían en producción, se cosechaba alfalfa, ya que los granados en los primeros años tienen poca raigamble y se pueden compatibilizar los dos cultivos en la misma tierra. Al cuarto o quinto año, cuando se arrancaba la alfalfa, los granados ya empezaban a producir fruto y su crianza no había sido gravosa para los cosecheros.

También se sembraban muchas parcelas de alfalfa en los terrenos lindantes con los saladares, cuyo aprovechamiento consistía, preferentemente, en la producción de semilla. De Mayo a Septiembre se hacían dos cortes de esta alfalfa que tenía que estar más tiempo entre corte y corte, para que la semilla alcanzase el grado óptimo de granazón. Esta alfalfa dedicada a la producción de semilla, precisaba menos riegos que cuando se segaba tierna para forrajes, pues una vez que florecía, lo que necesitaba era poca humedad y tiempo caluroso, para alcanzar el máximo rendimiento.

La alfalfa, es un forraje apto para toda clase de ganadería. Lo mismo sirve para alimentar a los conejos, las cabras, las ovejas, las vacas o a las caballerías de labor, tanto en verde como henificada. Incluso son aprovechadas las raíces, cuando se arrancan, para pienso del ganado bovino. En cuanto a las aves de corral y el ganado de cerda, también se le puede alimentar con alfalfa verde, aunque no como alimento básico, sino más bien como alimento complementario. De ahí que en todas las casas de labranza, donde generalmente había, aunque en pequeñas cantidades, animales de distintas especies, no podía faltar la alfalfa para el consumo particular de la ganadería que era como un complemento de la explotación agraria. Antes de que la alfalfa que estaba en producción se arrancase, se sembraba otra parcela para que no faltase en ningún momento este forraje tan necesario y aprovechable.

En los meses de verano en que la alfalfa produce y se desarrolla con más rapidez, la que sobraba para su consumo en verde, se henificaba, y una vez seca, se guardaba bajo cubierto para consumirla en los meses de invierno, cuando crecía muy lentamente y escaseaba más. De Mayo a Septiembre, cuando no es para semilla, los cortes se suelen hacer mensualmente, y en los siete meses restantes, se le dan tres o cuatro cortes, como máximo.

Entre los agricultores ilicitanos la alfalfa ha sido, hasta hace pocos años, un pienso muy apreciado y necesario, tanto para su consumo en verde como en seco.

En épocas pasadas, muchos agricultores sembraban también mayor cantidad de alfalfa de la necesaria para el consumo particular de su explotación. En estos casos, una vez seca, la vendían a los ganaderos profesionales que tenían mayor consumo de la misma.

Como vemos en el gráfico adjunto, la mayor cantidad de alfalfa sembrada en el campo de Elche, se dio entre los años 1950 y 1970, que fue, precisamente, la época de mayor expansión ganadera en esta zona. El cenit en este cultivo, se alcanzó en 1955, con 900 hectáreas de tierra dedicadas al mismo.

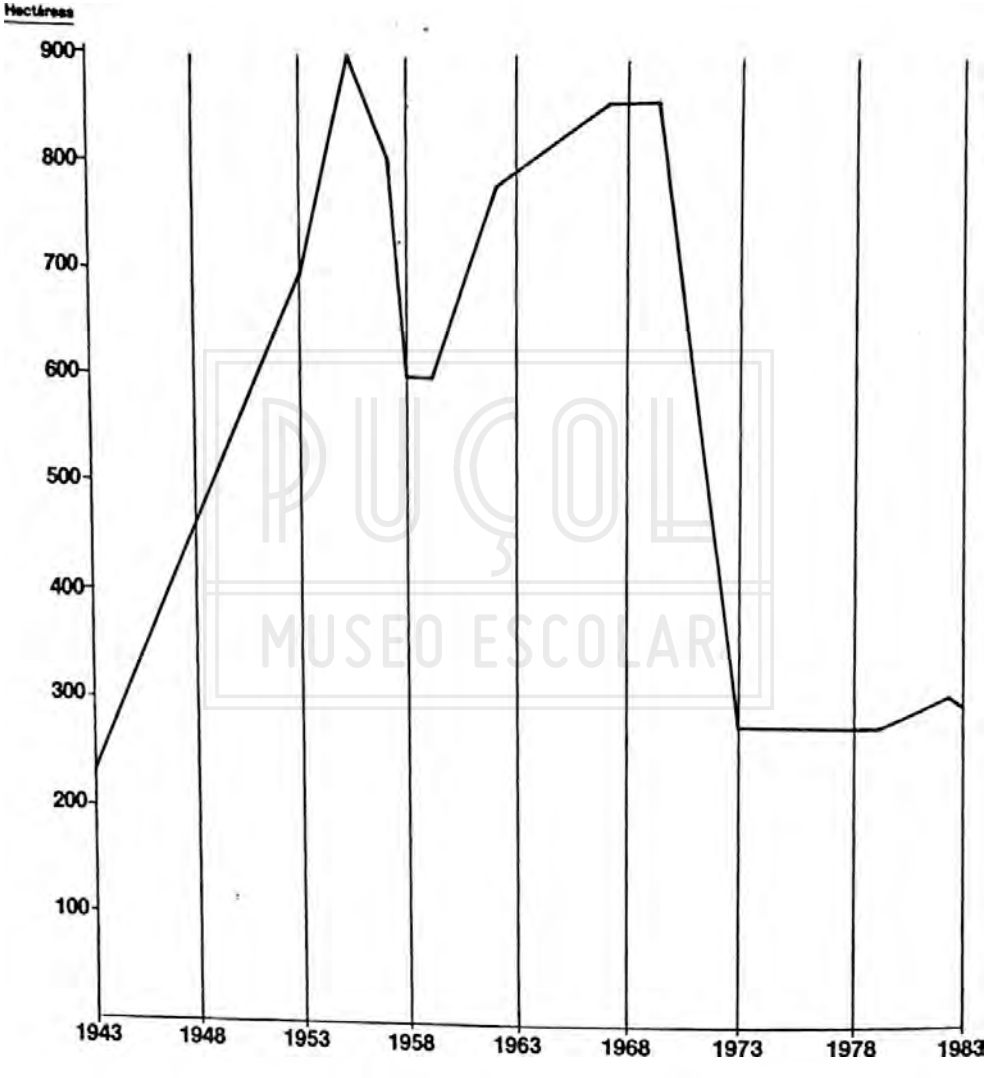
A partir de esta fecha, el cultivo de la alfalfa fue disminuyendo paulatinamente, hasta situarse alrededor de las 300 hectáreas

en que se ha estabilizado en los últimos diez años. Dos motivos fundamentales, entre otros, influyeron en este descenso: la sustitución de las caballerías de labor por los tractores, para cultivar la tierra, que coincidió con un descenso general en las demás ramas de la ganadería, por ser ruinosa la producción de carne, y la tendencia a dedicar más tierras «en blanco» a la plantación de arbolados y parrales. Esto ha traído, como consecuencia lógica, el que en el campo de Elche, la actividad ganadera, como complemento de la agricultura, prácticamente haya desaparecido casi por completo, a pesar de que en las décadas de los años 50 y 60, esto era la norma general, y lo más frecuente.

De ahí que el cultivo de la alfalfa, tan boyante en otros tiempos, hoy esté en franca decadencia y sea un cultivo al que los agricultores le dediquen menos interés de día en día.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ALFALFA



La mayor cantidad de alfalfa se dio en el campo de Elche en 1955 en que había dedicadas a este cultivo forrajero 900 hectáreas de tierra.

OLIVOS

Hasta comienzos del presente siglo, el olivo fue el árbol más abundante del campo de Elche. Se tienen testimonios de su presencia en nuestras tierras desde las épocas más antiguas, pero su máximo esplendor y desarrollo lo alcanzó a finales del siglo XVIII. Tanto es así, que cuando Cavanilles estuvo en Elche en 1793, escribió que había en Elche 30.000 tahúllas de olivar, y que se cosechaba «mucho aceyte». Medio siglo después, Madoz («Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Alicante, Castellón y Valencia», tomo 1.º, p. 332) transcribe literalmente estos datos de Cavanilles, referentes al olivar.

Era tal la cantidad de aceituna que se cosechaba por aquel entonces, que llegaron a existir en Elche 210 almazaras y 11 fábricas de jabón, donde se industrializaban los aceites de mala calidad que no eran aptos para el consumo de las personas. A estos datos tan significativos, hacen referencia todos los autores que describen la historia de Elche de aquellos tiempos.

Por aquel entonces, las plantaciones regulares de olivos, era el cultivo más frecuente en las mayores fincas que se regaban con las aguas salobres de la Acequia Mayor. Los más grandes terratenientes de Elche, tenían muchos olivares y almazaras propias para molturar la aceituna que producían.

Con la llegada de las aguas dulces elevadas, se fue perdiendo interés por los olivos, y se empezaron a sustituir por otros cultivos que eran más rentables. Los más grandes olivares fueron desapareciendo, y los olivos nuevos que se plantaban ya no se ha-

cían en plantaciones regulares, sino más bien asociados a otros cultivos, y no como única ocupación de la tierra. Se fueron introduciendo nuevas variedades, cuyo fruto de mayor tamaño, podía dedicarse también a la producción de aceite o al adobo. La variedad «Comuna», que había sido hasta entonces mayoritaria y producía mayores porcentajes de aceite, a pesar de esta circunstancia, fue disminuyendo de día en día.

Como se observará en el gráfico adjunto, en la época de referencia, cuando más abundaron los olivos, fue a mediados de la década de los años 40, recién terminada la guerra civil. Concretamente, en el año 1945, había en el campo de Elche 900 hectáreas de tierra dedicadas al olivar. Por aquellos tiempos, el Ministerio de Agricultura, daba una subvención a todos aquellos agricultores que plantasen olivos. Pero esta circunstancia, tuvo poca incidencia en el conjunto de los cultivadores de olivos, como lo demuestra el hecho de que en el plazo de cinco años se arrancaran casi el 50% de los olivos que había en Elche, pasando de las 900 hectáreas de 1945 a las 500 de 1950 dedicadas a estos árboles.

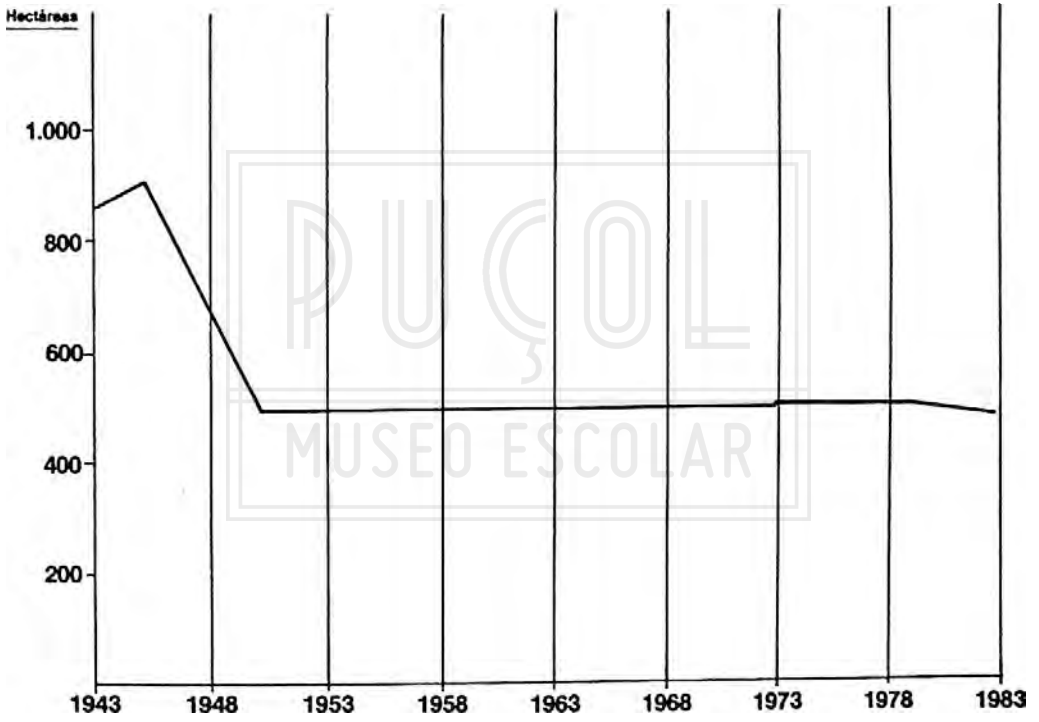
Todos estos olivos que desaparecieron, muchos de ellos con varios siglos de vida, se convirtieron en carbón de la noche a la mañana, y las tierras que dejaban libres, se dedicaron en su mayoría a cereales, particularmente a trigo, que era lo que entonces tenía valor y demanda.

A partir de esos años, hasta la fecha de hoy, los olivos en el campo de Elche, se han estabilizado en cuanto a cantidad, oscilando ésta alrededor de las 500 hectáreas. Pero los grandes olivares han desaparecido todos, y los olivos que perduran, están en su inmensa mayoría, asociados a otros cultivos, bien en cenefas en los lindes de las parcelas, o bien en árboles sueltos y diseminados por doquier.

Aunque los olivos en nuestras pedanías aún son bastante significativos, han pasado a ser un cultivo secundario, habiendo perdido la preponderancia que tuvieron en otras épocas, y con tendencia a ir disminuyendo aún más.

En cuanto a las almazaras que hay en la actualidad en actividad en el campo de Elche, se pueden contar con los dedos de una mano, y aún sobran dedos.

OLIVOS



Los olivos en Elche alcanzaron la cota máxima en 1945, con 900 hectáreas de tierra dedicadas a los mismos. En los últimos 33 años se han estabilizado alrededor de las 500 hectáreas.

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

TRIGO

De las tres variedades de cereales más características que se han cultivado en el campo de Elche, hasta mediados del presente siglo (el trigo, la cebada y la avena), la única que ha llegado hasta nuestros días ha sido el trigo, ya que la cebada y la avena han desaparecido por completo de nuestros campos, como se detalla en los trabajos dedicados a las mismas.

Hasta que en nuestras pedanías se dispuso de agua dulce para riego, el trigo se sembró en pequeñas cantidades, ya que en los secanos, la cebada y la avena, por ser más resistentes a la sequía y precisar menos agua para su desarrollo, se adaptaban mejor y eran las que preferentemente se sembraban. También admitían mejor las aguas salobres allí donde se podía regar con las mismas.

A partir de 1915, aumentó la superficie de tierra dedicada al trigo, pero este cereal continuó siendo secundario, respecto a la cebada, hasta los años de la posguerra.

Después de 1940, por imperiosa necesidad y mayor rentabilidad, los agricultores ilicitanos fueron prestándole más atención al trigo de año en año. Así vemos como en 1950, el cultivo del trigo ya es superior al de la cebada, superioridad que ha conservado hasta nuestros días.

Como se observa en el gráfico, en 1943 se sembraron en Elche 700 hectáreas de trigo. La cota máxima en este cultivo se al-

canzó entre los años 1953 y 1959, con 2.200 hectáreas cada año. Durante este tiempo, como el trigo tenía mucha demanda y un precio remunerador, muchas parcelas de tierra se dedicaban exclusivamente a este cereal, incluso sembrándose varios años seguidos, a base de un abonado intensivo.

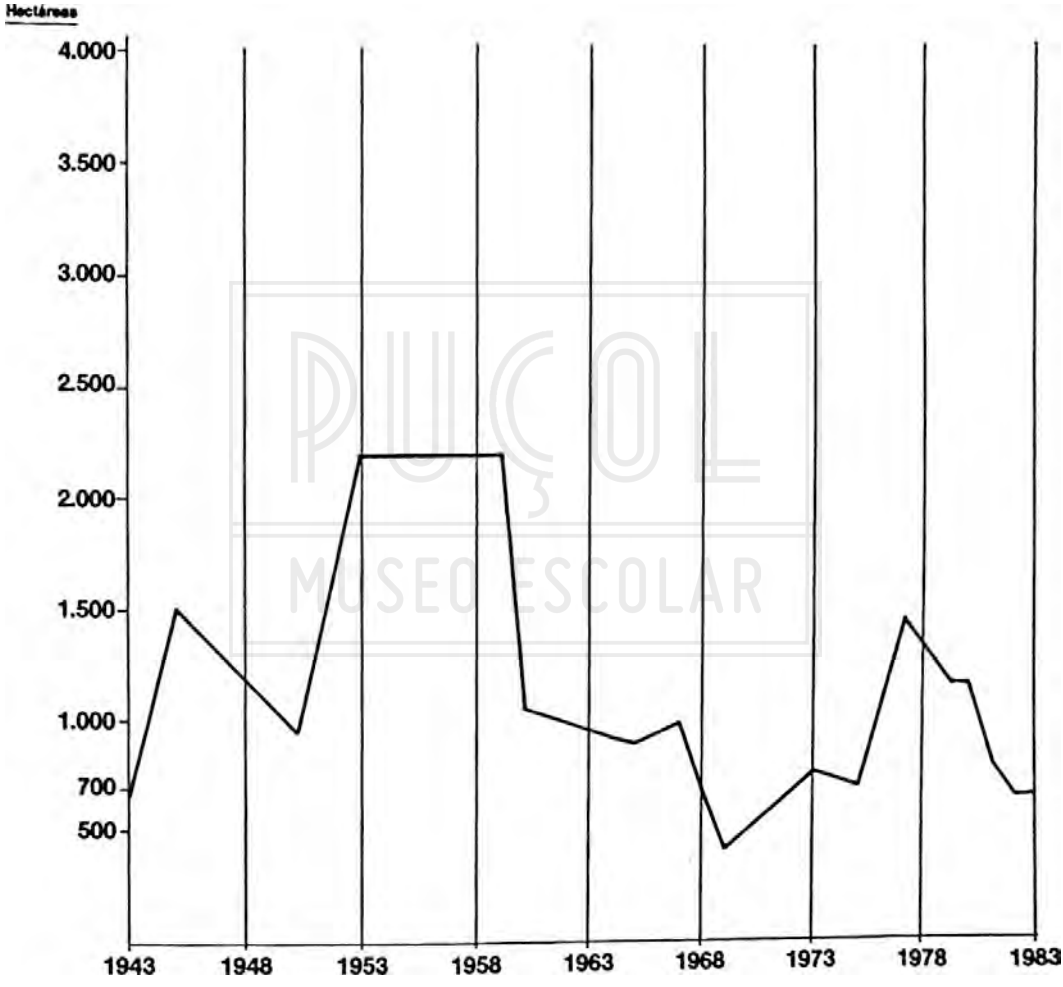
En 1960, el cultivo de trigo ya bajó a 1.050 hectáreas, y con pequeños altibajos, ha llegado hasta 1983 con 700 hectáreas aproximadamente.

Las variedades de trigo que se sembraban antes, de ciclo más largo y matas con superior desarrollo, han desaparecido por completo. Hoy se siembran trigos de ciclo más corto y matas más pequeñas (forencia, impeto, K.G.M., inia 66, etc.) pero de mayores rendimientos (unos 600 kgs. por tahúlla, en un año normal) y que además se adaptan muy bien a estos terrenos.

Hoy, prácticamente, no se dedican tierras en el Campo de Elche a producir exclusivamente trigo. El poco que se cultiva es aprovechando las rastrojeras de alcachofas, algodón, ñoras, etc., como una cosecha complementaria y no principal, que tiende a disminuir de año en año.

El trigo, como los demás cereales, tiene que cultivarse en otras zonas de España, donde los gastos de producción son bastante más bajos que aquí.

TRIGO



Las cotas más altas en el cultivo del trigo se alcanzaron entre los años 1953 y 1959, con 2.200 hectáreas cada año.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

GUISANTES

El cultivo de los guisantes, prácticamente, ha desaparecido del campo de Elche desde hace unos años.

A partir de 1923 se incrementó, sustancialmente, el cultivo de esta leguminosa, sobre todo en las pedanías del norte del término municipal, ya que en dicha zona, por las características del terreno y por estar menos expuestas a las heladas en los meses de invierno, se adaptaba muy bien este cultivo. De todas formas, nunca alcanzaron los guisantes una gran profusión, y no pasaron de ser, incluso en las épocas de mayor auge, un cultivo secundario.

Como se observará en el gráfico, la mayor cantidad de terreno dedicada a los guisantes, tuvo lugar en los años 1953, 1963 y 1964, con 500 hectáreas cada año. A partir de esta fecha, su cultivo fue disminuyendo paulatinamente, hasta desaparecer casi por completo.

Los guisantes se conocen en Elche desde hace mucho tiempo, pero en épocas pasadas su cultivo debió ser de poca importancia, y solamente en algunas tierras marginales, ocurrió con las almortas y los yeros, que también han desaparecido por completo de nuestros campos.

La mayor dificultad que entraña el cultivo de los guisantes para los agricultores, es su costosa recolección manual, para su aprovechamiento como legumbre fresca. Coger un kilo de guisan-

tes tiernos a mano, como se han cogido siempre, supone un costo de 20-25 pesetas, al precio que se están pagando los jornales actualmente, y eso en una plantación donde el fruto sea abundante. Esto incrementa tanto los costos generales de producción, que hoy resultaría ruinoso su cultivo en el campo de Elche, en la mayoría de los casos. Por eso no es de extrañar que los agricultores ilicitanos hayan perdido todo el interés por sembrar guisantes en sus tierras.

GUISANTES



El cultivo de los guisantes, prácticamente, ha desaparecido del campo de Elche. Cuando más se sembraron fue en los años 1953, 1963 y 1964, con 500 hectáreas cada año.

HABAS

En los años de la posguerra, las habas alcanzaron un gran auge en el campo de Elche, llegando a su máxima cota en 1968 con 1.800 hectáreas de tierra dedicadas a este cultivo.

En las pedanías donde hiela menos, se plantaba la variedad temprana llamada «Muchamiel», por ser oriunda de esta población alicantina. Esta variedad de habas se sembraba en la primera decena de Septiembre, y a mediados de Noviembre empezaba a dar fruto. Esta haba tierna temprana, debido a su escasez, se vendía a buenos precios hasta mediados de Febrero, y por consiguiente, en la mayoría de los años, resultaba muy rentable.

En las zonas del sur del término municipal, más expuestas a las heladas, se sembraban las habas de la variedad tardías, llamadas entre los agricultores de «Granulla». Estas habas, cuyas matas tenían un mayor desarrollo, solían plantarse en Octubre, y daban el fruto a partir del mes de Marzo. Las matas se hacían más grandes y producían mucho (hasta 2.000 kgs. de habas tiernas por tahúlla), habas que solían cogerse en uno, dos o tres cortes como máximo.

Si el precio era rentable, se cogían tiernas, para aprovecharlas como verdura, y solían mandarse, envasadas o a granel, a los mercados del interior, particularmente, a Valencia. Si los precios eran bajos, no se cogían tiernas y en estos casos, se segaban las matas, con todo su fruto en sazón, y una vez secas, se trillaban y

se recogía la semilla para su aprovechamiento como pienso o para consumo humano.

Durante esta época, las habas fueron un cultivo complementario de los cereales. La mayor parte de las rastrojeras de la cebada o el trigo, se sembraban de habas, con buenos resultados. Ni siquiera se labraba la tierra que había estado todo el verano sin cultivar. Simplemente se hacía un pequeño hoyo para poder enterrar la semilla, y con un puñado de superfosfato era suficiente para hacer una buena cosecha de habas. En estos casos, los costos de cultivo eran mínimos, y se sacaba de este cultivo una buena rentabilidad. Por otra parte, por las características de esta planta, las habas, en vez de esquilmar la tierra, lo que hacía era oxigenarlas, por ser plantas de mucha hoja y poca raíz.

Durante tres décadas, los agricultores ilicitanos obtuvieron grandes rendimientos de las habas, lo mismo tiernas que secas. Se comercializaban fácilmente, ya que una gran red comercial se formó alrededor de las habas, que tenían mucha aceptación en los más grandes mercados de España, donde eran muy conocidas y apreciadas.

Pero las habas, como otros muchos cultivos, tuvieron su auge, su esplendor y su decadencia. A partir de 1970, las habas fueron decayendo incesantemente hasta llegar a las poco más de 100 hectáreas en la actualidad.

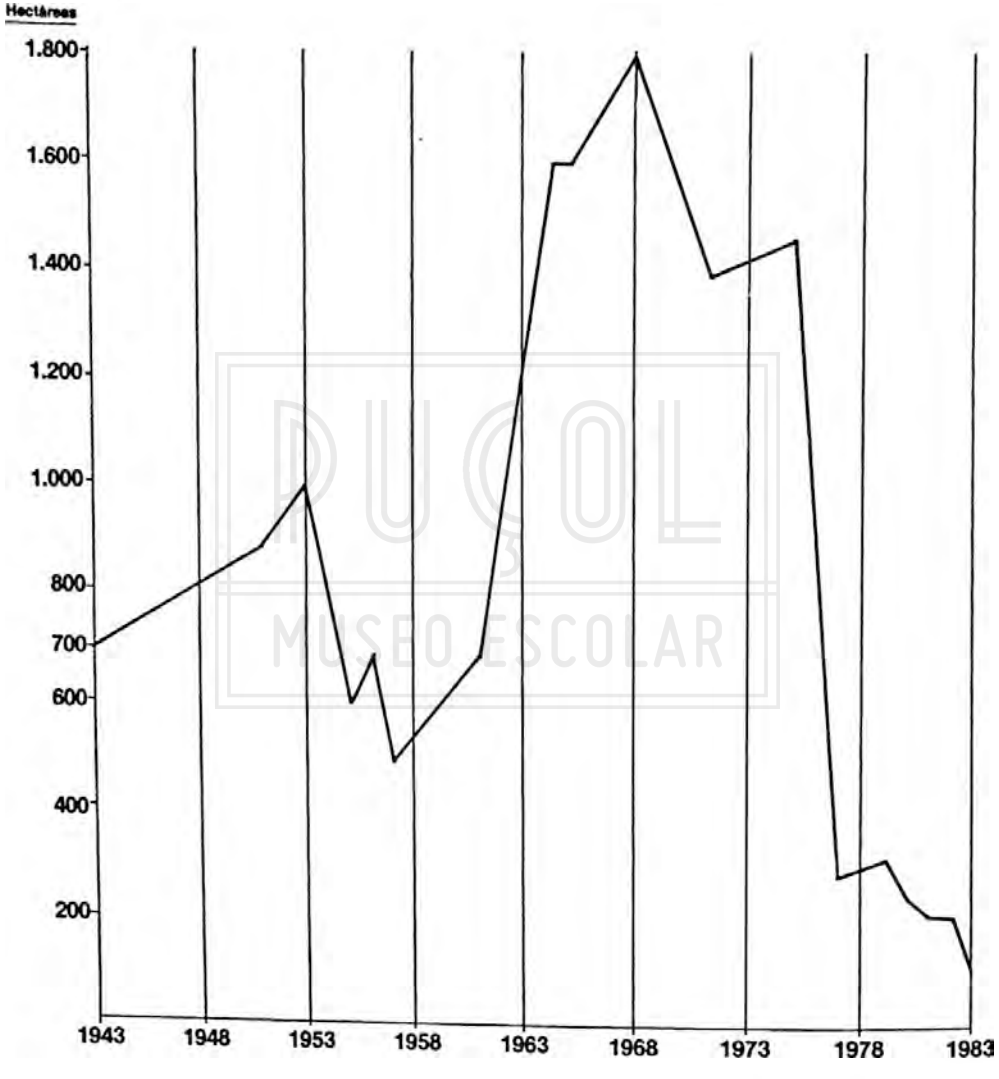
Primero fueron un cultivo que precisaba pocos cuidados, pero con el paso de los años, empezaron a sufrir plagas y enfermedades apenas conocidas en el pasado, lo que motivó el que tuvieran que tratarse varias veces con productos químicos para combatirlas. Con ello, aumentaron los costos de cultivo, a la vez que bajaban los rendimientos, y lo que es peor aún, las tierras, al adquirir mayor contaminación, por haberse regado repetidamente con aguas de baja calidad, cada año que pasaba producían habas más deficientes, y por consiguiente, de peores rendimientos. Por lo tanto, los agricultores ilicitanos, fueron perdiendo interés por las habas, a medida que le prestaban mayor atención a las alcachofas, que hasta entonces habían sido un cultivo minoritario en Elche. Así vemos como la decadencia de las habas corre paralela con el auge de las alcachofas, lo que nos da a entender que

una gran parte de las tierras que se habían dedicado a las habas hasta entonces, se plantaban de alcachofas.

Las variedades de habas que se sembraban antes, tanto las tempranas como las tardías, prácticamente, han desaparecido. Las pocas que se siembran ahora, son de las llamadas «Valencianas», habas de ciclo más corto (se siembran en Noviembre), de vaina más fina, más larga y con mayor cantidad de granos, cuyo fruto se recoge entre los meses de Marzo y Mayo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

HABAS



El año 1968 fue el que alcanzó el punto máximo en el cultivo de las habas, con 1.800 hectáreas de terreno dedicadas a ellas.

ALCACHOFAS

Hasta el año 1968, no existen referencias sobre las alcachofas en la Delegación Provincial de Agricultura, referentes al campo de Elche. No cabe duda de que antes de esta fecha, aunque en cantidades no muy importantes, aquí se cultivaron también, pero en los datos estadísticos que anualmente recopilaba la Hermandad Local de Agricultores y Ganaderos, de los cultivos más importantes que se plantaban en las pedanías ilicitanas, no tuvieron en cuenta las alcahofas, de las que no dieron dato alguno durante muchos años.

El aumento tan espectacular que experimentó el cultivo de las alcachofas en Elche, coincidió con la decadencia y regresión de las habas, como se observa en los gráficos correspondientes. En el corto espacio de siete años, es decir, de 1975 a 1982, se cuatriplicó el cultivo de las alcachofas, pasando de poco más de 400 hectáreas a 1.700. La caída en vertical en 1983, fue debida a que en Agosto de este año, que es la época de su plantación, no se disponía de agua de riego, debido a la sequía, y por consiguiente, sólo se plantaron en pequeñas cantidades.

En los primeros años de la expansión de las alcachofas, casi todas las que se producían aptas para la exportación, se comercializaban a través de los exportadores de la Vega Baja. Ultimamente, este comercio exportador se realiza por medio de tres entidades cooperativas ilicitanas, Coopelche, Grupo de Maitino y Grupo de las Bayas, siendo la primera de ellas la más importante. Existen además varios comerciantes ilicitanos, casi todos ellos

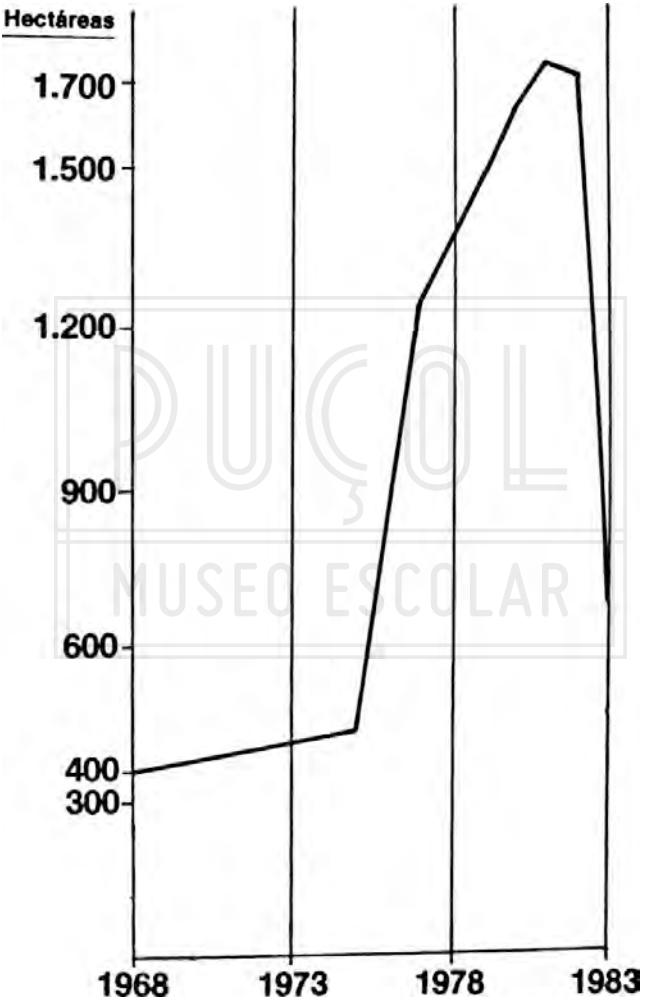
ubicados en el campo, que tienen también licencia exportadora y remiten al extranjero grandes cantidades de productos agrícolas, entre los que están las alcachofas, siendo el más importante de ellos, en cuanto a volúmenes de géneros exportados, Santiago Mira Urbán.

Las alcachofas, como antes el cáñamo, son un cultivo tradicional en los pueblos de la Vega Baja del Segura, y de allí pasaron a Elche, desplazando a otros cultivos que habían sido característicos de nuestras pedanías. En los años de la posguerra, como reseñamos en otro capítulo, se introdujo el cáñamo, que en pocos años alcanzó un gran desarrollo. Cuando el cáñamo decayó y dejó de sembrarse, y las habas iban en regresión, fue cuando las alcachofas empezaron a adquirir mayor preponderancia.

El mayor inconveniente que tienen las alcachofas es el frío, ya que se deterioran fácilmente, aun en temperaturas no excesivamente bajas. Cuando esto ocurre, no son aptas para la exportación, perdiendo en estos casos un gran porcentaje de su valor comercial. Por lo tanto, plantar alcachofas en las zonas más bajas del término municipal, que es, precisamente, donde más hiela, en la mayoría de los casos, es antieconómico, por la pérdida del valor comercial que significa este deterioro.

En los últimos años, el producto de las alcachofas ha constituido un capítulo importante de ingresos para los agricultores ilicitanos.

ALCACHOFAS



Las alcachofas alcanzaron su mayor auge en el año 1981, con 1.731 hectáreas de tierras dedicadas a ellas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

MELONES

La década de los años 50, marcó el punto álgido en el cultivo de los melones en Elche. Aunque en la Delegación Provincial de Agricultura, no existen muchos datos al respecto, a mediados de esta década, el cultivo de los melones llegó hasta las 1.500 hectáreas, cantidad ciertamente importante. Casi todos los melones que se cosechaban por aquellos años, eran de la variedad tendral negro, de piel rugosa y gruesa, melón muy resistente y apropiado para la exportación. Los melones de esta variedad, eran muy apreciados en los mercados europeos, particularmente en los ingleses, donde alcanzaban altas cotizaciones. Los melones de Elche, de aquella época, llegaron a ser muy famosos en el mercado de Londres, hasta el extremo de que al comienzo de producir melones de la misma variedad Torrepacheco y sus alrededores, los exportadores los mandaban a Inglaterra con el nombre de origen de «Melones de Elche», pues esto suponía una garantía de calidad y aceptación por parte de los consumidores ingleses.

La mayor dificultad que presentaban estos melones para sus cosecheros, era que tenían que cubrirlos muy bien para preservarlos de los efectos de los rayos solares, pues de no hacerlo, se producía una mancha blanca en la parte expuesta al sol, lo cual constituía un deterioro y una pérdida de valor comercial muy notable.

Unos años después empezaron a plantarse melones de la variedad amarilla, de piel lisa y fina, que a pesar de ser muy dulces

no eran aptos para la exportación, por ser menos resistentes, y por lo tanto, se consumían en el interior. Generalmente, alcanzaban cotizaciones inferiores a las del tendral negro, aunque en dulzura y sabor eran tan buenos como aquellos.

Por aquellas fechas, algunos exportadores de la zona de Murcia, tenían en Elche grandes almacenes donde hacían acopio, por la cosecha, de melones ilicitanos, que después exportaban al extranjero. Otros comerciantes del mismo origen, los compraban aquí y se los llevaban a sus puntos de procedencia donde los preparaban para su posterior envasado y comercialización.

Después de unos años de euforia y abundancia, el cultivo de los melones entró en una acusada regresión. Con los melones pasó lo mismo que con otros cultivos de las mismas características. En un principio, la tierra los admitía muy bien y se conseguían rendimientos óptimos. Pero de año en año, bajaban los rendimientos, aumentaban las plagas y cada vez resultaba más difícil terminar normalmente una cosecha con rendimientos aceptables. La tierra mostraba cierto cansancio hacia este cultivo, hasta el extremo de que en el mismo terreno, no se podía repetir esta plantación sino pasaba un período de tiempo de seis u ocho años, por lo menos. No tener en cuenta esta circunstancia, era hacer oposiciones a un fracaso seguro, ya que las matas nacían bien y tenían un principio de desarrollo normal, pero cuando empezaban a dar fruto, enfermaban y perdían vitalidad.

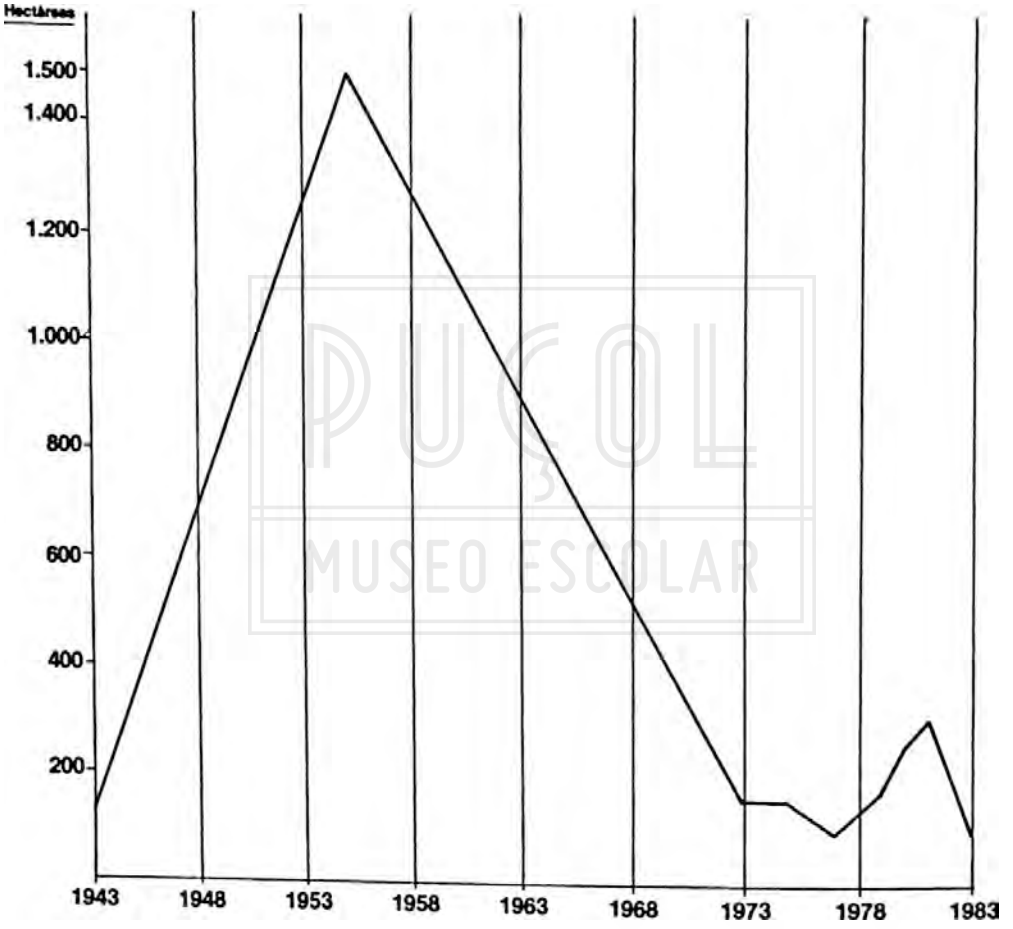
Esta dificultad iba creando entre los agricultores, un cierto rechazo hacia los melones, y consecuentemente, la superficie de tierra dedicada a ellos iba disminuyendo de año en año. Los pocos que se plantan en la actualidad, en la mayoría de los casos, lo hacen en terrenos nuevos o transformados, particularmente en la zona norte del término municipal, donde se riega con las aguas que distribuyen los grupos de San Enrique y San Pascual.

Los melones de la variedad tendral negro y el amarillo, han desaparecido del campo de Elche casi por completo. Los pocos que se plantan ahora, son de los llamados «Piel de sapo», por las manchas de su piel, de «Grano de cebada» y «Franseset», entre otras variedades, todas ellas desconocidas aquí hasta hace pocos años.

A partir de 1970, con pequeñas diferencias, vienen sembrándose en Elche alrededor de las 200 hectáreas de melones, poco más o menos las que se plantaron en el año 1943. Aunque los melones aún perduran en nuestras pedanías, su cultivo es más bien testimonial, habiendo perdido la preponderancia que tuvieron durante unas décadas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

MELONES



La mayor cantidad de tierra dedicada al cultivo de los melones corresponde a 1955 con 1.500 hectáreas.

SANDIAS

El mayor auge en el cultivo de las sandías, coincidió con el de los melones, pues fue, precisamente, el año 1955 cuando más abundancia hubo en uno y otro cultivo. De todas formas, como las sandías nunca tuvieron la importancia cuantitativa que alcanzaron los melones, sus índices de crecimiento y decadencia, fueron también menos espectaculares.

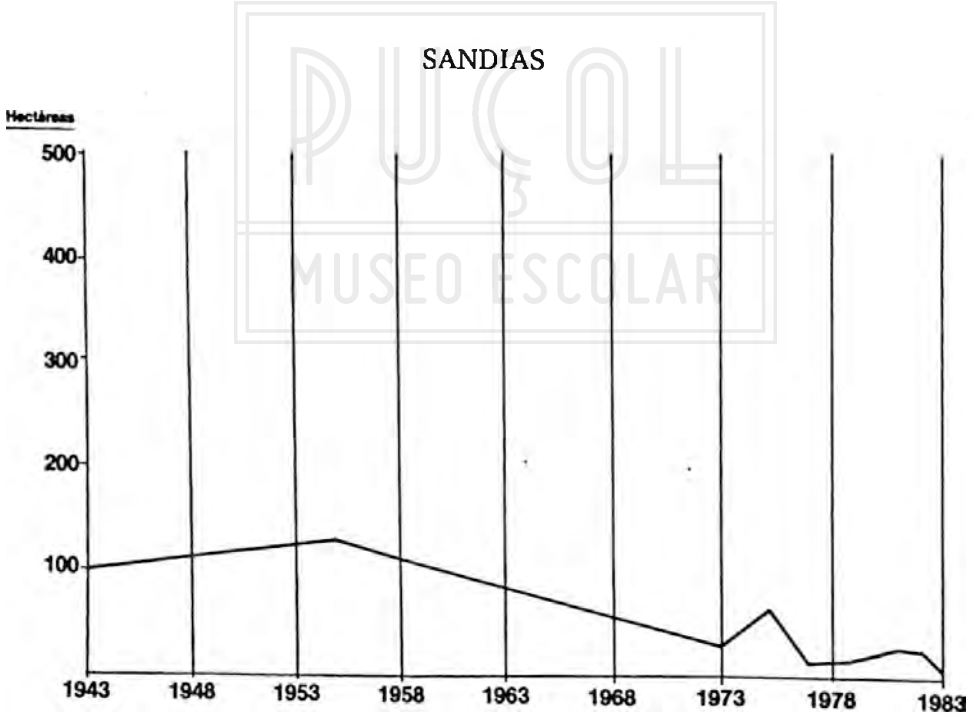
Como se observa en el gráfico, en su máxima expansión, que ocurrió en el año 1953, no superó las 150 hectáreas de terreno, y por lo tanto, nunca dejó de ser un cultivo secundario, y por consiguiente, de escasa incidencia en el conjunto de la agricultura ilicitana.

Después de la década de los años 50, el cultivo de las sandías ha estado limitado a unas cuantas decenas de hectáreas de tierra, más bien como un cultivo testimonial, a pesar de que las sandías de Elche siempre han sido muy apreciadas y Elche es un gran consumidor de esta fruta fresca.

De unos años a esta parte, los campos de Almería producen sandías en tales cantidades, que bastan y sobran, no solamente para abastecer el consumo nacional, sino también para exportar al extranjero. Estas sandías almerienses, son muy tempranas, ya que empiezan a cosecharse a primeros de Mayo, es decir, dos meses antes de lo normal en la cosecha tradicional del campo de Elche. El cultivo bajo plástico ha conseguido este milagro, aunque estas sandías no son tan sabrosas como las cosechadas a la intem-

perie. En el campo de Elche se están haciendo también algunos intentos de cosechar en invernaderos, tanto las sandías como los melones y los pepinos. Pero, de momento, Almería lleva la voz cantante en toda clase de cultivos de primor, bajo plástico.

Por las fiestas de Agosto, y particularmente, en la noche de la Alborada, se venden en Elche grandes cantidades de sandías, de gran tamaño, procedentes de las huertas valencianas, donde en algunas zonas abundan también mucho. La sandía es un complemento de l'Albá. El comer sandía después de la Alborada, es una tradición secular en Elche. Por lo tanto, no se conciben la una sin la otra, ya que siempre han caminado en perfecto maridaje.



Como en el caso de los melones, las sandías alcanzaron también la cota máxima en 1955, con 140 hectáreas.

VIÑEDO DE UVA DE MESA

En los últimos diez años, los viñedos de uva de mesa (en parral o en espaldera) han pasado en el campo de Elche, de 180 a 800 hectáreas. El aumento ha sido, ciertamente, espectacular. En el corto espacio de una década, este cultivo ha pasado de ser minoritario e insignificante, a convertirse en muy importante, tanto por su extensión como por su significación económica. Este incremento en la producción de uva de mesa, ha tenido lugar al margen del cultivo del viñedo para uva de vinificación que, de un tiempo a esta parte, está en franca regresión, ya que el viñedo de esta variedad apenas ha sufrido variación en los últimos cuarenta años, manteniéndose, prácticamente, estabilizado alrededor de las cien hectáreas. La mayoría de estos viñedos están ubicados en las pedanías de Matola y Llano de San José.

Hoy, la uva de mesa se cosecha, prácticamente, en todas las pedanías, incluso en las zonas bajas lindantes con los saladares, aunque donde más abunda es en las tierras de la margen derecha del Vinalopó, cuyas isoipsas superan los cincuenta metros de altura.

Estabilizados los cultivos de granados y de almendros, de unos años a esta parte, la mayoría de las nuevas plantaciones que hacen los agricultores ilicitanos, corresponden a parrales, a pesar de que esto implica tener que hacer una inversión muy respetable para montar sus estructuras. Pero, por tratarse de un cultivo que produce fruto pronto, que se adapta muy bien a estos terre-

nos y que hasta ahora ha proporcionado, en términos generales, una rentabilidad aceptable, los agricultores ilicitanos sienten por él una acusada simpatía y, por consiguiente, a cada año que pasa, le dedican mayor superficie de tierra en sus explotaciones familiares.

En un principio, la mayor parte de esta uva de mesa era de la variedad «Aledo», que es la más tardía de todas las que aquí se conocen. Después se introdujo la variedad «Roseti» y actualmente, la que más abunda es la llamada «Italiana». Esta última variedad es bastante temprana, ya que en las partes más altas del término municipal se puede empezar a cosechar a primeros de Agosto, aunque debido a que tiene una piel muy fuerte, y por lo tanto, es muy resistente, si se embolsan los racimos a su debido tiempo (a primeros de Junio) para preservar la uva de la humedad y del sol, puede conservarse en la parra hasta el mes de Diciembre, sin grandes deterioros, siempre y cuando el Otoño no sea excesivamente lluvioso.

La uva de la variedad «Italia», por su sabor y el gran tamaño de sus granos, es también la que mayores precios alcanza en los mercados, tanto interiores como europeos, a donde se exportan grandes cantidades, sobre todo, a finales de temporada, en el mes de Diciembre.

Lo que ha ocurrido en Elche, en los últimos tiempos, en cuanto a la gran expansión experimentada en el cultivo de la uva de mesa, ha ocurrido también en las demás zonas cercanas a nuestro término municipal. Así vemos como en Aspe, Monforte, Novelda, Hondón de las Nieves, Crevillente, Albatera, Orihuela, etc., se ha duplicado este cultivo en la última década. Por todo ello, la provincia de Alicante ha pasado a ser la zona más productora de uva de mesa de toda España.

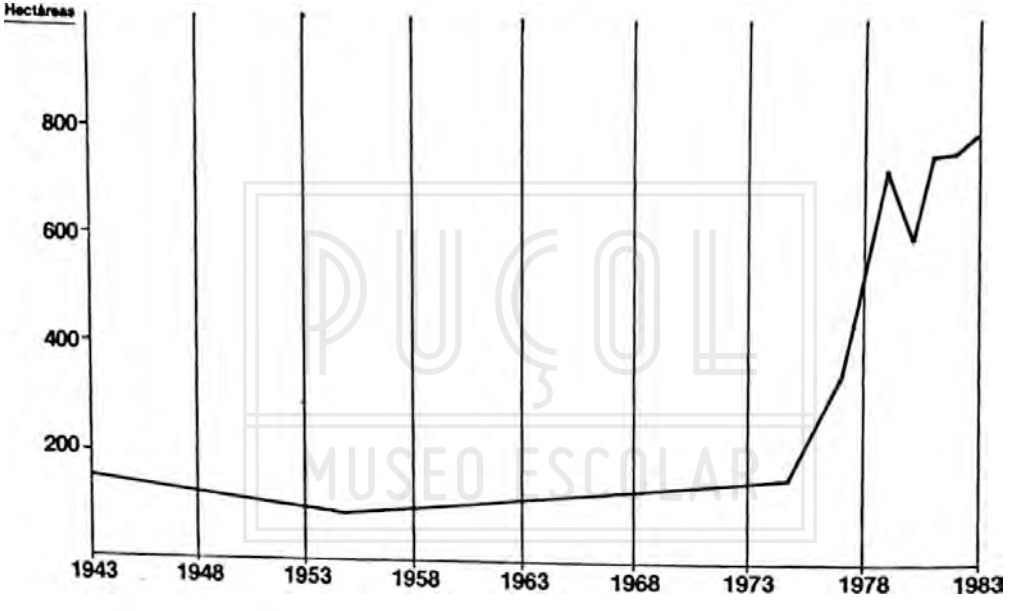
El importe de la uva de mesa, representa para el campo de Elche, un capítulo importante de ingresos. Aunque por diversas causas, estos ingresos difieren bastante de un año a otro, se puede calcular que ascienden a una media anual cercana a los 400 millones de pesetas. En el año 1983, esta cantidad fue sensiblemente inferior, ya que a mediados de Junio cayó un fuerte pedrisco sobre la zona más productora de uva de mesa del campo de El-

che, ocasionando fuertes destrozos en los parrales. Por tal motivo, la mayor parte de la uva afectada hubo que llevarla a las bodegas para convertirla en vino, por no ser apta para venderla como fruta en los mercados.

Dada la gran cantidad de uva de mesa que ya se está produciendo en España, si se sigue aumentando su cultivo al ritmo de los últimos años, si no se abren nuevos mercados extranjeros para la misma, pronto ocurrirá que habrá excedentes, como ya está ocurriendo con otros productos agrícolas, y por consiguiente, perderá una gran parte del valor comercial que hoy tiene. Pero, de momento, es un cultivo en auge con un espléndido presente.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

VIÑEDO DE UVA DE MESA



Como se observará en este gráfico, la uva de mesa ha dado un salto espectacular en los últimos diez años, cuyo cultivo oscila actualmente alrededor de las 800 hectáreas.

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

VIÑEDO DE UVA PARA VINIFICACION

Hasta principios de siglo, el viñedo de uva para vinificación, fue muy abundante en el campo de Elche, sobre todo en las zonas del centro y del norte del término municipal.

En tiempos pasados, en casi todas las casas de las fincas más grandes, había bodega con sus toneles y enseres necesarios para pisar la uva y conservar el vino. La vendimia y la trilla, fueron en aquellos tiempos, dos de los trabajos agrícolas más importantes que se realizaban en el campo, y que dejaron más impacto en las costumbres y folklore campesino. Muchas canciones enraizadas en estas costumbres hacían referencia a estos dos trabajos.

La pedanía de Matola, fue siempre la mayor productora de vino de todas las del campo de Elche, y el de mayor calidad. Tanto es así, que el vino de Matola alcanzó justa fama y renombre, fama y renombre que aún conserva, a pesar de que en la actualidad apenas se produce. No obstante, se están vendiendo muchos vinos con esta denominación, aunque es muy dudosa su autenticidad de origen, pues, como decimos, sólo se produce aquí en pequeñas cantidades, que, en su mayor parte, lo consumen los propios cosecheros.

En épocas pasadas también hubo muchos viñedos de esta variedad en Carrizales, pues como es bien sabido, éste es uno de los cultivos que se fomentaron a través de las normas dictadas en la Real Cédula de Fernando VI para la colonización de los Carrizales, a mediados del siglo XVIII. Estos vinos cosechados en Carri-

zales, eran de una graduación más baja que los de Matola, por las características del terreno. Hoy no quedan viñedos en Carrizales.

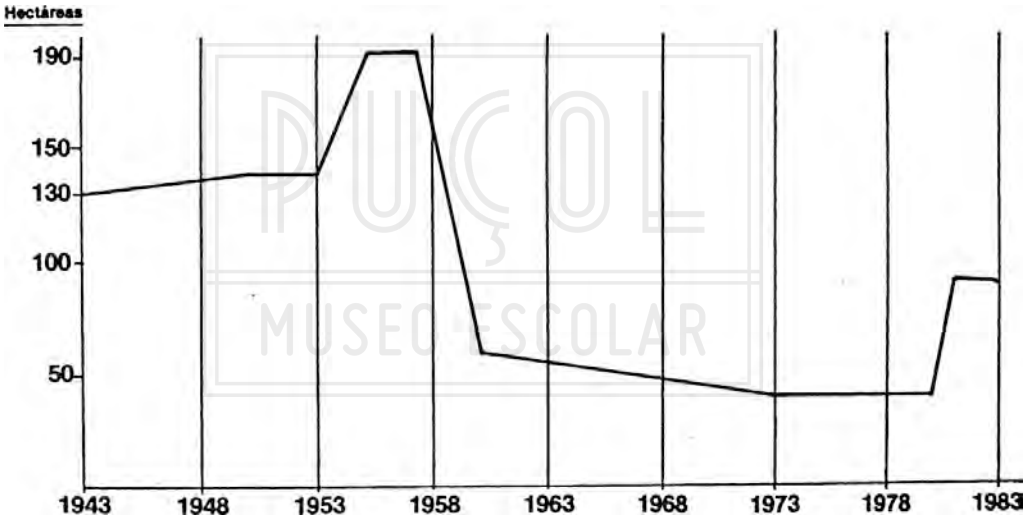
De la multitud de bodegas que hubo en el campo de Elche, en otros tiempos, apenas quedan algunas donde se sigue pisando la uva de una forma artesanal, como se hizo siempre. Son apenas residuos testimoniales de una actividad que tuvo una gran importancia en otros tiempos, y que está en franca decadencia y tiende a desaparecer por completo.

En 1943, había en Elche 130 hectáreas de esta clase de viñedos. En 1955, alcanzó su máxima extensión, con 190 hectáreas. Después de 1957 ha ido disminuyendo paulatinamente, hasta situarse por debajo de las cincuenta hectáreas. En los últimos años ha aumentado algo, hasta alcanzar las 80 hectáreas actuales. La mayor parte de este viñedo está ubicado en Matola, y las plantaciones están estructuradas en espaldera casi todas ellas.

Dada la superabundancia de vino que se cosecha actualmente en otras zonas de España y sus grandes excedentes, esta variedad de viñedo tiende a desaparecer por completo de nuestro término municipal de seguir así las cosas.

MUSEO ESCOLAR

VIÑEDO DE UVA PARA VINIFICACION



En el año 1955 se alcanzó la máxima cota en el cultivo de esta variedad de viñedo, con 190 hectáreas. En la actualidad no llega ni al 50% de esta extensión.

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PIMIENTOS PARA PIMENTON

El cultivo de los pimientos para el pimentón (de las variedades para comestible se cultivan aquí en muy poca cantidad) empezó a plantarse en el campo de Elche, en grandes cantidades, en la tercera década del presente siglo, a raíz de empezar a regarse con aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja del Segura. Este cultivo, lo mismo que ocurrió unos años después con el cáñamo, procedía de los pueblos ribereños del Segura, donde se cultivaban grandes cantidades desde hace ya bastante tiempo, siendo Murcia el centro de este cultivo, lo mismo que de su comercialización, monopolio que ha conservado hasta nuestros días.

Los pimientos son un cultivo de verano, que precisan para su normal desarrollo, calor, muchos riegos y una tierra bien abonada.

En los primeros años de su cultivo, los agricultores ilicitanos se abastecían de planta de pimientos de los viveristas de Orihuela, donde había mucha gente en la zona denominada Rincón de Bonanza que se dedicaba a esta actividad. Posteriormente, ya se preparaban aquí sus propios viveros, con lo que se ahorraban dinero y desplazamientos.

Como se observará en el gráfico, el cultivo de los pimientos en Elche ha sufrido muchos altibajos, alcanzando su cota máxima entre los años 1977 y 1979, con 1.200 hectáreas de tierra dedicadas a ellos. La mayor o menor superficie de este cultivo siempre

ha estado en función de los precios a que se cotizaba el pimentón. Cuando este producto alcanzaba altas cotizaciones, los cosecheros, al año siguiente, aumentaban las superficies del cultivo. Si por el contrario, su cotización era baja, los agricultores, desmoralizados, reducían su producción a la siguiente cosecha. Estas alteraciones en los precios tan acentuadas, han originado siempre un movimiento pendular en la producción de un año a otro, y esto no solamente en Elche, sino también en las demás zonas productoras.

A raíz de las tres grandes cosechas de 1977-78-79, se originaron unos grandes excedentes de pimentón y los precios se derrumbaron estrepitosamente. Al bajar tanto, los agricultores perdieron todo interés por este cultivo, hasta el extremo de que en dos años la extensión de tierras en el campo de Elche dedicada al cultivo de los pimientos, bajó de 1.200 hectáreas a 180. Esto originó, como es lógico, una gran disminución en la oferta; se agotaron los excedentes y los precios se recuperaron de nuevo, como siempre ocurrió en idénticas circunstancias. En esta ocasión no se produjo, en 1982, un alza notable en este cultivo, por la sencilla razón de que en la primavera de este año, las perspectivas de poder regar en verano eran muy pesimistas, y por lo tanto, los agricultores no quisieron embarcarse en la aventura de este cultivo que tanta agua precisa en los meses de verano. Lo mismo ocurrió en la primavera del 83, y por lo tanto, este cultivo ha descendido hasta situarse alrededor de las 100 hectáreas, que es el mínimo registrado en los últimos cuarenta años.

El producto de los pimientos, se comercializa de dos formas: venta directa de las ñoras en bola, recién cogidas de la mata, o secas, en cascarón. Como hemos dicho antes, el monopolio de este comercio lo han tenido siempre los murcianos, tanto en bola como secas, comercio que realizaban a través de intermediarios, la mayoría de ellos del campo de Elche.

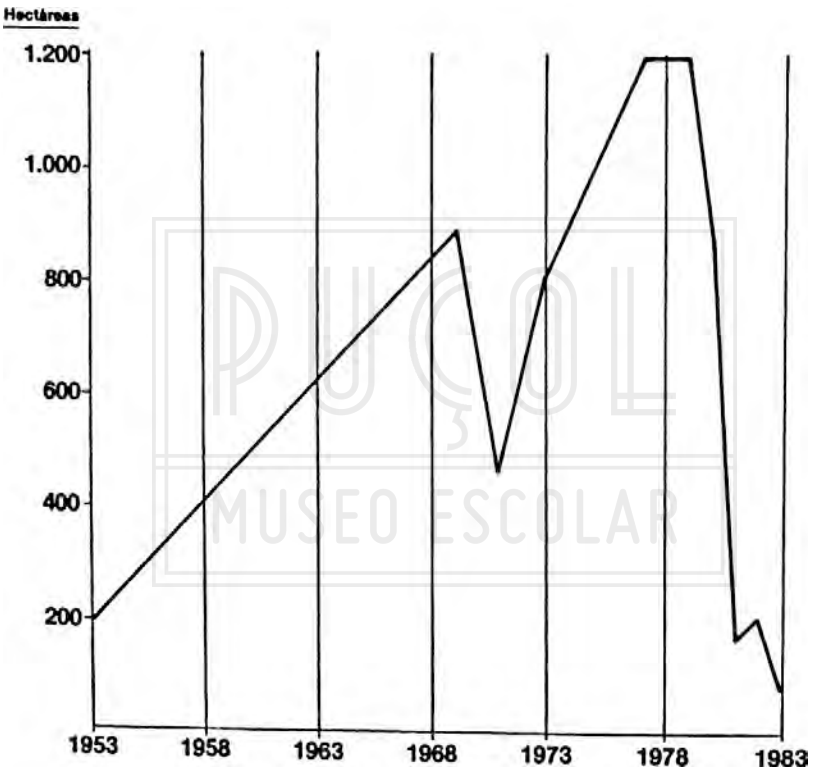
En los años de mayor auge de este cultivo, hubo problemas para el secado de las ñoras. En los primeros años, este secado se hacía siempre al natural, tendiéndolas al sol y abriéndolas a mano. Esto encarecía bastante los costos y se estaba expuesto al riesgo de las mojaduras, cuando llovía, con el consiguiente dete-

rioro y depreciación. Por consiguiente, se fue abriendo camino la tendencia del secado artificial. Ante la demanda de este servicio, la Cooperativa del Campo de Elche instaló dos secaderos de ñoras, uno en Alzabaras y el otro en La Marina, para el servicio de sus asociados, haciendo una gran inversión en estas dos instalaciones, inversión que apenas le ha sacado rentabilidad, ya que al reducirse tanto la producción de ñoras, estas instalaciones han perdido su razón de ser, aunque en un principio estaba justificado su montaje.

Estos dos años de decadencia de los pimientos, por la escasez de agua de riego, ha interrumpido, casi por completo, un cultivo que proporcionaba a los agricultores ilicitanos de la zona sur del término municipal, grandes ingresos todas las cosechas. Dudamos mucho que vuelvan a recuperar el auge que tuvieron en la década de los años setenta, cuando la situación del riego se normalice otra vez.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PIMIENTOS PARA PIMENTON



El trienio de 1977-79 marcó el cenit en el cultivo de los pimientos con 1.200 hectáreas de terreno dedicado a los mismos. Los dos años últimos han marcado su cota más baja por la escasez de agua de riego.

ALGODON

El algodón se cultiva en Elche desde hace más de dos siglos y medio. Según referencia de A. Ramos Folqués («La Industria, el Comercio y la Agricultura en Elche», p. 217) el algodón se introdujo en Elche, de forma casual, en el año 1726, y se sembró por primera vez en el huerto de Morera.

Cavanilles, a finales del siglo XVIII, hace referencias al algodón, al decir que el arriendo de una tahúlla de tierra de algodón, pagaba hasta veinte pesos, que era la cantidad máxima que se pagaba por aquel entonces por el arrendamiento de la tierra. También señala a continuación, «suelen plantarse de algodón espaciosas áreas horizontales, que se dexan entre filas de palmas».

Madoz, medio siglo después, también hace referencia al algodón, aunque no aporta tantos detalles.

Durante los primeros tiempos del cultivo del algodón en Elche, éste se sembraba en los huertos de palmeras, como un cultivo complementario, tal y como se hacía con la alfalfa y los granados.

Aunque el algodón adquiere un mediano desarrollo regándose con aguas salitrosas, que eran las únicas disponibles en Elche hasta tiempos recientes, no cabe duda de que su cultivo aquí fue minoritario y de poca importancia, aunque se hacen frecuentes referencias a él. Incluso, cuando ya se disponía de aguas dulces elevadas para regar, tuvieron que pasar algunas décadas hasta

que los agricultores ilicitanos le prestaran algún interés al algodón.

De la misma manera, la poca incidencia del cultivo del algodón en el conjunto de la agricultura ilicitana en los primeros años de la posguerra, nos lo demuestra el que hasta el año 1955, la Hermandad Local de Agricultores y Ganaderos, no hiciera ninguna referencia al algodón. En este primer año en que la Hermandad lo incluye entre los cultivos característicos de Elche, figuran 200 hectáreas de tierra dedicada a este cultivo, cantidad que disminuyó sensiblemente en los dos años siguientes.

En el año 1959, el cultivo del algodón se incrementó de una forma extraordinaria, alcanzando su máxima expansión con 570 hectáreas de tierra dedicadas a él. Este auge duró tres años, descendiendo hasta situarse por debajo de las 100 hectáreas en los años 67, 68 y 69. Un descenso tan acentuado, pudo obedecer a que a la hora de la siembra, hubiera escasez de agua de riego, ya que en estos mismos años también descendió el cultivo de las ñoras, que se plantan por las mismas fechas que el algodón.

En los últimos años, la máxima extensión del algodón se alcanzó en 1982, con 511 hectáreas. El descenso tan brusco del 82 al 83, obedece a la falta de agua de riego que se padeció en la primavera de este año, plantándose solamente en aquellos parajes que se podían regar con las aguas del alcantarillado de la población.

En los últimos tiempos, el algodón ha sido uno de los pocos cultivos que tenían asegurado, al menos, una mediana rentabilidad para sus cosecheros, debido al precio de garantía que todos los años fija el Ministerio de Agricultura. Esto, unido a no tener problemas de comercialización, como ocurre con otros productos agrarios, han hecho del algodón un cultivo atractivo para los agricultores, como lo demuestra la gran superficie de tierra que le dedican.

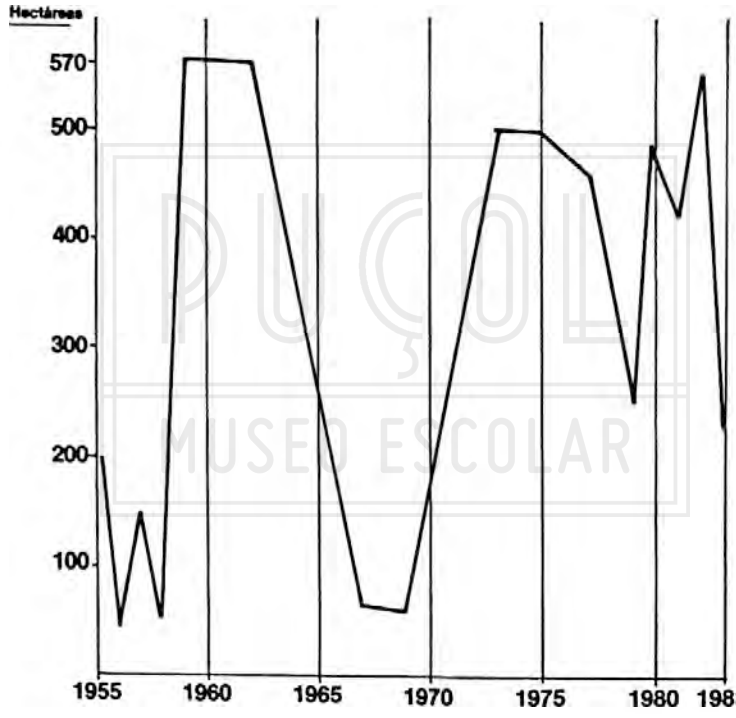
Aproximadamente el 30% de los costos de cultivo del algodón se lo llevan los jornales que se invierten en la recogida de la fibra manualmente. Como éste es un trabajo que pueden realizarlo toda clase de personas, de ahí que sea un cultivo muy apropia-

do para las explotaciones familiares, donde con el titular de la explotación, colaboran en los trabajos agrícolas, tanto la esposa como los hijos menores. Por eso ha tenido tanta aceptación entre los pequeños y medianos agricultores, particularmente en las pedanías del sur del término municipal, que son los terrenos más aptos para el algodón.

En el año 1982, el producto del algodón supuso para los cosecheros ilicitanos unos ingresos cercanos a los 150 millones de pesetas. Además, para la recogida de esta fibra, se emplearon unos 20.000 jornales, aunque este trabajo suele hacerse a destajo, cuando se realiza por personal ajeno a la familia del cosechero, pagando una cantidad determinada por kilo de fibra recogida, cantidad que en 1982 osciló alrededor de las 25 pesetas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

ALGODON



Los años 1959 al 62 alcanzaron el máximo esplendor los algodonales en Elche, con 570 hectáreas de superficie. Ultimamente, el año de máximo cultivo fue 1982 con 511 hectáreas.

ALGARROBOS

Desde tiempo inmemorial, el algarrobo ha sido siempre un árbol muy peculiar y abundante en todas las zonas costeras del sureste peninsular, particularmente en los terrenos más quebrados y montañosos. En lo que al campo de Elche se refiere, en todos los censos de cultivos agrarios conocidos, los algarrobos figuran en un lugar destacado.

El fruto de este árbol, junto con la alfalfa, tanto verde como henificada, y la paja de cebada, han constituido siempre los elementos básicos de la alimentación de las caballerías de labor, que empleaban los agricultores ilicitanos para cultivar sus tierras y para cubrir sus necesidades de transportes rodados. Por lo tanto, las garrofas desempeñaron, hasta hace pocos años, un papel importante como pienso.

El algarrobo, lo mismo que el olivo, es un árbol de larga vida, que alcanza tamaños muy grandes, con poco que la tierra donde está plantado reúna un mínimo de condiciones que faciliten un desarrollo óptimo. En el campo de Elche han existido ejemplares muy famosos de grandes proporciones, que pasaban de una a otra generación, en el curso de su larga vida. El algarrobo es también el único árbol, entre todos los conocidos aquí, que tiene fruto permanentemente, ya que antes de madurar las garrofas, a mediados de Agosto, saca la floración de la cosecha venidera, que permanece aletargada hasta principios de la primavera próxima, que inicia su desarrollo y crecimiento.

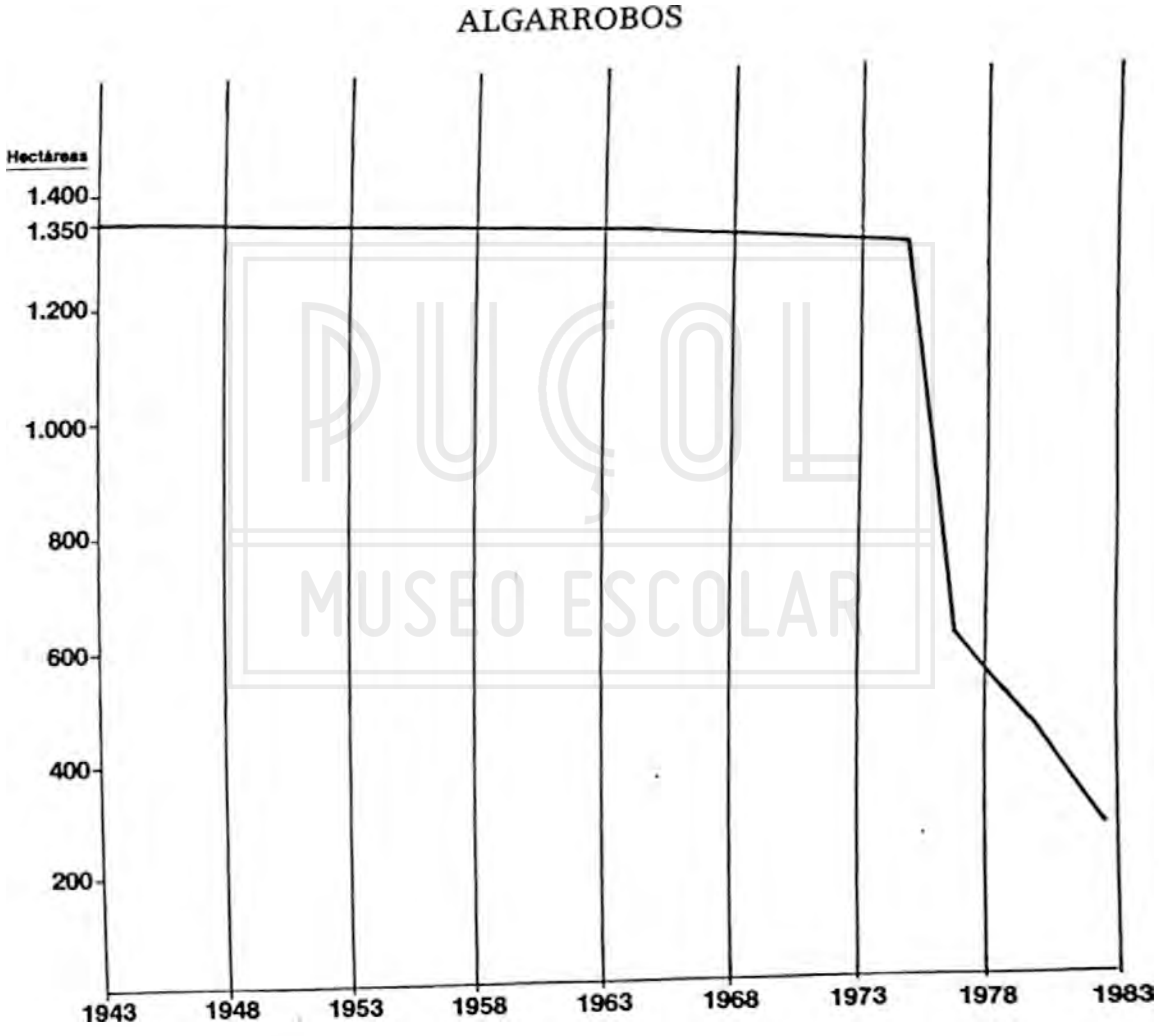
Aunque garroferos ha habido siempre por todas las pedanías del campo de Elche, donde se daban con más profusión era en el Molar, Valverde, Matola y el resto de la zona norte del término municipal, sobre todo en terrenos pedregosos, menos aptos para otros cultivos.

Como se observará en el gráfico que se acompaña, el garrofero es un árbol que en el campo de Elche va de capa caída. En 1943 había 1.350 hectáreas de tierra dedicada a ellos, cantidad que se mantuvo prácticamente estable hasta mediados de la década de los años 70. En 1975, se inicia su acelerada decadencia, y en el corto espacio de dos años quedan reducidos a menos del 50% de su extensión. En la actualidad, quedan en el campo de Elche poco más de 200 hectáreas de garroferos, con tendencia a ir reduciéndose aún más esta exigua cantidad, en uno de los cultivos que más solera y raigambre ha tenido siempre por estas latitudes.

Al hacer acto de presencia en la agricultura una amplia gama de maquinaria para llevar a cabo toda clase de trabajos y cultivos, en detrimento de las caballerías de labor, que por este motivo fueron disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer por completo, se inició la decadencia de los algarrobos, ya que su fruto no tenía destinatario directo, y por consiguiente, se iba depreciando de día en día. Al ocurrir esta circunstancia, empezaron a moler las garrofas para emplearlas molidas en los piensos compuestos, y el garrofín se gastaba para elaborar ciertos preparados con diferentes aplicaciones. Lo que se trataba, en definitiva, era de darle nuevas aplicaciones a un producto que había perdido sus destinatarios tradicionales, ya que hasta entonces sólo se empleaba al natural, como pienso.

Estos nuevos procedimientos de aplicación de las garrofas, no solucionaron el problema en su totalidad, que era darle una mediana rentabilidad a este cultivo tan característico de Elche, al desaparecer los animales que se alimentaban de ellas. Al dejar de ser rentables, los agricultores perdieron interés por los algarrobos. De ahí que los arranques masivos de estos árboles haya sido la nota predominante en los últimos años, y que las tierras que iban dejando libres se dedicasen a otros cultivos, particularmente

a viñedos de uva de mesa. Si observamos los gráficos correspondientes, veremos que son muy expresivos en este sentido. Precisamente el auge de los parrales se inicia el mismo año que empieza la decadencia de los algarrobos.



A partir de 1975, se inicia una decadencia acelerada de los algarrobos en Elche, que se han quedado reducidos a poco más de 200 hectáreas, con tendencia a una reducción mayor, si no cambian las circunstancias.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

NARANJOS

En el campo de Elche los naranjos y los limoneros han seguido unas tendencias idénticas. Lo mismo primero en su decadencia, que en su posterior incremento, han seguido caminos paralelos. Sus alzas y sus bajas han coincidido siempre en las mismas fechas.

Hasta la segunda década del presente siglo, los naranjos apenas existieron en el campo de Elche. Y esto es comprensible si tenemos en cuenta que estos árboles precisan regarse con aguas dulces para su desarrollo vegetativo normal, y hasta entonces las únicas que había eran salobres.

No obstante, en todas las casas de campo de las medianas y grandes fincas rústicas, hubo siempre un pequeño jardín con distintas clases de árboles frutales, donde no faltaban nunca un limonero y varios naranjos. Estos jardines, generalmente, estaban situados delante de la casa, para poderse regar, cuando llovía, de las aguas de aluvión procedentes de la era que solía estar junto a la vivienda, al este de la misma. Estas eras estaban algo desniveladas, con el fin de facilitar la corriente del agua de lluvia que iba a parar al jardín. Estos pequeños jardines producían diversas variedades de frutas para el consumo familiar, entre las que estaban las naranjas.

Con la llegada de las aguas dulces para riego, empezaron a plantarse algunos huertos de naranjos, dentro de una tendencia generalizada hacia los cultivos arbóreos. Fueron tímidos intentos,

que en su conjunto, apenas alcanzaron las 100 hectáreas en todo el campo de Elche.

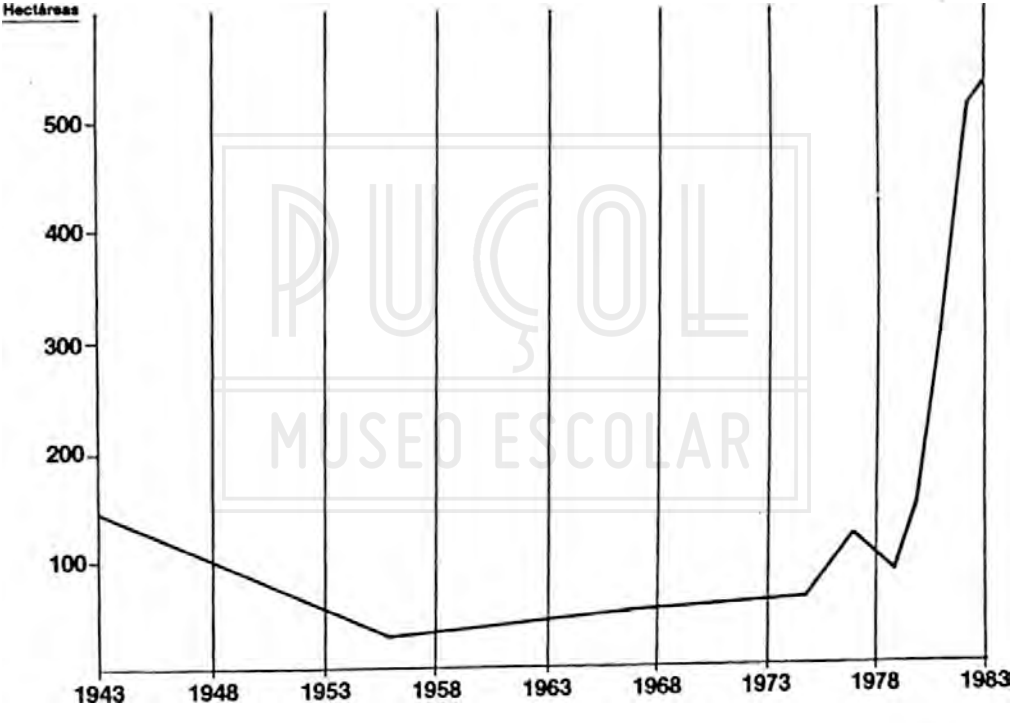
En los años de la posguerra, los naranjos disminuyeron bastante, hasta el extremo de que en 1955 quedaron reducidos a poco más de dos decenas de hectáreas. A partir de esas fechas, se observa un pequeño aumento, y en el lapso de veinte años, pasan de 25 a 60 hectáreas. Es a partir de 1975 cuando se inicia la gran escalada, y la plantación de naranjos se multiplica de año en año. La inclinación de los agricultores por este cultivo adquiere aún mayor impulso a partir de 1979, quintuplicándose en cuatro años, ya que pasaron de 100 a más de 500 hectáreas.

Aunque los naranjos no han alcanzado en la actualidad la importancia y cuantía que tienen los limoneros, no dejan de ser un cultivo bastante significativo en nuestras pedanías, produciendo su fruto buenos ingresos para los cosecheros.

Las nuevas plantaciones de naranjos se hacen con variedades nuevas, cuyo fruto tiene más aceptación en los mercados. La mayor parte de los naranjos existentes son de la variedad NAVEL. MANDARINAS y POMELOS los hay también, pero en cantidades insignificantes.

MUSEO ESCOLAR

NARANJAS



De 1979 a 1983 el cultivo de las naranjas en Elche se ha quintuplicado, pasando de 100 a más de 500 hectáreas.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LIMONEROS

Con sus 1.300 hectáreas de superficie, los limoneros son, en la actualidad, el segundo cultivo arbóreo del campo de Elche, con una producción media aproximada de 20.000 toneladas de limones al año. Esto, traducido a pesetas, supone para los agricultores ilicitanos una media de ingresos brutos anuales del orden de los 400 millones de pesetas, cantidad ciertamente importante, dentro del conjunto de la economía agraria ilicitana.

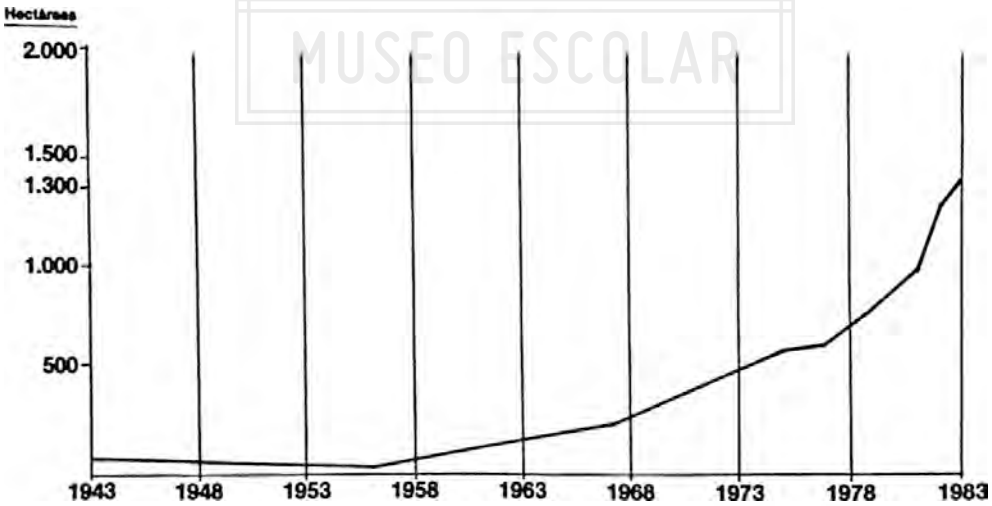
Hasta el año 1956 los limoneros en Elche fueron un cultivo minoritario, pues apenas llegaban a unas cuantas decenas de hectáreas. Estas fechas marcaron el principio de su auge, pero su crecimiento fue muy lento hasta 1967, ya que en once años sólo pasaron de 50 a 250 hectáreas. A partir de aquí, los agricultores ilicitanos orientaron sus preferencias hacia los limoneros, cuya extensión se iba incrementado a un ritmo acelerado de año en año, hasta llegar a esas 1.300 hectáreas actuales. De esta forma, hoy son un cultivo mayoritario, con una rentabilidad bastante aceptable y con buenas perspectivas de futuro, a corto y medio plazo.

Los limoneros se desarrollan muy bien en todas las pedanías ilicitanas. No obstante, no es aconsejable el que se planten en aquellas zonas donde son más frecuentes las heladas, pues no podemos olvidar que estos árboles son muy sensibles al frío, sufriendo grandes deterioros con las temperaturas bajas, tanto el árbol como el fruto.

Otro gran inconveniente que tienen los limoneros, lo mismo que los naranjos, es que precisan regarse con aguas dulces de buena calidad, para que su desarrollo y vegetación sean óptimas. Esto, en los últimos años, no siempre ha sido posible en el campo de Elche y los agricultores, con demasiada frecuencia se han visto precisados a regarlos con aguas salitrosas, por no tener otra opción, a sabiendas de los perjuicios que esto les podría reportar a los árboles.

Si a través del trasvase Tajo-Segura se puede dotar al campo de Elche, del agua de riego suficiente de buena calidad para cubrir sus necesidades, los limoneros, junto con los parrales, están llamados a ser, si no cambian las circunstancias, los pilares básicos de la economía agraria ilicitana, en cuanto a cultivos leñosos. Hoy por hoy, ya son uno de los cultivos más significativos, tanto por la superficie que ocupan como por los ingresos que generan. Esto aún lo sería en mayor medida con nuestro ingreso en el Mercado Común.

LIMONEROS



Los limoneros, con sus 1.300 hectáreas de superficie, son en la actualidad el segundo cultivo arbóreo del campo de Elche, después de los almendros.

HIGUERAS

Aunque de un tiempo a esta parte, las higueras tienden a incrementarse de nuevo en el campo de Elche, su cultivo ha disminuido enormemente respecto a hace cuatro décadas, como se comprobará en el gráfico adjunto. En los años de la posguerra, con sus 1.300 hectáreas de superficie, las higueras fueron un cultivo muy significativo, cuyo fruto, en seco, era muy apreciado como comestible, dada la escasez de alimentos que se padeció en aquella época. Los higos secos y los dátiles, paliaron el hambre de muchos ilicitanos en aquellos años de penuria y privaciones.

A medida que la situación alimenticia se iba normalizando, los higos secos iban perdiendo valor, aunque se utilizaban también para la elaboración de derivados alcohólicos. Fue entonces cuando los agricultores ilicitanos empezaron el arranque masivo de higueras y sustituirlas por otra clase de arbolados. Así vemos como en el lapso de tres décadas, disminuyeron de 1.300 hectáreas a 180.

Hasta entonces, la rentabilidad de las higueras consistía solamente en el aprovechamiento de los higos como fruto seco para consumo humano, para pienso o para su industrialización, como hemos dicho antes. Como fruta fresca, recién cogida del árbol, no se consumían como ocurre ahora. En cuanto a las brevas, muy apreciadas siempre, al ser muy perecederas, no se podían comercializar, dada la lentitud de los transportes de entonces. Una vez secas y convertirse en «Macocas», perdían el 80% de su peso ini-

cial, y además se apolillaban fácilmente, por lo que su valor comercial era prácticamente nulo.

Cuando el transporte por carretera se generalizó a base de camiones rápidos, que llegaban a cualquier mercado de España en el plazo de unas horas, se empezaron a mandar las brevas a todas partes, con buenos resultados comerciales. De esta forma, durante la cosecha, salían todos los días de Elche decenas de toneladas de brevas para los principales mercados españoles, sobre todo para Barcelona, Madrid y Valencia. Fueron los años en que los turistas extranjeros empezaron a visitar España masivamente. Todos estos visitantes consumían mucha fruta fresca, ocupando las brevas un lugar destacado en este consumo, con lo que su cotización alcanzó elevadas cotas, pues sus volúmenes siempre han sido y siguen siendo aún minoritarios respecto a otras frutas de la misma época, como las peras o las manzanas, por ejemplo.

Al observar las buenas cotizaciones que conseguían las brevas, empezaron a mandar también los higos como fruta fresca, a partir de primeros de Agosto, con resultados comerciales bastante aceptables. De esta forma, a medida de que los higos iban perdiendo valor y aceptación como fruto seco, se iban revalorizando como fruta fresca, hasta el extremo de que actualmente se cogen frescos casi en su totalidad.

Con el aprovechamiento de sus dos cosechas, las higueras se han convertido en los árboles más rentables que hoy tiene el campo de Elche, proporcionando a los agricultores buenos ingresos. Y además, con la particularidad de que no precisan cuidados especiales como otras especies arbóreas, ni tampoco elevados costos de cultivo. El mayor gasto que tienen es la cogida del fruto, más que por lo pesado que pueda resultar este trabajo, por la época tan calurosa en que tiene que realizarse, particularmente en los higos.

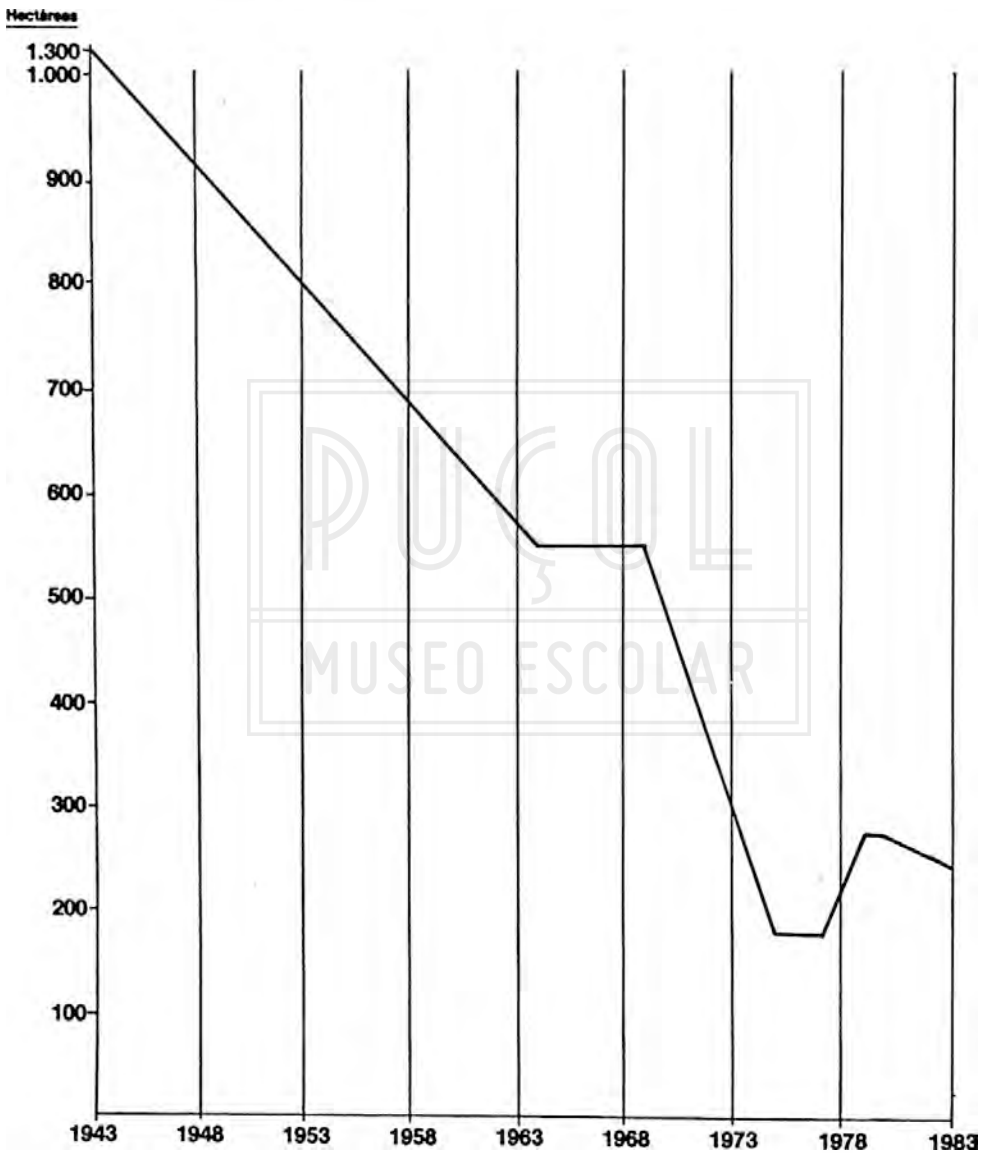
A pesar de su buena rentabilidad actual, no se realizan grandes plantaciones de higueras. Esto es comprensible, ya que para generalizar una tendencia determinada, los agricultores precisan un número determinado de años. Sus reacciones, en este sentido, suelen ser lentas. Por eso a los que hace unos años arrancaron las higueras por no ser rentables, ahora les cuesta volverlas a

plantar de nuevo, aunque no dudan de su rentabilidad actual. No obstante, si no cambian las circunstancias, las higueras irán en aumento en los próximos años, continuando la tendencia seguida de un tiempo a esta parte.

Una de las ventajas de las higueras, es que su plantación requiere pocos gastos, y además su desarrollo es muy rápido, pues al segundo año de plantarse empiezan a dar fruto.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

HIGUERAS



PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

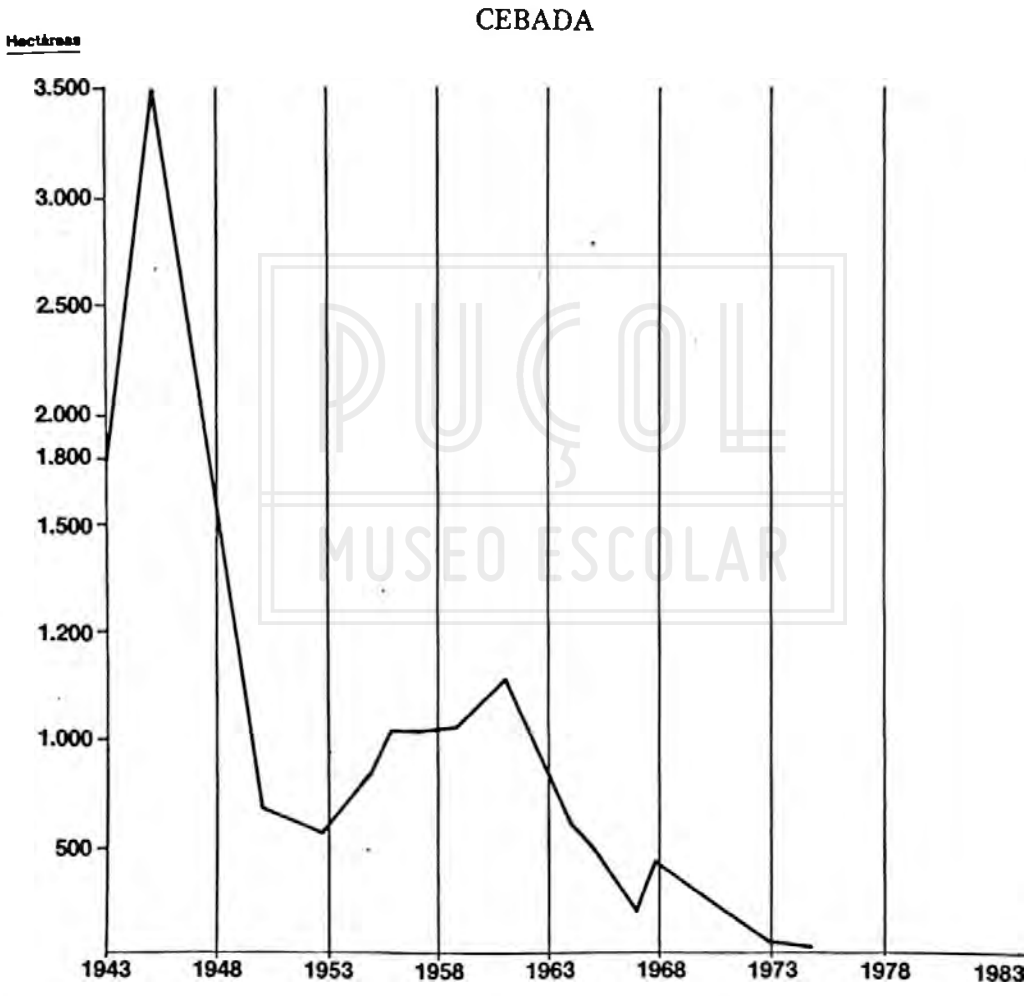
CEBADA

La cebada, como la avena, es un cereal que ha desaparecido por completo del campo de Elche, desde hace unos cuantos años. Pero desde tiempo inmemorial, hasta la llegada de las aguas dulces elevadas de los sobrantes de la Vega Baja, fue un cultivo de los más importantes y mayoritarios, no solamente en las tierras de secano, sino también en las que se regaban con las aguas salobres del Vinalopó. Por ser una planta más resistente a la sequía, y además por necesitar menos agua que el trigo, la mayoría de la tierra campa dedicada a cereales, se sembraba de cebada. Así vemos como en la relación de cultivos que consta en los Archivos municipales, referidos a los años 1766, 1769, 1770 y 1771, la producción de cebada es diez veces mayor, aproximadamente, que la de trigo. Por aquellos años, la extensión de tierra dedicada al cultivo de cebada, oscilaba alrededor de las 5.000 hectáreas, aunque estas cantidades variaban mucho de un año a otro. Todo dependía de que lloviese más o menos en la época de la sementera.

Estas cantidades y estos porcentajes entre la cebada y el trigo, se mantuvieron hasta la segunda década del presente siglo. A partir de estas fechas al disponer de más agua para riego, se fueron aumentando las cantidades de tierra dedicadas al trigo, aunque la cebada conservó la supremacía hasta después de la guerra civil.

A partir de los años 50, se inicia la decadencia y retroceso del cultivo de la cebada en Elche, hasta desaparecer por completo en la década de los setenta.

Aunque existen otros cultivos que han desaparecido también del mapa agrícola ilicitano, después de estar en vigencia mucho tiempo, ninguno de ellos se puede comparar a la cebada, ya que ésta tuvo una gran incidencia en la agricultura ilicitana durante muchos siglos, siendo uno de sus mayores soportes.



Superficie de tierra, expresada en hectáreas, dedicada al cultivo de la cebada en el campo de Elche, desde 1943 hasta su desaparición total en 1975. La mayor cantidad se alcanzó en 1945, con un total de 3.500 hectáreas, 500 en tierras de secano y 3.000 en regadío.

PUÇOL MUSEO ESCOLAR

GRANADOS

Los granados han sido el cultivo arbóreo que menos altibajos ha sufrido en los últimos cuarenta años. Con una superficie prácticamente estable, ha seguido una línea ligeramente alcista, partiendo de las 500 hectáreas que había en 1943, alcanzaron su cota máxima en 1975 con una superficie de 860. A partir de este año se inicia un pequeño descenso, hasta quedar reducidos a las poco más de las 600 hectáreas actuales.

Los granados, junto con las palmeras, son los árboles más característicos de la agricultura ilicitana. Si bien es cierto que los olivos alcanzaron mayor extensión en los siglo XVIII y XIX, y aun hoy son bastante significativos, los granados le han dado a Elche mayor renombre, ya que los olivos abundan en muchas comarcas españolas, mientras el 80% de los granados que hay en España, están ubicados en el campo de Elche.

Parece ser que los granados se conocen aquí desde tiempo inmemorial. Según Ramos Folqués («La Industria, el Comercio y la Agricultura en Elche», p. 263) se encontraron en La Alcudia granadas carbonizadas, lo mismo que ramas de estos árboles, procedentes de la época íbero-púnica, lo que demuestra que en aquellos tiempos ya había granados aquí.

Pero la expansión de los granados se inicia en el siglo XIX, a partir de la decadencia del olivar, cultivo que había tenido una gran preponderancia en el Campo de Elche durante mucho tiempo.

Si tenemos en cuenta que en aquellos tiempos aquí sólo se disponía para riego de las aguas salobres que discurrían por el Vinalopó, los olivos que se arrancaban sólo podían sustituirse en cultivos arbóreos, por granados y por palmeras. En tierras de regadío no había otra opción, pues como es sabido, los granados, los olivos y las palmeras, son los únicos árboles, entre todos los conocidos en Elche, que crecen y se desarrollan normalmente, regándose con aguas salobres. De ahí que estas tres especies arbóreas hayan tenido tanto arraigo y aceptación en nuestros campos, desde las más remotas épocas de que se tienen referencias.

A finales del siglo pasado se inició, en gran escala, el comercio de las granadas de Elche hacia el mercado de Barcelona, comercio que se realizaba por vía marítima, mediante barcazas que salían del puerto de Santa Pola, o a través del ferrocarril, recién inaugurado.

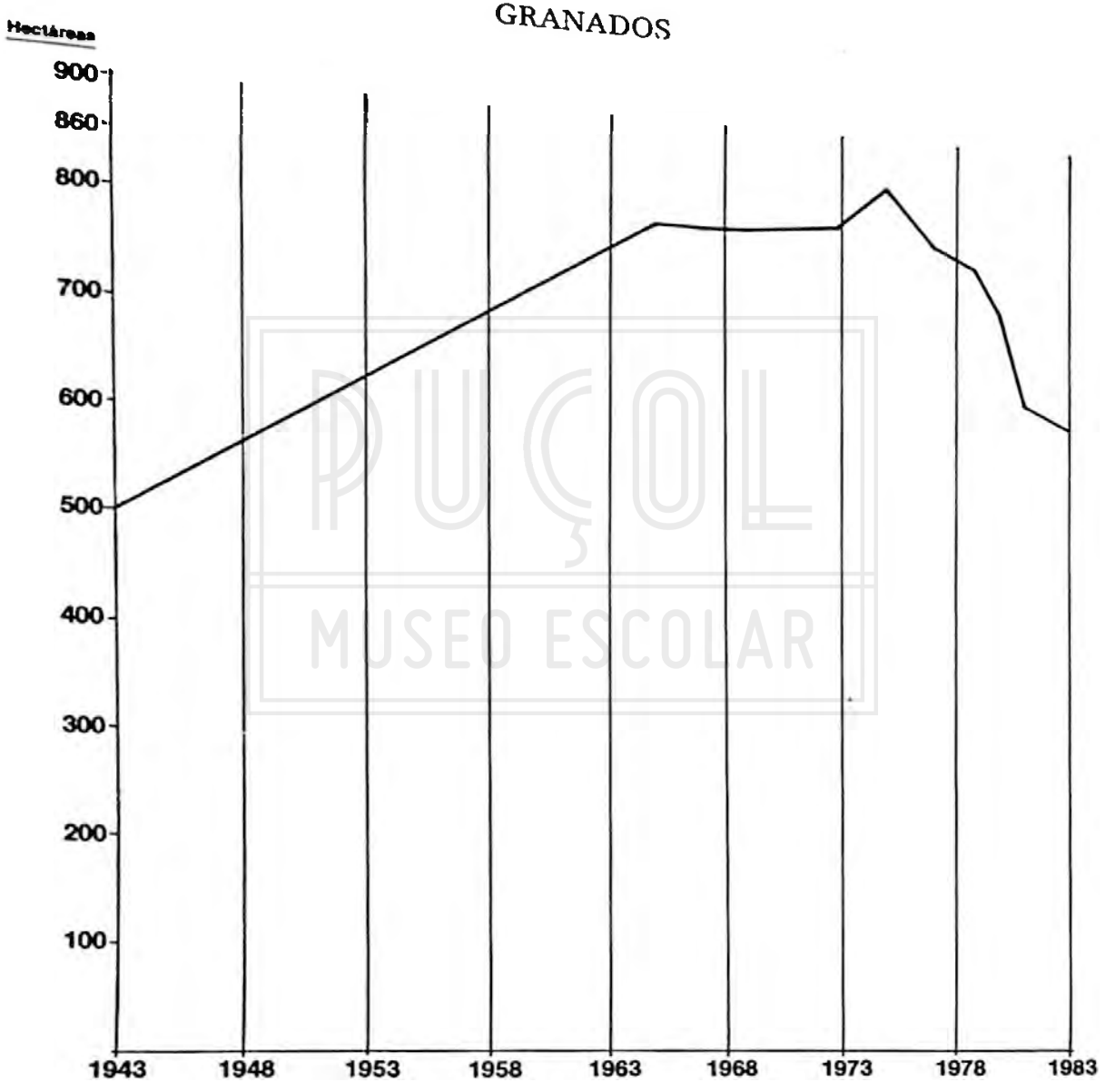
Durante estos años, tanto los granados como los demás cultivos, sufrían bruscas alteraciones y altibajos por motivos meteorológicos. Así vemos como durante la terrible sequía que se padeció aquí entre los años 1907 y 1914, se arrancaron muchos huertos de granados por no poderse regar, ya que en esos años de sequía los pocos caudales de agua salobre que había para regar, disminuían mucho más aún.

Con la llegada de las aguas dulces elevadas, se plantaron muchos huertos de granados, que iban incrementando su superficie, y no solamente dentro de la zona regable con las aguas tradicionales, sino también en las zonas periféricas del término municipal, que hasta entonces habían sido de secano. Estos años marcaron el inicio de la época esplendorosa de los granados en Elche. Fue entonces cuando empezaron a exportarse las granadas al extranjero, particularmente a Francia y a Inglaterra, comercio que se ha ido incrementando de año en año, hasta el extremo de que actualmente el 85% aproximadamente de las granadas ilicitanas se consumen fuera de España. Este incremento en la exportación ha sido paralelo a la pérdida de la aceptación de este fruto por parte de los consumidores españoles. Tanto es así que, actualmente, en los mercados españoles apenas se venden granadas. Incluso Barcelona, que hace solamente treinta años consumía miles

de toneladas de granadas, ahora este consumo se ha reducido en un 90%. Y lo mismo ocurre en el resto de los mercados del interior, incluido el de Elche. La uva, los melocotones, las peras y las manzanas, han desplazado a las granadas en las preferencias de los consumidores españoles. Si ahora las granadas no se exportaran al extranjero, la cantidad que se cosecha (unas 6.000 toneladas al año, aproximadamente), en España no se venderían a ningún precio y habría que arrancar los granados.

Tanto los granados como su fruto están muy enraizados en la cultura ilicitana desde hace muchos siglos. La MANGRANA, artilugio en el que baja el Angel en la representación de EL MISTERI, es buena prueba de ello. El hecho de ponerle ese nombre indica que la granada era un fruto característico y representativo de estas tierras. El granado y la palmera, lo mismo que el fruto de ambos árboles, simbolizan a la agricultura ilicitana, y le han dado a Elche la justa fama de que hoy goza, fama que ha traspasado las fronteras.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR



PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

LA PERDIDA DE UNA CULTURA

La década de los años 60 marcó en el campo de Elche, lo mismo que en las demás zonas rurales de España, el fin de una época y el principio de otra, muy distinta a la anterior. A partir de estos años, se inició un cambio radical en las costumbres y formas de vivir de las gentes campesinas. Se puede decir que estos años marcaron la línea divisoria entre la época antigua y tradicional que se venía sucediendo de generación en generación, sin apenas alteraciones trascendentes, y la época moderna, con sus adelantos y avances tecnológicos que iban a revolucionar el vivir diario de los agricultores. Y esto, no solamente en las formas de cultivar la tierra, con ser ello muy importante, sino también en la educación, las costumbres, la vestimenta, etc., de las gentes campesinas.

De la noche a la mañana, se pasó del carro y la mula y el arado romano, al tractor y el automóvil. De la senda y el camino, a la carretera asfaltada. Del candil alimentado con aceite, a la electricidad y los electrodomésticos. Todo un giro de noventa grados, que iba desdibujando de una manera acelerada, hasta hacerla desaparecer por completo, una cultura milenaria que se había ido sedimentando a través de los siglos. Así se fueron diluyendo, rápidamente, unas peculiaridades y características muy definidas, que diferenciaban «als llauraors del camp d'Elx», de los habitantes de la población.

Esta cultura campesina abarcaba todas las facetas del vivir

diario, desde la indumentaria hasta la gastronomía, desde los bailes y festejos populares hasta el lenguaje coloquial. No es que los agricultores formasen un estamento cerrado y hermético sobre sí mismo, pero su vida se desarrollaba un poco al margen de las corrientes ciudadanas, a pesar de su proximidad.

Los agricultores apenas salían de su entorno, y al pueblo se iba en contadas ocasiones, sólo por imperativos de la necesidad. Esto es, a comprar algo, o a hacer alguna gestión administrativa. O por motivos festivos, en determinadas solemnidades, que al cabo del año se podían contar con los dedos de una mano.

La gente joven campesina organizaba sus propios bailes y diversiones en las ermitas, en las casas particulares o a la intemperie, sin extralimitarse del entorno rural. A estas reuniones asistía poca gente, pues al tener que hacer los desplazamientos a pie, apenas se salía de la propia partida. Los mozos y las mozas solían casarse con chicas y chicos de la vecindad, y en muchos casos, con primos hermanos o primos segundos. Y esto era lógico y natural, ya que el círculo de amistades y relaciones era sumamente reducido y limitado. Se tenían escasas amistades, pero entre los convecinos se conocían a fondo, nombrándose más entre ellos por los apodos que por los nombres propios y los apellidos.

Esto, en cierta medida, fomentaba la propia estimación como grupo o colectividad humana, colectividad que se mostraba muy satisfecha de ser lo que era. Dentro de sus limitaciones, estas gentes eran conscientes de la importancia del papel que desempeñaban, como grupo, dentro del conjunto de la sociedad de su tiempo. Esto era así hasta el extremo de que si alguien abandonaba el campo y la agricultura para dedicarse a otras ocupaciones y actividades, no estaba bien visto, aunque mejorase socialmente, como si ser agricultor fuese la cosa mejor del mundo, a pesar de las muchas dificultades con que tropezaban todos los días en su profesión.

La indumentaria de los agricultores era diferente a la que usaban las gentes de la población. Incluso una misma prenda de vestir era distinta si la llevaba un agricultor o si la vestía un habitante de la población. Tal era por ejemplo, el caso de la blusa que usaban los hombres, que era corta y negra (llamada «bruseta») en-

tre los campesinos, gris y más larga entre los hombres de la población. Sólo con ver la forma en que iba vestido, se sabía si era o no agricultor. En la actualidad, esas diferencias en la vestimenta han desaparecido por completo.

Cuando en las fiestas señaladas se desplazaban los agricultores a la población, fácilmente se detectaba su presencia, por su forma de andar y comportarse. Acostumbrados a una vida más aislada y solitaria, se sentían un poco extraños en el bullicio de la ciudad, aunque ésta no fuera muy populosa, como en el caso de Elche.

En el lenguaje coloquial de cada día, en el campo se usaban palabras, modismos y adjetivos diferentes a los usados en la población. El valenciano auténtico se conservaba con más pureza entre las gentes campesinas, y todos los agricultores estaban muy enraizados en esta tierra, enraizamiento que había ido generándose a través de muchas generaciones.

Los agricultores ilicitanos han vivido siempre apegados a la tierra como las lapas viven apegadas a las rocas. Activos y laboriosos hasta la exageración, la tierra que cultivaban ha sido, en todo momento, como una novia a la que se dedican mimos, cuidados y atenciones. Era tal el cariño que sentían por ella, que las fincas heredadas de sus mayores no las permutaban o vendían si no era por una auténtica necesidad.

Cultivar la tierra con esmero ha sido siempre para los agricultores ilicitanos, motivo de orgullo y satisfacción. Cuando alguien la desatendía o la malcultivaba, se le censuraba abiertamente. Existía una sana competencia para ver quién tenía las tierras mejor cultivadas y las caballerías más lustrosas y quién conseguía mejores cosechas en las mismas condiciones.

En los días laborables, la gente no solía ir a ninguna parte en plan de asueto y diversión. Por las noches, sobre todo en invierno, cuando son más largas, en esas horas muertas, hasta la hora de irse a la cama, se aprovechaba el tiempo haciendo «filet» o «cordeta» de esparto o pita para atar la mies en época de siega, o atar las garbas de leña. También se construían su propio calzado para el trabajo, las llamadas «espardenyes d'espart», o hacían

pleita para construir capazos y otros enseres y útiles necesarios en los trabajos agrícolas. O engrasaban y remendaban los aparejos y arreos de las caballerías para que al día siguiente estuviera todo a punto y dispuesto para el trabajo cotidiano. Era una dedicación completa y absoluta.

Las mujeres amasaban y cocían el pan que consumía la familia. En todas las viviendas había una pequeña habitación, llamada «pastaor», donde estaba la «pastera» (artesa), el «seas» (cedazo) y demás herramientas para amasar el pan. Para la cocción de este pan, en todas las casas había un pequeño horno, que solía estar adosado a la propia vivienda y cuya boca daba al interior de la cocina. Este horno solía alimentarse con la leña que se recogía en la escamonda de los propios árboles, leña que se conservaba de un año para otro.

Las viviendas rurales se construían todas con arreglo al mismo modelo arquitectónico, salvo algunas casas señoriales, en las grandes fincas rústicas, que diferían en cuanto a su forma. Pero esto constituía una excepción, por tratarse de propiedades cuyos dueños vivían al margen de la agricultura, por tener otras ocupaciones. En estas casonas solían vivir las familias que cultivaban la tierra en arriendo o aparcería. Las viviendas de los agricultores medios, exceptuando algunos pequeños detalles, eran todas iguales: casas orientadas al sur, con tejados a dos aguas, con «porchá» delante y corral en la parte trasera para los animales domésticos. Todas estas viviendas solían tener, como mínimo, dos aljibes, uno en su interior y el otro un poco apartado de la casa. El primero se llenaba con las aguas de lluvia que se recogía del tejado, y el segundo con las aguas de aluvión procedentes de la era, o con las aguas de riego.

Las aguas del aljibe interior se gastaban para usos domésticos, y la del exterior para beber las caballerías. En las viviendas de nueva construcción ya no se construyen aljibes, abasteciéndose de las aguas procedentes de los canales del Taibilla o de los «Suizos».

Este tipo de viviendas tradicionales hoy ya no se construyen en el campo de Elche. Se han introducido nuevas formas y nuevos estilos de construcción, y lo que prevalece en la actualidad son

las viviendas llamadas chalets, de variadas características y estilos. Esto es así hasta en las casas construidas para vivir los propios agricultores, y muchas de las viviendas antiguas que se construyeron hace sólo unas décadas, están deshabitadas y abandonadas.

Uno de los trabajos agrícolas más característicos y peculiares de los tiempos pasados era la trilla. La trilla, por ser el colofón de la cosecha, era un trabajo casi ritual, una labor con la que finalizaba el esfuerzo de todo un año. Era la culminación de la cosecha de cereales, el hacer balance de todo un ejercicio, que en la mayoría de los casos había estado lleno de desvelos y de incertidumbres, incertidumbres que nacían del temor a la falta de agua, al pedrisco, a la helada u otras contingencias desafortunadas que pudiesen malograr lo que se esperaba con tanto anhelo y necesidad. Era frecuente que cualquiera de estas calamidades meteorológicas cercenaran en flor todas las ilusiones que se habían puesto en unas cosechas que nunca se sabía si iban a ser abundantes o escasas, hasta que el grano estuviese a buen recaudo en el granero. Por eso, en las labores de trilla se esmeraban aún más si cabía, que en los demás trabajos agrícolas. Ese esmero se reflejaba en la perfecta construcción de «els pallers» (pajares) y «garberes» (garberas o tresnales) que en forma de prismas triangulares, formaban alrededor de la era; en el primer caso para conservar la paja a la intemperie, una vez trillada la mies, y en el segundo, para amontonar las garbas o haces de mies hasta el momento de la trilla, con el fin de que ocuparan el menor espacio posible. En ambos casos, lo que se trataba de evitar también eran las mojaduras en caso de lluvia. Y en la construcción de los pajares y garberas, existía una sana competencia por ver quién conseguía unas formas más perfectas y equilibradas.

En la actualidad, todos estos rasgos culturales han desaparecido casi por completo. En el vestir ya no se distinguen los agricultores de la gente de la población. Todos visten igual. El pan ya no se elabora en las casas de campo, como antes, sino que se compra en la tienda o los panaderos lo llevan a los propios domicilios de los agricultores y los platos típicos de la cocina campesina de otros tiempos, han desaparecido del menú de cada día.

El campo de Elche ha cambiado de aspecto y fisonomía. Alrededor de 9.000 chalets hay esparcidos por todas las pedanías, viviendas éstas edificadas, casi todas ellas, sobre parcelas de 2.000 metros cuadrados de tierra. Estas viviendas, pertenecientes a gentes de la población, sólo están habitadas temporalmente en los fines de semana o en vacaciones. Algunas de estas familias, cuyas vidas se desenvuelven completamente al margen de la agricultura, viven también en el campo de forma permanente.

Hay también varias urbanizaciones en distintas zonas del término municipal, particularmente en Algoda, Altabix y Valverde, en las cuales no viven agricultores, sino gentes de la población.

La industria ha desbordado el casco urbano y se ha desparramado por las pedanías, donde se ven naves industriales por todas partes. Los caseríos de la Hoya y las Bayas, se expanden incesantemente. En cuanto a los núcleos urbanos de La Marina, El Altet y Torrellano, son ya verdaderas poblaciones, con más habitantes que muchos pueblos de la provincia de Alicante, que tienen Ayuntamiento propio.

Hace tan sólo unas décadas en el campo sólo vivían agricultores. Estos tenían sus propias costumbres y su propia cultura, que se transmitía de una a otra generación. Hoy ya no es así. Hoy viven intercaladas gentes de distinta mentalidad y de diferentes ocupaciones. Incluso se originan ciertas tensiones entre los agricultores y los «chaleteros», cuyos comportamientos, en algunos casos, dejan mucho que desear.

Las fiestas patronales en las ermitas de las distintas partidas rurales, se siguen celebrando, como siempre, en las fechas tradicionales, pero ya no son solamente festejos para las gentes del lugar, como eran antes, sino que acuden a ellas gentes de más distantes procedencias. Por otra parte, los jóvenes de las pedanías, los días festivos, se ausentan de las mismas y buscan diversiones en las discotecas de los pueblos de los alrededores. Las reuniones y bailes estrictamente campesinos, prácticamente han desaparecido.

La cultura campesina, en todas sus facetas, tal y como se manifestaba hasta la década de los años 60, está en trance de desa-

parecer por completo. En otras zonas agrícolas, esta difuminación cultural no ha sido tan acusada como en el campo de Elche, limitándose, principalmente, a las formas de cultivar la tierra. Aquí, por una serie de circunstancias derivadas de la industrialización y la gran expansión demográfica de la ciudad, los cambios en la vida y costumbres de los agricultores, han sido más profundos y trascendentales, marcando unas notables diferencias respecto a épocas pasadas.

La agricultura en el campo de Elche continúa como tal actividad, pero ya no es la misma que fue hasta hace poco tiempo, habiéndose modificado notablemente sus rasgos culturales, rasgos que tienden a desaparecer, como dijimos antes. Esto es irreversible.

La única posibilidad que tenemos de conservar en presencia, aunque sea una mínima parte, de esta cultura campesina que nos legaron nuestros antepasados, es no permitiendo que desaparezcan los restos de aperos, enseres y herramientas que usaron en las viviendas y en el cultivo de la tierra. Es el mejor tributo que podemos rendir a su memoria. Consecuentemente, tenemos la obligación moral de contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, a la creación de ese ansiado Museo del camp d'Elx, donde se puedan conservar, al menos, una parte de esa cultura campesina, que está en trance de segura desaparición, para que tengan referencias y conocimiento de ella las generaciones venideras. El campo de Elche y nuestros antepasados se merecen, sobradamente, el tributo de este Museo.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

EL CAMPO DE ELCHE EN 1984

Según los datos que nos ha facilitado la Cámara Agraria Local, el campo de Elche tiene una superficie de 32.578 hectáreas en total.

En 1982, gracias a las gestiones realizadas por el entonces Concejal de Patrimonio del Ayuntamiento de Elche, Pedro Rodríguez Ruiz, se modificaron los lindes que separaban los términos municipales de Elche y Aspe, por cuya modificación, el término de Elche se vio incrementado en algunos kilómetros cuadrados, incremento que no está incluido en la superficie que antes reseñamos.

Los datos de la Cámara Agraria, difieren de otras fuentes consultadas. Para la Gran Enciclopedia de la Región Valenciana, el término de Elche tiene una superficie de 32.650 hectáreas.

La distribución de esta superficie, referida al año 1983, es la siguiente:

Distribución general de tierras del término municipal

Aprovechamiento	Has. regadío	Has. secano
Tierras ocupadas por cultivos herbáceos	2.185	0
Barbechos y otras tierras no ocupadas	5.687	143
Tierras ocupadas por cultivos leñosos	10.937	1.608
Monte maderable	0	207
Monte abierto	0	277
Monte leñoso	0	5.462
Erial a pastos	0	1.228
Espartizal	0	0
Terreno improductivo	0	3.322
Superficie no agrícola	0	1.182
Ríos y lagos	0	583
	18.809	13.769

TOTAL: 32.578 Has.

Las hectáreas que figuran como de regadío, son las comprendidas dentro del ámbito de la Comunidad de Riegos de Levante. No obstante, una gran parte de las que figuran como secano, se están regando actualmente con las aguas que distribuyen los Grupos de San Pascual y San Enrique. Estas tierras están situadas en las partidas de Peña de las Aguilas, Carrús y Altabix, en su mayor parte.

En esta distribución, las cantidades de tierra dedicadas a cultivos herbáceos y barbechos, varían mucho de un año a otro, según se disponga de más o menos agua de riego. A mayor cantidad de cultivos, menor cantidad de barbechos o viceversa. Así vemos como en 1982 figuran como cultivos herbáceos 5.915 hectáreas y 2.174 de barbecho, y en el 83, 2.185 de cultivos herbáceos y 5.830 de barbecho, entre secano y regadío. De un año a otro, se invirtieron las cantidades, debido a la escasez de agua del año 83. Por tal motivo, este año se quedaron muchos terrenos en blanco, es decir, sin dedicarlos a ningún cultivo.

Como hemos dicho en repetidas ocasiones, el fraccionamiento de la propiedad rústica en el campo de Elche, cada año que pasa es mayor. Aunque en los últimos tiempos ha habido cierta paralización en la construcción de «chalets» en el campo, por la

crisis económica que estamos atravesando, y por consiguiente, se venden menos pequeñas parcelas para edificar, de año en año se fraccionan más las propiedades rústicas y aumenta el número de propietarios. Al 20 de Julio de 1983, las estructuras agrarias del campo de Elche eran las siguientes:

Número de propietarios de fincas rústicas	11.155
Número de parcelas	47.864
Número de Jornadas teóricas para contribuir a la S.S. Agraria	1.579.788
Superficie con algún aprovechamiento agrícola o ganadero	30.678 Has.
Base imponible para la contribución rústica	170.529.246 pts.
Cuota al Tesoro	7.020.562 pts.
Explotaciones agrarias registradas como tales	4.147 (*)
Número de trabajadores por cuenta ajena (24-3-84)	1.593
Número de trabajadores cta. propia (autónomos) (24-3-84)	1.355
Viviendas habitadas permanentemente (1-3-81, último censo)	5.125
Viviendas habitadas temporalmente	7.529
Viviendas deshabitadas	1.470

De todos los datos que anteceden, lo que más llama la atención es el gran número de casas que hay deshabitadas en el campo, y más aún el que las viviendas habitadas temporalmente superen el 50% a las que están habitadas permanentemente. Y estos «chalets» o segundas viviendas, han aumentado aún más en el transcurso de los tres últimos años, aunque no poseemos datos concretos sobre este particular.

Al margen de todos estos datos, que no dejan de ser muy significativos, la agricultura ilicitana está pasando en estos momentos, por la situación más difícil que ha vivido en las últimas décadas. Entre las distintas causas que han influido para que esto

(*) Este número de explotaciones agrarias fue el resultado de las declaraciones voluntarias que hicieron los agricultores de cara al censo de 1983. Se calcula que sólo declararon el 75%, lo que nos daría un número real de 5.200 aproximadamente.

ocurra de esta manera, la principal es la falta de agua para regar que se viene padeciendo en los tres últimos años y, sobre todo, en el 83 y lo que llevamos del 84. El verano del 83, el campo pasó mucha sed. Pero esta sequía se ha acentuado mucho más aún en los últimos seis meses, hasta el extremo de que los canales de la Comunidad de Riegos de Levante están secos desde el último verano, y las perspectivas, de cara a los próximos meses no pueden ser más desalentadoras si no llueve con intensidad antes del mes de Junio y los embalses del Segura y el Tajo aumentan sus reservas, que están a los niveles más bajos de los últimos tiempos.

Por falta de agua, no se plantaron hortalizas de otoño e invierno, y en las de primavera va a ocurrir lo mismo si no se remedia la situación en las próximas horas. Por tal motivo, la agricultura ilicitana está semiparalizada. En 1983, los ingresos de los agricultores se redujeron en un 50%, pero de no mejorar las cosas, el 84 va a ser mucho peor aún. El no poder plantar cultivos hortícolas, por falta de agua, ya constituye para los agricultores un gran quebranto económico. Pero esto, con ser muy grave, no es lo peor de todo. Lo más preocupante en estos momentos es poder salvar el arbolado.

En el año 1983, muchos cultivos arbóreos no se regaron nada o se regaron menos de lo necesario. Esto les ocasionó un gran deterioro en su desarrollo vegetativo. De repetirse este año las mismas circunstancias, la mayor parte de los árboles del campo de Elche sufrirán daños irreversibles, particularmente, los que más agua necesitan, como son los naranjos, los limoneros, los granados y otros frutales.

Muchos de estos árboles, se están regando con las aguas saladas que discurren por la Rambla. Esto, de momento, reverdece los cultivos, pero a la larga, los daños serán considerables, si se repiten estos riegos con aguas de mala calidad, se contaminan las tierras y pierden parte de su fertilidad.

Impulsado por la escasez de aguas que se viene sufriendo en los últimos tiempos, se están haciendo algunos pozos en distintos parajes del campo de Elche, en busca de acuíferos subterráneos. Desgraciadamente, y para deseperanza de las personas que han hecho grandes inversiones para alumbrar estas aguas subterrá-

neas, las pocas que han encontrado, son de mala calidad y apenas sirven para la agricultura. Estos intentos que se están haciendo ahora, ya se hicieron en épocas pasadas, acuciados también por la necesidad, con los mismos resultados negativos.

Está más que demostrado que las pocas aguas subterráneas que existen en el campo de Elche, están cada día a mayor profundidad y que son todas salobres. Esto ya se sabía en tiempos pasados, cuando en todas las casas había pozos para aprovechar estas aguas en los servicios domésticos, a falta de otras de mejor calidad. No obstante esta certidumbre, espoleados por la necesidad que hay en estos momentos de regar los sedientos campos, se están perforando pozos y se utilizan para el riego las pocas aguas que se pueden adquirir, sin reparar si son mejores o peores para los cultivos que se riegan con ellas. Esto, de momento, es un remedio, pero a la larga, puede originar un gran perjuicio. De seguir las cosas así por algún tiempo más, el aspecto tan espléndido y fértil que había adquirido el campo de Elche de unos años a esta parte, al regarse con aguas de buena calidad de las trasvasadas del Tajo, se irá degradando rápidamente, para desgracia de ese colectivo de agricultores que con ilusionada abnegación dedican todos sus afanes y esfuerzos al cultivo de sus tierras, tierras que son tan agradecidas y generosas cuando reciben el agua que necesitan para producir a pleno rendimiento.

Forzados por la sequía, los agricultores ilicitanos, si quieren sobrevivir en su profesión, tendrán que implantar, sin pérdida de tiempo, un nuevo sistema de riego, para sacar adelante sus cultivos. Dada la escasez y la carestía de las pocas aguas de que se dispone, no se puede seguir regando a portillo, como se ha hecho siempre, ya que esto supone un despilfarro de agua que hay que evitar a toda costa. Los bienes cuando son limitados y escasos hay que consumirlos y administrarlos con mucha prudencia y racionalidad. Los agricultores tienen que conseguir un máximo de aprovechamiento para un consumo mínimo de agua. Y esto no se puede llevar a cabo si no es a base de regar por el sistema de goteo, aspersión u otro similar. Pero para adoptar un nuevo sistema de riego, con miras a conseguir un gran chorro de agua, es imprescindible hacer grandes inversiones en las explotaciones agrarias, inversiones que en la mayoría de los casos, los agricultores

no pueden haçer por sí mismos, si no se les ayuda económicamente. El Banco de Crédito Agrícola concede algunos préstamos para estos fines, pero son insuficientes para las crecientes necesidades de fondos que hoy tiene el campo. La Administración debería ser más generosa en este sentido para que los agricultores que quieren modernizar sus explotaciones tuvieran acceso con más facilidad a una serie de créditos a largo plazo y bajos intereses. Para valerse por sus propios medios y no depender del capital ajeno, los agricultores tendrían que vender parte de sus tierras, pero hoy apenas se encuentran compradores para la misma. Por causa de la crisis y por las crecientes dificultades de toda índole que de un tiempo a esta parte, está poniendo el Ayuntamiento para conceder licencias de edificación en el campo, vender tierra hoy no es nada fácil. Y si se encuentra comprador, el precio es igual o más bajo que hace cuatro años, mientras las demás cosas, en este lapso de tiempo han subido mucho, algunas incluso el 100%.

Los agricultores ilicitanos se encuentran ante una disyuntiva muy difícil. De seguir como hasta ahora, cada día que pasa empeorará aún más su situación, ya de por sí precaria. Para que su profesión tenga perspectivas de futuro, tendrán que poner sus explotaciones al día, y para esto hace falta dinero que la mayor parte de ellos no tienen. Pero es todo un reto al que tendrán que hacer frente si quieren seguir viviendo del producto de sus tierras, objetivo cada día más difícil de conseguir. No hay otra opción: o reconvertir sus explotaciones agrarias desde sus raíces o seguir languideciendo y empobreciéndose más cada día que pasa.

Ahorrar agua, producir sólo lo que demande el mercado, abaratar costos de cultivo, producir artículos de calidad para conseguir buenos precios; ésta es la base de una agricultura moderna y rentable a la que se tiene que aspirar, aunque esto no se puede conseguir a plazo corto.

Está comprobado que la mayor parte de los cultivos que hoy tiene el campo de Elche, no son rentables y hay que sustituirlos por otros. Y sobre todo, hay que equilibrar los costos de producción y el valor de los productos cosechados. Sin este equilibrio, no hay rentabilidad y sin rentabilidad, la agricultura perderá

atractivo y por consiguiente, cada día habrá menos gente que se dedique a ella como profesión.

Los agricultores ilicitanos tienen que prepararse concienzudamente para cuando llegue nuestra integración en las Comunidades Europeas. Cuando España se integre en el Mercado Común, nuestros productos encontrarán en los mercados comunitarios unos competidores de mucho cuidado que nos lo pondrán muy difícil, competidores con los que estamos en inferioridad de condiciones, si nuestros productos no se ofrecen con la debida calidad y esmerada presentación que exigen los consumidores.

Diremos como conclusión, que a pesar de todas las dificultades, estamos seguros de que los agricultores ilicitanos saldrán adelante y superarán la crisis que hoy les atenaza. Tenemos fe en su capacidad de trabajo, en su amor a la tierra que cultivan con dedicación y esmero, y gracias a estas encomiables cualidades, el campo de Elche seguirá siendo lo que fue siempre: un ejemplo modélico en su agricultura y en sus gentes.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

BIBLIOGRAFIA

Archivo Delegación Provincial Ministerio de Agricultura.

Archivo Cámara Agraria Local.

Archivo Grupo de Colonización n.º 15 (Carrizales).

Archivo Municipal de Elche (AME). «Libros de Cabildos», «Registro de Emigrantes y otros documentos».

ASENJO BARBIERI.– «Revista de Archivos», Tomo 4, pp. 149-150.

BORONAT, Pascual.– «Los moriscos», Tomo 1, pp. 428-442 y Tomo 11, pp. 190-335.

BROTONS, Baltasar.– «El campo entre la marginación y la esperanza», pp. 48-187 y «Agrodelx», pp. 38-163.

CASTRO, Américo.– «España y su Historia. Cristianos, moros y judíos» p. 57.

CAVANILLES, Antonio José.– «Observaciones sobre la Historia, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia, año 1795». Tomo 11, pp. 269 a 274.

Geografía Provincial de Alicante.– Diputación Provincial, año 1978 (Censo de habitantes de Elche en distintas épocas).

GONZALVEZ PEREZ, Vicente.– «El Bajo Vinalopó, Geografía Agraria», año 1977, pp. 142-144. «La Centuria de Ilici», pp. 101-107 y «La Ciudad de Elche», año 1976, pp. 234-235.

Gran Enciclopedia de la Región Valenciana. Tomo 4, p. 98.

IBARRA RUIZ, Pedro.– «Institución del riego en Elche y origen de sus aguas», año 1914, pp. 9-50 y «Historia de Elche», año 1895, pp. 39-50-56-174-228.

LAFARGA, Próspero.– «El riego en Elche», año 1910, p. 11.

LLOBREGAT CONESA, Enrique.– «Nuestra Historia», Valencia, año 1980, tomo 11, pp. 183-188-191-200.

MADOZ, Pascual.– «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de Alicante, Castellón y Valencia», año 1845, p. 332.

MARTINEZ IRLES, Vicente.– Tesina presentada a la Universidad de Valencia en 1975.

MAYANS, Juan Antonio.– «Ilici, hoy Villa de Elche», Valencia, año 1771, pp. 125 y otras.

RAMOS FOLQUES, Alejandro.– «Historia de Elche», año 1970, tomo 1, pp. 29-36-125-180-232-297-335 y «La Industria, el Comercio y la Agricultura en Elche», año 1973, pp. 217-242-263-298.

REGLA, Juan.– «Estudios sobre los moriscos», año 1974, pp. 34-38-39-57-66.

RUIZ TORRES, Pedro.– «Señores y propietarios», año 1981, pp. 318-319-322-328 y «Los Carrizales d'Elx».

SANZ, Cristóbal.– «Excelencias de la Villa de Elche», año 1621, pp. 35-85-88-89.

VICIANA, Martí de.– «Crónica de la Ciudad de Valencia y de su Reyno».

VIVES GARCIA, Juan.– «Orígenes de la Comunidad de Labradores de Elche», Instituto de Estudios Alicantinos, año 1973.

INDICE

	Página
A modo de preámbulo	11
El campo de Elche en los tiempos primitivos	13
La agricultura ilicitana en la época árabe	19
La reconquista y el repartiment	27
Referencias al campo en las primeras actas del Concejo	33
La expulsión de los moriscos y sus consecuencias	37
Cesión, en enfiteusis, de las propiedades abandonadas por los árabes	45
El campo de Elche que vio Viciana	53
Los capítulos de Almustaçaf	55
El campo de Elche que vio Cavanilles	57
Lo que nos dice Madoz del campo de Elche	63
El Pantano de Elche	67
Aguas trasvasadas	73
La colonización de los Carrizales	79
Las estructuras agrarias en Elche en los siglos XVIII y XIX	85
Pujanza de la agricultura ilicitana en el siglo XVIII	91
Decadencia de la agricultura ilicitana en el siglo XIX	97
Porcentajes de población rural a partir de 1854	101
Inseguridad en el campo y guardería rural	103
La sequía, un mal endémico	111
La barrilla, el salicor y el aguazul	119
Plagas y calamidades	123
La Tafulla	127
La Feria de San Andrés y el Mercado semanal	129

	Página
Pastos y ganaderos	131
1909: un año histórico para el campo de Elche	133
Sociedades agrarias de principios de siglo	141
La postguerra, una época de prosperidad	149
La década de los años sesenta	155
Evolución de los distintos cultivos en los últimos 40 años	163
Palmeras	167
Almendros	171
Cáñamo	175
Alfalfa	179
Olivos	183
Trigo	187
Guisantes	191
Habas	193
Alcachofas	197
Melones	201
Sandías	205
Viñedo de uva de mesa	207
Viñedo de uva para vinificación	211
Pimientos para pimentón	215
Algodón	219
Algarrobos	223
Naranjos	227
Limoneros	231
Higueras	233
Cebada	237
Granados	239
La pérdida de una cultura	243
El campo de Elche en 1984	251
Bibliografía	259

PUCOL MUSEO ESCOLAR

Este libro se acabó de imprimir en los talleres
de Gráficas DIAZ, S.L., Marte, 6, Alicante,
el día 4 de Octubre de 1985, festividad
de San Francisco de Asís, Patrono
de la Pedanía ilicitana de
El Altet.

LAUS † DEO

MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUBLICACIONES DE LA CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE ALICANTE

1.– *Palabras de mi amor y mi destino.* Vicente Mojica.

2.– *Estudio Filológico de la versión romance de Privilegios de Alfonso X el Sabio a Alicante, guardados en su Archivo Municipal.* Francisco Gimeno Menéndez.

3.– *El Padre Melchor de Benisa, de sol a sol.* Miguel Martínez-Mena.

4.– *Aspectos humanos del cáncer.* Rafael Martínez San Pedro.

5.– *Las raíces y otros cuentos.* Rafael Azuar.

6.– *Honores concedidos a Alicante y su Provincia.* Vicente Ramos.

7.– *Las Bellas Artes y los artistas a través de las exposiciones alicantinas del siglo XIX.* Adrián Espí Valdés.

8.– *Desde el Arca del Profeta.* Alfredo Gómez Gil.

9.– *Hereu de solituds.* Joan Valls Jordá.

10.– *Tres aspectos del enfermar. (Pecadores, subnormales, incurables).* Luis Rivera Pérez.

11.– *Grabado religioso popular en la Provincia de Alicante.* Isidro Albert Berenguer.

12.– *Introducció a la Historia de la Vila de Vilajoiosa i el notari Andreu Mayor.* Pere Maria Orts i Bosch.

13.– *Antología de la poesía alicantina actual (1940-1972).* Manuel Molina.

14.– *Viajeros por Alcoy.* Adrián Miró.

15.– *Antes de amanecer.* Carmen García Bellver.

16.– *Burladero de Enfermería.* Fernando Claramunt López.

17.– *Teodomiro de Oriola. Su vida y su obra.* Enrique A. Llobregat Conesa.

18.– *Poemas desde la duda.* J. Payá Nicolau.

19.– *Tetralogía histórica alcoyana.* Rogelio Sanchis Llorens.

20.– *Montengón. Un prerromántico de la Ilustración.* Santiago García-Sáez.

21.– *Francisco Martínez y Martínez. Un humanista alteano (1866-1946).* Carmelina Sánchez-Cutillas.

22.– *El Cristianismo en Elche.* Alejandro Ramos Folqués.

23.– *Disertación histórico-dogmática sobre la Sagrada Reliquia de la Stma. Faz de Nuestro señor Jesucristo, venerada en la ciudad de Alicante.* José Fabiani.

24.– *La Provincia de Alicante y sus antiguos Partidos Judiciales.* Luis Mas y Gil.

25.– *Jijona. Gentes y Paisajes.* Antonio Coloma Picó.

26.– *La Virgen de Loreto de Muchamiel y el Libro de su Cofradía.* Isidro Albert Berenguer.

27.– *La Catacumba.* Emili Rodríguez Bernabéu.

28.– *Tres historias solariegas de las montañas de Alcoy.* Jordi Valor i Serra.

29.– *Giotto y la secularización.* Juan Cantó Rubio.

30.– *Noticia de la vida y virtudes del P. Joseph Raymundo Arxó, S.I. (1659-1711).* Pablo Inglés.

31.– *Gabriel Miró en Polop.* Joaquín Fuster.

32.– *Topografía Médica de Alcoy.* Domingo Espinós Gisbert.

33.– *Los Valles de Seta y Travadell (Bosquejo geográfico-histórico).* Ernesto Hurtado Alvarez.

34.– *Célebre Centuria.* Vicente Carbonell.

35.– *Tabarca.* Miguel Signes.

36.– *Comunicación interpersonal y lenguaje.* María José Bono Guardiola.

37.– *Añoranzas y recuerdos benaluenses.* Rafael Establier Costa.

38.– *Primer Congreso Nacional de Fiestas de Moros y Cristianos. Villena, 1974.* (Tomos I y II).

39.– *Incorporación de Alicante, Elche, Orihuela y Guardamar al Reino de Valencia.* Francisco de P. Momblanch y Gonzálbez.

40.– *Iniciación a la Arqueología Alicantina.* Enrique A. Llobregat Conesa.

41.– *Diccionario abreviado de personajes alicantinos.* José Calatayud Bayá.

42.– *Recordar... Alicante.* Enrique Romeu Palazuelos.

43.– *El cultivo de la viña y la elaboración de la pasa en la comarca de La Marina. Estudio lexicográfico y etnográfico.* M.ª Rosario Cabrera González.

44.– *El Doctor Sapena. Notas y documentos.* Juan Beneyto.

45.– *Migjorn (Poesia jove de les comarques del sud del País Valencià).* Emili Rodríguez Bernabéu.

46.– *Alcoholismo y su problemática en Alicante.* José Pérez Martorell.

47.– *Con las manos alzadas.* Consuelo Jiménez de Cisneros y Baudín.

48.– *Eduardo Soler y Pérez, 1845-1907: Estudio Bio-bibliográfico.* Juan Angel Blasco Carrascosa.

49.– *El «Vizcaya», en Cuba.* Rafael Coloma.

50.– *Estampas costumbristas de la Marina Alta alicantina.* Bernardo Capó García.

51.– *Jaime I de Aragón y la Mariología Alicantina.* Gonzalo Vidal Tur.

52.– *El doble rostro de Eros.* Eduardo Trives.

53.– *Les precondicions per al desenvolupament econòmic de les comarques meridionals del País Valencià.* Josep-Antoni Ybarra i Pèrez.

54.– *Museo Sempere.* Juan Cantó Rubio.

55.– *El jardín de Caliope.* José Cuenca Mora.

56.– *Viaje por tierras de Alicante.* Rafael Coloma.

57.– *Crónicas de la Terreta.* Fernando Gil Sánchez.

58.– *Pego (miscelánea).* Bernardino Sastre Ferrando y otros - Carmelo Giner Bolufer, S.I.P.

59.– *El primer Sínodo de Orihuela. 1569.* José M.ª Navarro Botella.

60.– *Temps de saó.* Joan Valls Jordá.

61.– *Iniciación a la Arqueología Alicantina* (Segunda edición). Enrique A. Llobregat Conesa.

62.– *La pesca en Alicante* (Ensayo para su historia). Luis Mas y Gil.

63.– *Homenaje a Gabriel Miró. Estudios de crítica literaria.* Varios autores.

64.– *Paisajes y personajes mironianos.* Manuel Molina.

65.– *Un barrio de inmigración en la periferia de Alicante: Virgen del Remedio.* Félix Pillet Capdepón.

66.– *Estudios de literatura alicantina (Primera serie).* Vicente Ramos.

67.– *Tomás Capdepón Martínez. Un liberal de su tiempo (1820-1877).* Antonio Díez Martínez.

68.– *Oscuras huellas.* Luis Pérez Beltrá.

69.– *Retazos taurinos.* Juan M. Martínez Mataix.

70.– *Relleu (Conocer un pueblo).* Alejandro Sendra y Asociación Cultural de Relleu.

71.– *El bastanteo de poderes.* Francisco Alcaraz Baró.

72.– *Los arquitectos del templo de Santa María de Elche.* Rafael Navarro Mallebrera.

73.– *José Ginés. Escultor de Cámara Honorario de Carlos IV. Primer Escultor de Cámara de Fernando VII (1768-1823).* Joaquín Fuster.

74.– *Alicante y lo alicantino.* Rafael Azuar.

75.– *Acontecimientos notables en la Iglesia de San Nicolás de Alicante. 1245 a 1980.* Federico Sala Seva.

76.– *Casanova y su círculo alicantino de pintores y escultores.* Adrián Espi Valdés.

77.– *Historia de Elda* (Tomos I, II y III). Alberto Navarro Pastor.

78.– *El léxico base del Castellano: Análisis estadístico y de contenido.* Juan Luis Román del Cerro.

79.– *Libro de las tribulaciones.* Vicente Mojica.

80.– *Los últimos veleros del Mediterráneo. Torrevieja marinera* (Tomo I y II). José Huertas Morión.

81.– *Martí Gadea, su vida y su obra.* Adolfo Domínguez Moltó.

82.– *Tipos d'espardenya y sabata.* Joaquín Martí Gadea (†). Obra póstuma.

83.– *Gabriel Miró: Junto a los ángeles.* Miguel Martínez-Mena.

84.– *El poeta Melchor de Benimarfull (1781-1835).* Ernesto Hurtado Alvarez.

85.– *Historias de mi pueblo (Tárbena).* Miguel Signes.

86.– *Estampas de la vida real* (Cuentos). Jesús Gabaldón Villora.

87.– *Conquista y anexión de las tierras de Alicante, Elche, Orihuela y Guardamar al Reino de Valencia por Jaime II de Aragón (1296-1308).* Juan-Manuel del Estal.

88.– *La Ciutat de Dènia. Evolució y permanència del fet urbà.* Josep Ivars Pérez.

89.– *Testimonio de tiempo* (Poemas). Francisco Alonso Ruiz.

90.– *Vida y muerte de Angel C. Carratalá. Grandeza y tragedia de un torero alicantino.* Antonio Ruiz Belda, «Toñuelo».

91.– *Crónica de Castalla.* María Luisa Torró Corbí.

16.– *Carta de población de Benilloba. 1611.* Transcripción por Elía Gozálbez Esteve.

17.– *Ruinas de la Antigua Lucencia o Loxa. 1640.* Transcripción por Vicente Martínez Morellá.

18.– *Carta de población de Elda. 1611-1612.* Transcripción por Glicerio Sánchez Recio.

19.– *Regiment de la Ciutat d'Alacant en temps de Ferrando el Catolic. 1502.* Transcripció per Vicent Martínez Morellá.

20.– *Erección en Villa Real a Torremanzanas por Carlos IV. 1794.* Transcripción por Antonio Germán Giner Santamaría.

21.– *Título de Villa Real, Fiel y Leal concedido a Bañeres por Felipe V. 1708.* Transcripción por Fernando Payá Martí.

22.– *Privilegio real del dominio de las aguas del Pantano, otorgado y concedido por el Rey don Felipe II a la Ciudad de Alicante. 1596.* Transcripción por Armando Alberola Romá.

23.– *Carta puebla de Penáguila. Otorgada por Pedro III en 26 de Septiembre de 1278.* Transcripción por Rosa María Blasco Martínez.

24.– *Testimonio de la escritura de nueva población que se otorgó entre el Duque de Gandía y los pobladores de Alaguar, en 14 de Junio de 1611.* Transcripción por José Costa Mas.

CARPETILLA II: Contiene los números 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21, 22, 23 y 24.

25.– *Relación verdadera de la imagen de la Inmaculada Concepción de la Virgen María Madre de Dios, que se halló en la raiz, ó cebollita de vna açucena de los Valles del Monte del Carrafcal de la Villa de Alcoy, en el Reino de Valencia, &c.* Biblioteca de Rafael Coloma.

MUSEO ESCOLAR

SERIE «VARIOS»

Catálogo de libros del Fondo de Cultura Valenciana. Biblioteca de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

Catálogo de libros del Fondo de Cultura Valenciana (Apéndice I). Biblioteca de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

Catálogo de libros del Fondo de Cultura Valenciana (Apéndice II). Biblioteca de la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

COLECCION UNIVERSIDAD - CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE ALICANTE

Tierra y Sociedad en el Bajo Segura (1700-1750). David Bernabé Gil.

Iniciación a la Constitución. José Asensi, José María Elizalde, Ricardo Medina.

Problemas aplicativos del Estatuto de los Trabajadores. Tomás Sala Franco, Luis Miguel Camps Ruiz, Juan Manuel Ramírez Martínez, José Ignacio García Ninet, Juan López Gandía.

Almadrabas de la costa alicantina. Manuel Oliver Narbona.

Estudio demográfico de Monóvar (Siglos XVI-XX). Remedios Belando Carbonell.

Las Cortes Valencianas. José Asensi Sabater.

Léxico y creación poética en Miguel Hernández (Estudio del uso de un vocabulario). José Carlos Rovira.

Gabriel Miró en el recuerdo (con un epistolario inédito de Miró). Heliodoro Carpintero.

Del relato modernista a la novela poemática: la narrativa breve de Ramón Pérez de Ayala. Miguel Angel Lozano Marco.

Del feudalismo al centralismo. Alicante, 1700-1725. J. Pradells Nadal.

La modificación sustancial de las condiciones de trabajo. F. López-Tarruella Martínez.

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

PUÇOL
MUSEO ESCOLAR

CAJA DE AHORROS
PROVINCIAL DE ALICANTE
Obra Social y Cultural